

**Nunca**

**llueve**

**eternamente**

**Silvia Cruz**



# Nunca llueve eternamente

Silvia Cruz

El pasado nos limita, pero el futuro nos atemoriza.

El único lugar seguro es el presente.

(Isaac López)

*“Siempre me creí una persona excesivamente segura de mí misma y con un gran control sobre mis impulsos hasta que lo tuve a él de frente. En ese momento todos mis miedos pasados y futuros colisionaron frente a mis narices y fui simplemente incapaz de controlar a mi instinto. Me venció.”*

Cuando llego a casa lo primero que hago es sacar una cerveza del frigorífico y abrirla. Me tiro en el sofá como si fuese un peso muerto y acciono la televisión con el mando a distancia mientras que doy un largo buche a mi cerveza.

Mierda. Salgo en las noticias de la CNN.

Cambio de canal rápidamente y más de lo mismo. No voy a poder parar esto. – “La Detective Gómez y sus hombres han acribillado a tiros al capo Guillermo Mendoza, más conocido como “El Sádico” y a sus secuaces, en una redada que ha tenido lugar esta misma noche en las inmediaciones del puerto.” – Informa una periodistucha desde la Fox.

— ¡Pues sí! ¡Lo he acribillado a tiros y lo volvería a hacer! – Le grito a la tele con desdén. – Y tú y toda la maldita ciudad tendríais que agradecerme que lo hiciera. ¡No pienso escuchar esto! – Apago la tele y comienzo a dar vueltas por el salón de mi casa.

Aún mantengo todas las luces apagadas. Rebusco en el bolsillo de la chaqueta de mi uniforme que he colgado en la entrada hasta que doy con mi paquete de tabaco y me enciendo un cigarrillo. Cierro los ojos y expulso el humo sintiendo al fin algo de calma en mí. Pero, al cerrar los ojos, vuelvo a recrear la escena que he vivido hace escasas horas.

...” — ¡Ya está, Mat! ¡Lo tenemos! – Le digo a mi compañero por el pinganillo desde el baño de la monstruosa mansión de “El Sádico”.

*He conseguido camuflarme como “fulanita para fiestas” y he sido invitada como “mujer de compañía” nada más y nada menos que a una fiesta en la mansión de Guillermo Mendoza. Estoy tan eufórica que casi no me puedo resistir a salir del baño, sacar la pistola que llevo en el liguero sujeto a mi muslo*

*y disparar a diestro y siniestro en este apestoso lugar. Lo único que no llevo bien es la falta de costumbre a llevar un vestido tan ceñido y sobre todo los malditos tacones.*

*Pero eso no me va a impedir acabar con ese hijo de puta asesino de mujeres.*

*De todos los delincuentes que he perseguido en mi vida, los abusadores de mujeres son los que más me hacen enloquecer de asco y odio.*

*— Ándate con ojo, Sam. – Me dice mi compañero por el pinganillo. – Tenemos rodeado el lugar. Si ves algo raro, sólo sal de ahí cagando leches e infórmanos de inmediato para que podamos cubrirte.*

*— Tranquilo Mat. – Llaman a la puerta del baño.*

*— ¡Eh! ¡Morenita! ¿Te queda mucho? – Pregunta ese hijo de puta de Mendoza.*

*— ¡Voy, papito! – Le informo con voz de estúpida mientras abro la puerta y le sonrío intentando acompañar mi rostro a tanta estupidez. – ¿Me echabas de menos? – Digo lo más seductoramente que puedo. El cabrón me besa en los labios y me agarra del culo con poco tacto.*

*— Vámonos. Tengo ganas de follarte ya. – Dice y tiemblo.*

*— ¿Ya se acabó la fiesta? – Pongo morritos.*

*— No, mami. Te voy a dar fiesta, pero de otro tipo.*

*En el coche de Mendoza, su chófer y él hablan en español sobre una entrega de una mercancía que tienen que recoger primero en el puerto. Antes de llevarme donde quiera que piense que me va a llevar. Yo sé de qué mercancía se trata y me dan ganas de vomitar al pensarlo. Sé español. Es mi lengua materna. Mi madre era venezolana afincada en Estados Unidos y esa era la lengua en la que nos hablábamos ella y yo en casa.*

*Dos coches nos siguen escoltando a Mendoza y, además, otros dos coches de mis hombres de la policía nos tienen controlados, gracias al localizador que llevo en uno de mis anillos.*

*Ya es de noche. En el puerto no se ve un alma. Mendoza me pide que me quede en el coche esperándolo mientras que él se encarga de recoger una*

*mercancía. Me hago la tonta y asiento.*

*El chófer es el encargado de vigilar que yo no me mueva de mi sitio. Que no vea nada. Que no tenga nada que contar.*

*Saco de mi bolso un pintalabios para disimular que me estoy maquillando, pero en realidad es un calmante capaz de dormir a un elefante. Se lo inyecto al chófer en el cuello y, en décimas de segundo, cae en un profundísimo sueño.*

*— Te tengo, cabrón. ¡Mat! He dormido al chófer. Voy a salir. Espero que estéis cerca. — Digo mientras me quito los tacones para moverme con más facilidad y, sobre todo, con más sigilo.*

*— ¡Espérate, joder! ¡Ya estamos aquí al lado! ¡No salgas sin protección, Sam! — Hago caso omiso.*

*Desenfundo el arma que tengo en el ligero y, con pies de plomo y muchísimo cuidado de no ser descubierta, me voy moviendo por el puerto escondida tras algunos contenedores que voy encontrando por el camino.*

*De pronto veo a Mendoza y a sus hombres. Un hombre asiático habla con él. De un contenedor, comienzan a salir niñas de algún país asiático, maniatadas, mugrientas y con el rostro lleno de terror, preparadas para ser vendidas a ese degenerado.*

*El odio me ciega.*

*— ¡Sam! ¡Te veo! No te muevas. Estamos a unos doscientos metros de ti. — Pero no puedo hacerle caso a Mat. — ¡¡Sam!! ¡¿Qué cojones haces?! ¡Quédate tras el puto contenedor en el que estabas! — Me pide Mat. No puedo oírlo. No puedo hacerle caso. La rabia me ciega. Jamás he puesto mi vida en riesgo de una manera similar. Jamás. Pero ese asqueroso debe morir.*

*Mendoza tiene a cuatro de sus hombres protegiéndole.*

*— ¡¡¡Sam!!!*

*Escucho mientras que voy levantando lentamente la mano con la que sostengo mi pistola y apunto directamente al cráneo de Mendoza.*

*— ¡Cubridla! — Vuelve a gritar Mat. — ¡Ahora! ¡Ya!*

*Su orden coincide con el primer disparo que doy, que impacta directamente en el centro de la cabeza de Mendoza. De lo demás soy vagamente*

*consciente. Sólo recuerdo varios estruendos de disparos, y no son sólo míos.*

*Lo que sí recuerdo es descargar toda mi munición agujereando sin piedad el cuerpo de ese desgraciado.*

*— Muere, cabrón. – Le digo ya de frente al cuerpo sin vida de Mendoza que yace en el suelo sobre un gran charco de sangre.” ...*

Creo que después me desmayé. Al menos volví a recuperar la consciencia sentada en una ambulancia mientras me hacían un reconocimiento. Creo que Mat estaba allí también. No lo sé. Uno de mis compañeros polis fue quien me trajo a casa, haciéndome infinidad de preguntas por el camino que no hice ni el más mínimo intento por responder. Sólo recreaba una y otra vez en mi mente la gloriosa imagen de Mendoza muerto en el suelo. “Nelson se va a poner hecho una furia, Sam”. Me dijo mi compañero cuando al fin lo miré para despedirme de él frente a mi portal. “Buenas noches” dije sonriente y me metí en casa.

Mat debe estar maldiciéndome. Pero a quién más temo es a Nelson, mi jefe. Mañana va a ser un día movidito en la comisaría. Pero hoy nadie me va a borrar la sonrisa de la cara.

Aun así, antes de meterme en la cama llamo a mi compañero por teléfono.

— Sam...

— ¡Hey Mat! Dime que estás bien, por favor. – Digo susurrando mientras abro una segunda cerveza.

— Acabo de salir del hospital. La bala no se ha quedado dentro. Me ha hecho sólo un rasguño en el hombro. Estaré bien.

— Gracias al cielo. – ¿Le han dado? Suspiro mirando al techo de mi apartamento y doy un largo trago a mi cerveza. – Tu mujer me mataría si te pasara algo por mi culpa. – Digo con tristeza.

— ¡Eh! ¡Pensé que por una vez te estabas preocupando por mí, estúpida! – Me río. – Pero dime una cosa. ¿En qué cojones estabas pensando para salir tu sola y liarte a tiros con Mendoza?! ¡Estábamos a punto de rodearlos, Sam! ¡Te podían haber matado! ¡No me vuelvas a hacer algo así, joder! Me moriría si te pasara algo... – Mat dice esto último sin pensar, lo sé.

Siento unas inmensas ganas de llorar al oírlo. Jamás debería haberme liado con él. Ambos lo sabemos. Nunca debería haber pasado. Él está casado, ama a su mujer y está a punto de ser padre. Pero entre Mat y yo siempre ha existido una intensa atracción y, tras la celebración de nuestro último caso resuelto, ambos bebimos demasiado y se nos fue de las manos.

Mat me trajo a casa, se despidió más calurosamente que de costumbre y acabé besándolo como una posesa en celo en el portal de mi apartamento. Sólo he sentido la necesidad de besar a alguien de esa forma una vez antes a esa en mi vida, pero por aquel entonces era demasiado pequeña e insegura para comenzarlo yo. Bueno, siempre lo he sido, en realidad. Una valiente ante todo en la vida, menos con los hombres. Pero, con Mat sentí esa misma sensación esa noche y... Y lo peor de todo es que lo hice. Y... claro, después pasó lo que tenía que pasar.

Follamos como salvajes durante el resto de la noche hasta que ambos caímos rendidos y casi nos dormimos en mi cama. Fue una noche perfecta hasta que Katty, la mujer de Mat, llamó preocupada a Mat para averiguar por qué tardaba tanto.

Mat se levantó precipitadamente, se vistió y antes de irse me miró con esa mirada llena de culpa. La misma con la que me mira desde entonces, hace ya más de un mes. No dijo nada al respecto. No hizo falta. Su mirada lo dice todo. No puede haber nada entre los dos. Pero lo hay.

Se palpa en el ambiente cuando ambos estamos en el mismo edificio, y mucho más cuando ambos estamos en la misma habitación.

Se palpa ahora mismo durante este incómodo silencio en nuestra conversación telefónica. En el que no nos decimos nada y con eso nos lo decimos todo.

¡Siempre me ocurre la misma mierda! ¡Dos putos hombres en toda mi vida me han importado de esta manera! Y esos dos cabrones comparten la misma cualidad: ¡Son relaciones imposibles!

— Mañana nos vemos, Mat. — Digo con voz melancólica y cansada.

— Buenas noches, Sam.

Oigo el suspiro de Mat, pero no cuelga. Me obligo a hacerlo yo.



Arrastro mis pies hasta el sofá.

Hoy no tengo ganas de dormir en mi cama y volver a recrear esa única y mágica noche entre los brazos de Mat. Hoy prefiero dormir en el sofá con el bonito recuerdo del cuerpo de Mendoza agujereado sobre el asfalto.

Estoy soñando. Debe ser un sueño. Ella sólo aparece cuando nada es real a mi alrededor. Pero me da igual. Es tan reconfortante volver a tenerla de frente que me hace sentir la niña pequeña feliz y traviesa que un día fui.

En mis sueños sigue oliendo a azahar, su perfume favorito, el mismo que uso yo en su honor. Su melena larga y oscura se mueve al compás del viento. Sus grandes ojos cálidos e intensos del color del caramelo líquido me sonrían alegres. También lo hacen sus gruesos labios con esos hoyuelos tan adorables.

— ¡Samantha! ¡Vamos! – Me grita y se gira. Comienza a correr a través de un verde prado idéntico al que había frente a la casa de mi niñez. La sigo contagiada de su alegría. – ¡Vamos! ¡A ver si me coges! – Su vestido juguetea con el aire a su paso. La sigo. La seguiría al fin del mundo... si pudiera.

— ¡Mamá! ¡Espérame! – Grito entre risas. Me cuesta seguir sus pasos. Soy sólo una niña de unos siete años. Vuelvo a ser esa niña. También me echo de menos a mí misma. Nada ha vuelto a ser lo mismo... – ¡Mamá! – De repente no la veo por ningún lado. No... ya conozco lo que suele pasar cuando desaparece en mis sueños. No quiero. No quiero tener que verla morir de nuevo. De pronto he cambiado. Ahora soy una adolescente de quince años. Miro en dirección a mis manos aterrada. Tenía quince años cuando eso ocurrió. – ¿Mamá? – Digo en un hilo de voz y muy asustada. – ¡Mamá! ¡Si no apareces voy a despertar! – Grito esta vez llena de rabia y conteniendo el terror y el llanto. Mientras me voy acercando muy lentamente hacia la dirección en la que ella se ha dirigido minutos antes. ¡Mierda! ¡Veo el lago! El mismo maldito lago en el que encontré su cuerpo sin vida. – ¡¡Maldita sea!! ¡¡¡MAMÁ!!!

— ¡Ven a bañarte, Sammy! – Mi madre vuelve a aparecer sonriente y yo me quedo paralizada y con los ojos llenos de lágrimas. Se quita el vestido y se queda en ropa interior. – ¡Vamos! ¡Ven! – Sonrío y lloro a la vez. Aún está aquí. Asiento y la sigo.

Su risa es tan real...

Mamá...

La miro y la disfruto mientras chapotea en el agua. Quiero que vuelvas, mamá. Me haces tanta falta... ¡Me has hecho tanta falta!

...

De pronto un ruido a mi alrededor me hace alarmar. ¡Joder, ahora no! Despierto de mi maravilloso sueño con un humor de perros y con todos los sentidos en alerta. ¿Qué cojones ha sido eso?

He escuchado a Cookie, el perro de la vecina, ladrar insistentemente y de un momento a otro se ha callado. Ese perro no se callaría tan rápidamente... algo le ha pasado, algo pasa.

En décimas de segundo estoy de pie en la cocina, abro el cajón donde siempre guardo un arma cargada y me hago también con un cuchillo.

¡Acabo de escuchar un ruido en mi habitación! Hay alguien en mi piso. Alguien que supuso que yo estaría durmiendo en mi cama. ¡Joder! Cojo el teléfono móvil que dejé en la cocina y le doy a llamar a Mat. Aunque no pienso hablar con él y delatar mi posición al intruso de esa forma. Si no contesto él ya sabe lo que tiene que hacer. Es nuestra señal de alerta.

Dejo el teléfono sobre el poyete de la cocina mientras está haciendo la llamada a Mat, rogando al cielo por que no esté tan dormido como para no oírlo, me guardo el cuchillo en la parte trasera de mi pantaloncillo de pijama y, con la pistola bien agarrada por ambas manos, voy moviéndome sigilosamente agachada hasta ponerme tras un muro que hay frente a la puerta de mi habitación, apuntando hacia ésta, intentando mantener la calma. En cuanto salga el capullo que hay ahí dentro le dispararé en los huevos.

Le dispararé en los huevos...

Le dispararé en los huevos...

Pero, ¿y si hay alguien más? Tranquila, Sam. Puedes matarlos a todos.

La puerta se abre y aprieto el gatillo tan rápida y precipitadamente que no apunto bien y el hijo de puta que hay tras ella consigue salir ileso, se abalanza en mi dirección y, antes de que pueda dispararle de nuevo, me da un puñetazo tan fuerte que caigo de bruces en el suelo y pierdo la pistola. ¡Joder!

Se tira sobre mí y me inmoviliza las manos.

— ¡Tengo a esta maldita puta, Marcos! – Grita ese cabrón en español mientras yo intento forcejear en el suelo. Maldita sea, son de la banda de Mendoza. Y este cabrón no viene solo. Enseguida aparece otro cabrón que le acompaña. – ¡Mátala, vamos! – Grita el cabrón número uno que me tiene apresada en el suelo.

No le pienso dar opción al cabrón número dos a que dispare contra mí. Le doy un rodillazo en los huevos al cabrón número uno que se retuerce y me suelta en el acto. Suena un estruendo, pero la bala no me ha dado.

He sido rápida y he girado en el suelo esquivando el proyectil, al tiempo que he sacado con mi mano derecha el cuchillo que llevo en la espalda y lo clavo sobre el pie del cabrón número dos, que aúlla como un gato en celo y, antes de que intente dispararme por segunda vez, le saco el cuchillo del pie y se lo clavo en la entepierna, sin saber dónde exactamente, pero es lo suficientemente doloroso para que se tire de rodillas maldiciéndome y descuide su pistola. Me hago con ella, mientras me pongo de pie, me giro y apunto al cabrón número uno con ella, que sigue retorciéndose en el suelo, pero intentando sacar su pistola de dónde quiera que la tenga guardada.

— ¡Quieto o te reviento los sesos, hijo de puta! – Grito en español. Alterno la dirección en la que apunto con la pistola entre el cabrón número uno y el cabrón número dos, con la respiración más que agitada. En seguida suenan las sirenas de mis compañeros policías y al fin me relajo. “¡Mat! ¡Has entendido mi señal de socorro!”

— Maldita perra. ¡Vas a morir! – Me amenaza el cabrón número uno con el odio inyectado en su mirada. No me fío nada de él.

— ¡Policía! – Entran varios de mis compañeros tras haber reventado a patadas la puerta de mi casa. ¡Mierda! – ¡Detective Gómez! ¿Está bien? – Me pregunta Kristen, una de mis compañeras, mientras arresta al cabrón número uno.

— Sí, sí. – Digo casi sin voz. Siento como la adrenalina está bajando de nivel rápidamente en mi cuerpo y mis extremidades comienzan a pesar.

— ¡Llamad a una ambulancia! – Dice otro de mis compañeros al ver la herida del cabrón número dos que yace en el suelo desangrándose. Pero mi atención de repente se centra en la persona que entra por la puerta de mi casa.

— ¡Sam! ¡Joder, Sam! – Mat se abalanza sobre mí y yo me tiro a sus brazos. Lloro. No es por miedo. No. Es alivio. Él está aquí. Ha venido a por mí. Me aprieta con fuerza y yo me dejo abrazar. – Dime que estás bien. – Me susurra con cariño mientras acaricia mi espalda. Por primera vez sin importarle que nuestros compañeros nos vean tan apegados. No puedo hablar y asiento en su hombro mientras sigo llorando. – No llores. Shhh... shh... estoy aquí. – Levanta mi barbilla para que lo mire. Y lo hago. Y mi corazón se sobrecoge al ver unas cuantas lágrimas que contiene con un gran esfuerzo en sus ojos. – Sam... – Susurra mientras acaricia con su pulgar mi labio inferior. – Me estaba volviendo loco al pensar que podía llegar demasiado tarde.

— Estoy bien. – Digo aclarándome la voz y separándome de Mat haciendo un gran esfuerzo. Pareciera que quiere besarme y, la verdad que es lo que más me apetece en este mundo, pero ya he decidido que lo nuestro no puede ser. – Estoy bien, Mat. – Le sonrío ya separada de él y parece que enseguida se da cuenta de que está cometiendo una imprudencia. Carraspea y su gesto se vuelve de repente profesional.

— Bien.

— Mat, ¿qué cojones haces aquí? – Pregunta nuestra compañera Kristen de forma acusatoria. ¡Mierda! ¡Kristen y su marido son grandes amigos de Mat y su mujer! – ¿Tú no estás convaleciente? – Dice en tono acusatorio señalando el brazo vendado de Mat. Mat palidece.

— Le llamé yo. – Trato de sacarlo del apuro. – Fue la última llamada que tenía en mi móvil. Había llamado a Mat horas antes para ver si estaba bien y lo llamé a él para dar la alerta de peligro, Kristen. – Ella asiente, pero no la veo nada convencida.

— Detective Gómez, ¿tiene dónde pasar el resto de la noche? ¿Necesita que le pongamos protección?

— No, no. Iré a casa de mi prima Nicole. – Digo mientras sacudo la cabeza y me pongo en dirección a mi habitación para cambiarme de ropa. Mat se ha quedado como petrificado en mitad de mi salón. Cuando estoy en bragas cambiándome de ropa la puerta se abre y doy un respingo tapando mi desnudez como buenamente puedo. – ¡Mat, joder, sal de aquí! – Le grito enfurecida. No lo hace, pero se da la vuelta.

— He pasado verdadero miedo, Sam. – Me dice de espaldas a mí.

— Estoy bien, ya me has visto. Estoy bien. Ya puedes volver con Katty. – Sé que mis palabras contienen veneno, pero es la jodida realidad. Mat suspira y vuelve a girarse para mirarme de frente.

— Preferiría quedarme contigo y comprobar con mis propios ojos que estás bien. – Me dice y yo me enfundo en un vestido en décimas de segundo. Su insensatez nos va a costar a los dos un problema de los gordos.

— ¡Maldita sea, Mat! ¡¿Qué carajos estás haciendo?! – Digo levantando las manos en el aire, exasperada. – ¡Kristen está ahí fuera y puede irle con el cuento a tu mujer! ¡Y sabes que...

— ¡Me da igual! – Me dice y me deja muda. Se acerca a mí y se para cuando ya no puede acercarse más. Su mirada oscura se clava en la mía. Me pierdo en esa cara de ángel y siento unas ganas enormes de enredar mis manos en su pelo castaño enmarañado y besarlo con todas mis fuerzas. – Quédate conmigo esta noche. – Vuelve a susurrar.

— Mat... – Susurro yo perdida en su mirada.

— Quédate conmigo todas las noches. – Dice el muy insensato con un brillo especial en la mirada. Va a conseguir que me lo crea. Se me escapa una risa nerviosa. ¿Me está diciendo que lo dejaría todo por mí?

— Detective Gómez, vamos, la llevo con su prima. – Nos interrumpe Kristen desde el quicio de la puerta con muy mala cara. La miro, miro a Mat y suspiro.

— Será mejor que pienses bien lo que estás diciendo antes de proponerme algo así. – Le susurro para que sólo Mat lo oiga. – Hablemos de esto mejor en un lugar más privado, Mat. – Él traga saliva, pero al final asiente con una media sonrisa en los labios.

Me separo de él con un gran esfuerzo y me voy con Kristen a casa de mi prima.

Como ya me imaginaba, Kristen me hace todo un interrogatorio en el coche de camino a mi destino.

— Sam, no quiero meterme donde no me llaman, pero Mat está felizmente casado, va a ser padre y ambos tenéis una prometedor carrera policial frente a vuestras narices. – Me dice, aprovechando la privacidad que nos concede ir las

dos solas en su coche patrulla. Yo miro por la ventanilla. No puedo evitar que mi corazón palpite con fuerza. ¡Mat quiere dejarlo todo por mí! – ¡Sam! ¡¿Me oyes?! – Me grita Kristen. La miro con mi cara de poli chungá.

— Soy la Detective Gómez, no lo olvides. – Comienzo por ponerle en su sitio y funciona. Kristen hace una mueca de obediencia. – Y yo no estoy casada, no voy a ser madre y, como has podido comprobar tú misma, no he sido yo quien ha buscado a Mat esta noche. Sólo he pedido su ayuda, porque somos un equipo y ya has visto que me las he visto en un gran apuro. Mat sólo estaba asustado por mí, Kristen. Deja de inventar. – Trato de desmontar su hipótesis, aunque sé que no funcionará.

— Detective Gómez, he visto como Mat la mira, no es sólo preocupación por un miembro de su equipo. – Insiste la chica.

— No sé de qué hablas. Pero, sea como sea, no es culpa mía si Mat siente algo por mí, como tú dices. – Vuelvo a mirar a la ventanilla.

— Mat quiere a Katty. Usted es sólo una distracción. – Dice Kristen para defender a su amiga y consigue herirme de verdad. – Si en la comisaría se enteran de que hay algo entre ustedes dos, ninguno conseguiréis el ascenso por el que tan duramente habéis luchado, Mat le culpará a usted de perder a su hijo y a la única mujer que ha estado siempre apoyándolo, le culpará de frenar su carrera. ¿No lo ve?

— Todo eso ya lo sé, Kristen. – Confieso finalmente con tristeza sin dejar de mirar por la ventanilla. – Pero no sé si Mat lo ve tan claro. – Kristen al fin calla y yo también. No pronuncio palabra hasta que llegamos a casa de mi prima Nicole. – Aquí es. Gracias Kristen. – La chica quiere volver a hablar y le interrumpo. – Tranquila, no dejaré que Mat joda su vida por una distracción como yo. – Me esfuerzo en sonreír mientras lo digo.

— Lo siento, Detective Gómez. No quise decir que usted fuese una cualquiera ni nada por el estilo. No sé qué es lo que hay verdaderamente entre vosotros dos, pero sí sé que Mat ama a Katty. – Trago saliva y asiento.

— Bien. Pues eso debería bastar. Buenas noches. – Salgo del coche de patrulla y me dirijo a la casa de la loca de mi prima Nicole. He vivido muchos años con ella, y no tengo más familia con vida que Nicole y su madre. Golpeo insistentemente. Sé que está despierta. Los gemidos de mi prima con su ligue de turno se escuchan a tres kilómetros a la redonda. Sigo golpeando

insistentemente. – ¡Nicole! ¡Deja de follar un puto minuto y ábreme la puerta! – Grito. Los gemidos cesan y un minuto después se abre la puerta de la casa de mi prima.



— Joder, eres tú. – Me saluda Nicole con cara de pocos amigos y escondiendo su desnudez tras la puerta. Miro a Kristen, que aguarda en el coche patrulla hasta que yo entre, le sonrío y entro en casa de mi prima abriendo la puerta con un empujón. – ¡Eh! ¡Estoy ocupada! No puedes entrar así sin más a estas horas de la noche. – Protesta mi prima. Yo sé que ella me quiere mucho, pero le jode demasiado que le estropeen un polvo. La entiendo.

— Créeme, no vendría aquí si tuviera otro lugar donde ir. ¿Tienes un cigarro? Me he dejado el tabaco en casa. – Le digo con voz cansada. Entonces Nicole me mira bien y abre los ojos.

— ¡Maldita sea! ¡¿Qué te ha pasado?! – Veo salir a un rubio muy tatuado de su habitación completamente desnudo que me mira con recelo. Le sonrío con pocas ganas y levanto mi mano. Echo un vistazo a mi cuerpo en la dirección en la que mi prima me mira horrorizada y veo a qué se refiere. Estoy llena de sangre.

— Ah, esto... Le he rebanado los huevos al sicario de un capullo pederasta esta noche. – Digo sin atisbo de ilusión en mis palabras. Estoy agotada. Nicole abre los ojos en exceso y el rubio tatuado traga saliva.

— Ehhh, Jake, esta es mi prima Sam, es poli. – Se disculpa mi prima y el rubio se pone nervioso.

— Tranquilo, no estoy de servicio. – Le digo al tipo. Los hombres suelen huir despavoridos cuando averiguan mi profesión. Especialmente los que tienen algo que esconder.

— Hola, encantado. – Dice casi sin voz el rubio.

— Me voy a dar una ducha, necesito limpiarme toda esta sangre y después me dormiré en el sofá. Podéis seguir follando. Será como si yo no estuviera. – Les digo y me dirijo al baño. Nicole me sigue.

— Pero... y tu piso... yo...

— Han echado la puerta abajo, prima. – Le digo al llegar a la puerta del

baño. – No te pondré en peligro. Sólo será una noche. Mañana el departamento de policía me buscará un lugar a donde ir. – Entro en el baño y me encierro con llave.

Agradezco el agua caliente en mi cuerpo. Vuelvo a sentirme limpia. Pero no en paz. La oscura mirada de Mat aparece una y otra vez en mis pensamientos. Quiere dejarlo todo por mí... ¡Por mí! Creo que es la primera vez que alguien quiere hacer algo así por mí y estoy dispuesta a dejar que lo haga.

No he tenido grandes relaciones en mi vida. A mis veintiocho años jamás he conseguido una relación duradera. Sé que a ojos de los chicos soy atractiva. Al menos, no tengo ningún problema en ligarme al chico que me interese. Pero ser poli y una chica dura acaba por espantarlos a todos. A todos menos a Mat. Él siempre me ha mirado con admiración. Y esta vez creo que puedo hacer que la relación funcione. No sé cómo de enamorada estoy de él. Nunca me he permitido reconocer que siento algo tan fuerte por él. Pero, ahora, sé que lo estoy. Al menos, sé que jamás un hombre ha llegado tan dentro de mí como Mat.

Bueno... sólo hubo uno... fue todavía más profundo e intenso que lo que he vivido con Mat, y, jamás lo olvidé. Puede que por ser mi primer gran amor cuando sólo era una adolescente, puede que también porque era el chico más atractivo del mundo, puede que por lo prohibido de la situación... el caso es que, aún, a día de hoy, sigo soñando con Jesse y con ese “mi primer beso”. Y, cuando lo hago, me despierto acalorada y muy muy excitada.

\*\*\*\*\*

— Buenos días, Detective Gómez. – Me saluda Jordan, uno de los nuevos polis de la comisaría.

— Buenos días, Jordan. ¿Podrías traerme un café solo a mi mesa? – Digo de mala gana. No he conseguido dormir mucho esta noche. Para colmo he soñado con Mat y con Jesse, haciendo guarrerías con los dos. ¡Necesito un buen polvo! – Por cierto, ¿ha llegado ya Mat? – Pregunto a Jordan cuando recuerdo mi gran falta de sexo. Y, también, claro está, recuerdo que tenemos una conversación pendiente. He decidido que quiero empezar algo con él por fin. Mi primera relación de verdad.

— Sí, Detective. Vino a primerísima hora y fue directo a hablar con el

Inspector Travis. – Me informa el chico. – Ahora mismo le llevo su café a su mesa, Detective Gómez. – Me dice solícito.

— Bien, gracias. – Parece que Mat se me ha adelantado y ha ido a hablar con Nelson antes que yo. ¿Qué le habrá dicho?

Me siento en mi mesa y busco a Mat con la mirada por la oficina. Su mesa está vacía y no hay ni rastro de él. Cuando me siento, se abre la puerta del despacho de mi jefe.

— ¡Gómez! ¡A mi despacho! – Brama Nelson con cara de perro rabioso en mi dirección.

— Sí, señor. – Cojo el café primero que me tiende Jordan y entro en la oficina de mi jefe, cerrando la puerta tras de mí. Nelson está sentado y me mira como si quisiera estrangularme. Yo no me amedrento y me siento frente a él. – Dígame, Inspector Travis.

— ¡Déjate de formalismos, Sam! ¡En qué cojones estás pensando, insensata! – Abro la boca para preguntar a qué se refiere, pero me frena con su mano. – ¡Déjalo! ¡No digas nada o harás que me hierva más la sangre! – Cierro el pico y lo observo mientras doy un trago a mi café. Nelson golpea con su lápiz su escritorio mientras me mira fijamente. Sigo sin amedrentarme. – Sam, tienes que irte de aquí. Lo siento, hija. – Se me cae el alma a los pies. Abro la boca para protestar, pero no soy capaz de emitir palabra. – Sí, ya sé que has resuelto el caso más jodido que teníamos entre manos. ¡Sé que los has resuelto todos! Pero eso que hiciste anoche fue una jodida matanza, Sam. Quieren expedientarte.

— Jefe, sólo disparé para defenderme. – Miento. Pero su mirada me traspasa y sé que no lograré convencerle.

— Sam, vaciaste el cargador de tu maldita pistola en ese tipo, y el forense dice que estaba muerto al primer disparo. ¡Le diste en la jodida diana! ¡Entre ceja y ceja! – Intento controlar mi sonrisa. – ¡No te atrevas a reír, descerebrada! ¡Podías haber muerto! Si no fuera porque Mat y tus compañeros estaban cerca, te habrían cosido a tiros. ¡Joder! ¡Tienes veintiocho años! ¡Toda tu jodida vida por delante! ¡No sólo eres mi mejor agente, también eres como mi hija, maldita sea! – Nelson se levanta y comienza a dar vueltas por su despacho soltando el aire por la nariz, más que enfadado. Él es lo más parecido a un padre que he tenido en la vida y sé que yo soy como una hija para él. – El propio Mat me dijo que si no hubiera corrido como un energúmeno y hubiese llegado un segundo más

tarde, ahora mismo estarías muerta, Sam.

— No lo estoy, Nelson. – Le tuteo. Me mira con un poco de condescendencia y yo pongo mi mejor cara de niña buena.

— Esa carita de ángel no te va a librar esta vez. – Me dice más tiernamente. – Tienes que irte de aquí, Sam. Esos cabrones van a ir a por ti. – Dice acercándose hasta mi asiento. – Y, además, tengo que abrirte un maldito expediente por tu modus operandi, Sam. Pero, lo que más me preocupa de todo, son esas sucias ratas. No van a parar hasta encontrarte.

— ¡Nelson! ¡No voy a dejar mi carrera por tres matones de pacotilla! ¡No me dan miedo! – Además, tengo en mente empezar una relación con Mat, pienso.

— No son tres matones de pacotilla, Sam, son una banda organizada y son muy peligrosos.

— ¡Los hemos descabezado! – Me defiendo.

— Parece ser que se han recompuesto ya de eso, querida, si no, no tendríamos a un mafioso esposado en tu apartamento anoche, a las dos de la madrugada, y a otro en el hospital con un testículo menos. – Esta vez sí que sonrío sin tapujos. – ¿Te resulta gracioso? Pues a mí no. Tienes hasta esta tarde para elegir un destino que esté a más de mil kilómetros de distancia de aquí y, si no lo haces, yo mismo te lo elegiré, ¿me oyes? – Me levanto de un salto.

— ¡No es justo!

— ¡¡Me da igual!! ¡No te van a tocar esos cabrones mientras yo esté vivo! ¡¡A ti no!! – Me regaña a modo de padre mandón. Mierda. No lo voy a convencer. Lo conozco. – Te vas a ir bien lejos de aquí hasta que yo haya resuelto esto como es debido y sepa que tú no estás en peligro. – Joder. ¿Qué hago con mi jodido plan de al fin comenzar la relación con la que siempre he soñado?

— ¿Y Mat? ¿Dónde está? Quiero hablar con él. – Digo con firmeza.

— De eso también tenemos que hablar, Sam. – Nelson se vuelve a poner ofuscado. Joder. ¿Lo sabe? – Vuelve a sentarte, Sam. – Me siento de nuevo y me remuevo incómoda. – Mat ha venido esta mañana muy temprano a hablar conmigo. Ha pedido unas vacaciones de unos días para irse con su mujer bien

lejos y se las he dado. – ¿Qué? No... eso no es verdad... Aunque, a lo mejor lo ha hecho para poder hablar con Katty de todo. Sí, seguro. – Vino a pedirme consejo y le aconsejé que se fuera, Sam, que se alejara de ti. – De pronto se me para la respiración.

— ¡¿Que has hecho qué?! – Descargo toda mi rabia en mis palabras.

— Me confesó que estaba empezando a sentir algo por ti, pero que también quería a su mujer y, por supuesto, al hijo que esperan. Me dijo que cometisteis la gilipollez de liaros. ¡Sam, por el amor de dios, en qué carajos pensabas! – Agacho la cabeza y quiero desaparecer, morir. Quiere a su mujer... es lógico, ¿no? Soy una distracción. – Su mujer le montó el numerito anoche porque sabe que fue a por ti, a salvarte. ¡Sam, mírame! – No puedo, tengo ganas de llorar y yo nunca lloro. – Él al final se ha dado cuenta de que lo vuestro es una locura. No quiere perder lo que tiene con su mujer ni al hijo que viene en camino. Me ha pedido que te diga que no lo llames, no quiere saber cuál será tu nuevo destino. No quiere tener la tentación de buscarte. – Al fin miro a Nelson, porque necesito mirarle a los ojos mientras me dice todo esto y averiguar si lo dice sólo por mi bien o porque es la verdad. Y... lo es. Siento mis mejillas húmedas por causa de las lágrimas que se escapan de mis tristes ojos. – Sam... hija... no estés así. ¡Mírate! ¡Eres la mujer más exótica y atractiva que he visto en mi vida! ¡Todos los chicos de la comisaría suspiran por ti! ¿Por qué te has fijado en el único que te jodería la vida? – No puedo hablar. No me sale la voz. sacudo la cabeza. – Dime. Tiene que haber otro chico que te guste. Sam...

— No lo sé. – Digo llorando y mirando a mis manos. – No sé por qué me gusta él. Y no. No hay nadie más que me guste. Sólo ha habido un tío que me enamoró hasta la médula, pero hace trece años que no sé de él, desde que... mi madre se fue.

— ¿Es de Red Stone Lake? – Me pregunta Nelson. Red Stone Lake... hace mucho que no escucho ese nombre... el pueblo que me vio nacer. Asiento sin mirar a Nelson. – Déjame hacer unas llamadas y después decidiremos qué es lo mejor para ti, Sam. – Me dice Nelson. Vuelvo a mirarlo y asiento, con la cara llena de lágrimas. – Me parte el alma verte así, hija. – Me levanto con los hombros caídos y me dirijo a la puerta del despacho de Nelson para salir. – Sam. – Me giro. – Tu madre murió, pero tú no. Has centrado toda tu vida y tu juventud en vengar su muerte apresando a asesinos y a violadores. Es hora de que vivas tu vida de una vez.

— Nelson, mi vida es mi trabajo. – Consigo decir aguantando el llanto.

— Tu trabajo es sólo una parte de tu vida, Sam. Las armas, la violencia y la venganza no puede ocupar la totalidad de la misma. Necesitas querer de verdad y que te quieran como mereces. Y eso sólo lo conseguirás si dejas de pensar en el pasado y en los demás y comienzas a pensar en ti misma. – Suspiro y me giro para salir de la oficina. El amor... ¡ja!

— Esto es una soberana mierda. – Me voy quejando por el camino, mientras Nelson, mi jefe, me lleva en su coche de camino a Red Stone Lake. Nelson aguanta la risa. – ¡No sé de qué te ríes, jefe! ¿Para qué cojones me pides que elija destino si ya lo habías elegido tú por mí?

— Sam, hija, si sólo ha habido un hombre en la faz de la tierra capaz de enamorar a un hueso como tú, es que no había mejor opción para ti que ésta.

— ¡Yo ya estoy enamorada de otro, jefe! – Le acuso con el dedo y vuelven las ganas de llorar. Oh, no. Otra vez no. Anoche conseguí aguantar el tipo y no derramé ni una sola lágrima por ese gilipollas de Mat. De hecho, llevo tres días quedándome a dormir en casa de mi jefe y su mujer y no lo he llevado tan mal. Respiro hondo y vuelvo a recobrar la compostura.

— Eso no es amor, Sam.

— ¡¿Ah, no?! ¡Y qué es, a ver, tú que todo lo sabes!

— Mírate. Necesitas echar un buen polvo, querida. – Resoplo y miro al frente.

— Ahí no te quito la razón. – Me cruzo de brazos enfadada conmigo misma. – Mat follaba bien. – Digo encogiéndome de hombros con voz de niña enfurruñada.

— Creo que sabes de sobra que los tipos casados no somos una buena elección. – Fulmino con la mirada a Nelson.

— ¿Sabes? Ahora mismo sólo pareces un negrata chungo del Bronx en lugar de Inspector jefe de la policía de Chicago. – Nelson se ríe a carcajadas de mí.

— Es que soy un negrata chungo del Bronx. – Me dice con mirada divertida. Yo no le veo la gracia. – Pero tú eres a la única que le permito llamarme así. – Me dice ahora más serio.

— ¿Y qué demonios haré en ese pueblucho de mala muerte, jefe? ¡No he vuelto a pisar ese sitio desde que tenía quince años! ¿Qué tiene, diez habitantes?

¡Menuda diversión! – Vuelvo a cruzarme de brazos.

— Tiene más de mil quinientos habitantes, Sam. – Lo miro con rabia y le saco la lengua.

— ¡Estupendo! ¡Mil quinientos pueblerinos! – Pongo los ojos en blanco. Nelson se lo está pasando genial con mis mohines, pero yo sólo pienso en abrir la puerta del jodido coche, tirarme rodando al arcén y, si sobrevivo al golpe, salir corriendo por patas campo a través.

— Entre ellos está tu enamorado. – Le enseño el dedo corazón de mis dos manos y vuelve a carcajearse de mí. – Y el sobrino de mi mujer, que será tu jefe.

— ¿Quién?

— Erik, es un buen chico. Vive allí desde hace unos años. Ahora es el sheriff de Red Stone Lake, ¿verdad que es genial? Es un chico joven y recién ascendido. ¡Y está comprometido! – Me dice de nuevo burlándose de mí.

— ¡Para ya, viejo estúpido! ¡No me voy liando por ahí con tipos casados o comprometidos! – Y otra estúpida carcajada. – Con que el sheriff...

— Sí, está recién ascendido. El anterior sheriff murió repentinamente. Era bastante joven. Pobre hombre.

— Pues qué bien...

— Igual que tu madre. – Lo miro curiosa. Nelson me devuelve la mirada sin descuidar la carretera. – Han desaparecido dos chicas en el último año en ese pueblo. Una fue encontrada en el mismo lago que tu madre... muerta. Erik está muy preocupado porque se ha creado una gran alarma con el caso. Necesita ayuda, Sam, y yo sé que tú eres la mejor para ello.

— ¿Crees que puede ser obra del mismo monstruo? – Pregunto alterada.

— Es posible. O puede que sea casualidad. Ha pasado mucho tiempo.

— Jefe, tú sabes bien que las casualidades no existen. Si tiene algo que ver con el caso de mi madre lo averiguaré y cogeré a ese cabrón malnacido. – Escupo con rabia.

— Ni se te ocurra protagonizar otra matanza, Sam.

— Descuida jefe, no quiero que muera. – Digo con una sonrisa en la cara



al pensar en las múltiples posibilidades. – Quiero que pase una laaaarga vida de mierda. Como yo.

— Pero primero tendrás que pasar unas semanas de vacaciones forzosas.

— Sí, sí, suspendida de empleo y sueldo... lo sé.

— Háblame de tu enamorado de Red Stone Lake. ¿Cómo se llama? – Vuelvo a poner los ojos en blanco.

— No me acuerdo. – Intento escabullirme. Aunque nunca he dicho una mentira tan gorda. ¿Quién en su sano juicio podría olvidarse de Jesse Jackson? Su pelo rubio oscuro... su mirada azul pícara... su sonrisa irresistible... Pero, después de trece años, puede que se haya convertido en un calvo, gordo y mugriento. – De todos modos, él ni sabía que yo existía. – Digo con nostalgia.

— Claro, eres una bruta. ¿No pasó nada de nada entre los dos?

— Me besó en una fiesta del pueblo, simplemente. – Trato de aparentar indiferencia.

— ¡Eh! ¡Te estás poniendo colorada! ¡Quién lo diría del hueso de Sam! ¿Sólo un beso? ¡Bah, Sam, puedes ser más seductora si te lo propones!

— ¡Vale ya, Nelson! ¡Me estás sacando de mis casillas! ¡Yo tenía quince años de mierda y el chico tenía veintidós! ¡Claro que no se fijó en mí! ¡Era una cría! Además, era el rompebragas del pueblo... no es la clase de tío en la que me fijaría ahora mismo, francamente. – Bufo. – Pero la verdad es que estaba muy bueno. – Divago en voz alta. Sí que lo estaba. Todos mis sueños húmedos en estos años han sido con él de protagonista y ese beso... joder qué beso me dio. Me hizo temblar todo el cuerpo.

— Bueno, sea con quién sea, espero que por fin te dediques un poco de tiempo a ti misma y a establecer relaciones humanas normales, Sam. Ya está bien de tanto mal carácter y odio en las venas. ¡Tienes veintiocho años y tienes que actuar como tal!

\*\*\*\*\*

Diez horas después Nelson y yo estamos entrando en el dichoso pueblo. Un mugriento cartel nos da la bienvenida a Red Stone Lake y yo vuelvo a poner

los ojos en blanco.

Vamos directos a la comisaría del sheriff, donde el bendito sobrino político de Nelson nos espera.

Por el camino me fijo en las casas de madera del pueblo, está todo igual... hasta el viejo bar Donna's, donde recuerdo que mi madre solía ir a veces con algunos de sus ligues a tomar una copa.

No puedo evitar acordarme de ella. Era la mujer más guapa de la tierra. Bueno, al menos del pueblo. Pero jamás consiguió una maldita relación duradera. De sus múltiples parejas, sólo me gustó Tim, uno de los últimos, si mal no recuerdo, pero era un hombre casado, como casi todos sus ligues, y como todos los demás, acabó dejándola. ¿Habré heredado yo su maldición? Porque, al menos, físicamente soy casi igual que ella.

También tuvo un lío con el padre de Jesse Jackson, lo recuerdo. Fue poco antes de la tragedia. Y también estaba casado con la madre de Jesse por ese entonces. Después de ese lío sus padres se separaron y no volvimos a ver al Señor William Jackson por el pueblo. Creo que por eso Jesse me miraba con mala cara cuando nos cruzábamos alguna vez por la calle, cosa que sólo sucedía en verano o en navidad, porque era cuando Jesse regresaba al pueblo durante las vacaciones de la Universidad. Pero, cuando estaba en el pueblo, nos cruzábamos muy a menudo, porque su casa estaba justo al otro lado del prado que había frente a la mía.

El prado era la única separación. Recuerdo que esperaba con emoción cada vez que Jesse regresaba al pueblo durante las vacaciones. También, que yo siempre miraba hacia su casa por si lo veía, me encantaba verlo jugar con su hermano pequeño Kevin, que era bastante más pequeño que él e incluso que yo, a veces lo descubría mirándome él a mí también. Sobre todo, Jesse comenzó a mirarme descaradamente el penúltimo verano que pasé en Red Stone Lake, cuando cumplí catorce años. Seguro que porque me tenía manía por ser la hija de Victoria "la viva" como llamaban a mi madre en el pueblo y porque por aquel entonces estalló el escándalo de la relación de mi madre y su padre. Por eso siempre me miraban mal en el pueblo la mayoría del tiempo, por ser hija de quien era; la rompehogares de Red Stone Lake. Pero mi madre era única y magnífica como madre, así que nunca hice el menor caso a las habladurías. Aunque, en el caso de Jesse, había grandes motivos para que me odiara por ser hija de quien era; la artífice de la separación de sus padres.

Sin embargo, a pesar de mirarme mal, en la última fiesta del pueblo a la que acudí, dos días antes de que me encontrara a mi madre sin vida en el lago, cuando la mirada de Jesse y la mía se cruzaron, ese día, hubo algo distinto en sus ojos al clavarse en los míos. Nunca se me olvidará. Yo ya contaba con quince años. Era a finales de verano, mi último verano en Red Stone Lake. Ese verano, no paré de encontrarme a Jesse Jackson donde quiera que yo fuera. Y, aquel día, durante la fiesta, parecía estar un poco bebido, o al menos recuerdo el delicioso sabor a whiskey de sus labios. No dijo nada. No cruzamos palabra. Sólo me vio y se dirigió directamente a donde yo estaba, sin separar los ojos de mí. Tragué mi cerveza de un solo trago para aplacar los nervios al ver que inevitablemente venía hacia mi posición. Se frenó en seco a escasos milímetros de mí, me quitó el botellín de cerveza de las manos sin romper la conexión visual entre ambos, me agarró del pelo y me dio un beso de esos de película, tanteando con su lengua en el interior de mi boca hasta toparse con la mía.

Creo que gemí con fuerza, sobre todo cuando apretó con fiereza mi trasero para clavarme a su cuerpo. Fue un beso impresionante... de los que perduran en la memoria para siempre. Temblé de pies a cabeza... lástima que su madre apareciera tan oportuna para recriminarle a voces qué diablos hacía con la hija de la puta de Victoria... desde luego, si no hubiese aparecido, me lo habría merendado allí mismo, frente a todo el pueblo.

Nelson para el vehículo y regreso al mundo de los vivos. Veo a un rubio muy rubio mirándonos con entusiasmo desde la puerta de la comandancia del sheriff. Lleva la insignia de sheriff... miro a Nelson extrañada.

— ¿Este lechoso es tu sobrino? – Nelson suelta otra de sus carcajadas. Creo que se lo ha pasado de maravilla en el viaje conmigo. Yo no puedo decir lo mismo.

— Sobrino político. Ya sabes que mi mujer es blanquita, como tú. Vamos, sal. Te lo presentaré.

Salgo y pongo una de mis sonrisas forzosas, las cuales nunca he llegado a pulir lo suficiente para que parezcan creíbles. De todos modos, el lechoso sheriff parece encantado de verme. ¡Hasta me hace un repaso! Será descarado...

— Erik, me alegro de verte. – Dice Nelson abrazando al blanquito. Erik le devuelve el abrazo y palmea la gran espalda de Nelson.

— Yo también, jefe. – Anda, si le llama como yo.

— Te presento a Samantha Gómez. – Dice Nelson señalándome.

— Hola. – Digo con timidez levantando mi mano.

— ¡Hola! He oído maravillas de ti, Samantha. Será un honor trabajar codo con codo contigo. – Dice el blanquito muy sonriente.

— Sam. Soy Sam, por favor. – Le pido. Sólo le permito a Nelson llamarme Samantha. Y también a mi madre se lo permitía. Me hace sentir muy niña y muy indefensa cuando oigo mi nombre completo. – Estoy deseando ponerme manos a la obra, jefe.

— Llámame Erik, por favor. – Nos estrechamos la mano. – Vas a instalarte en la vieja propiedad de tu madre, ¿verdad? – Asiento. – Estupendo, me he tomado la libertad de enviar personal estos días para acondicionarla, limpiarla y dejarla en condiciones para que puedas acomodarte tranquilamente. – Vaya, qué considerado el lechoso. Ya me cae bien. Yo odio limpiar.

— Te lo agradezco de veras, Erik. – Esta vez no me cuesta sonreír de verdad.

— Espero que tengas sitio para mí. – Dice Nelson. – No me pienso volver ahora a Chicago.

— Te dejaré la caseta del perro. – Le digo. Erik suelta una carcajada al ver mi cara de enfado y Nelson sacude la cabeza.

— No tienes remedio, Sam. Erik, ¿conoces algún bar por la zona para cenar algo antes de llegar a la casa de este perro rabioso?

— Podemos ir al Donna's, está aquí al lado. Os acompaño.

\*\*\*\*\*

Al entrar en el Donna's un montón de ojos se clavan en Nelson y en mí. Me harían sentir incómoda si no fuera porque siempre me ha importado una mierda lo que piensen los demás, y mucho menos los habitantes de un pueblucho. Ya sé cómo funcionan, siempre necesitan gasolina, alguien de quién hablar y prender la mecha del cotilleo de turno.

Erik, Nelson y yo nos sentamos en una mesa y pedimos a la camarera dos hamburguesas dobles con queso, para Nelson y para mí y una ensalada de quinoa

para Erik. Menuda gilipollez de comida.

Reconozco a la camarera, pero ella parece que no tiene ni idea de quién soy yo. Bien. Mejor. No podré ejercer mucha autoridad aquí si me relacionan con mi madre. Tampoco quiero volver a escuchar un comentario negativo de ella o perdería los papeles. Ahora no soy una niña asustada. Ahora soy una poli con una trayectoria a mis espaldas impecable.

Al cabo de un rato escuchando atentamente a Erik sobre las dos desapariciones que han tenido lugar en el pueblo y de olvidarme por completo de mi alrededor y de que soy observada todo el rato, se nos acerca un pueblerino. Un moreno bastante mono, la verdad. Saluda a Erik y le pregunta por la preciosidad de mujer que se sienta junto a él. ¿Está hablando de mí? Me sale una sonrisa tonta. Erik me presenta como Sam y yo lo freno antes de que diga que soy poli. No quiero asustar todavía al género masculino. Si tengo un mes de vacaciones forzosas lo voy a intentar usar para divertirme un poco y olvidar como sea al capullo y cobarde de Mat. COMO SEA.

— Un momento, ¿Sam? — Dice el morenazo. Parpadeo tratando de recordar quien es. — ¡Joder, nena, al fin apareces! — Abre los ojos esperando un abrazo. Yo me levanto mirando a los allí presentes esperando a que alguien me diga quien carajos es. — ¡Soy Tony! ¡Tonta!

— ¿Tony? — Abro la boca de par en par. ¿Cómo no he sido capaz de reconocer al que fue durante años mi mejor amigo? Tony y yo éramos inseparables. — ¡Joder, Tony! — Lo abrazo. ¡Es monstruosamente grande! Yo lo recordaba como un morenito enclenque y menudo, pero ahora está hecho todo un... ¡Bombón! ¿Por qué no decirlo? — Qué alegría verte.

— Lo mismo digo, preciosa. — Me besa la mejilla. — Eh, mírate. Estás buenísima. — Me da una vuelta sobre mi eje y yo me maldigo por llevar unos shorts tan cortos. — Toda fibra. — Insiste. Claro, él no sabe lo mucho que mi trabajo me obliga a entrenar. Aunque también me gusta salir a correr al amanecer.

— Para, me vas a sonrojar.

— Tengo que entrar ya a trabajar, pero tenemos que ponernos al día. — Me pide ilusionado. Me extraño por las horas en las que entra a trabajar. — Soy vigilante de seguridad de un supermercado. — Me explica sonriente. — ¿Te instalarás en tu casa? — Asiento sonriente. — Bien, iré a buscarte uno de estos

días.

— ¡Genial! – Tony vuelve a besarme y se despide de todos.

Cuando se va le explico a Erik que no quiero que se sepa todavía mi posición laboral en el pueblo. Que ya haremos la presentación oficial cuando realmente pueda ejercer el mando. Accede satisfecho con mi explicación.

Erik se marcha en cuanto se acaba la ensalada de quinoa. Nelson y yo, sin embargo, nos quedamos un rato más bebiendo y jugando una partida de billar en aquel bar. Nelson es el único que consigue ganarme a ese juego. Soy bastante buena, aunque él es un maldito dios del billar.

Al cabo de dos derrotas nos vamos a la que fue la casa de mi niñez. Yo voy un poco achispada, lo reconozco. No suelo beber alcohol porque no me gusta que me pillen con la guardia baja, y por eso me achispo con facilidad. Pero aquí nadie me va a poner a prueba como en una ciudad como Chicago, donde siempre hay algún gilipollas liándola por algún rincón de la ciudad. Y, además, ¡estoy de vacaciones! Y... necesito olvidar a Mat...

Aunque el alcohol no me está ayudando. Por el camino a mi vieja casa un par de lágrimas se me escapan al pensar en lo que podría haber tenido con él. En sus besos. En su mirada. Nadie me ha mirado nunca igual. Para él no era una poli dura y de mal carácter, para él era una joven guapa y sexi...

Al llegar a casa de mi madre agradezco el esfuerzo que el tal Erik ha hecho para rehabilitar la casa y sobre todo para que no se parezca tanto a la casa de mi niñez. Hay muebles nuevos, seguramente donados por el ayuntamiento. Tampoco me voy a parar a pensar en mi madre ahora mismo. Necesito primero purgarme de la pérdida de Mat.

Nelson se adueña de la habitación que fue de mi madre y yo decido fumarme un cigarrillo en el porche antes de irme a dormir y tomarme una cerveza más. Me alegra que Erik haya caído en la cuenta de llenar la nevera de cervezas y pizzas prefabricadas.

La vista del prado que hay frente al porche de mi casa por la noche es espectacular. Es de las pocas cosas que he recordado con cariño de este sitio. La luna llena de hoy le da un brillo especial a la hierba. Ojalá estuviera Mat ahora mismo a mi lado para compartir esta preciosa vista con él. Pero, estará con su mujer en algún maravilloso lugar... Mierda, otras dos lágrimas. Dios, ¿por qué

me he permitido enamorarme de ese estúpido? Yo creí que lo que veía en sus ojos era también amor. Pero no puede serlo si ha salido huyendo de esa forma de mí. Como todos los demás. No quiere que lo llame. Ni siquiera quiere saber dónde estoy. Eso al menos le dijo a Nelson. Tranquilo Mat, no te molestaré lo más mínimo. Aunque ahora mismo necesito llorarte.

Pero, de pronto, una luz en la casa de en frente se enciende y me distrae de mi pena mientras me fumo mi cigarrillo. ¡Viene de la casa de Jesse Jackson!

Entonces veo salir una silueta masculina al porche de la misma. ¡Joder, está desnudo! Y parece que mira en mi dirección.

No estoy segura que sea Jesse. Está oscuro y no lo aprecio con claridad. De todos modos, no me muevo ni un ápice y sigo observando como si fuese la cosa más normal del mundo. Creo ver la luz de otro cigarrillo prendido en su boca. ¿Será él? Está mirándome. ¡Sí, está mirándome! Y yo le mantengo la mirada, aunque dudo que él me vea a mí bien.

Desde una estancia iluminada de la casa de Jesse, veo salir también otra silueta desnuda. Pertenece a una mujer, que, al llegar a la barandilla en la que el chico que creo que es Jesse está apoyado, lo abraza desde la espalda y dirige una de sus manos directamente a su miembro. Él la deja hacer. Pero sigue mirándome a mí. El corazón me va a salir del pecho. Es la escena más emocionante que he contemplado en toda mi vida y he tenido que venir a este pueblucho de mierda para presenciarla.

La mujer se arrodilla frente a él. Sé bien lo que le estará haciendo. Y él... él sigue mirando en mi dirección con la cabeza un poco levantada por el placer que su cuerpo está recibiendo. Después, tira su cigarrillo. ¿Eres tú, Jesse? Recuerdo inmediatamente que todavía tengo algo pendiente con él. Algo que Jesse empezó una vez con ese beso tan abrasador y que su madre impidió que llegara a más a voces en mitad de la fiesta del pueblo.

Él levanta a la mujer del suelo, la sube a su cintura y la sienta sobre la barandilla de su porche para echarle un polvo impresionante. De esos que hacen historia. Uno como el que yo necesito ahora mismo... Y yo no puedo apartar la mirada de ambos. Escucho sus gemidos y me acaloro.

Y el calor es más abrasador cuando sigo comprobando que él no deja de mirarme durante todo el acto sexual. La mujer grita entre sus brazos y es entonces cuando él se separa de ella. La veo entrar de nuevo a la casa, pero él no la sigue. Sigue ahí, clavado, mirando en mi dirección, y se enciende otro cigarrillo.

Al final soy yo quien rompo la conexión visual. Necesito un rato de intimidad conmigo misma con urgencia tras haber presenciado algo así. Pero él sigue ahí clavado. Vuelvo a comprobar, esta vez desde dentro de mi casa, y sí,



sigue ahí. Sacudo la cabeza y me dirijo a la que fue mi habitación, escaleras arriba.

Esa noche no puedo evitar tocarme pensando en Jesse. No sé si esa casa sigue siendo suya o no, ni si era él a quién he visto follar como un salvaje. Pero me apetece pensar que así ha sido. Me ayuda a no acordarme demasiado de Mat.

\*\*\*\*\*

Por la mañana me levanto con los ojos hinchados. He conseguido dormir bastante bien. Menos mal. Desde hace cuatro días, que fue cuando supe que Mat se había ido de vacaciones con su mujer, no he pegado ojo. No he llorado apenas, pero me he rebanado los sesos pensando en él.

Pero anoche, el cansancio acumulado por las pocas horas de sueño, el viaje tan largo y, sobre todo, el orgasmo tan liberador que experimenté pensando en Jesse y en la escena que había visto en su porche, me hicieron caer como un tronco.

En la cocina Nelson está preparando algo para desayunar.

— ¡Al fin te levantas! No quería despedirme sin verte ese careto de perro rabioso antes de irme. – Me dice. – ¿Has dormido bien?

— Extrañamente he dormido de maravilla. ¿Estás haciendo pizza para desayunar? – Frunzo el ceño.

— No hay otra cosa. Al menos hay café y una cafetera. ¿Quieres uno? – Asiento sonriente. – ¡Eh! ¡Hoy tienes realmente buena cara! Hasta ese pelo enmarañado te sienta de maravilla. Sí que has tenido que dormir bien. Tienes cara de persona dulce. Si no te conociera tan bien hasta me lo tragaría. – Me río. Es verdad que lo que vi anoche me dio vidilla.

— Voy a sacar algo de ropa decente de mi maleta. – Le digo a Nelson mientras arrastro mi maleta hasta mi habitación.

Pero al abrir la misma no veo nada que pueda ponerme en este lejano lugar. No me acordaba el calor tan asfixiante que hace en Red Stone Lake, sobre todo en verano. Así que me pongo uno de esos vestidos de gasa semitransparentes y cortos sin sujetador ni nada. De los de andar por casa. Nelson no se va a asustar. Es como mi padre y ya me ha visto desnuda más de

una vez cuando ha tenido que atenderme en múltiples ocasiones que he sido herida tras alguna redada en la que hemos trabajado en equipo. Además, no tengo planes de salir hoy de casa. Tengo mucho que poner en orden en este sitio.

Bajo las escaleras de nuevo y Nelson me da una taza con café. Cojo un trozo de pizza y comienzo a masticar con gusto.

— ¿Cuándo te vuelves a Chicago? – Le pregunto mientras mastico la pizza.

— Ahora, en cuanto desayunemos. ¿Estarás bien aquí?

— Claro que sí. Yo siempre estoy bien, ¿recuerdas? – Sonrío y esta vez lo hago con sinceridad. Creo que me vendrá bien poner un poco de tierra de por medio con Mat.

— El mal de amores no dura para siempre, Sam. Y todo el mundo sobrevive a él.

— Ya casi no me acuerdo de ese pestoso de Mat. No te preocupes. – Miento. Nelson sonrío. Entonces llaman a la puerta de casa y Nelson y yo nos miramos extrañados.

— ¿Esperas a alguien?

— No, que yo sepa. – Contesto extrañada. Nelson frunce el ceño y se dirige hacia la puerta.

— Hola. – Escucho decir a mi amigo. – ¿Qué deseas?

— Hola amigo. Sólo he venido a darle la bienvenida al pueblo. Aquí tiene. – Escucho una voz masculina hablar desde el porche de mi casa. Me acerco sigilosamente envuelta en curiosidad.

— ¡Ah, gracias! No soy yo quien se viene a vivir aquí sino... mi sobrina. – ¿Mi sobrina? ¿Qué bicho le ha picado a Nelson? – ¡Sam, hija, ven, te quieren dar la bienvenida al pueblo! – Me dice Nelson sonriente. ¡Estupendo! ¡Pueblerinos y sus tartas de bienvenida! Al menos tendré algo para merendar y para desayunar mañana.

— ¡Voy! – Me acerco y ofrezco una sonrisa de esas tan falsas que me salen cuando las fuerzo. Pero termino con la boca desencajada cuando me encuentro con ese pedazo de tío bueno frente a mí. – ¿Jesse? – Jooooooder. ¡Cómo está el

cabrón! Sus ojos azules chisporrotean al verme.

No es justo. Yo debería ser ahora la que está mejor de los dos. Pero, ¿cómo demonios ha hecho este asqueroso para estar más bueno todavía? Me quedo planchada mirando su maravilloso pelo rubio oscuro enmarañado, su mirada casi violeta deslumbrante, su mandíbula cuadrada y esos impresionantes hoyuelos mal escondidos por una sexi barba de dos días, y, dios... esa sonrisa.

— ¿Sammy? — ¡Me ha reconocido! Aunque odio que me llamen así, me hace sentir también pequeña y vulnerable, como cuando escucho mi nombre completo. Mi madre a veces me llamaba así, Sammy. Pero creo que a él se lo voy a permitir. Sobre todo, si me dedica esa sonrisa tan adorable. — Con que eras tú... — Me mira con picardía.

¡Mierda, se refiere al espectáculo de anoche! Me he puesto colorada, pero trato de disimular con mi mejor cara de póquer. Carraspeo.

— Sí, soy yo quien va a vivir aquí. Espero que no te moleste. — Digo con mala cara. Es el único recurso que he aprendido siendo poli para protegerme de mis debilidades. Además, recuerdo que su madre me tenía bastante manía.

Él sigue sonriendo sin cesar. ¡Por favor, que pare! Se me está olvidando hasta la cara de Mat ahora mismo y creo que me da menos miedo estar encaprichada de Mat que de esta maravilla de la creación, pero depredador de mujeres. A Mat al menos lo conozco bien y sé controlarlo. Pero, ahora mismo, no sé ni cómo me llamo. Me tiemblan las piernas como si fuese una colegiala estúpida.

— ¡Para nada! Bienvenida otra vez a Red Stone Lake. — Me ofrece un pack de seis latas de cerveza. Levanto una ceja. Tengo la nevera plagada de cervezas. Lo que necesito es comida.

— ¿Eso me traes? — Digo enfurruñada. Jesse se avergüenza y se encoje de hombros. ¡Qué guapo está! ¡Lo maldigo!

— ¡Cerveza! ¡Perfecto! — Dice Nelson y yo lo miro extrañada y acobardada a partes iguales. ¿Qué haces, viejo maldito? Nelson sonrío y yo, que ya conozco bien esa sonrisa, aprieto los ojos rezando por encontrar el valor en alguna parte de mi cuerpo para hacer frente a esta situación tan incómoda. Al menos está Nelson conmigo. — Necesitabas de esto. — Dice Nelson levantando las cervezas. Me guiña y entra en la casa para guardarlas. Aunque yo sé bien qué

trama.

— Lo siento, no tenía otra cosa en casa. – Se disculpa Jesse. – Me alegra volver a verte, Sammy. Hace mucho que no sé nada de ti. – Yo ni siquiera pensaba que supiera mi nombre. Estoy en shock. No sé qué decir. – Bueno, si necesitas cualquier cosa, ya sabes dónde encontrarme. – Me dice después de varios segundos mirándome con una cara rara, como si no se pudiera creer lo que está viendo. – Y si te apetece salir a tomar algo, dímelo. Siento curiosidad por saber qué ha sido de tu vida todo este tiempo. – Ay no, se va. ¡Reacciona, Sam! ¡Dile algo que haga que garantice que volverás a tener a este espécimen de frente pronto!

— Eh, claro. Sí, estaría bien. – Digo tímidamente. ¿Qué me pasa? Jamás me pongo tan nerviosa con nadie. Y, por muy bueno que esté el chaval (que lo está y muchísimo), los guaperas engreídos no son mi tipo para nada, sobre todo, si son pueblerinos. Pero Jesse y yo tenemos algo pendiente. ¿Lo recuerdas, Jesse?

— ¡Pasa y tómate una cerveza! – Dice Nelson desde la cocina.

Yo giro mi cara para buscar al entrometido de mi jefe y, cuando vuelvo a mirar a Jesse, lo pilló mirándome las tetas. ¡Joder! ¡Se me olvidaba que no llevo sujetador y este vestido es un poco transparente! Carraspeo y vuelve a mirarme a los ojos.

— Tú dirás, ¿entras? – Le digo con autoridad. Pero en el fondo estoy dándole las gracias encarecidamente a mi negrata chungo del Bronx favorito. Jesse sonrío de nuevo y me entran ganas de suspirar, como una colegiala atontada por las hormonas. Así como hacía antes, cuando me lo cruzaba por casualidad por el pueblo.

— Yo me voy ya, Sam. – Llega Nelson de nuevo a la puerta con sus cosas en la mano. Me da un beso en la mejilla y le estrecha la mano a Jesse. ¿Se va así? – Te llamaré cuando llegue a Chicago. – Me dice mientras se dirige a su coche y yo continúo mirándolo con la boca abierta. – Pásalo bien y disfruta de tus vacaciones. – Me guiña.

— ¡Adiós, “tío”! – Le digo con sarcasmo. Nelson aguanta la risa, sacude la cabeza, se mete en el coche y se va. ¡Así! ¡Dejándome sola ante el peligro!

— ¿Y esa cerveza? – Me dice Jesse y me obliga a volver a mirarlo. Sonríe

sin parar. No me lo puedo creer. Jesse en la puerta de mi casa, pidiéndome que le invite a pasar después de haberlo visto follar, y yo ataviada con esta... servilleta de papel. Me miro y me siento ridícula. – Estás muy guapa. – ¿Ha dicho eso en serio? ¡No, Sam, para de ponerte roja!

— Anda, pasa. – Le digo secamente y me giro en dirección a la cocina para poner distancia entre ese sujeto tan intrigante y yo.

— Vaya, tienes que ser alguien importante en el pueblo para que te hayan cuidado tan bien la casa. – Dice mirando curioso a su alrededor. Yo lo miro a él de arriba abajo mientras saco dos cervezas del frigorífico y no me lo puedo creer todavía. Lleva unos jeans azules y una camiseta blanca con el cuello cortado que deja ver unos impresionantes pectorales. – He visto movimiento estos días por aquí. Estaban preparando la casa y me preguntaba quién sería mi misteriosa nueva vecina. – Se da la vuelta para mirar a su alrededor de nuevo y yo me fijo en ese culo... ¡oh dios mío! ¡Está para mojar pan! Me vuelven los recuerdos de anoche a la cabeza. Me incorporo y me acerco hasta él, mirándole todavía el culo. Cuando se gira pongo de nuevo cara de póquer. Le tiendo la cerveza. – Gracias. – Dice con voz ronca y una mirada muy seductora. ¡Debe ser un auténtico peligro! Anoche follando con una y hoy viene a la caza del caramelo nuevo del pueblo. La pena es que dejaré de interesarle cuando sepa a qué me dedico.

— Gracias a ti por la bienvenida. – Digo chocando su botellín de cerveza con el mío.

— Estás realmente guapa, Sammy. – Trago saliva. Es un depredador de los buenos. – Los años te han tratado bien. – Me recorre con sus ojos de arriba abajo. Me están temblando las piernas. ¡No, no! ¡Tú no eres así, Sam! ¡Esa adolescente insegura dejó de existir hace mucho!

— Llámame Sam, por favor. Gracias, hago lo que puedo. – Respondo con sequedad.

Me mira entornando los ojos. Seguramente extrañado de que no le diga yo también lo buenísimo que está, pero me da la sensación de que eso ya lo sabe él bien y se lo recordarán a diario.

— ¿Siempre eres tan cortante con los hombres? Yo te recordaba como una chica dulce y encantadora. – Dice dando un paso en mi dirección y dándole un gran buche a la cerveza sin dejar de mirarme.

— Sólo soy cortante con los hombres que van de sobrados. – Respondo imitando su gesto mientras bebo de mi cerveza. Sonríe y sacude la cabeza. – Además, no creo que estés muy necesitado de atenciones femeninas. – Digo recordando la escenita de anoche.

No me gusta ser la distracción de nadie. Como tampoco le dejé a Mat que me tuviese como su distracción. Aunque, pensándolo bien, a quien le vendría bien una distracción es a mí y, ¿qué mejor candidato que Jesse Jackson? ¡Por dios, me lo he imaginado de tantísimas maneras haciéndomelo como un loco que me acaloro de sólo pensarlo!

— Perdona lo de anoche. – Me dice y me sorprende. – Hace mucho que no tengo vecinos alrededor y tenía una acompañante bastante efusiva. – En ese momento me doy cuenta de que siento envidia de la efusividad de quien quiera que fuera su acompañante.

Jesse no parece tan sumamente chulo como lo recordaba. Hasta se ha disculpado.

— Tranquilo, estuvo entretenido. – Contesto fingiendo una despreocupación que no siento.

Nunca he sido tan descocada con los hombres. Aunque me gustaría. Jesse me sonríe y yo también, pero acabo agachando la cabeza.

— Vístete. – Me dice de pronto y me sorprende. Lo miro confundida. – Voy a sacarte a comer por ahí, si no tienes un plan mejor, claro. Pero deberías ponerte algo que no ponga tan nerviosos a los de mi género antes. – Me muerdo el labio. ¿¿¿Esto es una cita con Jesse???

— Tú no pareces muy nervioso. – Le acuso mientras me giro y subo las escaleras hacia mi habitación más que feliz con su invitación.

— Eso es porque disimulo muy bien. – Me dice desde abajo. No lo miro o verá que me he puesto colorada otra vez. Pero no puedo esconder mi sonrisa.

¡¡Tengo una cita con Jesse Jackson!!!

En mi maleta no encuentro nada decente que ponerme para una cita. Ahora mismo me odio por llevar siempre jeans y camisetas anchas. Además, ¡ésta no es una cita cualquiera! es una cita de “necesito un polvo desesperadamente” para sentirme viva y olvidar a Mat y, para más inri, la cita es con el chico con el que siempre he suspirado desde niña. Sin embargo, eso mismo hace que sienta un poco de miedo de acercarme demasiado al que sin dudas es el rompecorazones número uno.

Veo que Nelson se ha dejado una de sus maletas en mi habitación. Mierda, se le ha olvidado. Un momento, ¿en mi habitación? ¿Qué tramas Nelson? La abro y veo que contiene unos cuantos modelitos de esos que me ponía cada vez que me hacía pasar por “fulanita” para infiltrarme en una de esas misiones de incógnito. ¡Serás manipulador, negrata chungo! Me rio y al final tengo que reconocer que le tengo que agradecer la elección que ha hecho.

Cojo el vestido menos provocador. No soy muy buena en ese terreno, sólo cuando sé que se trata de trabajo. Así que me decanto por un vestido de flores con la falda con un poco de vuelo, aunque es corto. Pero los demás son demasiado entallados.

Me coloco unos botines marrones y me cepillo rápidamente la larga melena oscura que tenía enmarañada en una goma. Decido dejarme el pelo suelto. Nunca lo hago, pero no tengo ganas de perder el tiempo recogíéndomelo. ¡Tengo una cita con Jesse Jackson!

Cuando bajo las escaleras, Jesse me observa pasmado.

— Te ves preciosa. – Me dice y sonrío nerviosa.

— ¿Dónde vas a llevarme? – Pregunto y de pronto su mirada azul se vuelve oscura.

¡Oh, yo sé qué significa esa mirada! Es la misma que me echó cuando me besó... aquella mágica noche que no he logrado olvidar.

Me desnuda con la mirada y yo le suplico con la mía que lo haga. Se me han quitado las ganas de ir a comer. Prefiero comérmelo a él.

Sus ojos se clavan en mis labios y se acerca un poco. Yo me acerco otro poco. Siento su aliento en mi boca. Lo voy a besar. No puedo resistirme.

Unos golpes en mi puerta nos sacan del trance y ambos miramos a la puerta extrañados. Nos miramos después el uno al otro. Vuelven a sonar los golpes.

— ¡Sam! ¡Abre! – Se escucha la voz de un tipo llamándome. Pongo los ojos en blanco.

— Erik...

— ¿El sheriff Erik Johnson? – Pregunta Jesse y su cara no me gusta. Significa que pondrá la misma cara cuando sepa que soy poli. Asiento, resignada a olvidarme de mi beso y me dirijo a la puerta a abrir al dichoso sheriff.

— Hola Erik. – Digo con mi sonrisa de mierda. Viene con una chica con cara de cursi.

— ¡Sam! Te presento a Sandra, mi prometida. – Me dice. Le dedico la misma sonrisa de mierda a su cursi prometida. – Nos preguntábamos si te apetecería venir a comer a casa con nosotros.

— Eh... lo siento, Erik. Tengo un plan. – Señalo al interior de mi casa donde está Jesse mirándome como un niño abandonado.

— ¡Jesse! Eh, hola. ¡Vente tú también! Eres más que bienvenido. – Dice Erik.

— Lo siento, acabo de recordar que tengo que arreglar mi vieja ranchera. Tiene un problema de motor. – Dice Jesse y vuelvo a corroborar que odia a los polis. Pasa por mi lado y me mira de pies a cabeza. – Pero, ¿nos vemos esta noche en el Donna's? Me gustaría tomar algo contigo, a solas. – Me dice bajito, aunque creo que Erik y su cursi prometida nos han oído. Al menos Sandra carraspea.

— Cobarde. – Le acuso en voz baja también. Me ha dejado sola con esos dos. Jesse sonrío y vuelve a mirarme a los labios.

— Dime que te veré allí. Con este mismo vestido. – Me susurra al oído. Se me eriza la piel.

— Lo siento, no tengo coche. – Me hago la digna, pero, en el fondo, me he



hecho líquido al instante. Jesse suspira y me mira de esa forma que hace que las mujeres se derritan. Después se gira en dirección a Erik.

— Sheriff Johnson, un placer verlo. – Le estrecha la mano a Erik. – En otra ocasión me sumaré. ¿Podría hacerle el favor a Sammy de llevarla luego al Donna's? – ¿Qué? ¡Será entrometido! Erik y Jesse me miran.

— ¡Claro! Después la llevaré. – Suspiro. Ahora mismo lo mandaría a la mierda.

— ¡Genial! – Digo con sarcasmo. – Luego nos vemos, vecino.

— Estupendo. – Me guiña y se marcha.

Yo me meto en el coche del sheriff sin dejar de mirar el culo de Jesse que cada vez está más lejos y se dirige a su casa. ¿Debería ir al Donna's luego? ¡Qué pregunta más estúpida! ¡Claro! Quieres follar de una maldita vez, ¿no? Y olvidar desesperadamente a Mat. Pero, como a Jesse se le ocurra no aparecer lo mato. LO MATO.

Sin embargo, algo me dice que no es muy buena idea enredarme con ese tipo. Él sabe bien qué se hace con las mujeres, yo con los hombres no. Soy una inválida en cuanto a trato con hombres se refiere y no tengo ni idea de cómo acabaré abordando la situación si se me pone demasiado a tiro. Puede que me deje llevar por mis necesidades físicas, pero muy posiblemente lo haga con bastante torpeza.

Evaluaré dicha decisión en casa del sheriff.

\*\*\*\*\*

La comida con el sheriff y su prometida es lo que yo me esperaba; un enorme y pestilente aburrimiento. Aunque, al menos, he podido cotillear un poco sobre Jesse con la prometida de Erik, Sandra.

En realidad, ambos me han advertido que no me deje enredar emocionalmente por Jesse, pues es un peligro con las mujeres. Algo que, por otro lado, ya me había imaginado yo solita. Pero aquí, en un pueblucho de mala muerte donde todo se sabe, por lo visto, no puedes hacer con tu santo cuerpo lo que te apetezca o todos hablarán de ti. A mí eso no suele preocuparme, estoy hecha ya a la gran ciudad, pero voy a vivir aquí y voy a ser la ayudante del

sheriff, y creo que, para mi pesar, Erik tiene razón cuando me advierte de que no proyectaré mucha autoridad a los pueblerinos si me relacionan con ese rompecorazones.

Me jode mucho que tengan razón. Yo no planeo tampoco enamorarme de él. De hecho, no he podido olvidar a Mat y no creo que pueda hacerlo en dos días. Pero, ¡maldita sea, necesito un poco de contacto humano! Y Jesse sigue siendo igual de apetecible o más.

Además, creo que podré dejarlo en un polvo con él y llevarlo en secreto. Sé que lo único que me llama de ese tipo es su atractivo físico y el hecho de haberme imaginado tantas veces culminando lo que un día él empezó y nunca terminó entre nosotros. Prometo que después lo desterraré de mi mente.

La conversación se vuelve más interesante en la sobremesa, cuando Erik me sigue informando sobre lo poco que se sabe sobre las dos desapariciones que se han producido en los últimos ocho meses.

Son dos chicas que no tienen en común más que pertenecen a Red Stone Lake. Una tenía veintiséis años, Mary Jane se llamaba, y digo tenía porque se encontró su cuerpo sin vida en el mismo lago y en la misma posición en la que me encontré a mi madre hace trece años. Se lo digo a Erik y se sorprende. Él no conoce el caso de mi madre. Pero yo no tengo ganas de hablar de él ahora mismo. Luego está Rose, una chica de veintidós años también desaparecida hace dos meses de la que no se tienen noticias por el momento, pero las posibilidades de que lleve dos meses muerta son bastante altas.

Al parecer, Mary Jane fue vista con varios hombres los días previos a su desaparición, era bastante “extrovertida” con los hombres y uno de ellos fue nada más y nada menos que Jesse Jackson, tres noches antes de su muerte. Me quedo a cuadros al escuchar a Erik decirme que algunos del pueblo afirman que los vieron besarse. Pero rápidamente Erik me disipa las dudas sobre la responsabilidad de Jesse acerca de la autoría del crimen, pues según dictaminó el forense, la chica falleció el veintiocho de diciembre del año pasado a las 02:45 horas de la madrugada y, Laura Miller, una mujer muy adinerada y con mucha fama en el pueblo, afirmó que Jesse estuvo con ella la noche del crimen y ha aportado pruebas contundentes de ello.

Recuerdo a esa tal Laura Miller. Estaba casada con un viejo podrido de dinero cuando yo vivía aquí. Ella tendría treinta años por aquel entonces y su

marido sesenta y cinco. El señor Miller era el dueño de varios mataderos de la zona y había hecho una fortuna con el negocio de la carne. Pero, como siempre pasa, quién tiene mucho siempre quiere más, así que siempre estaba tratando de aumentar su patrimonio como fuera. También recuerdo que el señor Miller rondó y trató de seducir alguna vez a mi madre, que, cuando murió, apenas tenía treintaicinco años. Era sin duda la mujer más guapa del pueblo. Me acuerdo que unos días antes de que mi madre desapareciera, la tal Laura Miller vino a enfrentarse a ella, a la misma puerta de mi casa, porque, según ella, quería joderle la vida a su hombre. Dudo mucho que mi madre estuviera interesada en ese vejistorio. El dinero no era algo atractivo para mi madre. A ella lo que realmente le apasionaba era palpar la sensación de libertad plena corriendo por sus venas. Siempre se rodeó de hombres guapos y sobre todo interesantes, aunque nada acaudalados. Pero, tuvo mala suerte en el amor. Así como yo.

Pienso en lo que me dice el sheriff Johnson y no puedo evitar la pregunta. Si Jesse estuvo con Laura Miller la noche del crimen de Mary Jane es que seguramente tuviera un affaire con esa odiosa mujer.

— Erik, entonces, ¿Jesse Jackson y Laura Miller...? – Dejo la pregunta en el aire. Se sobreentiende lo que quiero saber. Aunque, no sé si quiero saberlo.

— Algunos dicen que ella está encaprichada desde hace años con ese chico. Otros culpan a Jesse, por ser el seductor más fiero de todo el estado y seducirla. – Me informa Sandra, la prometida del sheriff. Es bastante cotilla la mujer, pero ahora mismo me viene muy bien su colaboración. La escucho con atención. – Muchas malas lenguas son las que dicen que Laura Miller ya buscaba de forma descarada a Jesse Jackson antes de que su marido desapareciera. La verdad es que Jesse nunca le ha hecho especial caso, quiero decir, sí que se le ha visto varias veces con ella, pero también con casi todas las demás mujeres y ese chico no sabe lo que es tener una relación seria. Laura y él han tenido sus idas y venidas. – Suspiro decepcionada. Aunque lo sabía, no quería oír tan nítidamente que Jesse no busca más que pasar un rato con las mujeres. Y no es que yo quiera tener una relación duradera con alguien como él. Pero me da miedo encapricharme del destrozacorazones número uno.

Ese es el tipo de situaciones en las que suelo caer con facilidad. Bueno, creo que todos en cierto modo somos débiles ante lo prohibido. Es una condición del ser humano. Lo he comprobado durante los años que llevo trabajando como policía.

— ¿Cómo es eso de que el Señor Miller desapareció? – Pregunto curiosa.

Siempre pensé que él podría tener algo que ver con la muerte de mi madre. Al menos, era el único del pueblo con el suficiente poder para borrar pruebas y, en el caso de mi madre, nunca se encontraron tales pruebas.

— Desapareció hace algo más de once o doce años... no estoy seguro. Puede que trece. Al parecer, justo después de una gran disputa que tuvo lugar con una familia del pueblo. Pero no sé nada. No se habla de eso desde que llegué aquí. Ese hombre siempre andaba metido en líos. – Me informa Erik.

— Debe estar más que muerto. – Me dice Sandra.

— Yo también lo creo, cariño. – Añade Erik. – El Señor Miller se metió en asuntos algo turbios y, por lo visto, tenía siempre al antiguo sheriff pisándole los talones durante los últimos años que se le vio con vida. Y, desde entonces, muchas lenguas dicen que la salud del Señor Miller se resintió. Tenía mala cara y casi no se dejaba ver en público.

— La cuestión es que desde que su marido desapareció, Laura no paró de perseguir a Jesse. Sólo tuvo líos con otros hombres durante los años en los que Jesse Jackson estuvo lejos de Red Stone Lake. De hecho, se fue poco después de que el Señor Miller desapareciera. Se aburriría de ella... – Prosigue Sandra con su labor de cotilla del pueblo. Y a mí me da en qué pensar que Jesse se marchara del pueblo después de una desaparición. Se supone que si el Señor Miller no estaba lo tendría más fácil para mantener un idilio con Laura Miller, con la cual, al parecer, continúa medio enganchado a pesar de los años que han pasado. A no ser, claro está, que huyera precisamente del compromiso.

— ¿Por qué se fue Jesse? – Continúo con el interrogatorio.

— Una discográfica de Nueva York le ofreció un contrato. El chico canta muy bien y compone con la guitarra. – ¡Oh, vaya! ¡Eso no lo sabía! ¡Un rompebragas cantarín! Qué peligro... – Estuvo como cuatro años en Nueva York, pero, durante unas vacaciones que pasó en el pueblo, su madre falleció repentinamente y ya sabrás que su padre se fue unos años antes sin dejar ni rastro, así que tuvo que quedarse aquí y hacerse cargo de su hermano menor. – Dios, eso sí que es conmovedor.

— ¿La señora Jackson falleció?

— En un accidente de coche. Jesse estaba aquí pasando unas vacaciones

cuando eso sucedió. El camionero que conducía el camión contra el que chocó su madre se dio a la fuga. Desde que Jesse volvió, se dedica a reparar instrumentos musicales y coches antiguos para sobrevivir y para pagarle los estudios a Kevin, su hermano pequeño, que está ahora mismo en la universidad de Oklahoma. – Me dice Erik con cara de entierro. Kevin debe tener ya dieciocho años... Cómo pasa el tiempo. Era sólo un crío de cinco años cuando me fui.

— Pero todos sospechan que se tiene que dedicar a algún asunto turbio para poder pagar la universidad de su hermano, todos sabemos que eso es mucho dinero. – Añade Sandra. Quizá por eso no le atraigan los polis. Tiene sentido.

— ¡Oh! – Exclamo. Jesse Jackson es un peligroso seductor de mujeres, pero, a la misma vez, es un hermano mayor entregado y responsable, que ha sido capaz de renunciar a un brillante futuro como artista por el futuro de Kevin. Tengo mucho en lo que pensar. – Entonces, ¿qué hay exactamente en la actualidad entre Jesse Jackson y Laura Miller? – Pregunto con la esperanza de que me digan que nada serio y poder al menos comenzar a plantearme si culminar o no con Jesse lo que un día empezamos.

— Nada serio. – ¡Bien! Sandra me confiesa justo lo que necesito oír. – A veces parece que están encandilados el uno del otro, otras veces se ignoran y en ocasiones da la impresión de que se odian con todo su ser. No hay manera de seguir ese culebrón. Han protagonizado varios escándalos en el pueblo. Laura Miller le ha montado numeritos en varias ocasiones al tener en conocimiento enredos de Jesse con alguna chica. Pero cuéntenos Sam, ¿qué es lo que pretendías tú con ese seductor sin remedio? ¿Teníais una cita? – Me aclaro la garganta.

— Oh, no, no, no. – Me precipito. En realidad, no sé muy bien qué teníamos. O... tenemos. Hemos quedado en vernos en el Donna's. – Sólo somos viejos conocidos. ¡Vecinos! ¡Vamos a ponernos al día de nuestras vidas.

— A Jesse no le gusta mucho tener trato con la policía. – Me informa Erik. Me entristece ese comentario. Aunque, por otro lado, ya lo había intuido.

— Él todavía no sabe a qué me dedico. Y, por favor, no quiero que nadie del pueblo lo sepa aún. – Pido. Erik asiente. – A lo mejor consigo así unas cuantas confesiones que puedan sernos útiles, sheriff, mientras tanto.

— ¡Me parece bien! – Comenta el sheriff ilusionado. – Eso puede ser

bastante interesante, Sam.

Toda esa conversación en casa del sheriff me da mucho en qué pensar. Me acuerdo de mi madre y de su misteriosamente muerte, pienso en esas dos chicas y trato de encontrar algún motivo que las vincule (aunque todavía no tengo información suficiente para ello). También evalué las diferentes hipótesis sobre la relación que puede haber entre Jesse Jackson y Laura Miller. El sheriff y su prometida dicen que no hay nada serio, que Jesse rehúye del compromiso, pero algo debe de haber para que un simple lío haya durado tanto en el tiempo.

De camino al Donna's, en el coche patrulla del sheriff Erik, miro por la ventana y recuerdo algunos capítulos de mi niñez por estas calles. Muchos de esos recuerdos también incluyen a Jesse. Eran muchas las veces que me lo cruzaba por casualidad en verano por las calles, sobre todo en mi último año viviendo en Red Stone Lake, y solía ponerme hecha un flan, exactamente igual que ahora lo estoy. Pero él y su presencia hacían que los veranos fueran emocionantes, placenteros y estimulantes en este pueblucho.

Estoy emocionada como una niña pequeña por volver a tener cara a cara a Jesse Jackson, aunque todas las señales me alerten de que debo mantener las distancias con él.

Sin embargo, soy policía, y bastante buena en mi trabajo, así que trataré de examinar la situación bien para no correr grandes riesgos con el hombre que ha ocupado el protagonismo de los sueños más eróticos de mi existencia.

De pronto, un pitido en mi teléfono móvil me informa que he recibido un mensaje. Supongo que es Nelson y tranquilamente saco el móvil del bolsillo de mis pantalones para comprobarlo. ¡Mierda! ¡Es Mat!

**“Ojalá estuvieras aquí. Sé que he sido un cobarde, pero no puedo sacarte de mi mente por más que lo intento, Sam. Quiero pensar que la vida volverá a darnos una oportunidad... con el tiempo, quizá...”**

Mi pulso tiembla mientras leo sus palabras. Sigue en línea y sigue escribiendo. ¡Joder, Mat! ¡¿Qué cojones pretendes?!

**“¡Dios! ¡No debería estar escribiéndote, Sam! Me prometí a mí mismo que te olvidaría y te dejaría hacer tu vida como si yo no existiera. Pero, simplemente no puedo arrancarte de mi pecho.”**

Cuando el labio inferior comienza a temblarme y sé que irremediablemente me voy a poner a llorar de un momento a otro, decido apagar el móvil y no seguir leyendo las venenosas palabras de Mat.

— ¡Ya estamos en el Donna's! – Me avisa Erik. Lo miro con el miedo queriendo salir por mis ojos. Él se da cuenta. – ¿Estás bien, Sam? – Sacudo la

cabeza. No quiero hablar o comenzaré a llorar. – ¿Quieres mejor ir a casa? – Asiento rápidamente. Erik también asiente y vuelve a poner el vehículo en marcha.

No pregunta nada por el camino y yo lo agradezco. No quiero hablar ahora mismo. Sólo quiero llegar a casa, encerrarme en mi habitación y descargar una llorera que llevo aguantando durante muchos días.

No debería llorar por un tío. Odio hacerlo. Pero, de alguna manera tengo que conseguir sacar toda la rabia y la tristeza que me aplasta el pecho desde dentro, para después, volver a ser la mujer alegre y valiente que siempre he sido.

En estos momentos no me acuerdo de Jesse ni de que lo he dejado plantado en ese bar, supongo que él tampoco tendrá mucho problema en encontrarme sustituta. Y, si después de mi desplante, decide que no quiere nada conmigo, a lo mejor me estará haciendo un favor.

Ahora mismo lo único que ocupa mi cabeza es Mat, sus besos, sus promesas rotas y su decisión de apartarme de su vida para siempre y ser feliz con la que de verdad es su familia.

Nunca debí haber dejado que la cosa fuera a más entre Mat y yo. Podría haber continuado con mi trabajo y con su presencia si todo hubiese quedado en una mera atracción mutua sin más, si nunca hubiese degustado el placer de estar entre sus brazos, de sentirme querida. Pero, ahora, lo único que quiero es volver a cruzarme con su mirada, con esa forma en la que me mira, sentir su abrazo, sus caricias, su piel...

Puede que Nelson tuviera razón cuando decía que necesitaba conocer más hombres. Hace mucho que no he dejado a un hombre entrar en mi vida porque me parecían una pérdida de tiempo para alcanzar mi objetivo profesional. Ahora veo que tenía razón. Pero también, me doy cuenta de que no puedo dar la espalda a la necesidad de piel que todo ser humano siente, porque, tarde o temprano, llama a tu puerta para suplicarte a gritos que atiendas a sus necesidades.

Erik me deja en la puerta de mi casa. Me pregunta si estoy bien de nuevo y asiento, pero rápidamente me introduzco en la vieja vivienda para que no vea que algunas lágrimas ya han comenzado a asomar.

No es justo.



No he hecho nada para merecer esto.

No he sido una buscahombres. No he hecho más que luchar por mi pasión, que es mi trabajo, y, sea como sea, me veo tan perdida como cualquier estúpida enamoradiza y dependiente de hombres. Como mi madre.

Arrastrando los pies me dirijo a mi habitación con cinco botellines de cerveza en los brazos. Me dejo caer sobre la cama y al fin consigo soltar gran parte de la amargura que me persigue desde hace días.

Me espera una llorera antológica.

\*\*\*\*\*

A media noche unos golpes me despiertan súbitamente. ¿Qué demonios es eso? Un sonido atronador proviene de la parte baja de mi casa. Doy un respingo de la cama y, rápidamente me hago con mi pistola, compruebo que está cargada y bajo cagando leches, pero sigilosamente, escaleras abajo, apuntando con mi pistola a todas las direcciones.

¡Viene de la puerta de casa! Alguien la está aporreando. ¿Qué cojones? ¡Son las tres de la madrugada! Me acerco hasta una de las ventanas para mirar disimuladamente quién es. Muevo un poco la cortina y de repente me encuentro con unos ojos azules muy cabreados mirándome fijamente. ¡Mierda!

Abro la puerta resoplando.

— ¿Qué demonios quieres a estas horas, Jesse? – Le grito a la cara. ¡El muy imbécil me ha dado un susto de infarto!

— ¡Habíamos quedado en el Donna's! – Me reprende apuntándome con el dedo. Pongo los ojos en blanco.

— ¡Lo sé! ¡Pero no me encontraba bien para ir! ¡Lo siento, ¿vale?! – Digo levantando las manos. Él da un paso atrás.

— Joder. ¿Qué haces con una pistola? ¡Eh! ¡Tranquila! – Levanta las manos y me hace reír.

— ¡Vamos, no te voy a disparar, Jesse Jackson! Tranquilo. – Dejo la pistola sobre una mesita que hay junto a la puerta y vuelvo a mirar a Jesse. Parece que ha estado bebiendo. Le doy un repaso de arriba abajo. Él también a

mí. – ¿Qué pasa? ¿No has encontrado ninguna chica mona para divertirte hoy? – Pregunto divertida, cruzándome los pies y apoyándome sobre la puerta de la casa, que sujeto con mis manos.

— ¡El plan era divertirme contigo, imbécil! – Vuelve a refunfuñar. – ¡Eres la primera tía que me deja plantado y tenía que saber por qué! Supuse que tenía que ser algo gordo para que no vinieras. – Vuelvo a poner los ojos en blanco. ¡Es un engreído! – ¡Eh! ¡No me pongas esa cara Sammy! ¡Dime por qué narices no has venido! – Vuelve a apuntarme con el dedo. Lo miro con cara de matona a sueldo y me acerco un paso a él para que me pueda ver bien en la oscuridad de la noche y vea que mi cara no refleja ninguna debilidad por él. – Oye, tú has llorado. – Me dice al verme mejor y me corta lo que iba a decir.

— Eh... ¿yo? No...

— ¡No mientas! ¡Tienes los ojos hinchados! No me había dado cuenta antes porque has salido en bragas y me habías despistado con tus piernas. ¡Pero, mírate! ¡Con lo buena que estás y me traes esa cara de entierro! – ¿Qué? ¡Joder! ¡Sólo llevo una camiseta vieja raída y unas bragas de abuela! Vuelvo a esconderme tras la puerta.

— Oye Jesse, es tarde. Otro día nos tomamos esa cerveza. Al fin y al cabo, no tengo escapatoria. Estoy condenada a permanecer en este pueblucho. – Digo cabizbaja.

— ¿Por qué? – Pregunta extrañado. Yo sólo levanto los hombros sin dar más explicación. – Dime qué te pasa, Sammy.

— Jesse, llámame Sam. Y no vamos a hablar de los problemas de mi vida ahora mismo. ¡Son las tres de la madrugada!

— Yo puedo animarte. – Da un paso en mi dirección y me dedica una mirada fiera. ¡Oh, no, no, no! ¡Ahora mismo no estoy para estas cosas! Me he pasado horas llorando por el capullo de Mat y sigo dolorida por dentro a causa de la pena.

— Jesse, para. – Le detengo con mi mano en su pecho.

— ¿De verdad no te gusto? – Pregunta extrañado con cara de perrito abandonado. Sonríe. Me hace gracia su interpretación. ¿En serio cree que me voy a tragar ese papel de niño bueno e inocente?

— Estás bueno. – Digo despreocupadamente. – Creo que eso ya lo sabes.

— Entonces, ¿por qué no me dejas que te anime un poquito? – Esa mirada es irresistible, lo admito. Y más cuando siento sus brazos alrededor de mi cintura apretándome contra él.

Esa mirada me hace sonreírle sin parar y también hace que me quiera perder en él. Pero hoy no estoy en plenas facultades para degustar este caramelito. Así que cuando comienza a besuquear mi cuello y la piel de mi cuerpo se eriza como acto reflejo a sus caricias me separo.

— Jesse... por favor, no. – Digo casi en un gemido. Me mira herido. – Hoy no.

— Samantha Gómez. Me estás rechazando. No lo puedo creer. – Hace una cara de pucheros muy infantil y teatral.

— Sí, pero sólo por hoy. – Acaricio su cara y, sin darme cuenta ni pensarlo, acabo dándole un suave y sensual pico en los labios. Él aprovecha mi arrebato y vuelve a apretarme contra su cuerpo.

— Si presiono un poco más caerás. – No estoy dispuesta a admitirle a este engreído que tiene toda la razón.

— Buenas noches, Jesse Jackson. – Me beso mi dedo índice, después lo poso en sus labios y me deshago de su abrazo para entrar de nuevo en casa. Antes de cerrar le guiño un ojo y saboreo su cara de estupor mientras cierro la puerta.

Esto ha estado mejor que un polvo. Jamás pensé que la sensación de poder sobre un hombre pudiera ser tan placentera. Sin tan siquiera haber saciado mi apetito sexual.

Subo las escaleras con una gran sonrisa pintada en la cara hacia mi habitación. Gracias a la irrupción de Jesse mi amarga noche se ha convertido en algo esperanzador.

Creo que comienza una partida de un juego muy emocionante en mi vida. Algo que no me da tanto miedo como abrir mi corazón, mi cuerpo y mi alma a un hombre.

A la mañana siguiente, me despierto de bastante buen humor. Sigo acordándome de la cara de Jesse al cerrar la puerta. Su boca abierta, sin creerse que le estaba diciendo que rechazaba su oferta de una noche apasionada.

No tengo nada para desayunar, pero tampoco me importa. No tengo mucha hambre. A pesar de que Jesse me animara algo, sigo con esa sensación de tener un nudo en el estómago.

Así que con un café cargado está bien.

Reúno las fuerzas suficientes para volver a encender mi móvil y me alegra comprobar que Mat no me volvió a escribir nada más anoche. Lo que sí tengo son varias llamadas perdidas de Nelson y un mensaje de él en el buzón de voz.

**“¡Sam! ¡Aunque no te importe una mierda, te llamaba para decirte que he llegado sano y salvo a Chicago! Te echaré de menos por aquí. Aunque veo que vas a estar entretenida con el guaperas ese que te robó el corazón cuando eras todavía un alma cándida. ¡Jajajaja! ¡No me lo niegues! ¡Sé que es él! Te vi la cara de colegiala enamoradiza y comprobé como te temblaba todo el cuerpo. ¡Hazme el favor y dale una alegría a ese cuerpo! Te queremos Sam. Vuelve con fuerzas.”**

— ¡Maldito negrata! – Le grito a mi teléfono. – ¡Me conoces demasiado bien!

Sacudo la cabeza y me rio de mí misma. Soy patética. Debería haber echado un polvo con Jesse y después patearle ese culo tan bonito. Habría cubierto todos mis deseos; los físicos y los emocionales.

Ahora vuelvo a tener un calentón del quince al pensar en ese culo.

Así que, como remedio, decido ponerme ropa de deporte y salir a correr un poco por ahí. Así descargaré un poco de adrenalina.

Menos mal no es demasiado tarde y el sol todavía no ha salido en todo su esplendor.

Comienzo a correr en dirección a ninguna parte con un poco de música

estimulante seduciendo mis oídos. La música siempre saca lo mejor y lo peor de uno. Depende de la elección que hagas. Yo he decidido algo de rock sureño y la verdad es que me ayuda bastante a coger un buen ritmo en mi carrera.

Pero cuando “Halestorm” comienza a cantar <<All I wanna do is make love to you>> Jesse aparece en mis pensamientos de nuevo sin pedir permiso. La verdad es que debería echarle un polvo ya y cortar esta estupidez de “adolescente con un tema pendiente” de una vez por todas. Sé de buena mano que Jesse no es el tipo de tíos que a mí me atraen. Es un caramelito, sí, pero dentro de esa bonita carcasa no parece que haya nada interesante ni de provecho. Y ni siquiera lo conozco. Nunca hemos tenido una conversación sobre lo que somos o queremos ser. Así que debería ser simplemente una buena distracción para esta alma malherida.

Aunque, por otro lado, no sé si quiero arriesgarme a que, ahora que estoy tan débil anímicamente, un sujeto como él pueda tener acceso a mis sentimientos de algún modo.

De pronto, siento una presencia a mis espaldas mientras corro. Me giro y me encuentro a Jesse corriendo justo a mi lado. Me mira sorprendido. ¿O se está haciendo el sorprendido? Me quito uno de los auriculares.

— ¿Qué haces? – Le digo.

— Parece que lo mismo que tú. Desahogar mi cuerpo un poco. – Dice alcanzándome y corriendo junto a mí. Tiene una de esas sonrisas pícaras en el rostro. Hace que me ría de nuevo y sacudo la cabeza.

— Podrías haber recurrido a la masturbación. – Le digo haciéndome la graciosa. Pero creo que no le hace mucha gracia. Levanta una ceja mirándome con recelo. – O una ducha fría. – Lo intento de nuevo y nada. Se pone más serio y suspira.

— Tú también. No está bonito que se ría de un pobre hombre rechazado y plantado, Señorita Gómez. – Vaya, sí que se ha puesto serio.

— ¡Eh! ¡No te lo tomes así! – Le doy un codazo mientras continuamos nuestra carrera para que vuelva a sonreír, pero no lo hace. – Te dije que en otra ocasión.

— En otra ocasión, ¿no? – Vuelve a mirarme haciéndose el digno. Yo le sonrío con mi mejor cara de niña buena. – Si no está proponiéndome ya en qué

dichoso momento desea saciar sus necesidades conmigo, es que me sigue dando largas, Señorita Gómez. No soy tan ingenuo para no saber eso. Conozco a las mujeres.

— ¡Oh! – Contesto noqueada. Quizá sí que le esté dando largas. Me da bastante respeto acercarme tanto a él. No me fio de Jesse Jackson con las mujeres ni un poquito. Pero... le deseo... Menudo dilema.

— ¿Has desayunado? – Cambia el tema de conversación.

¿Me va a invitar a desayunar? ¡Bien! A lo mejor así consigo que vuelva a verme como fuego amigo. Y un desayuno es un escenario lo bastante inocente como para que no tenga que verme en un compromiso con él.

Por ahora no estoy lista para un hombre tan experto y tan seguro de sí mismo. Me he dado cuenta de eso. A lo mejor si juego un poco antes conseguiré así tener un poco de control de la situación.

— No. – Sacudo la cabeza sonriente para decirle que no he desayunado y que acepto su invitación.

— Bien, pues deberías desayunar al llegar a casa. – Dice y comienza a correr a toda prisa, dejándome atrás y desorientada con su respuesta.

Intento correr con todas mis fuerzas para alcanzarlo de nuevo, sin embargo, estoy tan agotada después de una hora y media corriendo que las fuerzas me fallan y pierdo de vista a Jesse en el horizonte.

De camino de regreso a casa me voy maldiciendo por el camino. Vale, ya sé que no estoy preparada para controlar lo que pase con el seductor de Jesse Jackson, pero tampoco quiero ahuyentarlo todavía. Sé que cuando vuelva a recuperar un poco de confianza en mí misma necesitaré desplegar mis encantos femeninos con alguien y él es que es tan exquisito para la vista que no me importaría nada que jugueteáramos juntos. Estaría genial comenzar esa nueva etapa de mujer abierta a la sexualidad con él.

Aunque creo que lo he espantado definitivamente.

Alguien como Jesse Jackson no acepta bien las negativas. Y yo, no sólo lo dejé plantado ayer en el Donna's, sino que también le cerré las puertas en las narices cuando vino a buscarme de madrugada.

Al menos puedo decir que no he salido muy mal parada con él.

Paro de correr cuando ya veo mi casa de fondo y continúo mi camino andando, agotada y sin aliento. Me quito los auriculares y, cuando ya estoy frente a mi casa, estiro un poco los músculos.

Creo que voy a darme una ducha fría y a visitar la tumba de mi madre y el archivo de la ciudad. Sé que estoy de vacaciones forzosas y que no puedo ni debo ponerme a trabajar. Pero tampoco quiero pasarme el día entero metida en casa sin saber qué hacer y destrozándome los nervios pensando en Mat y su mujer. Así que iré al archivo a recopilar toda la información que continúe habiendo sobre la misteriosa muerte de mi madre e investigaré un poco sobre ello. Si me hice policía, esa fue una de las razones. Me gustaría ser capaz de dar con el artífice de la muerte de mi madre y mirarlo cara a cara para escupirle algunos de los peores insultos que existan.

Cuando ya estoy terminando de estirar una voz me saca de mis pensamientos.

— Mmmm, tienes mucha flexibilidad. Interesante. – Proviene del porche de mi casa. ¡Es Jesse! ¿Qué hace ahí? Sonrío abiertamente. No suelo sonreír nunca de este modo, pero tengo que demostrarle que no soy del todo indiferente a sus encantos y que no soy su enemiga.

— Hola otra vez, forastero.

— Pero eres lenta corriendo. – Me reta. ¡Será cabrón! Desde niña he odiado ser menos fuerte y rápida que los hombres. Odio la desventaja física que nos ha otorgado la naturaleza. Creo que la carcajada que suelta es gracias a mi cara de malas pulgas. – Anda ven, desayuna algo. – Me dice. Subo los escalones de mi porche preguntándome a qué se refiere y me encuentro que, sobre una mesita de madera que antes no estaba ahí, ha colocado un desayuno para dos digno del bufé de cualquier restaurante de hotel de cinco estrellas. ¡Hay de todo! Rosquillas, panes, bizcochos, zumos... Lo miro embobada. – Deberías tener hambre después de tanto deporte. – Dice y se encoge de hombros.

— ¿De dónde has sacado todo esto? – Señalo la mesa incrédula.

— Me levanté temprano con un dolor de huevos impresionante por culpa de una niñata escurridiza y decidí que, si al menos una parte de mi cuerpo se iba a quedar con las ganas, podría llenarme la panza a gusto. – Dice en tono juguetón y suelto una carcajada. – Ríete mientras puedas. – Amenaza con su dedo índice apuntándome. – Pero quien ríe el último, ríe mejor. Al final caerás y

lo harás tú solita. – Mis ojos se abren de par en par cuando escucho un comentario tan prepotente. – Luego me di cuenta de que no quería desayunar solo. No me gusta hacer cosas solo. Así que vine, y como tú no estabas o no me querías abrir, dejé todo esto aquí y decidí salir a correr un poco para desahogarme. ¡Y mira por donde, te encontré! Así que ahora sírveme una maldita taza de café y desayunemos en paz, Señorita Gómez. – Me ordena y yo no puedo hacer otra cosa que hacerle caso con una gran sonrisa en mi cara.

Entro en mi casa y vuelvo a poner la cafetera para los dos. Jesse me sorprende por la espalda, doy un salto al notar su presencia tan cerca y él, introduce una rosquilla en mi boca. La muerdo.

— Mmmm, está muy buena. – Digo con voz juguetona.

— Sí que lo está. – Responde, y sé que lo dice con segundas por cómo me mira. ¡Me está dando un buen repaso! – Estás aquí otra vez, Sammy. – Suspira y se muerde el labio. Yo decido que esta vez no le corregiré respecto a mi nombre. Lo ha pronunciado tan sexi que hasta me ha gustado que me llame así. – Creí que no volvería a ver esos enormes y preciosos ojos oscuros otra vez. – Me confiesa, pero parece que lo ha dicho sin querer. Carraspea para retomar el control y se separa de mí. Coge una taza de café y se la lleva hasta el porche. Yo hago lo mismo con la mía, con las piernas un poco temblorosas.

Me siento en una silla, frente a él y decido comer antes de decirle sin querer que yo sí que he pensado en todo su ser durante todo este tiempo.

— Gracias por el desayuno, vecino. – Digo al fin con una sonrisa para romper el incómodo silencio. O, al menos, yo sí me siento algo incómoda con esa mirada tan profunda que Jesse me dedica.

— Es un placer “vecina” – dice acercándose, echando su cuerpo hacia adelante desde la silla en la que está sentado. No puedo evitar mirarle esos labios carnosos ni puedo evitar temblar por dentro al recordar el único beso pasional que nos hemos dado. Si por aquel entonces Jesse besaba bien, ahora debe ser un deleite. – Gracias a ti por la buena compañía. – Carraspeo y sacudo la cabeza para intentar recuperar el control. Bueno, al menos no se ha enfadado conmigo.

— ¿Siempre eres tan encantador con los nuevos vecinos? ¿O sólo con las mujeres jóvenes y bellas como yo? – Digo intentando poner un poco de humor, pero también queriendo saber un poco más de él.



— Soy así de encantador con todos los nuevos vecinos, no sólo contigo. – Se hace el digno, aunque pone una cara muy divertida. – Aunque eres la única nueva vecina que he tenido. Pero no es que esté completamente encandilado con la deliciosa vecinita que solía contemplar extasiado desde mi casa desde que se hizo toda una mujercita. – Añade mientras bebe de su café sin mirarme. ¿Qué? ¿Jesse estaba encandilado conmigo? Abro la boca sin creerme lo que oigo. Finalmente me mira serio. – Come, anda. Haz algo para cerrar esa boca tan apetecible, o te la cerraré yo mismo. – Trago saliva.

— Eres un mentiroso. – Digo finalmente sacudiendo la cabeza y llenando mi boca de comida por miedo a su amenaza de llenarme la boca.

— ¿Por qué lo dices? ¿Crees que no puedo cerrarte la boca durante un buen rato? Es más, estaría muy bien que lo hiciera. – Me remuevo incómoda en mi silla y toso porque un trozo de rosquilla se me ha atragantado.

— Me refería a eso de que estabas encandilado conmigo. No es verdad. No mientas. – Consigo decir.

— ¡Eh! ¡No es mentira! – Echa de nuevo el peso de su cuerpo en mi dirección. – Recuerdo el penúltimo verano que estuviste aquí... ¿cuántos tenías? ¿Dieciséis años?

— Catorce. – Le informo.

— ¿Catorce? Joder... parecías mayor. La cuestión es que de repente te habías convertido en una mujer increíble. Preciosa. Casi no pude creerlo el día en que te volví a ver y comprobé que te habías convertido en... – me señala de arriba abajo – una maravilla para la vista. – Me sonrojo y tengo que apartar la mirada de él para que no note mi nerviosismo. – Recuerdo ese día que, después de pasarme meses fuera, en el campus universitario, llegué a casa, te vi salir y te pusiste a tender la ropa en tu porche. Yo apenas estaba llegando a casa en el coche de mi padre para pasar aquí el verano. Lo recuerdo perfectamente. Me costó reconocerte, Sammy. – Me dice sonriente y señalándome con la mano. Entonces, ¿por eso me miraba tanto? Recuerdo ese día. Salí al porche de casa buscando una excusa estúpida para verlo llegar y me puse a tender toallas. ¡Estaba tan emocionada al ver que Jesse volvía de nuevo para pasar todo un verano en el pueblo! Jesse me miraba de una forma intensa, y yo pensé que era porque por el pueblo se había corrido el rumor de que mi madre se había liado con su padre. Poco después estallarían la bomba del lío de esos dos. – En ese

momento supe que estaba mirando a la mujer más bonita del pueblo. – Me dice seria y seductoramente. Yo estoy alucinando. Pero, de repente, Jesse se acuerda de algo y sacude la cabeza.

— ¿Qué? – Quiero seguir averiguando qué piensa.

— Nada, recuerdo también que pocos días después supe que no podía acercarme a ti. – Se ríe.

— Ya... podías haber acabado preso por liarle con una menor. – Me burlo.

— ¡Eh! ¿Me estás llamando vejstorio? – Arruga la frente y se acerca más a mí, adoptando una posición amenazante. Yo aprieto los labios para no reírme. – Ni se te ocurra o te las verás conmigo.

— Bueno... no tanto, ¿cuántos tienes? ¿cuarenta y cinco? – Sigo con mi burla.

— ¡Idiota! ¡Tengo treinta y cinco! – Da un golpe en la mesa y yo suelto una carcajada impresionante. – ¡Y parezco más joven que tú! ¡No te rías! – Levanto una ceja.

— ¿Más joven que yo? ¡Perdona, yo ni siquiera he llegado a los treinta! ¡No seas envidioso! – Ambos nos miramos serios, pero no dura mucho. Comenzamos a reírnos prácticamente a la vez y acabamos sacudiendo la cabeza. – Tendrás que demostrarme que sigues siendo joven. – No sé de dónde ha salido la osadía para decirle eso, ni tampoco para mirarle tan seductoramente como lo estoy haciendo. Pero no puedo ignorar los hilos que Jesse mueve en mí. Siempre ha sido de lo más apetecible.

— Debería demostrártelo, sí. – Su voz suena ronca, seductora. Y su mirada la acompaña.

— Eso creo yo. – Le devuelvo el pulso de miradas intensas y, durante unos largos segundos, nos quedamos así; comiéndonos con las miradas. Finalmente es Jesse quien rompe el silencio.

— Pero ya me he llevado varias negativas por tu parte. Así que vas a tener que ser tú quien me suplique esta vez. – ¡Cómo! ¡¿Yo?! ¿Suplicar a un hombre? ¡Ja! – Si realmente me deseas tanto como yo a ti, al menos me lo harás saber.

— Jesse yo...

— ¿Tú qué? ¿Qué te pasa conmigo? A veces parece que te atraigo... Pero otras veces huyes sin más... Eres de las personas más desquiciantes que he conocido.

— Jesse, apenas nos conocemos. – Intento explicar mi posición. – Acabo de llegar. No quiero líos con la gente del pueblo, al menos, no tan pronto.

— ¿Qué quieres conocer de mí? Dímelo y yo te lo diré. Pero ya estamos mayorcitos para saber lo que queremos, Sammy.

— ¿Qué quieres tú? – Pregunto y no puedo evitar mi pose de poli de interrogatorio cuando lanzo la pregunta. Jesse se queda durante unos segundos dudando su respuesta.

— Bueno Sammy, es muy pronto para hablar de matrimonio, ¿no crees? – Decide bromear. Yo sacudo la cabeza maldiciendo su falta de seriedad. – Dímelo. – Lo miro confundida. – Dime qué te pasa en realidad. – Si se refiere a lo de Mat, no pienso hablar de ello con él ni con nadie de aquí. Esa estupidez quedó en el pasado, la dejé en Chicago, y estoy aquí para olvidarme de sus consecuencias.

Tengo muy claro que quiero proyectar una imagen seria, sólida y de respeto aquí.

— Nada, no me pasa nada. – Aparto la vista para que no vea la verdad en mis ojos.

— Ya veo. – Lo miro de nuevo para averiguar a qué se refiere. – Hay otro. Por eso viniste, ¿verdad? Estás huyendo de él. – ¿Cómo cojones sabe él eso? – Y tu cara de estupor me lo acaba de confirmar. ¿Qué te hizo? Dímelo y lo pagará. – Dice con mirada fiera. Yo alucino.

— No... yo... vine por temas de trabajo. – Me defiendo. Jesse levanta una ceja y me mira incrédulo. ¡Maldita sea Sam, intenta sonar más convincente! – ¡Jesse, para! ¡Eso que insinúas es una estupidez! ¡Mat no me importa una mierda! ¡Me vine por mi trabajo y...

— ¿Se llama Mat? – Mierda. He sido una bocazas y eso sí que es raro en mí. Una policia tan seria como yo jamás dice imprudencias. ¡Sin duda la culpa es de Jesse por ponerme tan nerviosa! – Dímelo, Sam ¿Qué cojones te hizo? Si quieres que le dé un susto sólo tienes que...

— ¡¿Qué?! ¡¡No!! ¡Jesse, para ya! – Me levanto de la silla. ¡Estupendo! ¡Ya ha conseguido que me vuelva a sentir incómoda con él! Comienzo a dar vueltas y a tratar de controlar las ganas de llorar.

— Tranquila Sammy, lo olvidarás. Olvidarás a ese capullo. – Escucho decir a su voz y me giro. Lo encuentro en pie, frente a mí, buscando mi mirada perdida, herida. ¡Maldita sea! Me acuerdo tanto de Mat... Jesse sujeta mi barbilla para que le sostenga la mirada y me sonrío. – Yo haré que lo olvides, pero serás tú quién me busque esta vez. Me suplicarás que te posea como ningún hombre lo ha hecho jamás. – Abro la boca para contestarle que es un engreído y un chulo, y que, la lleva clara si piensa que voy a buscarlo yo.

Pero, entonces, siento la calidez de sus labios sobre los míos. Succiona mi labio inferior con mágica sensualidad y yo, me quedo paralizada. ¡Dios, Jesse me está besando! ¡¿Qué hago?! Debería echarle ahora mismo un polvo de campeonato. ¡Sí! ¡Lo deseo muchísimo! Y puede que así comience a olvidar al gilipollas de Mat. Pero, ¿y si caigo en las redes de alguien aún peor que Mat? ¿Y si caigo en las redes de Jesse?

¡Oh, por todos los dioses, siento su lengua dibujando mis labios! Me hago líquido, sobre todo, cuando aprieta mi trasero y me clava contra su erección. ¡Oh, joder, joder!

¡A la mierda! Finalmente le respondo al beso, cerrando mis ojos y disfrutando de esa maravillosa química que vuelve a aparecer entre Jesse y yo.

Cuando es su lengua la que siento enredarse con la mía todo comienza a dar vueltas. Sus labios son mucho más deliciosos de lo que yo recordaba. Jamás un beso me ha hecho sentir tan desesperada y hechizada. Sin duda, el tiempo y la experiencia han jugado a favor de este impresionante seductor. Mis terminaciones nerviosas se estremecen y siento un pellizco opresor en el estómago que me pide más.

Más, quiero más.

Levanto mis manos y acaricio su barba de dos días, él sujeta mi cara con una de sus manos, acariciando mi mejilla con su pulgar.

¡Quiero más!

Estoy a punto de perder el control y lo sé. Mis manos cobran vida propia y se enredan en su pelo, aprisionándolo contra mí, para buscar su boca con

salvajismo. Gimo.

— Jesse... – Suspiro en sus labios.

— Sammy. – Gruñe él mientras se abalanza sobre mí y me estrella contra la puerta de la casa.

¡Por favor! ¡¿Cómo paro esto?! ¿Quiero pararlo?

¡¡¡¡NO!!!!

Enrosco una de mis piernas en su cintura mientras nos devoramos las bocas y nuestros gemidos van subiendo de decibelios. Jesse me ayuda, levantando mi trasero con sus manos y se clava más en mí. En el centro de mi cuerpo. Y, a pesar de la ropa, lo siento como si me llegase al alma y yo también me aprieto contra él.

— Pídemelo Sammy. – Susurra en mis labios. – Pídeme que te folle. – Maldita sea. Yo... ¡No soy capaz de decir algo así! Es demasiado... oscuro. La cabeza me da vueltas. ¡Para Sam! ¡¡Para ahora mismo!!

— Jesse, para. – Casi no me sale la voz del cuerpo, pero consigo decirlo.

Lo malo es que me hace caso y se para. Me mira jadeante. Y, entonces, soy consciente de que no quería que lo hiciera. No quería que parase. ¡Maldita bocazas soy! Aunque, también soy consciente de que jamás seré capaz de suplicarle que me folle. No lo he hecho nunca y mi ego de mujer independiente me lo impide. Es como un acto reflejo.

— ¿De verdad quieres que pare? – Pregunta perturbado.

— Sí. – Dicen mis labios, aunque mi mente grita que no, frustrada.

Jesse suspira y apoya su frente en la mía. Quiero besarle de nuevo. Lo deseo muchísimo. Pero me quedo inmóvil saboreando su todavía cercanía. Con un gran esfuerzo acaba por separarse de mí. Me mira de arriba abajo y frunce los labios.

— Adiós entonces, vecina. – Se gira sobre sus talones y se va.

¡Se va! ¡Mierda, mierda! ¡Sam, piensa en algo que le haga quedarse, rápido! O al menos para que no se vaya así, tan decepcionado.

No consigo reaccionar y me quedo apoyada en la puerta de mi casa viendo

como Jesse se aleja de mí sin mirar atrás hasta introducirse en su vivienda.

    Mi mente está sufriendo una sobrecarga de información que no sabe cómo ni dónde colocar: Mat, Jesse, mi trabajo, mi ego de mujer independiente, mi... vida. ¿Qué debería hacer?

Después de darme unos cuantos cabezazos contra la pared, una ducha fría y aguantar la reprimenda de Nelson por teléfono diciéndome que soy una imbécil por haber espantado así a Jesse, decido ocupar mi mente en otra cosa que no sean hombres. Definitivamente no estoy hecha para lidiar con ellos. ¡Son un maldito grano en el culo! ¡¿De verdad necesito uno?! ¡Siempre he estado sola y no me ha ido tan mal! ¿No?

La cuestión es que, me visto con el vestido de flores que tanto le gustó a Jesse por si me lo cruzo después y decido ir primero a visitar la tumba de mi madre y después al registro de Red Stone Lake y rebuscar entre tanto papeleo por si hubiesen conservado algo de la investigación de la muerte de mi madre. Siempre sentí curiosidad, aunque dudo mucho que el culpable siga por aquí, o tan siquiera vivo... ¿Quién sabe? Sin embargo, siempre tuve la necesidad de conocer mejor a mi madre y a sus circunstancias. Cuando murió yo sólo tenía quince años y, por aquel entonces, jamás me preocupaba por su vida, si estaba bien, si era feliz, si necesitaba hablar sobre algo... estaba demasiado absorta en mis problemas de adolescente encandilada por su vecino irresistible.

Se me escapan unas lágrimas cuando tengo frente a mí la lápida de piedra gris que me recuerda que bajo ella yace el cuerpo sin vida de la persona más importante de mi vida; mi madre. Deposito junto a ella un ramo de margaritas amarillas y acaricio la fría piedra.

— Mamá, he vuelto. — Le digo con ternura. — Ojalá tú pudieses decir lo mismo. El destino me ha traído de vuelta a este cálido lugar del mundo y, me gustaría pensar que lo ha hecho para hacerte justicia. Te sigo queriendo infinito, mamá.

Las palabras se me atragantan en la garganta y decido darme media vuelta antes de dejarme arrastrar por una llorera de campeonato.

Voy a honrarla de otra forma; haciendo justicia, que es lo que mejor sé hacer.

Así que me voy dando una caminata hasta el Archivo Municipal de Red Stone Lake, que contiene el registro de todos los casos que han sucedido en el

pueblo que están ya cerrados o sobreseídos por haber prescrito.

Durante mi paseo voy reviviendo momentos de mi niñez por las calles de Red Stone Lake. Muchos recuerdos son con la compañía de mi madre, otros con Tony, mi amigo de la infancia y también recuerdo momentos en los que me encontré por sorpresa con Jesse por el pueblo. Estos últimos recuerdos me hacen sonreír. Sobre todo, al recordar lo sumamente nerviosa que me ponía al ver a Jesse. Me temblaba todo el cuerpo, hiperventilaba y no era capaz de emitir palabra en su presencia.

Una vez en el Archivo Municipal, después de rebuscar un buen rato, me encuentro una caja recubierta de polvo con las palabras que quería encontrar escritas sobre ella: **Victoria Gómez**.

Mamá...

Rápidamente cojo la caja y la apoyo sobre una mesa de metal. La abro con sumo cuidado mientras siento cómo el corazón me late a mil por hora. No tengo ni idea de qué voy a encontrarme, pero sea lo que sea espero que me acerque más a la figura de la mujer que me dio la vida.

Lo primero que veo son unos papeles pertenecientes al informe del caso. En primera página, sus datos personales: nombre, fecha y lugar de nacimiento, nacionalidad, permiso de residencia y... una foto de mi madre. Suspiro y ahogo un gemido al verla. Yo no conservo ninguna de sus fotos, sólo una de cuando yo no era más que un bebé y donde una jovencísima Victoria de unos veinte años besa con cariño a su pequeña Samantha. Ese es el único recuerdo que me pude llevar de ella a Chicago, y, porque lo escondí.

Cuando mi madre falleció, mi tía Ivonne me acogió y me quedé a vivir con ella y con su hija, mi prima Nicole, hasta que me independicé. Mi tía Ivonne me crio como una hija más, pero a cambio me hizo prometer que nunca más mencionaría el nombre de mi madre y trataría de olvidarla, para no hacernos daño, supongo.

Tampoco sé qué ha sido de las fotos y pertenencias que quedaron en mi casa cuando me fui... no se lo he preguntado a Erik, aunque supongo que algún día lo haré.

Si mi tía estuviera viva, le daría un infarto si supiera que he vuelto a Red Stone Lake. Mi pobre tía murió hace tres años de un cáncer bastante rápido y



agresivo.

Contemplo la foto de mi madre, mi estrellita en el cielo, y no puedo evitar que se me cristalice la mirada. ¡Me has hecho demasiada falta, Victoria! ¡Mírame! He conseguido ser Detective de la policía de Chicago en un tiempo récord, he hecho cosas que jamás te imaginarías, pero, no he podido lograr sentirme querida de nuevo. No cómo lo fui contigo...

Sigo observando el informe y nada de lo que leo me sorprende en absoluto, hasta que, llego a la parte en la que detallan el currículum de mi madre. ¡Yo no sabía que fue camarera en un bar de carretera cuando yo apenas tenía seis años! El bar Lucky. Y que... trabajó en la casa de los Miller haciendo las tareas domésticas cuando el Señor Miller y Laura Miller apenas estaban recién casados... ¡Joder! Yo ya tenía catorce años por ese entonces. No sabía nada de mi madre. Sigo leyendo con detenimiento algunos de los trabajos que mi madre realizó y anoto las direcciones que el informe posee en mi móvil. Quizá alguien recuerde algo de su misteriosa desaparición y posterior muerte.

Pero, sin duda, lo que más me perturba es que falta una hoja del informe, la que detalla detalles de la vida de mi madre durante sus últimos años de vida. ¡Alguien la ha hecho desaparecer! ¡¿Quién?! ¡¡Maldición!! Doy un golpe en la mesa y me hago un daño terrible. Y, entonces, veo lo más horrible que podría ver; las fotos que tomó el forense del cadáver de mi madre. Ahogo un grito y cierro el informe en el acto. Pero es tarde. Ya se ha clavado en mi retina esa imagen.

Me levanto rápidamente, me dirijo a un baño que hay en el interior del archivo y descargo una vomitera de campeonato, entre jadeos y llanto.

Mamá... ¿quién te hizo eso?

Cuando ya lo he echado todo, incluyendo el sabroso desayuno que me ha traído esta mañana Jesse, me limpio y me seco las lágrimas mientras observo mi cara que se ha quedado del color de la cera en el espejo.

Vuelvo a la mesa, cojo el informe de mi madre y lo guardo en mi bolso. Hay más objetos en la caja; un zapato, un trozo de tela, un anillo que no reconozco... aunque de poco me sirven ahora mismo hasta que no sea capaz de leer el informe por completo. Algo para lo que todavía no estoy preparada.

Dejo la caja en su lugar y salgo del archivo con la intención de preguntarle

al chico que custodia el archivo si tiene algún registro de alguien que haya venido a ver el informe de mi madre y, me encuentro con Jesse, que habla con el chico.

Ambos nos quedamos congelados al vernos.

— Jesse...

— Sammy, ¿qué te pasa? – Se yergue y se acerca hasta mí.

— Na... nada. – Sacudo la cabeza, pero inevitablemente vuelvo a llorar al recordar la última foto que he visto de mi madre.

— ¡Eh! Shhhh, shhhh. – Jesse me abraza y yo le aprieto con fuerza también, llorando como una niña pequeña sobre su hombro. – Sammy, para. ¿Qué sucede? – Me levanta la cara para que lo mire. No puedo. Odio que me vean llorar. – ¿Ha sido el tal Mat? – Pregunta furioso. – ¡¿Qué cojones te ha hecho?! – Contra todo pronóstico su comentario, cargado de celos, me hace reír, pero sigo incapaz de articular palabra. – Si ese imbécil te ha llamado o escrito para molestarte o algo así quiero que me lo digas, Sammy. – Dice todavía furioso. Yo lo miro maravillada, con mis ojos llorosos. Hace mucho, una eternidad, que no siento la preocupación de alguien por mí de ese modo. Sólo con Mat...

— Llévame a tomar unas copas. – Le pido cuando al fin me sale la voz del cuerpo. Él frunce el ceño extrañado.

— ¿Ahora? Son las siete de la tarde. – Le sonrío con mi mejor cara de niña buena y surte efecto. Jesse se ríe y sacude la cabeza. – Eres una víbora. ¡Anda, vamos! – Me guía con su mano para que salga del archivo. – Lo siento Jerry, mañana me pasaré por tu coche. – Le dice al chico del archivo a modo de disculpa.

— ¡Jesse, eres incorregible! – Le dice el chico del archivo riéndose mientras nos despide con la mano.

Ya en la calle, Jesse me coge de la mano y me lleva hasta una vieja ranchera. Me abre la puerta del copiloto y, con una seductora sonrisa, me indica que entre con su mano. Le obedezco alegremente. Jesse toma posición en el asiento del conductor, me mira, suspira con fuerza y arranca el motor.

— Tú dirás, nena. ¿Dónde quieres ir? – Me pregunta. Yo me encojo de

hombros felizmente. Estoy feliz de habérmelo encontrado justo en mi peor momento. – No me sonrías así. – Me gruñe. – ¡Me confundes! ¡Me vas a volver loco, mocosa! – Dice y parece verdaderamente contrariado.

— Lo siento. – Digo con voz de niña buena. Hasta a mí me sorprende mi propia interpretación.

— ¿Qué sientes exactamente? – Pregunta mientras conduce su vieja ranchera. Sin mirarme. Con la mirada fija en la carretera.

— Siento ponerte en este compromiso. – Me mira y parece molesto.

— ¡No es ningún compromiso! No tenía nada mejor que hacer y... bueno, tú necesitas un hombretón a tu lado. – Me dice con una sonrisa estúpida, pero preciosa. Suelto una carcajada. No voy a decirle que no necesito un hombretón a mi lado, ha sonado demasiado dulce para cortarle así.

— No es verdad. – Me vuelve a mirar mal. – Me refiero a que sí tenías cosas que hacer. Ibas a arreglarle el coche al chico del archivo, ¿verdad? También siento haberte importunado en tu trabajo. – Se muerde el labio inferior y me mira de reajo.

— Puedo hacerlo en otro momento. – Dice secamente.

— Y... también siento haberte parado los pies esta mañana. – Casi no me sale la voz del cuerpo cuando digo eso. Jesse no me mira esta vez. Sólo suspira. Se calla durante todo el camino y yo decido callar también. Lo miro de reajo de vez en cuando y siento una sensación muy extraña cuando lo hago.

— Ya estamos aquí. – Me dice y vuelve a mirarme sonriente cuando llegamos al TNT, un bar de carretera de las afueras del pueblo. Le devuelvo la sonrisa. – Vamos a por esas copas. – Apaga el motor y sale del vehículo para abrirme la puerta del copiloto. – Señorita Gómez...

— Gracias, Señor Jackson. – Salgo del coche y le doy un sentido beso en la mejilla. Jesse me mira tímidamente. Es raro verlo tímido, pero lo está.

— Vengo a este bar cuando quiero desaparecer. Aquí no suele venir gente del pueblo. – Me dice intentando recuperar la seguridad. Entramos al bar cogidos de la mano. Él ha sido quien me la cogió y yo no he desenlazado mis dedos de los suyos, pues lo he sentido como un gesto verdaderamente reconfortante. – ¿Qué quieres tomar? – Me pregunta cuando nos sentamos en una de las mesas.

— Algo fuerte. – Digo encogiéndome de hombros. Jesse sonrío y se muerde el labio inferior. – ¿Qué? – Pregunto curiosa.

— Nada, será mejor que me calle. – Se da la vuelta y se dirige a la barra. Vuelve con un whiskey con hielo para mí y otro para él, junto a dos chupitos de tequila. Me tiende uno. – ¿Es esto lo suficientemente fuerte, Señorita Gómez? – Pregunta con tono juguetón. Asiento mientras me tomo de un trago el chupito de tequila. – Bien. – Dice tras verme beber y hace lo mismo con su chupito. – ¿Lo quieres mucho? – Pregunta de repente y me deja a cuadros.

— ¿Qué?

— Al tal Mat. ¿Lo quieres mucho?

— Jesse, yo no... no era por él. – Digo nerviosa.

— ¡Oh! ¿Entonces por qué estabas así? – Suspiro y comienzo a beber de mi vaso de whiskey. – Está bien, no quieres hablar de eso. Pues háblame de Mat. – Vuelvo a repetir el gesto, bebiendo de mi vaso y sin pronunciar palabra. – Tampoco quieres hablar de ese capullo... ¿De qué quieres hablar entonces? – Lo miro recreándome en la vista. A cada minuto que paso a su lado me gusta más. Me gusta cómo es, cómo me mira, cómo me habla, cómo se preocupa por mí. – No me mires así, Sammy. – Me reprende. – Ya sé que lo que te pasa conmigo es que tienes a otro hombre y no quieres fallarle. Y yo no tengo ganas de volver de nuevo a casa con dolor de huevos. – Me carcajeo y casi me ahogo con el whiskey. – Te hace mucha gracia, ¿no? – Dice ofendido. – Eres una víbora. – Dice sin un ápice de mala fe en sus palabras mientras bebe de su whiskey.

— ¿Qué tienes tú con Laura Miller? – Pregunto envalentonada. Tose.

— ¿Qué? ¿A qué viene eso?

— Dímelo.

— Laura es sólo una vieja amiga de la familia. – Dice sin mirarme y bebiendo sin parar de su copa. Aunque, finalmente me mira y yo le observo con cara de interrogatorio, esperando a que me cuente la verdad. Suspira. – ¿Quién te ha ido con el cuento? – Se queja.

— Jesse, Red Stone Lake es un pueblo muy pequeño. – Jesse mira en dirección a sus manos, mientras juguetea con su vaso de whiskey. – Oye, si tú y esa mujer tenéis algo serio no deberías plantearte tener sexo con otras mujeres. –

Le reprendo, deseando que me explique qué es lo que realmente hay entre esa mujer y él.

— No tenemos nada serio. – Sacude la cabeza y me lanza una mirada suplicante.

— Pero tenéis algo... No quiero ser tu distracción. Lo siento, Jesse. – No sé por qué me cuesta tanto decir esas palabras, pero lo cierto es que me cuesta un mundo.

— ¡Sammy! ¡Créeme! – Me suplica agarrando mis manos. Lo miro y me pierdo en el azul de los ojos. Quiero creerlo. Necesito hacerlo. Quiero pensar que Jesse no es mi caramelo prohibido. – No tengo nada con Laura. Ella es... le debo mucho, dejémoslo ahí. Siempre hemos recurrido el uno al otro porque nadie más entiende por lo que hemos pasado. Pero jamás ha significado nada serio para mí. – Me siento algo frustrada. No me ha aclarado nada. – Y ahora estás tú... – Contengo la respiración esperando su declaración de intenciones. – Tú me distraes, sí, pero no como tú crees.

— ¿Cómo te distraigo, Jesse? – Me mira un segundo y aparta la mirada. Después sacude la cabeza y bebe de su vaso. Yo aguardo con calma hasta que vuelve a cruzarse con mi mirada.

— Mi vida es complicada, Sammy. Sé y soy consciente de la reputación que tengo con las mujeres, pero nadie sabe la verdad que se esconde tras todo eso, y, sólo espero que tú, que acabas de llegar a este pueblucho lleno de cotillas, me des al menos la oportunidad de no prejuzgarme sin conocer mis circunstancias y no tener que interpretar de nuevo el papel de indiferente. Me gustaría que me des la oportunidad de ser quien realmente soy con alguien. Y, por algún motivo me gustaría que ese alguien fueras tú. Nadie más del pueblo me permitirá hacerlo sin prejuicios, Sammy. Todos creen conocerme mejor que yo mismo. Y sé que a nadie le importo lo suficiente para preocuparse de ni siquiera si estoy vivo o muerto. Bueno, puede que a Laura... – Las palabras de Jesse están cargadas de tristeza y hacen que me reblandezca. – Pero tú deberías ser diferente conmigo. ¡Vamos, vienes de una gran ciudad! Estoy seguro de que allí has visto de todo.

Tiene razón, no debería prejuzgarle. Eso es lo que hicieron en este pueblucho con mi madre y sé que ella se habrá llevado el secreto a la tumba de lo sola que todo eso le habrá hecho sentir. Ahora soy yo quien le coge las manos

y las acaricio. Jesse me mira y veo la fragilidad dentro de sus azules ojos.

— No voy a prejuizarte. Me alegro mucho de haberme cruzado contigo aquí. Yo también me siento... sola e incomprendida en este lugar. Pero va a ser mi hogar por una temporada, así que estoy muy contenta de contar con tu colaboración para sentirme más cómoda aquí. – Jesse asiente levemente. Aunque no parece feliz con mis palabras. – ¿Qué? – Le presiono.

— Nada que... En cierto modo me consuelan tus palabras, pero no quiero ser el amigo al que jamás desearás. Me apetece mucho echar un polvo contigo y es justo que lo sepas, Sammy. – Pongo los ojos en blanco. – No te vas a librar tan fácil de eso. Lo siento, siento no tener más tacto para decírtelo. Pero así soy yo.

— Siempre tan directo. – Me estoy haciendo la digna, lo sé. Porque él no sabe lo que en el fondo me alivian sus palabras y lo mucho que deseo que las convierta en realidad.

Jesse Jackson, eres la llave de mi apertura sensorial.

— Te deseo Sammy. No quiero desearte, pero lo hago. Y cuanto más me esfuerzo en no hacerlo me sale peor. Porque tú no... no quieres caer, y puede que sea lo mejor para ti, sin embargo, no quiero dejarte escapar. Podría ir ahora mismo y follarme a alguna de las muchachitas de Red Stone Lake y saciar los deseos de mi polla, que lleva revolucionada desde que me viste practicando sexo en mi porche y me miraste de esa manera tan embaucadora. – Abro la boca para decirle que no le miraba así, pero me pone los dedos sobre los labios para que no diga nada. – No digas que no. Yo sé que me mirabas así. Suplicándome que te follara a ti, no a ella. – ¿Cómo puede saber eso? Estaba oscuro, no se veía nada. – Y yo también deseé que fueras tú la que estuviera entre mis brazos, Sammy. No sabes cómo he deseado desde hace años que fueras tú. – Es toda una revelación saber que Jesse Jackson ha tenido fantasías sexuales conmigo, así como yo con él, y me pongo roja en el acto, pero de calor interno. – Pero, por algún motivo, ya no quieres que traspase esa línea contigo y, no entiendo qué he hecho para que ya no me veas así. – Jesse se levanta sin dejarme replicar y pide otras dos rondas de whiskey. Cuando vuelve se sienta sin mirarme y cambia de tema. – Pero bueno, ya sabes que, si necesitas escapar de ese pueblucho, yo conozco algunos sitios que...

— Te dije que lo sentía. – Le interrumpo y me mira al fin de nuevo. – Que

sentía haberte parado los pies hoy. – Confieso. Sus ojos brillan ante mi declaración. – Y lo he dicho de veras. Siempre me has atraído, Jesse, únicamente que ahora mismo estoy... rota. – Digo encogiéndome de hombros.

— Soy bueno arreglando cosas rotas. – Dice en tono bromista y me río. – Aunque sigue en pie mi propuesta de que debes ser tú quien me suplique que te folle esta vez. – Ha vuelto el Jesse juguetón. Su voz, su tono y sus palabras me achispan. Le miro con osadía, pero soy incapaz de pedirle tal cosa, lo sé. No sé ser esa clase de mujer. Y me maldigo por ello. – Lo harás. – Dice muy seguro de sí mismo mientras bebe.

— Yo creo que lo harás tú. – Contesto finalmente con osadía y me llevo la copa mis labios para disimular mi risa de satisfacción al ver su boca abrirse de par en par.

Dicen que la mejor defensa es un buen ataque. Imito su gesto chulesco y me bebo de un trago lo que me queda de whiskey mientras lo miro divertida. Jesse sigue con la boca abierta, sorprendido.

— ¡No lo haré! – Grita entretenido con mi provocación. Me encojo de hombros. – ¡Sammy! ¿Qué tramas?

— Nada, sólo quiero ganar esta partida al experto Jesse Jackson. – Sonríe ampliamente. – Vas a ser tú quién caiga en mis redes. Sin yo pedirte nada.

— Veremos quien la gana, nena.

Nuestro emocionante reto ha devuelto la sonrisa en ambos. Supongo que el alcohol también ha ayudado. Y, para continuar en este buen estado, esta vez soy yo la que se levanta para pedir otras dos rondas de whiskey y dos chupitos más de tequila para ambos.

Comenzamos entonces una conversación más despreocupada acerca de nuestros gustos musicales, ahora que ya sé que Jesse tuvo un contrato con una discográfica, puedo intuir que la música es algo que le llega dentro. Pero él no quiere profundizar en su carrera de músico truncada, y yo no quiero que se sienta incómodo, así que nos limitamos a hablar de música y músicos que nos motivan.

Después del cuarto whiskey yo ya comienzo a hablar raro a causa del alcohol y Jesse se ríe de mí sin cesar.

De pronto, se levanta de su asiento y me tiende la mano. Le miro

extrañada.

— ¿Qué haces Jesse?

— Baila conmigo. – Miro hacia todos lados y no veo a nadie bailando. Sólo una mesa de billar con algunos hombres jugando unas partidas y mucha gente bebiendo sentados en sus mesas a mi alrededor. – ¡Tom, pon algo de lo que me gusta! – Le dice al camarero que asiente divertido. Jesse me vuelve a mirar, esperando a que acepte su proposición, con su brazo tendido en mi dirección. Lo miro tanteando. Quiero aceptar y lo hago finalmente. Le doy la mano y me levanto lentamente de mi asiento, pero estoy un poco abochornada por tener que ponerme a bailar frente a todos estos extraños. Aunque, también estoy divertida de tener que hacerlo. Y, por qué no decirlo, algo borracha. – Tranquila, nadie te conoce aquí. – Me dice tirando de mí y apretándome contra su cuerpo.

— Estás completamente colgado, Jesse Jackson. – Le digo aguantando la risa. Comienza a sonar “Tennessee Whiskey” de Chris Stapleton. Un blues lento y sensual y Jesse me aprieta contra sí y comienza a mecarme mientras introduce su boca en mi cuello.

— Hueles muy bien. – Me estremezco. – Hueles dulce, a azahar. Me encanta este vestidito de flores. Eres tan... deseable. – Después introduce su mano en mi pelo, que está sujeto en una goma a modo de cola de caballo y deshace la coleta, dejándomelo suelto y cayendo por mis hombros y mi espalda. – Así me gustas más. – Dice. Es demasiado sexi en las distancias cortas y él lo sabe. Lo miro y se me hace la boca agua.

— Eres un embaucador. – Digo cuando compruebo que más parejas se han animado a bailar al vernos.

Vuelvo a mirarlo y se me corta la respiración al ver que tiene esa mirada; esa que me dedicó la primera vez que me besó. Miro sus labios y quiero besarlos. Me agarro a su cuello y me mezo entre sus brazos mientras ambos nos miramos con el más fiero deseo llameando en nuestros ojos. Es hermoso. Demasiado hermoso. Es más deseable de lo que debería ser legal.

— Acabarás haciéndolo. Dime que lo harás. – Sé que se refiere a que le suplique sexo. – No dejes que me quede sin saborearte como necesito hacerlo.

Yo creí que ya lo estaba suplicando con mi mirada. Sonrío y no respondo, o más bien respondo con mi gesto. Me acerco a su boca y él contiene la



respiración cuando nuestros labios se rozan. Lentamente le acaricio la boca de arriba abajo con mi lengua y Jesse gruñe. Está esperando a que sea yo quien aniquile la distancia final entre nuestros labios y yo, estoy disfrutando de lo lindo con su desesperación. Muerdo su labio inferior, pero sigo haciéndole sufrir.

— Tus labios siempre saben a whiskey. – Le digo sonriente.

— No seas mala. Bésame de una jodida vez, Sammy. – Suplica apoyando su frente en la mía. Yo sonrío mientras clavo mis ojos en los suyos. ¡Oh, esa mirada es mucho más fiera todavía! Está fuera de sí. – Por favor... no te me resistas más. – Acaricio su pelo y su cuello con mis manos y continúo bailando, haciendo caso omiso a sus súplicas.

Me siento poderosa, pletórica. Y sé que si lo beso le estaré dando permiso para acabar con nuestro juego de una vez por todas y... después de tener sexo con él, puede que ya no sea tan deseable para él como lo soy ahora por ser lo prohibido.

Así que al final decido provocarlo un poco más arqueando mi espalda en sus brazos y ejecutando un movimiento seductor con mi cabeza, hasta acabar mirándolo fieramente de nuevo con el pelo alborotado alrededor de mi cara.

Siento su fuerte erección en mi cintura clavada y, cuando vuelvo a tener su cara frente a la mía, es Jesse quien se abalanza sobre mis labios y me besa de forma devastadora. Hace que me tiemblen las piernas y no pueda contener un pequeño gemido que descargo en sus labios. Nos apretamos el uno contra el otro como si estuviésemos despidiendo para siempre, como si la vida se acabase en este mismo momento y no quedase más tiempo para hacer lo que uno más desea en el mundo.

Quiero perderme en este hombre. Quiero que... me folle. Y estoy a punto de pedírselo cuando me sorprende y me levanta del suelo y me carga en sus hombros.

— ¡Jesse! – Me río. Todos nos miran.

— ¡Se acabó! ¡Te llevo a mi casa para acabar esto de una vez por todas, maldita mujer! – Me saca del bar y me introduce en su vieja ranchera. Yo no puedo parar de reír. Jesse ocupa el asiento del conductor y me mira conteniendo también la risa. – Te he subestimado Sammy. – Me dice.

— Yo he ganado. – Digo con expresión triunfal. Él sonrío y suspira,

sacudiendo la cabeza.

— Todavía tengo unos minutos hasta que llegemos a mi casa para retomar el autocontrol. – Me amenaza. ¡Me encanta este juego!

— Ánimo. – Le tiento. Jesse gruñe y pone en marcha el motor de su ranchera.

— Intentaré resistir a las malditas ganas que tengo de meterte en mi cama y poseerte como un demonio en celo. Pero no te prometo nada. Nadie me ha puesto tan cachondo en la vida, Samantha Gómez. Nadie tanto como tú lo acabas de hacer.

Cuando llegamos a casa de Jesse, estoy más que mareada. Intento salir del coche y casi me caigo de bruces. Me río de mi torpeza y Jesse vuelve a cargarme en sus hombros para subirme por las escaleras de su porche. Me suelta justo en la entrada de su casa y comienza a maldecir cuando empieza a buscar sin éxito las llaves de su casa. Introduce las manos en todos los bolsillos de sus jeans y yo, que casi no me puedo mantener en pie, veo una especie de hamaca colgante hecha de telas en su porche y decido tumbarme en ella. Jesse me mira con el ceño fruncido, pero no se queja. Viene hacia mí y se tumba sobre mí. Vuelvo a reírme cuando tengo su cara de frente, tumbado sobre mí.

— Veo que el autocontrol no ha venido a visitarte finalmente. – Me burlo. Me besa el cuello y yo suspiro. Cierro los ojos para saborear su caricia.

— No me tientes más. Quítate las bragas, Sammy. – Dice pegando sus labios a los míos y, de pronto, noto la excursión de algunos de sus dedos en mi sexo, sobre mi ropa interior. Siento un escalofrío y gimo con fuerza en sus labios. Él responde besándome con salvajismo e introduciendo dos de sus dedos por mis braguitas. – Estás muy húmeda. ¡Dios, Sammy, lo que te voy a hacer! – Dice casi sin aliento. Torpemente, tanteo la bragueta de su pantalón y voy desabrochando uno a uno los botones que aprisionan duramente su erección. Cuando al fin consigo desabrochar todos los botones introduzco mi mano en su ropa interior con ansiedad, deseando encontrarme con toda su hambre por mí. ¡Madre mía! Tiene una excitación de campeonato. Gime en mis labios mientras me besa cuando comienzo a masajear su sexo. – Joder, no aguanto más. – Tira de sus pantalones hacia abajo junto con su ropa interior y me mira. – Pídemelo Sam, por favor. – Estoy jadeante. Quiero hacerlo, y sólo seré capaz de hacer algo así estando borracha. Así que comienzo por algo fácil.

— Quítame las bragas. – Digo sin pensar que es la primera vez en mi vida que le pido a un hombre algo así, y, para colmo, estamos en su porche, al aire libre. No es que pase mucha gente por aquí, pero, si lo hicieran, nos verían en pleno apogeo. Jesse sonrío y se incorpora un poco para hacer lo que le pido. Cuando termina mira en dirección a mi sexo y suspira con dureza. Vuelve a clavar sus ojos en los míos, esperando a que continúe con mis órdenes. – Ahora

el vestido. – Jesse levanta lentamente mi prenda y va dejando sensuales besos por la piel de mi cuerpo que va quedando al descubierto. Deteniéndose especialmente en mis pezones.

— ¡Oh, maldita sea, tienes unas tetas increíbles! – Susurra y yo me acaloro todavía más.

Presiono su cabeza hasta meter todo lo que puedo mis senos en su boca. Tiene una de sus manos sobre mi sexo y su pulgar va trazando círculos en el centro de mis pasiones. ¡No puedo más! Me quita el vestido al fin y yo comienzo a luchar contra su camiseta, hasta que se la quito. ¡Dios, qué bueno está! Me tiro sobre él y comienzo a besarlo con ansias y casi me caigo de la hamaca por mi ímpetu. Pero Jesse me sujeta con fuerza con sus brazos y consigue que no me caiga tirando de mí y haciendo que caiga sobre él. Ambos reímos.

— Jesse. – Gimo su nombre mientras lo miro con fuego en los ojos y me restriego sobre él.

— ¿Sí? – Susurra él. Sabiendo lo que voy a pedirle. Voy a hacerlo. Sí... quiero hacerlo.

De pronto, unas luces cegadoras de un automóvil en nuestra dirección nos cortan el mágico momento y ambos nos incorporamos de golpe. Viene directo a casa de Jesse.

— ¡Vístete! – Me ordena Jesse que se levanta bruscamente y se dirige hacia donde está el coche mientras se cierra la bragueta. Yo me coloco rápidamente el vestido, aunque no encuentro las bragas entre tanta oscuridad y me escondo en algún lugar en la penumbra.

— ¡¿Dónde cojones te metes, Jesse?! – Escucho la voz de una mujer gritarle mientras sale del vehículo, pero no puedo verla. Las luces de su automóvil me ciegan y tras ellas no se ve nada. Veo la silueta de Jesse que está de espaldas a mí. – ¿Estabas follándote a otra putita? – Supongo que se refiere a mí y yo me tenso. – Jesse, ¿cuántas estupideces tuyas voy a tener que aguantar más? ¡Tenemos un pacto!

— Laura, ¡¿qué mierda te pasa?! ¿Vas a estar toda la jodida vida igual? – Escucho decir a Jesse. Laura... es Laura Miller. Mierda, tengo que salir de aquí. – Tengo derecho a hacer mi vida, joder. ¡Se me había olvidado que era martes, ¿vale?! Tú no eres mi dueña, maldita sea. Me parece estúpido que tengamos que

seguir con el mismo maldito cuento eternamente. – Grita Jesse y yo, que ya me había puesto en dirección a mi casa, decido quedarme y escuchar.

Necesito saber qué pasa entre esos dos, porque sé que no voy a poder parar lo que ha comenzado a haber entre Jesse y yo tan fácilmente. Tengo que saber a qué me atengo con él. Me quedo en la oscuridad en una parte poco visible, en el prado.

— ¿Quién era esa furcia ahora, Jesse? – La mujer comienza a gritar. Sigo sin verla bien desde donde estoy.

Jesse mira en dirección a la hamaca donde hace escasos minutos nos estábamos devorando y suspira al no verme allí.

— Eso no importa. – ¿No importa? ¿Soy un trofeo más? ¡Maldita sea! – Es alguien que... por favor no la importunes por mi culpa, Laura. – Entonces sí le importo. Pero no quiere meterme en problemas con esa mujer. – Ella no me ha buscado. He sido yo. Lo siento, ¿vale? Sé que he olvidado nuestro pacto, Laura, pero es que ella...

— ¡¿Tú?! ¡Jesse eres un insensato! ¡Sabes lo que te juegas! – Gimotea la mujer. – ¡Dime quién es! – Comienza a golpear el pecho de Jesse. – ¡Me dedicas un maldito día a la semana, Jesse, y me has fallado! ¡Tengo derecho a saber quién es! ¡Nunca te has olvidado de nuestras visitas, joder! ¡Al menos, en otras ocasiones, cuando me la has querido jugar, has tenido la decencia de llamarme para avisarme de que no vendrías! ¡Sólo te pido un jodido día a la semana! ¡Quién cojones es esa!

— Ya no es nadie. – Suspira Jesse. – Se ha ido, ¿no lo ves? Y no creo que vuelva después de esto. – Jesse agacha su cabeza.

— Tú me lo debes, Jesse Jackson. No soy tu mujer ni tu novia, ¡soy tu jodida salvavidas! Sabes que puedo destruirte cómo y cuándo quiera. A ti y a tu hermanito querido, que es lo único que tienes. – Escupe con rabia la mujer y yo me contengo como puedo para no ir y partirle la cara. Jesse la mira como si fuera un león domado. Asustado.

— ¡Ya se ha ido! ¡Así que para ya con tus enfermizos celos y tus amenazas! No la cagaré más. – Grita él. Laura se abalanza sobre el cuello de Jesse y comienza a besarlo con nerviosismo.

— Sabes que si quieres tirarte a cualquier estúpida putita del pueblo eres

libre de hacerlo, Jesse, siempre que yo sepa dónde y con quién estás. Pero los martes eres sólo y exclusivamente para mí. Me da igual cómo lo hagas, pero no vas a volver a dejarme colgada. – ¿Qué? No entiendo nada. Jesse la mira en silencio. ¿Qué demonios pasa entre esos dos? – Fóllame. – Le pide y yo... me quedo sin respiración. Mierda.

Lo va a hacer. Sé que lo hará. Yo le he abierto el camino para que lo haga. He calentado a Jesse hasta niveles poco éticos y, ahora, será incapaz de decirle que no a esa mujer. Sobre todo, porque piensa que yo ya me he ido y él necesita acabar lo que yo he empezado.

Me giro cabizbaja en dirección a mi casa hasta que escucho a Jesse.

— No. Hoy no. Mañana tengo que trabajar desde temprano, Laura. Vuelve otro día, ¿vale? – Contesta Jesse con la voz apagada. Vuelvo a mirar en dirección a Jesse y no lo puedo creer. ¡Le ha dicho que no! Tenía a esa mujer a su alcance y ha dicho que no. Pero... le ha pedido que vuelva otro día. La tal Laura suspira.

— Volveré mañana. Tenemos que solucionar esta situación, Jesse. No me gusta pelear contigo. – Le dice y le da un beso, se gira, se mete en su coche y se va.

Cuando el coche ya se ha alejado lo suficiente, la oscuridad vuelve a reinar en el lugar. No se ve bien, pero sé que Jesse sigue en la misma posición en la que se quedó cuando Laura Miller desapareció. Puede que, esté mirando en dirección a mi casa.

Vuelvo a subir al porche de Jesse y lo observo desde arriba. Él está de espaldas a mí. Saca un cigarrillo y se lo enciende. Después descarga un largo suspiro y se agacha hasta quedar en cuclillas, fumando su cigarrillo.

— ¿Tienes uno para mí? – Digo y se levanta de golpe mirando en mi dirección. Me encuentra tumbada de nuevo en su hamaca.

— ¡Joder, pensé que te había espantado esa loca! – Sube rápidamente los escalones de su porche y vuelve a subirse sobre mí. – Lo siento. Lo siento mucho. – Me besa el cuello y acaricia mi rostro, pero ya estoy fría y enfadada por la maldita intromisión de Laura Miller.

— No sigas. – Le digo cuando vuelve a buscar mis labios.

Jesse asiente abochornado por la situación y se acomoda tumbado junto a

mí. Saca otro cigarrillo del paquete que tiene en uno de sus bolsillos y me lo tiende. Lo acepto y lo enciendo.

Ambos nos quedamos tumbados bocarriba, fumando y mirando el cielo super estrellado que nos cubre. En la ciudad no se ven cielos así.

— No estoy con ella, Sam. – Dice al cabo de unos minutos de silencio sepulcral. No me mira. No le miro.

— Mañana vendrá a verte... – Pienso en voz alta. Ahora sí siento la mirada de Jesse en mi dirección, pero no se la devuelvo.

— Dime qué quieres que haga con ella mañana y lo haré. – Me sorprende. Lo miro atónita. – Sam, Laura no significa nada para mí. No es mi novia. Es... más complicado que eso.

— ¿De qué va ese pacto que tienes con Laura Miller? – Jesse traga saliva.

— Lo has escuchado... No debería hablar del tema, Sam. – Lo miro recelosa. – Dejémoslo por ahora en que Laura me ha ayudado a mí y a mi hermano a no caer en la más absoluta mierda. Tuvimos algo ella y yo hace mucho, sí, pero me fui a Nueva York durante unos años y eso terminó. Ahora de vez en cuando tenemos sexo, pero nada más. Ella... es una especie de amiga cercana. No es una relación, Sam, pero sé que lo parece. – Estoy alucinando con lo que oigo. No sé cómo asimilar toda esta información. – Yo hago mi vida de soltero normal, pero ella me... pide que esté ahí para ella los martes. Está muy sola y ambos sabemos demasiado el uno del otro. Entiendo que contándote esto y después de la irrupción de Laura he jodido nuestro mágico momento y que hoy ya no querrás ir más allá conmigo, Sam. Pero quiero saber si ya no me dejarás acercarme a ti nunca más tras lo que acabas de ver y oír. – Tiene sentido lo que dice.

Acabo de ver como una mujer muy poderosa, la más poderosa del pueblo, se cree con derecho sobre la vida de Jesse hasta tal punto que es capaz de amargarle la vida a la mujer que se le acerque más de la cuenta y le estropee sus planes con Jesse. Pero Jesse no sabe que yo seré la ayudante del sheriff y que, conmigo, esa señora tiene todas las de perder. No me da ningún miedo, más bien debería temerme ella a mí.

No obstante, tampoco debería meterme en estos líos. Al fin y al cabo,

Jesse y yo apenas sabemos nada el uno del otro. Lo nuestro no es amor, es mera atracción física. Aunque una atracción física demasiado potente.

Por otro lado, hoy no he pensado en Mat en todo el día y eso ha sido gracias a Jesse y a lo que me hace experimentar cuando estoy con él.

Jesse me mira esperando mi respuesta.

— No lo sé. — Digo al fin. Jesse hace una mueca de comprensión y de enfado al mismo tiempo.

Vuelve a mirar al cielo y continúa fumando sin hablar. Supongo que pensando en la mala suerte que ha tenido esta noche. Me tenía donde quería y, ahora, ninguno de los dos sabemos por dónde acabarán las cosas.

— ¿Quieres que te acompañe a casa? — Me pregunta. Yo tiro mi cigarrillo y, sin contestar, me acurruco en su cuerpo. No quiero pensar más. Estoy cansada y borracha y, estoy demasiado a gusto en sus brazos, aunque sea un hombre prohibido, de esos con los que una sabe que no tiene que enredarse. Noto sus dedos acariciar mis brazos y al final se relaja al comprender que, a pesar de que no quiero tener sexo con él ahora mismo, he decidido no irme. — Lo siento de veras. — Dice y me besa la frente.

— No deberías ser tan embaucador y atractivo. — Me burlo de él y apoyo mi cabeza en su pecho. Noto su pecho vibrar al reírse y comienza a acariciar mi pelo.

— Sí... A veces desearía no ser tan irresistible. — Dice y lo miro levantando una ceja. Él sonríe abiertamente. — Me encanta cuando me miras con esa cara de asesina. — Me besa rápidamente los labios. Yo me separo como puedo y vuelvo a apoyar mi cabeza en su pecho.

— ¿Por qué volviste para quedarte en este pueblucho, Jesse? Recuerdo que estudiabas ingeniería. Recuerdo que eras de los pocos que tenías un futuro prometedor en el pueblo. — Jesse suspira.

— A veces la vida no te deja terminar ciertas acciones pendientes, ¿te suena? — Sonrío. Sí, parece que Jesse y yo tenemos una maldición en ese aspecto. Nunca logramos acabar lo que empezamos. — No pensaba quedarme, pero mi madre murió y... todo se complicó.

— Me lo contó el sheriff Johnson. Lo lamento mucho, Jesse. — Vuelvo a



mirarlo.

— Ya pasó. – Hace una mueca de resignación. – Tampoco es que mi madre pareciera disfrutar mucho de la vida... Sobre todo, desde que mi padre se fue y no supimos más de él. Ella comenzó a tener cambios de humor muy bruscos. Pobre mujer, estaba empezando a perder la cabeza... ¡Tú deberías recordar una de sus escenitas! – Me da un toquecito en la nariz. Me abochorno al recordar la escenita que montó su madre frente a todo el pueblo cuando vio a su hijo mayor besándome de esa manera.

— Sí... claro que lo recuerdo. – Vuelvo a esconder mi cabeza en su pecho. – Me gritó todo tipo de cosas. Fue muy dramático para una cría de quince años.

— Si hubiese sabido que eras tan joven... No, ni siquiera así me hubiera aguantado las ganas de besarte. – Sonrío ampliamente porque sé que no me ve. – Mi madre me echó una buena reprimenda por verme así contigo. Eso lo recuerdo bien.

— Entiendo que me odiara. – Digo con tristeza.

Recuerdo el sentimiento de sentirme odiada por la mitad del pueblo por ser hija de quien era. Y siempre pensé que Jesse me odiaba por la misma razón. Puede que no lo hiciera...

— Yo no. ¿Qué culpa tenías tú? – Me sorprende. – Ni tú ni yo teníamos culpa de que nuestros padres se hubieran enamorado...

— ¿Qué? – Me incorporo de golpe. – Lo de mi madre y tu padre fue sólo una historia insignificante, Jesse. No había nada más. Mi madre después de estar con tu padre estuvo con otro hombre, Tim, y...

— Eh, tranquila. – Jesse tira de mí y me obliga a volver a tumbarme sobre él. Vuelve a acariciar mi espalda para ayudar a serenarme. – Nada de eso importa ya, Sammy. Ellos no están. Estamos nosotros. Y entre tú y yo la única cuenta pendiente que existe no tiene nada que ver con viejos rencores ni revanchas. – Jesse se saca otro cigarrillo y lo enciende. Pero... un momento. ¡Huele a marihuana! Le da dos caladas y continúa hablando. – Ya no importa lo que pudo haber sido y no fue, Sammy. La vida es así de caprichosa y, fíjate. Te ha vuelto a poner en mi camino. – Lo miro y sonrío. – A lo mejor somos los que tenemos que cerrar ese ciclo de rencillas de mierda. ¿Quieres? – Me ofrece de su cigarro de marihuana. Lo miro y dudo. Jamás he fumado marihuana. Soy poli. Pero creo

que hoy no me vendrá mal. No creo que a mi edad me vaya a poner a hacer gilipolleces de adolescente.

— Sí. — Digo al final y le doy un par de caladas. La humareda que sale de mi boca es enorme. Doy otras dos caladas más. — Me alegra que no sientas rencor por mí. — Me acomodo de nuevo junto a Jesse y saboreo el efecto de la marihuana mientras contemplo las estrellas junto a él. — Yo debería tener una hamaca como esta en mi casa. ¡Es la leche! Se ven toooodas las estrellas. Parece que estás flotando entre ellas. Algunas parpadean. ¡Mira! Esa parece que quiere hablar conmigo. — Señalo una de ellas.

— Vale, suficiente, no fumes más. — Me dice Jesse aguantando la risa y me quita el cigarrillo de marihuana. — Pero, aunque estés medio desvariando, tienes razón. A mí me encanta tumbarme aquí por las noches.

Comienza a contarme cosas que le gusta hacer para relajarse y yo, aunque estoy deseando oírlas, me quedo dormida irremediabilmente con su ronca voz de fondo y sus dedos acariciando mi espalda.

La voz de Jesse me relaja y me enciende a partes iguales. Igual que sus caricias.

Pero aún estoy un poco borracha y además bajo los efectos de la marihuana. Por más que me esfuerzo en abrir los ojos no lo consigo.

Abro los ojos y una luz cegadora me daña la vista. ¿Dónde estoy? Estoy en una maldita cama desconocida. Vestida con mi corto vestido de flores, pero, ¡sin bragas! Estoy demasiado aturdida para recordar lo que sucedió anoche y tengo un dolor inmenso de cabeza.

Me incorporo y entonces me acuerdo de algunas cosas. ¡Llegué a casa de Jesse! Íbamos a tener sexo y entonces... llegó Laura Miller y todo se torció. ¿No?

Me levanto y busco a Jesse por toda la casa. Es una casa enorme, mucho más que la mía, muy limpia y muy ordenada para vivir un mecánico en ella. Yo soy bastante más desastre que él. Aunque, la verdad, tiene pocas cosas aquí. Pareciera que no se ha acabado de mudar todavía.

Lo llamo y no obtengo respuestas. Veo mi bolso en el salón, sobre una mesa comedor. Lo cojo y salgo al porche de la casa. Allí veo mis botas. Me las pongo y miro a todos lados.

En el porche de Jesse me encuentro también con una mesita como la que Jesse ha puesto en mi porche, llena de comida de desayuno. Agarro una rosquilla y me la como. Me sienta genial comer algo dulce en estos momentos. Después veo mis bragas tiradas en una esquina. Me sonrojo y las guardo en mi bolso.

El rugido de un motor llama mi atención. Proviene de la parte trasera de la casa de Jesse, la que no se ve desde mi casa.

Me acerco con la rosquilla en la mano y veo una enorme caseta de madera con todos los ingredientes básicos de un taller de vehículos, también veo unos pies sobresalir de la parte baja de un coche en marcha. Es Jesse, arreglando el vehículo de algún cliente del pueblo. Hay una radio conectada junto al coche en el suelo desde la que suena Shania Twain cantando "Still the one" acompañada de la maravillosa y asombrosa voz de Jesse que canturrea desde los bajos del coche, sin percatarse de mi presencia.

Me uno a él y canturreo el estribillo de la canción. Al oírme sale de debajo del coche enseguida, gracias a una plataforma con ruedas sobre la que está

tumbado. Me mira sonriente desde el suelo con una llave inglesa en la mano y lleno de mugre. ¡Hasta así está guapisimo el muy bastardo!

— ¡Eh! ¡Buenos días mocosa! ¡Oye, cantas muy bien! – Me dice desbordante de alegría. Le saludo tímidamente con la mano. – ¡Ey! ¿A qué viene tanta timidez? – Pregunta aún tumbado en esa plataforma, mirándome desde abajo.

— Dime que anoche no hicimos algo que mereciera ser recordado. – Le pido encogiéndome de hombros y con miedo a escuchar lo que realmente pasó entre los dos. ¡Si me dice que al fin me he tirado a Jesse Jackson y soy incapaz de recordarlo me muero!

— No, para mi desgracia no me lo suplicaste. – Dice burlándose de mí. – Eso me pasa por enredarme con mocosas. Le diste dos caladas a un cigarrillo de marihuana y te desmayaste literalmente. – Mierda. ¿Eso hice? – Tuve que cargar tu moribundo cuerpo hasta mi cama. – La vergüenza me concome. – Ha sido curioso dormir con un caramelo tan apetecible como tú enroscado a mí durante toda la noche y sin poder tocarte ni saborearte como me hubiera apetecido.

— Voy a desayunar. – Le digo cambiando de tema. – ¿Por qué no te levantas y me acompañas?

— La verdad es que la vista que tengo desde aquí abajo es inmejorable. – Comenta mientras se muerde el labio y me mira las piernas. ¡Joder, no llevo bragas! Me cubro rápidamente con mis manos presionando la falda de mi vestido sobre el vértice de las piernas.

— ¡Jesse Jackson, eres un perverso! – Me giro y me voy rápidamente en dirección a su porche. Más que enfadada por su poco tacto y por sus carcajadas a mis espaldas.

— ¡Vamos, no te enfades, nena! – Lo escucho gritarme a mis espaldas. Lo ignoro.

Entro en su casa enfadadísima por toda mi torpeza para lidiar con ese bruto y charlatán. Pongo la cafetera eléctrica y saco las bragas de mi bolso para ponérmelas rápidamente. Poco después entra Jesse en la cocina también. Me sonrío y trata de aparentar inocencia.

— No se te ocurra seguir burlándote de mí. – Le amenazo entornando los ojos y apuntándole con el dedo. Él levanta las manos en son de paz.

— No lo haré, lo prometo. ¿Has dormido bien? – Me pregunta acercándose a mí y poniendo un mechón de mi pelo tras mi oreja. Estoy segura que le estoy mirando babeante. Y me maldigo por ello.

— Sí. ¿Quieres un café? – Me doy la vuelta para servirlos como excusa para no tener que mirarlo más tan de cerca.

— Ajá. – Pero él me lo pone complicado cuando se acerca a mi espalda, me aparta el cabello para dejar mi cuello al aire y me susurra en la oreja. – Aunque preferiría desayunarte a ti.

— Ya se encargará de atender tus necesidades la Señora Miller esta noche. – Comento mordaz. ¡Si antes odiaba a esa asquerosa mujer ahora la odio más sabiendo el poder que cree tener sobre Jesse!

Me doy la vuelta y saboreo su cara de estupor. Le tiendo su café y salgo con el mío en dirección al porche de Jesse. Me sigue y me siento en una silla.

— ¡Eh! Ya te dije que si tú me pides que...

— Yo no soy nadie para pedirte nada, Jesse. – Afirmino con firmeza mientras le doy un sorbo a mi café y cojo una galleta de la mesa.

— Lo sé, pero...

— ¿Pero qué? – Jesse se aclara la voz, se sienta frente a mí, suspira y me mira.

— No quiero joder lo que tengo contigo, Sammy.

— ¿Lo que tienes conmigo? ¡Ja! – Me hace gracia su comentario. Yo no me he planteado nada con él ni con nadie. Yo... quiero a Mat. ¡Coño, Mat! Ni he pensado en él. ¿Me habrá vuelto a llamar? Miro a Jesse preguntándome qué me está haciendo para distraerme tanto. Pero no es posible que sea algo más que una distracción para mí. Una persona como él no puede aportarme más que quebraderos de cabeza a mi vida, y yo siempre he sido fuerte de sobra para saber apartar a los rompecorazones de mi lado. No me interesan. – Jesse, tú y yo no tenemos nada.

— Sammy, no me refiero al plano sentimental. – Se hace el digno.

— ¿Entonces?

— Eres un soplo de aire fresco en este lugar. No sabes nada de todas las

mierdas de aquí y no tienes el cerebro del tamaño de un cacahuete. Y yo sé que te alegras de que yo esté aquí para ayudarte a distraerte de tus penurias de enamorada abandonada. – A veces es un capullo de órdago.

— ¡No soy una enamorada abandonada!

— ¿Dejaste tú al tal Mat? – Al final siempre consigue virar la conversación para tratar de sonsacarme información. Pero en ese terreno yo tengo más experiencia.

— Presupones que estábamos juntos.

— ¿No lo estabais?

— Apuesto a que tu historia con Laura Miller es más interesante que la mía con Mat. – Respondo dignamente con evasivas.

— Está bien, ¿quieres saber lo que hay realmente entre Laura y yo? – Me dice seriamente echando el peso de su cuerpo en mi dirección. El muy maldito sabe cómo captar por completo mi atención.

— Sí. – Contesto acercándome yo también a él.

— Pues suplícame que te folle y después de follarte como un salvaje te lo contaré todo con pelos y señales.

— Creo que esa apuesta ya la has perdido, Jesse. – Afirmo con media sonrisa.

— No. Yo no supliqué.

— Ibas a follarme sin que yo lo hiciera. Eso entraba también en la apuesta.

— Tú lo has dicho. “Iba”. Pero no lo hice.

— Lo hubieras hecho si tu amante no hubiera aparecido.

— Eso nunca lo sabremos. – Se encoge de hombros y comienza a engullir comida con cara de sobrado. – ¡Y no es mi amante! Pero, aunque ninguno de los dos dé su brazo a torcer y nos quedemos con las ganas de echar un polvo en condiciones, no quiero que te alejes de mí. – Dice con seriedad y yo lo miro intentando averiguar a qué ha venido eso.

— ¿Por qué?

— Porque me gusta estar contigo. – Continúa comiendo. – Porque no eres como las demás personas de aquí.

— Tú tampoco eres como nadie que haya conocido, Jesse Jackson. – Me levanto de mi silla y me acerco hasta él. Me agacho y le doy un rápido beso en los labios. – Nos veremos pronto, nene. – Me incorporo y me pongo en dirección a mi casa mientras sonrío porque sé que he dejado a Jesse patidifuso con mi actitud.

— ¡Quédate! ¡Hagamos hoy algo juntos! – Me grita mientras yo sigo caminando por el prado en dirección a mi casa.

— Tú ya tienes plan y yo tengo que ir a hablar con algunas personas. – Digo girándome para mirarlo. Está apoyado en la barandilla de su porche, mirando con cara de perrito abandonado cómo me alejo de él. Le guiño y vuelvo a retomar el camino a casa.

— ¡Suplicarás! ¡Sabes que lo harás! – Sonrío y me meto en mi casa con una gigante sonrisa en los labios.

No pienso perder esta partida.

Otra vez pizza precocinada para almorzar. ¡Tengo que hacer de una maldita vez la compra! También debería comprar algo de ropa decente. Sólo tengo ropa de fulana o ropa cómoda y muy muuuuy poco sexi. ¿Qué me está pasando? ¿Cuándo he querido yo ser sexi? Estoy tonta.

En fin. Voy a hacer primero una compra en condiciones y a poner este hogar a mi gusto y después ya me pasaré por el bar Lucky ese en el que trabajó mi madre. Me gustaría saber si alguien la recuerda aún. Alguien que pueda darme una visión más particular de ella. Algo diferente a lo que sin duda escucharé de cualquiera del pueblo que presuma de haberla conocido.

No es que quiera reabrir el caso de Victoria Gómez, pero todavía me quedan muchos días para ser presentada aquí oficialmente como la ayudante del sheriff y tengo que encontrar algo en qué ocupar mi mente.

También tengo a Jesse...

Sonrío como una estúpida al pensar en lo que hicimos anoche. ¡He dormido con Jesse Jackson! ¡Toma! Pero... no hemos terminado lo que tenemos pendiente.

Después de muchísimo debatir frente al espejo decido no mirarme más o me arrepentiré del modelito que me he colocado. Es un vestido rojo, ceñido y muy corto. De fulana en toda regla. Y también me he dejado la larga melena oscura suelta. Pfff Sam, ¿qué te está pasando? ¡No! ¡No lo pienses más y sal ya!

Abro la puerta de casa y, al salir al porche, veo desde mi casa a Jesse hablando con un tipo. Mi corazón despierta de golpe al verlo. Está lleno de grasa, así que supongo que está en plena faena arreglando algún coche.

Cuando se percata de que voy en su dirección me observa boquiabierto mientras me acerco hasta él. Debo de tener un aspecto estúpido.

— Descuida Jim, lo tendré arreglado para mañana. — Le oigo decir al tipo que está frente a él cuando ya estoy cerca de ambos. Los dos me miran como si me hubiesen salido tres cabezas. — ¡Sammy! — Me saluda Jesse que me hace todo



un repaso. – Jim, esta es mi... vecina, Samantha Gómez. – El tipo de unos cuarenta años, con sombrero vaquero, me mira sonriente.

— Señorita Gómez.

— Hola. – Respondo cortés. – Jesse, ¿tienes un momento? – Le pido.

— ¡Claro! Perdona Jim. – Se disculpa con su cliente.

— Tranquilo, volveré mañana. Ha sido un placer, Samantha.

— Lo mismo digo, Jim. – Me giro hacia Jesse que me observa divertido. – ¿Qué? ¡No! ¡Mejor no lo digas! – Le callo cuando sé que va a soltar algunas de sus perlas. Me obedece. – Necesito algo de ti, Jesse.

— Soy todo tuyo, nena. – Ay, esa sonrisa me hace temblar.

— Necesito un coche, una moto o algo para poder moverme por aquí. ¿Tienes algo que puedas ofrecerme a buen precio? – Vuelve a mirarme de arriba abajo. – ¡Jesse! ¡Mis ojos están aquí! – Me los señalo ofuscada. Seguro que me he pasado con el vestidito.

— Perdona, es que estás tan... ¡jodidamente buena! – ¿De verdad? Bueno, al final no ha sido tan mala idea el vestido. – En una moto no te voy a dejar ir así, ni lo sueñes. – Divaga en voz alta.

— ¿No me vas a dejar? ¿Tú y cuántos más? – Me ofendo. Me mira enfurruñado.

— ¡Pretendes ir mostrando todos tus encantos a todo el pueblo! – Ups, no había pensado en eso. Me miro el vestido y pienso.

— Cierto... bueno, no me vestiría así.

— De cuero negro... ¡joder Sammy!

— ¿Quieres dejar de pensar en sexo a todas horas? – Le reprendo. Jesse se agarra la barbilla y la boca con una mano, creo que para refrenar su lengua.

— Tengo una moto, sí. Una Yamaha de 125 cilindros, te la puedo dejar a buen precio. Si me das un poco más de tiempo podría conseguirte un coche pequeñito...

— Prefiero la moto. – Afirmo. Siempre me han gustado las motos. – ¿Cuánto vale? – Jesse suspira. Por favor que deje de mirarme así. Me entran

ganas de tirarme a su cuello de nuevo. – ¿Jesse?

— Te la puedo dejar en ochocientos dólares. Por ser tú. – Me encanta esa cara de profesional que pone. – La moto vale mil, pero te la rebajo a ochocientos si me invitas a una buena cena en tu casa y a...

— ¡Jesse, la apuesta era que yo te suplicaba! ¿Recuerdas? – Le recuerdo nuestro reto. Me sigue apasionando la idea de ver cuál de los dos cede antes. – O más bien que tú me suplicabas a mí.

— No me has dejado terminar. Ochocientos dólares, una cena y me suplicas en tu casa que te folle como un loco durante toda la noche. – Suelto una carcajada.

— No tienes remedio.

— Sí lo tengo. Suplícame y verás. – Me guiña.

— ¿Tienes la moto aquí?

— Tengo que prepararla. ¿Por qué? ¿Vas a algún sitio?

— Tengo que hacer algunas gestiones.

— Llévate mi ranchera. Pero cuídamela. – Saca las llaves del bolsillo trasero de su pantalón y me las coloca en la mano.

— ¡Oh! ¿De veras? ¿No la necesitas?

— No. Ya tengo plan, ¿recuerdas? – Suspiro. Laura Miller. ¡La odio! Y ahora también estoy odiando a Jesse Jackson por recordarme que se va a follar a esa bruja. Cojo las llaves y le dedico una de mis sonrisas de mierda. Jesse da un paso en mi dirección y me planta un sensual beso en los labios. – Pensaré en ti, nena.

— ¡Eres un gilipollas! – Le empujo.

— ¿Qué te pasa? Tú no me quieres. – Se burla. – Tengo que consolar mi triste alma.

— ¡Quién te va a querer a ti si te follarías hasta a una escoba! – Me doy la vuelta encolerizada y me dirijo hacia su ranchera. Pero Jesse me coge de la mano y tira de mí hasta ponerme de nuevo frente a él.

— Eso no es verdad. Lo cierto es que me apetece ahora mismo hacértelo

sólo a ti. No preguntes por qué. No lo sé. Pero te deseo a ti y estoy pillado por los huevos con Laura, Sammy.

— ¿Por qué? ¿Qué pasa entre ustedes dos? – Pregunto y enseguida me arrepiento. No debería importarme.

— Pues...

— Da igual. No debería pedirte explicaciones. Pásalo bien.

— ¡Sammy! No puedo quitármela de encima tan fácilmente. Pero eres tú quien se ha colado en mi pensamiento día y noche. Me gustaría que fueras tú la que esté entre mis brazos esta noche, ¿sabes? – Acaricia mi rostro y yo me pierdo en su mirada. Comienzo a jadear.

— Entonces, ¿por qué me cuentas tan claramente que te la vas a follar a ella y no a mí? Sabes que eso hace que me aleje de ti.

— Es justo que lo sepas. – Acaricia mis labios con su pulgar. – Que sepas a lo que te atienes si... si decido cometer la locura de luchar por ti. Por hacerte mía.

— Jesse, si estás con ella yo... – Jesse me calla dándome otro beso sensual y suave.

— Shhh... Ya te he dicho que no estoy con ella, Sam. Ni con nadie. Sólo estoy pagando una deuda familiar. Eso es todo. – Sus ojos brillan al mirarme, pero, en cierta forma, también se parece a la mirada de tantos presos como he visto en mi vida.

— ¿Qué deuda?

— Tú no te preocupes por eso. ¡Ten cuidado por ahí! – Me da un beso casto y sonoro esta vez y una palmada en el trasero. – Hoy estás demasiado apetecible. Yo tengo que trabajar.

— Esta bien. Ya confesarás. – Le digo apuntándole con el dedo. Sonríe.

— Cuando tú supliques. – Me guiña. Sacudo la cabeza y me meto en la ranchera. ¡No tiene solución!

\*\*\*\*\*

En el supermercado compro un poco de todo. Aprovechando que llevo la ranchera de Jesse y hay espacio para las compras.

Al salir, cuando estoy colocando las compras en la parte trasera, la voz de un chico me sorprende.

— ¡Sam!

— ¡Tony! – Me llevo una grata sorpresa al ver a mi gran amigo de la infancia allí. – ¿Aquí es donde trabajas? – Tony asiente risueño.

— Oye, tenemos que vernos. Tenemos que ponernos al día.

— ¡Claro! ¿Qué día es hoy? No sé ni en qué día estamos. Aún no me he hecho a tanto cambio. – Me disculpo.

— Es miércoles. El sábado descanso. ¿Te viene bien?

— ¡Sí! Ahora mismo estoy de vacaciones forzosas. – Me mira extrañado. – Ya te contaré... ¡Vente el sábado a mi casa y cenamos juntos!

— ¡Estupendo! Me alegro mucho de verte, loca. – Me abraza con fuerza.

— Y yo a ti. – Digo sincera y felizmente. Los mejores recuerdos de mi infancia han sido con él. – Hasta el sábado, entonces.

\*\*\*\*\*

Después del supermercado he ido a comprarme algo de ropa más acorde conmigo, con la YO de ahora. No quiero seguir siendo indiferente a los hombres, (o más bien a Jesse, aunque me cueste admitirlo) y tampoco quiero parecer un zorrón calienta braguetas.

Me he comprado algunas nuevas adquisiciones que irán bien con mi nuevo estado de ánimo. ¡Sobre todo los pantalones de cuero y la chupa de cuero! Es algo sexi, va con mi condición de poli y de mujer segura de sí misma y no es demasiado descocado.

También he llamado a Nelson y le he contado por encima cómo está mi panorama por estos lares del mundo. Se ha reído mucho al saber sobre la apuesta que tenemos Jesse y yo, dice que le parece algo emocionante y que, me permitirá ir investigando sobre mi feminidad sin que me queden traumas por el camino. Y es verdad. Estoy completamente desentrenada con los hombres.

También le pregunté por Mat. No pude evitarlo. No le dije nada sobre que me escribió y no creo que vaya a decírselo. No lo ha vuelto a hacer, menos mal. Así que puede que fuese sólo un momento de debilidad.

Apuesto a que su vida ha vuelto a ser maravillosa con su esposa querida y embarazada. ¡Es un imbécil, Sam! ¡Olvídalo ya!

Cuando llego al bar Lucky, me sorprende mucho que mi madre trabajase en un antro como éste, pero no voy a juzgarla por querer tirar de su pequeña familia para adelante. Todo lo que soy es gracias a ella.

Me siento en la barra, pido una cerveza y pronto varios moscones se sientan a mi alrededor.

Le pongo mi sonrisa de mierda a uno de ellos y comienzo a hablar con él para ver si puede guardar algo de información interesante.

— Te invito a una ronda de lo que quieras, preciosidad. – Me dice.

— Gracias. Tomaré una cerveza. – El tipo pide a la camarera una cerveza para mí y un Brandy para él. La camarera, una mujer de unos cuarenta y cinco años, asiente risueña. El tipo me dedica unos cuantos cumplidos a los que asiento sin verdadero entusiasmo.

— Es una lástima que yo no sea tu tipo. – Me dice al final rendido mientras bebe de su copa. – ¿Quieres otra cerveza?

— Freddie, no asustes a la nueva clientela. – Le reprende la camarera.

— Estoy bien, tranquila. – Digo yo. Sé muy bien cómo defenderme y cómo tratar con clientes pesados de bares. Lo llevo haciendo durante años en Chicago. – Lo siento, es verdad, no eres mi tipo Freddie. – Le contesto al tipo. Él se encoge de hombros.

— Tenía que intentarlo. ¿A qué has venido tú sola a un sitio como este a las afueras de Red Stone Lake?

— Mi madre trabajó aquí. Ella murió hace años. Quería saber si alguien aún la recuerda y puede decirme algo sobre ella. – Digo sin más tapujos. El tipo me mira.

— ¿Cómo se llamaba tu madre?

— Victoria, Victoria Gómez. – El tal Freddie abre los ojos.

— ¡Ann Marie! – Llama a la camarera que viene enseguida.

— ¿Qué pasa viejo?

— Es la hija de Vicky. – Me señala. Yo alterno mi mirada entre ambos. – ¡Vaya! ¡Ahora que lo pienso, eres un jodido calco de ella! Ella también tenía la manía de escabullirse de mis ofertas sexuales.

— ¿Eres su hija? – Pregunta la camarera. Asiento feliz.

— ¿La conocíais?

— ¡Claro! Trabajó aquí dos años. Fuimos muy buenas amigas. Estaba recién llegada al pueblo cuando comenzó a trabajar aquí y tú, tú eras una niña pequeña. ¿Seis años tenías por ese entonces? – Afirmo con mi cabeza.

— Yo pensé que había nacido aquí. Hace poco supe que nos vinimos cuando yo tenía seis años.

— No, no. Tu madre venía de... creo que era New Jersey. Venía huyendo de tu padre, eso lo recuerdo. – ¿Mi padre? Jamás supe quién era. Al menos, no guardo recuerdos de él. – Lamenté mucho su pérdida. – Me dice la mujer. – Era una mujer admirable, aunque te digan lo contrario. – Me dice señalándome con el dedo.

— Lo sé. ¿Sabes algo de ella y de su situación justo antes de su muerte? Yo... no lo recuerdo y me gustaría conocer un poco más de ella. – Ann Marie parece intentar hacer memoria.

— Mmmm no recuerdo a qué se dedicaba por aquel entonces. Pero recuerdo que me dijo en una de sus visitas al bar que su suerte estaba a punto de cambiar. Que le habían pedido matrimonio y que había aceptado. – Me tenso en el taburete. – Pero no supe nunca quién fue el afortunado. ¿Quién sabe? Tu madre tuvo una vida amorosa intensa, hija. Y ella siempre trataba de llevarla todo lo en secreto que podía.

— Por favor, me ayudaría mucho que intentase recordar el nombre de alguno de sus últimos jefes o... algo relativo a sus últimos años. – Suplico.

— ¡Vuelve por aquí más adelante! Intentaré averiguar. – Me dice la tal Ann Marie. Asiento conforme.

— Lo haré, gracias. Muchas gracias.

\*\*\*\*\*

De vuelta a la que fue la casa de mi madre no paro de pensar en eso de que mi madre iba a casarse. ¿Puede eso ser cierto? Jesse dijo algo de que nuestros padres estaban enamorados, pero no puede ser con el padre de Jesse con quien pretendía casarse. Recuerdo que William, el padre de Jesse, desapareció del pueblo al menos cinco meses antes de la trágica muerte de mi madre y, nadie supo más de él. ¿Debería preguntarle a Jesse por su padre?

Antes de llegar a casa paso por el archivo del pueblo, pues recuerdo haber visto un anillo junto a las posesiones que se encontraron de mi madre en el escenario del crimen, pero cuando llego ya está cerrado. ¡Joder! ¿Ya son las diez de la noche? Debería volver a casa.

Al llegar a casa, lo primero que hago es parar frente a mi casa y descargar las bolsas de la compra en la encimera de la cocina. Después salgo de nuevo y, al aparcar la ranchera de Jesse frente a su casa, me deprimó al ver luz en el interior de su vivienda, pero nadie sale a recibirme. También hay un vehículo aparcado frente a su casa; un Audi Q6. ¡Un tanque! Seguro que es de la asquerosa de Laura Miller que está podrida de dinero. ¡Seguro que se lo están pasando en grande esos dos!

Me asqueo al imaginarlo y decido dejarle las llaves de su coche sobre la mesita que tiene en su porche, sin hacer mucho ruido, pero, una llamada de teléfono me hace separarme rápidamente de allí por lo que me llevo las llaves del coche de Jesse conmigo y contesto la llamada tan pronto como puedo para no advertir a nadie de mi presencia. No quiero que Jesse sepa que he llegado y salga a recibirme con su amiguita.

— ¿Hola? – Contesto poniéndome rápidamente en dirección a mi casa.

— Sam... – Se me corta la respiración.

— ¿Mat? – No, no puede ser él. – ¿Quién es? ¡¿Eres tú, Mat?! – Voy casi corriendo hacia mi casa y me detengo justo cuando vuelvo a oír su voz.

— Sam. – Parece que llora. ¡Mat! ¡Es él! – Lo siento, siento haberte dejado así. Creí que era lo mejor, pero me estoy volviendo loco, Sam. Loco por volver a verte. Aunque me odies, aunque me mandes al infierno. – Le escucho sin poder emitir palabra y decido sentarme en las escaleras de mi porche, antes de caerme

redonda al suelo. – Tenía que intentar olvidarte por... Katty y por mi hijo. Pero no soy tan fuerte Sam. Pensé... pensé que lo mío por ti era sólo un capricho. Pensé que te olvidaría fácilmente. No puedo, Sam. Tienes que volver. Tenemos que hablar. Tenemos que intentar ser felices; juntos. – Las palabras de Mat han abierto una especie de agujero en mi pecho y, lejos de aliviarme, hacen que la rabia se apodere de mí. ¿Ahora se da cuenta de que no soy un capricho, que soy algo importante para él? ¡¿AHORA?! – Sam, háblame.

— Vete al infierno, Mat. ¡Y no vuelvas a llamarme! – Pulso la tecla de colgar y estrello el teléfono contra el suelo de mi porche, haciéndolo añicos.

Entro en mi casa envuelta en cólera y doy un portazo al entrar. Descargo un grito gutural cargado de frustración y pateo una mesita que hay en la entrada. ¡Lo cosería a hostias si lo tuviera frente a mí! ¡¿Quién cojones se cree que es?! ¡Ya estaba olvidándolo! ¡¡¡Quiero que me deje en paz!!!

Comienzo a llorar como una niña y me tiro en el sofá. ¿Por qué me hace esto? ¿Por qué? Él ya había tomado su decisión y yo llevo ya una semana sufriendo sus consecuencias, pero haciendo todo lo que esté en mis manos para asumir sus consecuencias y sobreponerme. Estoy sola, en un lugar lejano del que ha sido mi mundo, en un lugar lejano de él. Porque él así lo decidió, y se marchó sin tan siquiera hablar conmigo, ni explicarme, ni... disculparse por dejarme el corazón roto y el ánimo por los pies.

Y, ahora viene con éstas. ¿Pretende que me vaya, deje de nuevo una vida que estoy comenzando a construir, para que se arrepienta de dejar a Katty a los dos días? ¡¡¡NO!!! ¡Ni hablar! ¡Que me olvide!

Cojo mi paquete de tabaco, una botella de whiskey que he comprado esta misma tarde y salgo al porche de mi casa a intentar matar mis penas. También me llevo algo de música conmigo; una pequeña radio que creo que Erik mandó comprar para mi casa.

Y así paso las horas: bebiendo, fumando, llorando y escuchando música deprimente. Un jodido cóctel molotov.

Brook Benton canta en la radio “Rainy night in Georgia” y así exactamente es mi noche, lluviosa. Las lágrimas no dejan de salir de mis ojos, aunque yo no hago nada para provocarlas. Estoy en la misma posición desde que salí al porche.



Me acuerdo de Mat, de aquella noche que pasé con él. De cómo me miraba, cómo me besaba. Recuerdo la noche que esos capullos que trabajaban para Mendoza intentaron matarme y él parecía tan decidido a dejarlo todo por mí...

Y, de repente, el rostro de Jesse se cruza en mis pensamientos. ¡Joder! ¡Me hace falta ahora mismo ese imbécil! Él sabe cómo animarme. Me hace reír, me hace vibrar y, sobre todo, hace que no me acuerde de Mat. Pero, ese cabrón malnacido está follándose a la zorra de Laura Miller ahora mismo y, seguro que se lo está pasando de lo lindo y ni se acuerda de mí.

En la radio, Lady Antebellum canta “Need you now” y me recuerda a él, me recuerda a Jesse. ¿Por qué? No lo sé. Yo estoy enamorada de Mat y sé que con Jesse sólo existe una distracción. ¿Puede una distracción convertirse en algo importante sin que te des cuenta? Nah... Descarto ese pensamiento.

Entonces veo movimiento en el porche de Jesse y mi corazón da un vuelco. ¡Es él! ¡Ha salido! ¡Y está mirando en mi dirección! No sé si puede verme por la oscuridad de la noche, aunque seguro que reconoce la luz de mi cigarrillo. Y seguro que escucha la canción que tengo puesta. ¡Jesse! ¡Ven! ¡Te necesito ahora mismo!

Lleva puesto unos pantalones cortos solamente. ¡No está desnudo! ¡Por favor, por favor, que no haya hecho nada con la maldita asquerosa esa! Veo que mira hacia atrás, en dirección a su casa. Esa mujer está ahí dentro, seguro... Vuelve a mirarme, apoyando sus brazos en la barandilla de su porche y, agacha finalmente la mirada. Como si no pudiera mantenérmela. No es buena señal.

Estoy a punto de gritarle que venga. Estoy tan borracha y derrotada que no me importa lo que pueda pasar. Me levanto con mucho esfuerzo y me acerco a la barandilla de mi porche, donde sé que sin duda podrá verme. Vuelve a levantar la mirada y sé que es entonces cuando me ve claramente. Se queda inmóvil y yo ni parpadeo intentando recrear cada detalle de su rostro. Pagaría una fortuna por ver bien la expresión que tiene ahora mismo. Lo daría todo por poder perderme ahora mismo en sus brazos y olvidar a Mat y su herida en mí. ¡Voy a llamarlo! ¡A la mierda!

¡Espera! Las luces de su casa se encienden y creo que veo la silueta de una mujer salir.

Enfurecida, tiro el cigarro y vuelvo a entrar en casa dando de nuevo un

portazo.

Subo las escaleras de dos en dos hacia mi habitación y me tiro a la cama. La borrachera que tengo será suficiente para que pueda dormir algo.

¡Odio a Mat! ¡Y odio mucho más a Jesse Jackson!

*Estoy en un descampado. Una patrulla de policía y algunos ciudadanos de Red Stone Lake han salido a ayudar a barrer toda la zona. ¡Tenemos que encontrar a mamá!*

*Hace dos días que no sé nada de ella y tengo mucho miedo.*

*La policía me ha preguntado decenas de veces si había algo raro en ella el día de su desaparición. ¡No lo sé! Yo... no me fijé. ¿Debería haberlo hecho? ¡Maldita sea, debería haber cuidado más de mi mamá!*

*La falta de sueño durante estos dos días hace mella en mí, pero no me rendiré hasta dar de nuevo con mi madre.*

*Veo un prado. La maleza lo cubre de espesor. Sé que tras el prado está el lago. Y siento como un imán. Como una especie de sexto sentido que me atrae directamente hasta el punto exacto.*

*De pronto... la veo. La verdad es que sólo veo su pie, pero es suficiente para saber lo que allí hay. Mi madre está muerta... No volverá más.*

— ¡¡¡MAMÁ!!! – Mi propio grito me despierta. Estoy empapada en sudor.

Joder, nunca antes he soñado con ese día. He soñado con mi madre, sí, y algunas veces he visto su cadáver en sueños, pero han sido situaciones irreales en todas las ocasiones que eso ha sucedido. Sin embargo, lo que acabo de soñar fue real, ¡muy real! Y lo que más me extraña de todo es que yo creí haber perdido la memoria de lo que sucedió aquel día. Mi mente lo bloqueaba y lo único que me ha permitido recrear una y otra vez es la imagen parcial del cuerpo sin vida de mi madre. Pero nada más. No recuerdo nada de ese día, ni de días posteriores.

Sé que pasé días encerrada en casa con el sheriff Dylan, o cualquier otro policía que me custodiaba. Sé que alguien vino a visitarme, creo que fue Tony, aunque yo apenas hablaba. Estaba en shock. Y, recuerdo sobre todo el entierro de mi madre. Fue algo demasiado traumático para una cría de quince años.

Es temprano. Apenas he conseguido dormir unas horas y sé que no voy a

poder dormir más. Así que me levanto, me pongo ropa para hacer deporte y bajo las escaleras que me llevan hasta la parte baja de mi casa. Antes de salir, me preparo un café bastante cargado y me lo tomo rápidamente.

En el porche de mi casa, veo tirada una botella de whiskey medio vacía y mi teléfono móvil hecho añicos en el suelo. Lo ignoro todo y comienzo a correr, intentando alejarme de todo lo que me agita y me tiene en este estado.

Evito también mirar en dirección a la casa de Jesse. No tengo ni idea de cuál será mi reacción al verle de nuevo y eso me preocupa. No tengo mucha más gente aquí con quien contar. Sé que he quedado con Tony el sábado, pero mi amigo parece que está bastante ocupado con su trabajo y tampoco sé si seguiremos teniendo tanto en común después de tantos años. Muchas veces, los caminos de las personas se separan con el tiempo y toman rumbos diferentes. Eso lo he visto ya varias veces en mi vida.

Hoy he tomado la elección de escuchar música electrónica. No me gusta mucho, pero apenas tiene letra y eso evitará que piense en cosas en las que no quiero pensar. Sólo quiero despejarme y relajarme un poco.

Además, he tomado un rumbo distinto al que tomé la otra vez que salí a correr. No creo que Jesse esté para muchas carreras esta mañana, pero, por si acaso, no quiero darle la oportunidad de encontrarme todavía. No de esta guisa. Aún no he recolocado del todo mi cerebro, que, a decir verdad, ahora mismo es una masa viscosa e inerte que no quiere trabajar. Aunque tarde o temprano tendré que ir a darle las llaves de su ranchera. Espero poder dilatar ese momento lo máximo posible.

De vuelta a casa me quedo extrañada cuando veo que, de nuevo, hay un montón de comida para desayunar sobre la mesita que Jesse colocó en mi porche. No puedo evitar sonreír y, automáticamente, miro en dirección a la casa de Jesse. Lo encuentro en el porche de su casa, desayunando con una mujer que, ya sé bien quién es. Me saluda tímidamente con la mano y yo le devuelvo el gesto con una sonrisa para darle las gracias por el desayuno, de nuevo.

¿Por qué hace esto? ¿Por qué es tan atento conmigo a pesar de que sólo va buscando un polvo rápido? ¡Bueno! ¡Ni que yo quisiera casarme con él! ¡Ja! ¡Qué tontería! Pero, no entiendo bien su entusiasmo con mi regreso a Red Stone Lake... Estoy al tanto de que su agenda sexual ha sido siempre movidita y estoy segura de que no le faltarán candidatas a seguir rellenándola. ¿Me habrá tenido

él también presente en alguna fantasía sexual durante estos años? ¡Bueno, bueno, eso sí que es una tontería de las grandes, Sam! ¡Jesse Jackson teniendo fantasías sexuales con una lerdá con los hombres como tú! Aunque, él dijo que sí o, al menos, lo dio a entender.

Entro en casa, antes de ponerme a desayunar, para darme una ducha fresca y despejarme un poquito más. Después me visto con algunas de las prendas nuevas que he comprado. En esta ocasión voy a estrenar unos jeans que me hacen muy buen culo y un top blanco liso, que no parece nada del otro mundo, pero que realza mis tetas y tiene un buen escote, además deja mi cintura al aire.

Cuando estoy a punto de salir a desayunar oigo que alguien llama a la puerta de mi casa. Debe ser Jesse. Salgo corriendo escaleras abajo con ganas de encontrármelo de nuevo frente a frente; lo he echado mucho de menos.

Sin embargo, cuando abro la puerta, lo que me encuentro de frente es la cara maquilladísima de Laura Miller. ¡Maldita sea! ¡Qué narices hace ésta aquí! Con su melena perfectamente peinada en ondas y llevando un ajustado vestido, seguramente de una marca carísima, que le sienta como un guante. ¿Cómo puede estar tan perfecta la muy asquerosa? Laura debe rondar los cuarenta años, más o menos, pero aparenta treinta.

Me sonrío fríamente. Yo le sonrío igual.

— Hola, ¿qué desea? – Digo queriendo aparentar no reconocerla.

— ¿Samantha? ¿Samantha Gómez? ¡Soy Laura, Laura Miller! ¿Me recuerdas? Tú madre trabajó para mí una temporada. – Dice fingiendo entusiasmo. Asiento con una de mis sonrisas de mierda en la cara. – ¿Qué tal estás? Jesse me ha dicho que habías vuelto. – Ah, ¿sí? – Dice que vas a quedarte una temporada. – Asiento dubitativamente. No me gusta dar a gente que no es de mi entorno mucha información de mi vida. – Parece que ibas a desayunar. – Dice señalando la mesita donde Jesse me ha dejado un montón de cosas otra vez para desayunar. – Oh, vaya, te alimentas bien.

— Sí, es que hago mucho deporte. – Le digo sin querer informarle de que su querido amante es quien me ha invitado al desayuno. Parece que no lo sabe y eso es asunto de Jesse y mío. Salgo al porche y cojo una rosquilla mientras la miro de arriba abajo. ¡Qué asco le tengo desde siempre a esta mujer! – Y Jesse tiene razón. Me voy a quedar una temporada. – Me siento a comer para ver si así se da cuenta que estorba en mi casa y se va.

— ¿Y qué te ha traído de vuelta a Red Stone Lake? – Pregunta bastante curiosa con una sonrisa que no me creo mientras se sienta frente a mí. ¿Qué hace? ¿Por qué demonios no se va ya?

— Asuntos personales. – Digo poco participativa.

— Ya veo... ¡Ey! Jesse dice que le vas a comprar una moto. – Empiezo a perder los nervios. No entiendo por qué tiene Jesse que hablar con esta estúpida de mí. – Dice que ayer te dejó la ranchera, porque no tenías como ir al pueblo. – Sonríe igual de mal que siempre. – Tenéis una bonita amistad, por lo que veo. – ¡Oh! ¡Ya veo! ¡La leona ha venido a marcar su territorio con Jesse! Pues vamos a divertirnos. Miro hacia casa de Jesse y sonrío con cara de boba mientras suspiro.

— ¡Sí! ¡Es tan lindo! – Interpreto el papel de inocente a la perfección.

— Sí. – Suelta una risa nerviosa y después me mira seria. – ¿Tienes marido? – Directa al grano.

— No. Soy solterísima. – Digo por primera vez en mi vida esto con alegría. La cara de estupor de Laura Miller no tiene precio. – ¡Anda! ¡Ahí viene Jesse! – Digo cuando veo a Jesse salir de la parte trasera de su casa lleno de grasa, seguramente por estar trabajando en alguna reparación. Y se dirige hacia nosotras con cara rara. No debe de gustarle ni un pelo que yo esté aquí conversando con Laura.

— Entiendo. – La cara de Laura ya no disimula nada su incomodidad conmigo. – ¿Sabes? Jesse y yo... en fin, no es que estemos juntos. Todavía no he podido resolver el papeleo de la desaparición de mi marido, pero él y yo...

— Tranquila Laura, sé que has venido para pedirme que no me folle a Jesse. No te preocupes. – Digo con una sonrisa falsa mientras le cojo de la mano. Nunca he dicho una mentira tan gorda. Si antes tenía ganas de follarme al hombretón más sexi del pueblo, ahora al ver de nuevo a Laura más.

Ella asiente sonriente y sé que no me cree ni un poquito por su expresión. Ser poli ayuda a descifrar algunas expresiones.

— ¡Eh! – Llega Jesse a mi porche y nos mira a ambas con preocupación.

— Jesse, he venido a saludar y a dar la bienvenida a Samantha. – Dice Laura poniéndose en pie y enganchándose al brazo de Jesse, sin importarle mancharse su caro vestido de grasa. Lo que le importa es distanciarme de Jesse.

– Me está confirmando que sois muy buenos amigos desde siempre. – Jesse me mira perplejo y traga saliva. Yo le sonrío.

— ¡Claro! – Digo poniéndome en pie. Jesse me mira de arriba abajo. – Hola colega. – Me acerco a él y le planto un beso en la mejilla. Él me mira sin saber cómo reaccionar.

— Hola Sammy. – Dice muy tímidamente. ¡Ja! Esto está siendo de lo más divertido. – ¿Qué tal te va? – Se pasa la mano por el pelo, nervioso.

— Genial. Muchas gracias por ser tan atento. – Laura me mira de arriba abajo. Tomo asiento en mi silla de nuevo y mastico con chulería la comida. Para mi sorpresa, Laura también se sienta de nuevo frente a mí. ¡Que se vaya ya!

— Oye, nunca tuve la oportunidad de decirte que siento mucho lo de tu madre. – Me dice cogiéndome ahora ella de la mano. ¡La muy zorra! Yo la miro llena de ira. Sé que odiaba a mi madre y siempre pensé mal de su marido con respecto a su desaparición.

— Laura, ¿Qué demonios haces? – Le dice Jesse con estupor. – ¡Déjala!

— ¡Sólo quiero decirle que lo siento! – Dice la muy ridícula levantando las manos.

— ¡No le saques ese tema! – Grita Jesse y yo lo miro extrañada. ¿Tanto le preocupó? ¿O hay algo más? – ¡Vamos, Laura! ¡Dejemos a Sammy desayunar tranquila! – Vuelve a interferir Jesse agarrando del brazo a Laura para que se levante. Me mira como disculpándose. – Lo siento. – Me susurra.

— Está bien, no te preocupes. – Me levanto para despedirme. – Me alegro de verte, Laura. – Digo por cortesía y deseando que por fin se vaya esa zorra de mi casa. Nos estrechamos las manos.

— Lo mismo digo. ¡Te invitaré un día a comer a casa! – Me dice y yo asiento asqueada. Espero que lo diga por quedar bien sólo.

Jesse se acerca a mí con cara de entierro y me besa en la mejilla.

— Lo siento mucho, Sammy. Vendré luego a verte. – Me susurra en el oído y se va después de que yo le susurre “de acuerdo”.

Se vuelve a su casa con esa maldita y yo los observo desde mi porche masticando con rabia el desayuno que Jesse me ha traído. ¡Los odio ahora

mismo a los dos! ¡A Jesse también! Por elegir a ese engendro frente a mí. Por no entender qué clase de relación le ata a esa víbora. Por desearlo tanto y ser tan complicado para mí abrirme a él, dadas las circunstancias.

Pero la partida no ha terminado. Todavía.



Después de desayunar intento poner en funcionamiento de nuevo mi teléfono móvil; pero nada. Me lo he cargado. ¡Seré bruta! Bueno, me compraré uno nuevo con un nuevo número de teléfono y, de esa forma, estaré más segura de no recibir más llamadas de Mat.

Debería ir a casa de Jesse a devolverle las llaves de su ranchera y recoger mi nueva moto, pero no hago más que inventarme tareas estúpidas en casa para retrasar el momento. Sobre todo, porque cada vez que me asomo tras la cortina, sigo viendo el tanque que Laura Miller usa como coche, y no me apetece lo más mínimo volver a verla. También tengo que reconocer que me amarga profundamente imaginarme a esos dos juntos.

Así que limpio el baño, la cocina, ordeno mi ropa en el armario, y, sobre todo, doy vueltas de un lado para otro de la casa.

Gracias al cielo recibo la visita del sheriff Johnson para distraerme un poco.

— ¡Hola Erik! – Le saludo más eufórica de lo normal al encontrarme con él tras abrir la puerta de casa. – Pasa. – Erik hace lo que le pido sonriente.

— Espero no importunarte, Sam. – Niego con la cabeza. Me alegra tener ahora mismo a alguien con quien hablar y no pensar en mi enfado con Mat o con Jesse. – He intentado llamarte varias veces a tu móvil para preguntarte si podía venir, pero me contestaba siempre la operadora diciendo que está apagado. ¿Tienes algún problema con la telefonía aquí? – Me pregunta mientras se sienta en el sofá del salón. Yo me siento en un sillón frente a él.

— Eh... se me ha roto. – Digo encogiéndome de hombros.

— Vaya. Pues si quieres puedo facilitarte uno de la oficina.

— Me parece bien. Dime, ¿qué te trae por aquí?

— Ha aparecido Rose Stapleton. – Dice muy serio. – La otra chica desaparecida. – Me levanto de un salto.

— ¿Está muerta? – Grito consternada. – ¡Voy a matar al hijo de puta que lo

haya hecho!

— No Sam. Está viva. – Abro los ojos de par en par. No lo puedo creer. ¿Un asesino en serie que se ha equivocado de esta forma? Espera Sam, esto no es Chicago. Esto es un pueblucho.

— ¡No me jodas! ¿Se había escapado? – Levanto los brazos en dirección al cielo. – Bueno, mejor. Menos quebraderos de cabeza. – Vuelvo a sentarme en el sillón. Pero la cara con la que Erik me mira no me gusta un pelo. – Un momento. ¿Para qué has venido a contarme esto si yo estoy suspendida de empleo y sueldo durante unas semanas y no hay caso? – Le apunto con el dedo. – Porque no hay caso, ¿verdad? – Erik mira al suelo y eso no me gusta.

— He hablado con la jefatura de Chicago para que te habiliten antes. Pero dicen que al menos tienes que cumplir la quincena inhabilitada y luego... estudiarán el caso. ¿Qué carajos hiciste, Sam?

— ¡No, Erik, esa no es la maldita pregunta! ¡¿Qué demonios ha dicho Rose Stapleton para que hayas pedido que me habiliten antes de tiempo? – Inquiero echando el peso de mi cuerpo hacia adelante.

— No ha dicho nada. – Levanto una ceja. – Apareció ayer por la noche, pero la chica está en estado de shock y no ha pronunciado palabra.

— Joder... ¿Le han violado? ¿Tiene daños físicos?

— No lo sabemos aún. Está en el hospital siendo reconocida ahora mismo. Me gustaría que vinieras a verla, Sam. Nelson me ha dado permiso para meterte en el caso, extraoficialmente. Dice que tú tienes experiencia en casos similares. Yo no... llevo poco tiempo en el puesto de sheriff y, lo máximo que he vivido en este pueblo han sido peleas de borrachos y accidentes de tráfico. Nada como este caso.

— ¿Nelson dice que puedo incorporarme ya? – Me yergo emocionada en mi asiento.

— No oficialmente. Según él necesitas poner un poco en orden tu vida primero. Me ha dicho que él mismo será quien venga para evaluar si estás en disposición de volver. Pero extraoficialmente puedes ayudarme con esto, si quieres...

— Está bien. Iré a ver a Rose.

\*\*\*\*\*

Ya no veo el coche de la estúpida de Laura Miller por los alrededores, así que me visto con mis pantalones de cuero negro y una camiseta básica blanca, cojo la cazadora de cuero y las llaves de la ranchera de Jesse y me pongo dirección a su casa con un humor de perros.

No lo puedo creer cuando me encuentro al mismísimo Jesse tumbado en su hamaca leyendo nada más y nada menos que una novela; El viejo y el mar.

Levanta una ceja cuando me ve plantada frente a él y emite un silbido de aprobación sobre mi indumentaria bastante infantil.

Pongo los ojos en blanco.

— Toma. Tus llaves. Gracias por la ranchera. – Digo de mal humor mientras le tiro las llaves, sin comprender muy bien por qué estoy tan malhumorada y nerviosa a la vez. – Necesito esa moto que ibas a venderme. – Le pido con sequedad cruzándome de brazos. Jesse se levanta e imita mi postura. Se cruza de brazos y me mira con autoridad.

— ¿Y a ti qué te pasa? ¿No vas a saludar siquiera? ¿A qué viene tanta mala pulga? – Maldita sea, no puedo decirle que estoy celosa a rabiar por culpa de Laura Miller. Yo no tengo nada con Jesse, él me ha dejado muy claro que no piensa cambiar en el aspecto de las mujeres y yo no quiero que me enrede.

— Nada, enséñame la moto. – Me giro para ir hacia el taller que Jesse tiene montado en la parte trasera de su casa, pero me detiene agarrándome del brazo.

— ¡Oye! ¡Ya te dije que no tengo nada con Laura! Relájate, ¿quieres? – Me siento como una niña pequeña a la que le pueden leer la mente y le echan una regañina.

— ¡Me importa una mierda lo que tengas con esa! – ¿Por qué grito?

— Sí... ya veo. – Dice aguantando la risa.

— ¡Escucha, estúpido engreído! ¡Si quisiera follar con un creído como tú ya lo habría hecho! – Ahora sí que me mira ofendido y da un paso atrás. ¿Qué narices me pasa con este hombre? ¡Necesito un polvo irremediamente y

siempre acabo espantándolo cuando lo tengo de frente! Pero, cuando no estoy con él, me lo imagino haciéndome el amor de todas las posturas que existen. – Tengo aquí tu dinero, dame la moto por favor. Tengo que salir. – Me sigue mirando herido. Le tiendo un sobre con el dinero y lo coge después de mirarlo un rato.

— Aquí hay mil pavos, Sammy. – Creo que lo he ofendido más todavía. – Te dije ochocientos.

— Eso era si te dejaba pasar una noche conmigo. – Cada vez me cuesta más hacerme la digna y la voz me comienza a temblar.

— Tranquila. No te obligaré a ello. – Esta vez sí que está serio. Creo que se ha enfadado de verdad. Me devuelve doscientos dólares y se pone en camino a la parte trasera de su casa. Le sigo nerviosa. – Aquí está. Me dice con cara de entierro señalándome una maravillosa moto negra.

— ¡Oh, vaya! – Suelto un silbido. – Es preciosa. – Le sonrío como una niña ilusionada con su nuevo juguete. – ¿Puedo usarla ya? – Asiente, pero no habla, y me mira como un padre regañón.

— Tiene el tanque lleno de gasolina. ¿Sabes usarla? ¿Sabes cómo van las marchas?

— ¡Sí! O al menos, creo que no lo he olvidado. – Comienzo a dar saltitos y palmitas.

— De todos modos, yo tengo la mía allí. – Me señala una sábana que cubre algo. – Si quieres podemos dar una vuelta primero por los alrededores hasta que te acostumbres. Vamos, te acompaño. – Me dice y al fin parece ilusionado. Deposita la llave de mi moto en mi mano, me sonrío y se dirige él hacia la suya. – Coge un casco antes de subirte a la moto. – Me dice mientras él escoge el suyo de una colección de cascos de moto que tiene. Yo elijo uno negro y me subo rápidamente en mi moto. Lo miro boquiabierto cuando descubre su moto. ¡Es una Harley Davidson impresionante! De las clásicas. ¡Preciosa! Y se nota que le debe tener sumo cariño por lo bien cuidada que la tiene. – ¿Sabes arrancarla? – Pregunta el muy ingenuo.

Yo arranco mi moto y acelero rápidamente, perdiendo de vista la casa de Jesse en pocos segundos. Me desternillo de la risa sólo con pensar en la cara que se le habrá quedado y me introduzco con rapidez en la carretera comarcal que

hay junto a nuestras casas.

Subo de marcha hasta que alcanzo una velocidad de vértigo. ¡Guau! ¡Había olvidado la libertad que se experimenta en una moto! Grito. Me siento radiante.

Entonces escucho el rugido de su motor y veo que Jesse me ha alcanzado. Me mira a través de su casco y sacude la cabeza. Yo me río. Río y río sin poder evitarlo mientras conduzco carretera a través.

Cuando ya nos hemos alejado lo suficiente decido dar media vuelta y regresar a casa. Jesse me sigue.

Ha sido una experiencia maravillosa. Hacía demasiado tiempo que no conducía una moto.

Al llegar a su taller paro la moto, me bajo y me quito el casco. Jesse llega justo detrás de mí y hace lo mismo.

— ¡Eres una loca insensata! – Me dice entre enfadado y divertido. Pero el enfado se le olvida cuando ve mi enorme sonrisa. – Te gusta el riesgo, ¿verdad? – Me sale una risita traviesa y, sin pensarlo, me lanzo a su cuello y le beso en los labios.

— Me encanta Sr. Jackson. – Contesto feliz agarrada a su cuello. – Gracias por la moto. Te debo una cena. – Le guiño. Jesse pone los ojos en blanco y me sujeta de la cintura.

— Vas a volverme chiflado. – Se ríe. – ¿Ya me has perdonado entonces por lo de...

— No me menciones a Laura Miller o haré que te acuestes cada noche con un tremendo dolor de huevos mientras tenga que vivir en Red Stone Lake. – Le amenazo tapando su boca con mi mano. Jesse suelta una carcajada.

— Me suplicarás, mocosa. Hasta las niñas traviesas como tú tienen necesidades físicas. – Dice mientras acaricia mi nariz con la suya. Yo decido seguir con mi travesura y le beso con todo el erotismo que puedo, introduciendo mi lengua en su boca, mordiendo sus labios, apretándome contra él, gimiendo para él. – Sammy...

— ¿Qué? – Pregunto y luego dibujo sus labios con mi lengua.

— ¿Qué estás haciendo? – Dice con la voz ronca y con mirada febril.

— Demostrarte que yo también sé jugar. – Vuelvo a besarle y me separo de repente, pero él ve mis intenciones y me sujeta aún con más fuerza.

— ¡Ni se te ocurra irte así! – Me levanta del suelo y me sienta sobre el sillín de su moto. Joder, no puedo hacerlo. No puedo separarlo. Vuelve a besarme, y esta vez más salvajemente. Introduce sus manos bajo mi camiseta y alcanza mis senos. ¡Oh, Dios, necesito demasiado este tipo de contacto! – No te vayas. Pídemelo. Ya. Ahora. – Me ruega y presiona su erección contra mi entrepierna. Yo le agarro del culo y le ayudo. ¡Dios, esto va a costarme! ¡Creo que hasta incluso va a doler!

— Jesse... – Jadeo.

— ¿Sí? – Sujeta mi rostro para que lo mire y le suplique que me folle.

— Tenemos una cena pendiente. – Digo y él se separa un paso de mí, mirándome extrañado, herido.

— No estás haciendo lo que creo que estás haciendo... Dime que no. – Me bajo de su moto y me pongo frente a él. Sí que duele, sí. Pero también he de decir que es un dolor placentero.

— No te preocupes. – Acaricio su labio inferior con mis dedos. – Haré que merezca la pena la espera. – Digo con osadía mientras me chupo el dedo que he pasado por su labio. Jesse abre la boca. Está en shock. – Tengo que irme, vecino. Nos vemos. – Obligándome y convenciéndome de que es lo correcto, me pongo el casco y me subo a mi moto. Jesse no ha movido ni una pestaña de cómo lo he dejado. Me observa irme como si fuese una estatua de hielo.

— ¡Maldita jodida, me las vas a pagar todas juntas Samantha Gómez! – Le escucho gritar mientras pongo distancia nuevamente entre Jesse y yo.

¡Ha sido divertido!

El Hospital Regional Saint George está a las afueras de Red Stone Lake, más cerca de Siderland, un pueblo bastante más grande. Cuando llego, le muestro mi documentación a la recepcionista, pues sé que el sheriff Johnson ha dejado instrucciones de que puedo pasar a visitar a Rose Stapleton.

La enfermera que me atiende, reacia al ver mis pintas vestida de cuero negro, finalmente me señala la dirección que tengo que tomar para visitar a Rose. Me dice que está en cuidados intensivos, así que debo tener cuidado de no perturbarla en exceso. Dice que la chica está bastante mal.

Cuando entro en la habitación de Rose, me encuentro a un joven y atractivo médico chequeando su estado. Me mira de arriba abajo. Es bastante guapo. Pelo castaño, barba recortada, ojos grisáceos... y no tendrá más de treinta y cinco. Muy guapo, sí señor.

— Hola. – Digo. – Soy la ayudante del sheriff Johnson, de Red Stone Lake.

— ¿Tú eres Sam? – Me pregunta el médico. Le sonrío asintiendo. – Soy el Doctor Christian Smith. – Me estrecha la mano con entusiasmo. – Erik me habló de ti. Es un buen amigo. Te imaginaba mayor... – Dice con amabilidad. ¿Eso es un cumplido? Está bastante bueno... ¡Joder, Sam! ¡Estás completamente desesperada! – Os ha tocado un caso complicado. – Dice mirando a la chica. Me acerco y veo a una muchacha bastante joven y atractiva con la mirada perdida en el techo de la habitación.

Es rubia, pálida y tiene unas pequitas muy graciosas alrededor de su pequeña nariz.

— ¿Ha hablado? – Pregunto acercándome un poco más. Siento un escalofrío al ver a esa pobre chica.

— No. Ni siquiera ha mirado a nadie a la cara desde que abrió los ojos. – Miro al Doctor Smith preocupada. – Sólo enfoca la mirada al techo. La encontraron inconsciente cerca del lago. Parece que sigue en estado de shock.

— Doctor Smith, ¿tiene unos minutos para dedicarme? Me gustaría hacerle

algunas preguntas en privado respecto al caso de la señorita Stapleton. – Le pido.

— ¡Claro! ¿Te apetece un café, Sam? – Pregunta jovial. – El café de la cafetería del hospital no es nada del otro mundo, pero al menos allí podremos hablar del caso tranquilamente y no tengo mucho tiempo. Vamos, salgamos. No quiero que la molestemos.

— Te ayudaremos, Rose. – Le digo a la chica antes de salir de su habitación. No me mira, pero mueve la vista en dirección a sus pies.

Por el camino a la cafetería el Doctor Smith me va narrando los hechos.

— Parece ser que Rose ha estado meses en un lugar reclusa y amordazada. – Me informa. – Ha sufrido diversos tipos de ataques y la psicóloga que la está tratando cree que además intenta proteger a alguien y por eso permanece callada.

— ¿Síndrome de Estocolmo? – Pregunto. Es el síndrome que muchas víctimas tienen cuando sufren abusos y/o secuestros; acaban enamorándose o más bien enganchándose psicológicamente de sus captores. Lo he visto en infinidad de casos de violencia doméstica.

— No lo sabemos. – Llegamos a la cafetería y el Doctor Smith pide dos cafés con leche. Me tiende uno y nos sentamos en una mesa. – Todavía no hay suficiente información sobre el tema, Sam.

— Me imagino que habrá habido violación...

— Parece ser que sí, pero no estamos seguros de que la penetración haya sido producida por una persona o un objeto. No hay restos de fluidos corporales ni en sus ropas ni en su cuerpo. Y eso es bastante raro...

— Pues sí que lo es. Erik me ha dicho que no se conocía que tuviese ninguna relación sentimental cuando Rose desapareció, ni siquiera se conoce que tuviera una relación desde hace más de un año. – Divago en voz alta. – El sheriff Johnson también me dijo que la chica trabajaba de camarera y, que había interrogado a la clientela del bar en el que trabajaba y nadie sabe nada de que tuviese alguna aventura... Quizá debería ir yo misma a preguntar. – El Doctor Smith me sonrío.

— No tengo tantos datos de su vida privada. Pero si averiguo algo te lo haré saber. – Sonrío agradecida. ¿Soy yo y mi revolución hormonal o este



hombre me está poniendo ojitos? ¡Dios, cómo necesito fogar de una maldita vez! Creo que debería ir a casa de Jesse esta noche, dejar las tonterías a un lado al fin y tener sexo en condiciones. Pero ¡Sam! ¡Tienes un pedazo de tío bueno frente a tus narices y sólo piensas en Jesse! ¡¿Qué te pasa?! – Estaré encantado de colaborar si puedo. – Me dice muy amablemente. – Ahora tengo que volver al trabajo, Sam. – Pone una expresión de disculpas y se levanta de su asiento. – Vamos, te acompaño a la puerta. – Me tiende la mano.

— Si Rose hablase, por favor, no dude en comunicármelo, Doctor. Llame a Erik y que me lo haga saber. Yo tengo que hacerme con un número nuevo de móvil, pero en cuanto lo tenga se lo haré saber, Doctor Smith. Pero no le diga a nadie que soy la nueva ayudante del sheriff Johnson, por favor. Todavía no puedo hacerlo oficial.

— Llámame Christian, por favor. – Me pide cuando ya hemos llegado a recepción. – No lo haré. No te preocupes. Erik ya me advirtió de ello. – Qué amable es. Es un encanto.

— ¡Exijo que me dejen ver a Rose! – Escuchamos gritar a alguien a la enfermera del mostrador de recepción. El Doctor Smith y yo volteamos la vista para ver quién es.

— ¡¿Jesse?! – Pregunto consternada. ¿Es que este tío me persigue o qué? Jesse me mira y parece igual de sorprendido que yo. ¿Qué hace aquí?

— ¿Qué haces aquí, Sammy? – Me pregunta él a mí. ¿Qué le digo?

— Pues, ehh...

— Sam ha venido a verme. – Intercede el Doctor Smith. Yo lo miro alucinando. No sé si agradecer su participación o no. La cara que le dedica Jesse no parece indicar que le gusta un pelo lo que oye.

— ¿Y tú eres...? – Pregunta molesto.

— Es el Doctor Christian Smith, un amigo de la infancia. – Miento. Maldita sea, estoy nerviosa. Jesse lo nota y no para de mirar con mala cara al Doctor Smith. – Christian, él es Jesse Jackson, mi vecino. – Los presento, aunque da la impresión de que ya se conocían por cómo ambos se miran. – ¿A qué has venido tú, Jesse?

— Vengo a ver a otra amiga mía. – Me dice con una sonrisa muy falsa. –

Pero no me dejan verla. ¡Y no entiendo por qué! Por fin ha aparecido y me gustaría mucho poder ver cómo está.

— ¿Eres amigo de Rose Stapleton? – Me alarmo. Jesse frunce el ceño.

— ¿Tú cómo sabes su nombre? – Mierda.

— Ehh... Christian me habló de ella. Él es su médico. – Christian sonrío. Es un hombre tan agradable que ya me está poniendo de los nervios tanta amabilidad.

— ¡Pues quiero verla! – Exige Jesse.

— Eso ahora mismo es imposible. Hasta que el sheriff Johnson de luz verde, no puedo dejar entrar visitas. Está muy mal. – Dice el Doctor Smith. Jesse se masajea la frente y yo me pregunto qué clase de relación le unía a Rose Stapleton para que esté así. La chica es bastante más joven que él.

— ¿Cómo está? Me ha llamado el sheriff Johnson y dice que no habla. – Pregunta Jesse ahora un poco más aplacado. A decir verdad, parece abatido.

— Está en estado de shock y está siendo examinada. Pero se pondrá bien. – Dice Christian. Miro a Jesse. No parece aliviado con la respuesta.

— Bueno, gracias por el café Christian. Estamos en contacto. – Le digo al Doctor Smith despidiéndome con un beso.

— Adiós Sam. Hazme saber cuál es tu nuevo número de teléfono. – Me dice él. Yo asiento.

— Vamos afuera Jesse. – Le digo al hombre de mis sueños eróticos mientras lo cojo del brazo. Me hace caso, pero no sin dedicarle otra mirada recelosa al doctor antes de salir.

Ya fuera en la calle está que echa chispas.

— ¿Estás viéndote con ese? ¿Por eso me das largas una y otra vez? – Me pregunta encolerizado.

— ¡No digas tonterías! ¿Qué te une a ti con Rose? – Exijo saber.

— ¡Te lo diré cuando me expliques por qué has venido hasta aquí para ver a ese tipo! – Me reta. ¡Ufff! ¡Qué hago con este hombre!

— ¡Ya te lo he dicho! ¡Es mi amigo de la infancia! ¡¿Qué te une a ti con

Rose?! – Vuelvo a repetir.

— ¿Estás jugando a los detectives? ¿A qué viene tanta preguntita? ¡Porque no me trago que sea porque te preocupas por mí! – Me grita tenso.

¡Joder! Piensa Sam. Lo menos que puedo hacer ahora es decirle que sí que soy detective. Que voy a ser policía en Red Stone Lake un tiempo, pero que ahora mismo estoy cesada de empleo y sueldo por acribillar a un sospechoso a tiros. Si le digo eso y él sabe algo importante se negará a contármelo porque no puedo presionarlo hasta que me devuelvan la licencia para ejercer. Así que lo único que se me ocurre es hacerme la celosa.

— Quiero saberlo. ¿Es tu novia? ¿Tengo que estar celosa de alguien más aparte de Laura Miller? – Jesse abre los ojos.

— ¿Celosa? ¿Tú? ¡Ja! ¿Esperas que me trague ese cuento? – No es tan difícil de creerlo, ¿no? De Laura Miller sí que me he puesto celosa. – Si yo te interesara sólo un poco no habrías sido capaz de pararme los pies en tres, ¡TRES MALDITAS OCASIONES! que me has tenido babeando por ti, Sammy. – Me grita levantando tres de sus dedos frente a mis narices. – Yo al menos, no podría pararte ni aunque quisiera habiendo llegado tan lejos como hemos llegado. ¡¿Es que eres de hierro?! – Trago saliva. – ¡No, Señorita Gómez! ¡No me venga con ese cuento de los celos! ¡Ya estoy completamente convencido de que yo no te importo una soberana mierda! – ¿Qué le pasa a este hombre? ¿Que no me importa una mierda? ¡Si lo tengo siempre en mente! Vale, es verdad que cuando lo tengo cerca acabo huyendo de él, pero eso es porque tengo miedo a encapricharme de este descerebrado. – Y no entiendo por qué te causo tanta repulsión, porque cuando me besas tus labios y tu cuerpo me dicen otra cosa. ¡¿Me vas a contar qué cojones te pasa conmigo?! – Exclama encolerizado apuntándome con el dedo. – ¿Ha sido Laura? ¿Te ha dicho ella algo? ¡Quiero saberlo!

— ¿Qué? ¿Contarme algo? ¿Algo de qué? – Jesse resopla y después descarga un suspiro. – ¿De veras quieres saber qué me pasa contigo? ¡Cuando me cuentes qué tienes tú con Rose te lo diré! ¡Cuando me digas qué cojones te pasa con Laura Miller y por qué permites que te domine de esa manera lo haré! – Suelta una risa y pone los ojos en blanco.

— ¿Otra vez con eso? Ni lo sueñes. No pienso decirte lo único que parece ser que quieres de mí. Por alguna razón te interesa mi vida sentimental y yo

todavía no comprendo el motivo. Porque si realmente yo te gustara no me humillarías de esta forma una y otra vez. ¡Te acercas y te escapas constantemente! Pero si de verdad quieres saber qué hay entre Rose y yo y entre Laura Miller y yo, vendrás a buscarme, y tú y yo hablaremos. – Sentencia, se da media vuelta y se va hacia su moto. ¡Mierda! ¡Esto es una trampa de las buenas!

— ¡Jesse! – Intento frenarlo para que no se vaya así. No me hace caso. Se pone el casco y sube a su moto. – ¡Óyeme! ¡No me hagas esto! ¡No te vayas así! – Me sonrío maliciosamente ya subido en la moto.

— Nos vemos pronto, mocosa. – Arranca la moto y se va. ¡Maldita sea!

¡Pues si él no quiere contármelo yo lo averiguaré por mi cuenta!

\*\*\*\*\*

— Hola sheriff. – Saludo cuando llego a las instalaciones policiales. Erik me saluda con un apretón de manos. Saludo con la mano también a todos los policías que están trabajando allí. – ¿Te pillo ocupado?

— ¡Hola Sam! No importa, entra y siéntate. – Me ofrece señalándome su despacho. Entro y me siento en una silla. Él cierra la puerta y se sienta en su escritorio, frente a mí. – ¿Has ido a visitar a la Señorita Stapleton?

— Sí. No habla. Todavía están haciéndole chequeos y no se sabe mucho.

— Sí, lo sé.

— Dime una cosa. ¿Has llamado tú a Jesse Jackson para decirle que Rose Stapleton ha aparecido? – Pregunto más nerviosa de lo que quiero estar.

— Sí, claro. El chico se ha mostrado muy preocupado por Rose en todo momento desde que desapareció. He avisado a todos sus familiares y amigos de que Rose está en el hospital Saint George. Sus padres estuvieron todo el día de ayer en el hospital con ella. Hoy están siendo interrogados por si pueden aportar algo más. Y también un par de amigas de Rose.

— ¿Y qué pinta Jesse en la vida de Rose? – Pregunto con un tono bastante malhumorado.

— ¡Eh, no estés celosa! Jesse y Rose eran al parecer bastante amigos porque la chica era camarera del TNT, un bar al que Jesse acude muchas veces a

dar pequeños conciertos con su guitarra. Parece ser que se llevaban muy bien.

— ¡¿Yo celosa?! ¡Qué gilipollez! – Grito levantando las manos. – Pero más gilipollez todavía es pensar que entre Jesse y Rose sólo había una inocente amistad, Erik. ¿Es que no eres consciente de cómo es Jesse? ¡En los pocos días que llevo aquí en el pueblo ya lo he visto follar con dos tipas! ¿En serio crees que Jesse y Rose no han compartido cama? ¡Ja!

— Bueno Sam, sea como sea, no tenían una relación sentimental. Eso en un pueblo como éste se sabría. Llevo varios meses intentando averiguarlo y Jesse fue de los primeros que interrogué sobre el caso. Yo vi su preocupación, participó activamente en su búsqueda... No es un mal chico. Es sólo un joven descarriado, solitario e incomprometido, que ha tenido que vérselas solo en situaciones bastante jodidas.

— ¡Todos nos hemos visto así alguna vez en la vida! ¡Vamos Erik! ¡Tú mismo me advertiste que es un jodido con las mujeres! Ahora no pretendas volverme lo blanco negro, ¿me oyes? Yo voy a averiguar cómo sea si ese energúmeno ha ido más lejos con Rose. – Le advierto apuntándole con el dedo.

— Te advertí que no era bueno como pareja, pero el chico no ha hecho más que ganarse la vida desde muy joven y trabajar duro para pagar los estudios de su hermano Kevin. Y su hermano ni siquiera es capaz de venir a hacerle una visita de vez en cuando a ver cómo está. – Suspiro. – Jesse no tiene nada de peligroso, Sam. Sólo te partirá el corazón si te enamoras de él, pero nada más. Y nadie muere de amor. Además, si de verdad piensas que Jesse puede estar inmiscuido en esto, no deberías implicarte tanto emocionalmente con él.

— ¡Yo no me estoy implicando emocionalmente con él! ¿Qué insinúas? – Me defiendo.

¡Yo sólo quiero un polvazo como un demonio y él es el único de este pueblucho de mierda que tiene aspecto de saber lo que es follar de verdad! ¡Yo estoy enamo... rada de Mat... ¿no? Apenas me he acordado de él. ¿Estoy bien? ¡Pero bueno! ¿Por qué me preocupa haber pasado página con Mat? Si me apetece tanto follar con Jesse es sin duda buena señal. ¡Y no! ¡No me importa que esté liado con medio pueblo también ni la obsesión de Laura Miller por él! Lo que pasa es que Jesse me da mucho miedo. Miedo y morbo a partes iguales. ¡Ay, yo no sé qué me pasa exactamente con él! ¿Me estaré volviendo loca?

— Bueno, estás advertida desde el principio acerca de los líos de faldas de

Jesse Jackson. Me parece estupendo que cuentes con su amistad, Sam. No conoces a mucha gente aquí y necesitas establecer lazos de unión con el pueblo para poder llevar a cabo bien tu trabajo en este lugar. Pero la verdad es que si te enamoras de alguien como Jesse Jackson, tu cabeza no estará para pensar mucho.

— Lo sé... y tienes razón. Es verdad, Jesse no tiene la culpa de ser tan asquerosamente deseable. Y... es el único apoyo que tengo ahora mismo aquí... ¡Ya hablas como todo un jefe! – Erik sonrío. – Iré al TNT a hablar con la gente de allí. Sé dónde está, Jesse me llevó el otro día. Por otro lado, sheriff, me gustaría saber qué ha sido de las fotos y pertenencias que había en mi casa de mi madre. – Digo tratando de no demostrar congoja en mi voz.

— Está bien Sam, ve allí, pero sé discreta. Nadie debe saber aún que eres poli. Ya haremos tu presentación como Dios manda. Y las cosas de tu madre las guardé en la caseta que hay en la parte trasera de tu casa. Allí está todo lo que había. La llave creo que está en uno de los cajones de tu cocina. – Asiento sonriente. – Toma. – Me tiende un teléfono móvil que saca de un cajón con un cargador. – Te hará falta estar comunicada. Si averiguas algo del caso dímelo. Yo tengo que ir a supervisar los interrogatorios de hoy. – Erik se levanta y se dirige a la puerta. – Ahí, en esos ficheros, tengo los informes sobre el caso de Rose y Mary Jane, por si quieres echarles un vistazo. – Me dice señalando unos cajones archivadores. – Siéntete como en casa.

— ¡Genial! Gracias por todo Erik. – Le digo y me levanto para curiosear en esos ficheros.

Comienzo abriendo el de Mary Jane. Me voy directa a las páginas que describen los datos sacados de su autopsia. “El sujeto presenta desgarros internos en la vagina y en el ano producidos por penetración de algún objeto con escamas” ¡Joder! Han jugado con ella antes de matarla. ¡Menudo sanguinario!

Entonces recuerdo que Erik y su prometida me informaron de que Jesse tuvo un lío con esta chica antes de su desaparición. También era muy amigo de Rose... ¿Tengo que comenzar a sospechar de él? No. No puede ser. Una chica joven y guapa habrá tenido más de un lío de una noche. Y sobre todo es fácil caer en las redes de Jesse Jackson. Es lo normal, ¿no? ¡Menos yo que soy una absurda! Bueno Sam, para, concéntrate en el caso.

“Causa de la muerte: asfixia por ahogamiento con una cuerda de fibra.”

Sigo leyendo. “Cabe destacar que se han encontrado altas dosis de alucinógenos en su estómago”. Interesante... pero no dice nada de quién cojones es. ¡Joder! Necesito ayuda para crear un perfil psicológico del criminal. Y como ahora mismo no puedo recurrir a nadie, decido llamar a la única persona que puede ayudarme.

Enciendo mi nuevo aparato móvil y marco el número de la comisaría de Chicago para hablar con Nelson. Necesito su ayuda.

— Policía de Chicago. Departamento de homicidios. – Contesta una voz peligrosamente familiar y yo me quedo bloqueada. Es Mat. ¿No estaba de vacaciones con su queridísima mujer? – ¿Hola? – Sí, es él. ¡Maldición!

— Con Nelson Travis, por favor. – Digo rogando para que no reconozca mi voz.

— ¿Sam? – ¡Oh maldita sea! Pongo los ojos en blanco. – ¡Sam, nena! ¿Dónde estás? Por favor, por favor, déjame hablar contigo. – Suplica. – Llevo intentando llamarte desde hace días...

— Quiero hablar con Nelson. Es urgente. Por favor. – Digo con la poca fortaleza que tengo y rezo para que no insista en hablar conmigo.

— Sam, mi amor. Dime dónde estás. Déjame hablar contigo. Tengo que verte. Yo...

— ¿Y tu mujer? – Pregunto herida.

— Eso... lo hablaremos mejor en privado. Estoy en la oficina. No puedo hablar por este teléfono de eso. Sabes que todo queda registrado, Sam.

— Creo que el momento de hablar de ello ya pasó, Mat. Tú elegiste y ahora yo no quiero hablar contigo. No hay nada de lo que hablar. – Sin quererlo dos amargas lágrimas se me escapan al decir esto. Es doloroso, muy doloroso. Confié en él y yo nunca confío en los hombres. Pero no puedo permitirme caer por Mat de nuevo. Ya he perdido demasiado por esta historia. – Pásame a Nelson, por favor, Mat.

— No. – Mierda. – Está bien. Si tengo que hablar por aquí lo haré. Ya que no me dejas otra opción. No quiero perderte, Sam. No sé vivir sin ti, nena. Sé que sólo ha sido una maldita vez la que hemos...

— ¡Para Mat! – No quiero oír más.

— No Sam. Te quiero. ¿Me oyes? ¡Te quiero!

— ¡¿Y Katty?! – Le increpo finalmente. – ¿Qué pasa con tu queridísima mujer? ¿Qué pasó con eso de que yo era una distracción? ¡Dime! – Grito y más lágrimas se me escapan.

— Yo... no puedo dejarla ahora. ¡Está esperando un hijo mío! Pero...

— ¡Pásame a Nelson! – Decido por fin cortar esta estupidez.

— Sam, escúchame...

— ¡PÁSAME DE UNA PUTA VEZ A NELSON, JODER!

— Está bien. Pero te buscaré, Sam. Vas a tener que decirme a la cara que ya no sientes nada por mí.

— ¡Vete a la mierda, hijo de puta! ¡Si te acercas a mí te cortaré los huevos! ¡¿Me oyes?! ¡Y los pondré de adorno en mi árbol de navidad, gilipollas!

— ¿Qué harás qué con mis huevos? – Escucho al fin la voz de Nelson y suspiro aliviada.

— Nelson... – Casi no me sale la voz. – Gracias a dios eres tú.

— Sam, ¿por qué carajos no me has llamado a mi teléfono particular? – Sollozo.

— He roto mi móvil y no lo tengo memorizado en mi mente, maltita sea. Sólo me acordaba del de la oficina. – Digo con el corazón encogido.

— Está bien. Tranquila. Ya hablaré con ese capullo de Mat luego. ¡Eh, tranquila pequeña! – Hago un esfuerzo y contengo mi llanto. – Ya, Sam. Cuéntame, ¿qué necesitas? Dímelo. Lo que sea.

— Necesito tu ayuda para elaborar un perfil psicológico. – Digo al fin sorbiéndome los mocos.

— Ajá. Dime, ¿qué tenemos por ahora?

— Viola a sus víctimas con artilugios llenos de escamas. Pero no parece haber penetración carnal. – Consigo finalmente emplear un tono de voz más sereno y profesional. – Una chica apareció asesinada, asfixiada en el lago. Es... el mismo sitio donde apareció mi madre, Nelson.



— Comprendo. ¿Algo más?

— La chica muerta había consumido estupefacientes. Tenemos otra chica que al parecer ha logrado escapar. Pero no habla.

— O a lo mejor la han soltado para provocar.

— ¿Cómo? – Pregunto confusa.

— Si es un asesino en serie, Sam, suelen jugar a ser dioses. Les encanta saberse capaces de confundir y burlar a la policía.

— ¡Pero por muy dios que se crea, debería temer que la chica hablase!

— No si está convencido de que no lo hará. – Pienso en lo que Nelson me dice.

— Puede que sea así. El psicólogo que trata a Rose dice que piensa que la chica calla para proteger a alguien.

— Ahí tienes la clave. ¿Ha desaparecido alguien más?

— No, que se sepa. Erik me lo habría comunicado.

— ¿Tienes las fotos del cadáver delante? – Comienzo a rebuscar entre los papeles del informe de Mary Jane y doy con las fotos que se tomaron del cadáver cuando fue encontrado.

— ¡Sí!

— Dime, ¿qué ves? ¿Hay algo que pueda tener en común con la chica que dices que ha aparecido? – La miro bien. No parece. Esta es pelirroja y tiene el pelo muy rizado. Rose es rubia y pelo liso.

— No a simple vista. Es una chica joven también, pero de diferente constitución. El cadáver está medio sumergido en el lago... está vestida... pero nada más. – Digo.

— Tienen que tener algún vínculo entre ellas, Sam.

— Pues... puede que sea mi vecino. – Digo con miedo.

— ¿Tu amorcito de la adolescencia? ¿Qué pasa con él?

— ¡No lo llares así! ¡Es un capullo engreído! – Nelson se ríe y me pide que prosiga. – Jesse tuvo un lío con la chica muerta poco antes que desapareciera

y hoy lo vi en el hospital buscando a la chica que ha escapado, muy preocupado por ella. ¿Y si lo que tiene es miedo de que hable?!

— ¿De verdad crees que un asesino en serie aparecería así, a cara descubierta, buscando a su víctima, preguntando abiertamente por ella para matarla dejando tantas pruebas en un hospital público? O sea, piensa, si tú fueras un asesino en serie, ¿irías al hospital, dejarías tus datos y preguntarías por tu víctima? ¿o te acercarías sigilosamente en la noche a su habitación cuando nadie te ve?

— Sí... es verdad. Además, la chica apareció hace más de veinticuatro horas y él parece que se enteró esta tarde porque Erik le llamó. Pero, ¿entonces? ¿Qué maldito nexo hay?

— A lo mejor el nexo es una deuda o algo similar, Sam. ¿Has pensado en eso? Porque no parece que sea nada sexual si no hay penetración carnal. Puede que sea un ajuste de cuentas o algo así y use la tortura sexual con artilugios como castigo.

— Mmmm, tiene sentido. O algún maldito juego de niños.

— También.

— Pero, he encontrado el informe de mi madre, Nelson, y, al parecer, ella también sufrió penetraciones de algún objeto y también murió por asfixia. Al menos es de lo poco que he podido leer sin ponerme enferma. ¿Puede haber algún nexo con su muerte?

— Vaya... sería extraño. Tantos años después. Puede que fuera alguien que supiera de ese asesinato y lo esté replicando. Eso tiene más sentido. Porque por lo que sé, el asesinato de tu madre jamás fue resuelto ni hubo la más mínima pista de lo que pudo sucederle o quién lo hizo. Suena al tipo de crímenes perfectos que todos los pirados quieren emular. Y puede que le haya cogido el gusto. Deberías investigar si hay más muertes o desapariciones similares en otros estados o pueblos cercanos, Sam. Buscaré información y te la haré llegar.

— ¿Me estás diciendo que el hijo de puta que está haciendo esto puede que sepa algo de quién mató a mi madre? – Me froto las manos mentalmente. – Por lo que más quieras, Nelson, ayúdame con este caso.

— Vale Sam. Iré a verte la semana que viene pequeña. Cuídate.

— Sí jefe. Te quiero, viejo gruñón. – Nelson ríe con cariño.

— Y yo a ti, pequeña. Mucho.

Cuando cuelgo la llamada decido que me voy a fotocopiar el informe de Mary Jane y lo que tenemos del de Rose y me lo voy a llevar a casa para estudiarlo allí tranquilamente.

Después me paso por el archivo del pueblo, vuelvo a sacar lo que quedan de las pertenencias de mi madre, las meto en una mochila y me vuelvo a casa en mi moto nueva. Ya está comenzando a anochecer.

Cuando llego a casa me abro una cerveza y enciendo un cigarrillo mientras coloco sobre una mesa todo lo que tengo del caso de Mary Jane, Rose y mi madre.

Me detengo especialmente en observar el anillo que había en la caja con las pertenencias de mi madre. Es una sortija de oro blanco con un pequeño diamante encumbrándolo. ¡No recuerdo haberle visto este anillo nunca a mi madre!

Me levanto y decido ir a la caseta que hay detrás de casa en busca de fotos de mi madre. Quiero ver si en alguna de ellas mi madre lucía esa sortija. Encuentro la llave en un cajón de la cocina, como Erik me dijo, y salgo de casa para dirigirme a la caseta.

Al salir, no puedo evitar echar un vistazo a casa de Jesse. Está todo oscuro y desértico. ¿Habrá salido con algún ligue? Sacudo la cabeza y voy hacia la caseta.

Abro el candado y la puerta. Enciendo una tenue luz amarillenta que pende del techo de la pequeña caseta y miro a mi alrededor. Está llena de cajas. Todas ellas tienen etiquetas clarificando qué es lo que guardan cada una de ellas: Ropa, Zapatos, Documentos, Fotos... Me detengo en esta última, la cojo y salgo de la caseta para introducirme de nuevo en mi vivienda.

Dejo la caja junto a la mesa en la que tengo todos los papeles y comienzo a sacar fotos. El corazón se me encoge al ver de nuevo a mi madre en algunos de los más bonitos recuerdos que guardo de ella. Veo una foto de cuando yo tendría unos siete años en la que salimos mi madre y yo disfrazadas de vampiras para Halloween, otra en la que salimos mi madre y yo en una actuación teatral que hice en el colegio, otra en la que estamos ella y yo juntas en la verbena del último año que estuve aquí... ¡Espera! ¡Esa foto fue días antes de su desaparición! Llevaba puesto su vestido de flores favorito. ¡Y sí! ¡Lleva puesto este anillo! Joder. Miro las demás fotos y en ninguna de ellas aparece el anillo. ¿Será verdaderamente un anillo de compromiso? ¿Quién se lo dio? El padre de Jesse no puede haber sido, por aquel entonces ya llevaba desaparecido unos

meses, que yo recuerde.

De pronto veo otra foto que capta mi atención. Es mi madre conmigo en brazos. Yo era muy bebé. Y un señor aparece en la foto, tiene su mano apoyada sobre el hombro de mi madre, que le sonrío, y él me besa la frente. ¿Quién es? ¿Será este hombre mi padre biológico? Sé, por informaciones recientes, que mi madre salió huyendo de New Jersey para evitar ser encontrada por él. Porque le maltrataba y le tenía miedo. ¿Pudo habernos encontrado? ¿Pudo haber encontrado a mi madre y matarla? Por si acaso, guardaré bien su foto y en cuanto venga Nelson a verme se la daré para que dé con el paradero de ese tipo. ¡Cuánto antes! ¡Tengo que encontrar a ese cabrón!

Pero eso tiene sentido sólo para el caso de mi madre. ¿Qué pasa con Mary Jane y Rose? A lo mejor es verdad que el criminal de ahora está emulando el crimen de mi madre, como dijo Nelson, a lo mejor lo emula porque fue todo un éxito. “Un jodido crimen sin resolver”. Pero, si lo resuelvo, quizá consiga acojonar un poco al hijo de puta que esté haciendo esto ahora y le fuerce a cometer algún error. Además, debe de haber algún nexo, algo que relacione los crímenes y tengo que averiguar qué es. Al fin podré vengarte, mamá.

Busco las fotos que se hicieron del cadáver de mi madre y pretendo compararlas con las fotos que hay del cadáver de Mary Jane. Es un trago muy duro volver a encontrarme con esas fotos de frente, pero he de hacerlo.

Esta vez no me impacta de una forma tan cruda, porque ya estoy preparada y sé lo que voy a ver. Y porque he tomado la determinación de resolver el caso.

Observo, con un gigante nudo en el estómago, la foto de mi madre, tirada sobre el lago, sin vida. Y la comparo con la de Mary Jane. ¡Maldita sea, se parecen mucho! Pero, no veo nada fuera de lugar. ¡Espera! Hay algo, sí. ¡Joder! Me levanto de golpe, me enciendo otro cigarro y busco en mi bolso una lupa que siempre llevo conmigo, regalo de Nelson. La acerco a la foto de mi madre y después a la de Mary Jane. ¡Maldita sea, llevan las dos los zapatos intercambiados de lugar! El izquierdo en el pie derecho y viceversa. ¡Es una maldita señal!

Decido dejar de mirar esas fotos por ahora. Por hoy ya he tenido suficiente. Es tarde. Mañana llamaré a Erik para decirle lo que he visto. Ahora... me apetece llorar. Llorar con ganas. ¿Dejaré alguna vez de echar de menos a mi madre? No lo creo... A Mat ya sé que sí.

Al final, después de beberme cuatro cervezas más y fumarme unos cinco cigarrillos, hago algo prácticamente sin pensar. Me levanto y voy con decisión a casa de Jesse.

Quiero verlo. Quiero estar con él. Quiero sentirlo. Quiero que borre mis desgracias a base de embestidas. Sólo por esta noche. Quiero que me folle hasta hacerme olvidar mi nombre.

Llamo a la puerta insistentemente y nadie contesta. ¡Maldita sea, no tengo su móvil! ¿Estará con alguna de sus amates? Voy a la parte trasera de su casa, donde tiene su taller particular. Está cerrado y no se ve ni un alma.

Entonces recuerdo que Erik me dijo que Jesse a veces va al TNT a tocar y cantar. ¡Quizás esté allí!

Cojo mi casco, me lo pongo y me subo en mi moto nueva para poner dirección al TNT.

\*\*\*\*\*

Es prácticamente imposible no darse cuenta de la imponente presencia de Jesse cuando entro al TNT. Sobre una pequeña tarima lo veo sentado en un taburete, con su guitarra en las manos y cantando una hermosísima balada con una voz que me llega hasta las mismísimas entrañas. Jesse... Lo miro embobada. Él no se ha percatado de mi llegada. Está tan absorto en lo que está cantando que no ve a nadie en ese atiborrado lugar.

Varias chicas lo miran embobadas. Así como yo lo hago. No me extraña. Parece un ángel caído del cielo.

Está cantando una canción de Shawn Mendes "In my blood" y, como una estúpida adolescente enamorada, decido creerme que me la está dedicando a mí. Me acerco hipnotizada por la sensualidad de su voz.

Ha creado una atmósfera mágica en este corriente lugar. Le haría el amor ahora mismo sin importarme el lugar ni el público. Es... tan perfecto ahora mismo... que duele mirarlo fijamente. Pero yo lo hago. Y no puedo evitar hacerlo. Voy a la barra y me pido un whiskey con hielo y me lo bebo mientras lo contemplo cantar ensimismada. Mmmm creo que últimamente estoy bebiendo demasiado. Da igual... lo necesito.

Cuando termina la canción todos se vuelven locos. Vítores y aplausos por todos lados. Él sonríe tímidamente sin mirar hacia el público. ¡Joder, Sam! ¡Te acabarás enamorando del capullo de Jesse Jackson! No puedes seguir ignorándolo. No, no puedo.

Ahora comienza a tocar “Need you now” y, sin darme cuenta me acerco más y más a la tarima donde Jesse está. Esa canción me recuerda demasiado lo que Jesse me hace sentir y la forma en la que a veces siento que lo necesito. Aunque me obligue a huir de él siempre acabo necesitándolo.

Jesse introduce a la audiencia a otro artista, Carry Bails, que le va a acompañar en este tema mientras sigue tocando los acordes del principio de la canción. Veo al joven que sube y se sitúa tras Jesse, con otro micrófono, y comienza a tocar con él.

Sé lo enfadado que está Jesse conmigo, comprendo su enfado. No me entiende ni sabe lo que estoy empezando a sentir por él. No sabe lo peligroso que es para mí ese sentimiento. Pero no quiero que se separe de mí. Lo necesito y lo temo a partes iguales. Y sólo se me ocurre la insensatez de subirme al escenario con él para recuperar su atención.

Necesito a Jesse. Necesito que me perdone. La verdad es que quiero que Jesse se enamore de mí y olvide a Laura Miller, a Rose Stapleton (si es que ha tenido algo con ella) y a todas las mujeres que se le acerquen. Que las olvide a todas. ¿Puedo hacer eso con Jesse? Es una insensatez, lo sé. Siempre me he protegido bien de tipos como él, pero hoy... estoy débil y lastimada por muchas cosas. Y, por hoy, quiero permitir que Jesse me ayude a olvidarme del mundo y abrirme a lo que estoy empezando a sentir. Puede que haber escuchado al estúpido de Mat y sus mierdas me haya hecho despertar más la sensación de querer estar con Jesse. No lo sé. Pero estoy borracha y no me apetece analizar la situación.

Las notas siguen sonando y yo ya estoy junto a su acompañante, el tal Carry, que comienza a cantar, pero al ver que me acerco y al escucharme cantar, decide señalarme el micro para que yo ocupe su lugar como acompañante vocalista. Sé que no canto nada mal. Y lo hago. Me subo a la tarima, cojo el micrófono y comienzo a cantar mientras veo que Jesse se da la vuelta y me mira sorprendidísimo. La gente me aplaude y yo sonrío a Jesse mientras sigo cantando. Él se muerde el labio y sacude la cabeza mientras sigue tocando para no interrumpir mi actuación. Y, en el estribillo, se une a mí y cantamos a dos

voces. ¡Qué sensación! Jamás me había subido a un escenario y, hacerlo junto a Jesse que es todo un experto, hace parecer que yo también lo soy.

Alguien del público me tiende una silla y yo tomo lugar junto a Jesse mientras nos miramos profundamente y seguimos interpretando el tema.

Terminamos y los aplausos se hacen ensordecedores. Estoy roja como un tomate. Jesse grita mi nombre por el micrófono para presentarme a la audiencia. Después se levanta y me coge en brazos, dándome un fuerte abrazo y la vuelta en el aire. Yo río a carcajadas.

— ¿Qué haces aquí, mocosa? – Me pregunta entusiasmado. Ojalá sea por verme. Me encojo de hombros. – Me alegra mucho que hayas venido. – Me da un beso fuerte en la mejilla y vuelve a coger el micrófono. – Vamos a hacer un descanso. – Anuncia. Vuelve a mirarme. – Vamos, salgamos un poco al aire libre. – Asiento. Me coge de la mano, entrelazando sus dedos en los míos. ¡Dios, sí que me estoy enamorando de este desastre de hombre tan encantador! Y creo que le estoy hasta mirando con cara de ridícula. – Qué bien cantas, mocosa. – Me dice al oído y me derrito.

— Tú me ganas por goleada. – Digo sonrojada cuando ya estamos en la calle. Me tiende un cigarrillo y lo acepto.

— Es la primera vez que te veo avergonzada. Siempre pareces tan segura de ti misma... ¿Es por haber cantado delante de toda esta gente? – ¡Uff, no lo había pensado! Varias personas salen y nos dan la enhorabuena. Asiento, agradecida.

— Sí, eso también...

— ¿Y qué te ha traído hasta aquí? No me digas que tus ansias de saber qué hay entre Laura Miller y yo. – Se burla.

— Te echaba de menos. – Digo y vuelvo a ponerme colorada. Miro al suelo. Pero Jesse me levanta la barbilla para que lo mire.

— ¿Qué?

— Lo que has oído. – Mierda. Me pongo más roja aún.

— Quiero oírlo de nuevo.

— Ni lo sueñes. – Ahora pongo cara de perro rabioso. Jesse ríe.



— ¿Has venido a dejarme otra vez con las ganas, mocosa del infierno? – Me reta. Ahora soy yo quien ríe. Jesse suspira. – ¿Qué hago contigo?

— Invítame a un whiskey, lo necesito. No he tenido un buen día. – Apelo al chantaje emocional y surte efecto. Jesse mira hacia el parquin.

— ¿Has venido en la moto? No deberías beber si vas a conducir luego. – Me reprende. Yo, como poli que soy, debería haber llegado a esa conclusión antes que el descerebrado de Jesse, pero me alegra que se preocupe por mí. – Bueno, la subiré a mi ranchera y te llevaré yo luego a casa. Anda vamos, te voy a emborrachar. – Dice con mirada perversa. Yo abro la boca y me hago la escandalizada. Pero la verdad es que ya estoy borracha. Un poco más ya no importa, ¿no? Aunque debería parar de beber a diario.

Le sigo divertida hacia el interior del bar. Nos dan dos vasos de whiskey, uno bastante más cargado que el otro, y es precisamente el que me tiende a mí. Doy un largo trago y me encuentro a Jesse mirándome con un brillo especial.

— ¿Qué?

— Cada día me gustas más. Dime que no lo tengo todo perdido para pasar una noche contigo, Sammy. – Doy otro trago de mi copa.

— La verdad es que hoy me gustaría pasar la noche contigo. – Le comento avergonzada. No puedo mirarlo a los ojos mientras le digo mis intenciones. Jesse vuelve a tirar de mi barbilla.

— ¿En serio? – Asiento y pestañeo nerviosa. – ¡Pues vámonos! – Dice convencido y tira de mi brazo.

— ¡Eh, espera! – Le freno. Me mira con el ceño fruncido. – Tú todavía no has terminado la actuación y yo quiero verla. – Digo señalando el escenario.

— ¿No estarás intentando hacer tiempo para arrepentirte, eh mocosa? – Sonrío.

— No. Quiero pasar la noche contigo. Pero también quiero escucharte un poco más cantar. Me... gusta mucho. Me hace sentir bien.

— ¡Canta conmigo! – Pide entusiasta.

— ¡¿Yo?! ¡No!

— ¿Por qué no? ¡Cantas muy muy bien!

— Prefiero verte esta vez a ti. En otra ocasión puede.

La gente comienza a presionarle para que vuelva al escenario y casi nos separan a la fuerza. Aplaudo y me uno a la audiencia en el entusiasmo común cuando lo vuelvo a ver subir, coger su guitarra y tomar posición en el escenario.

— Hola de nuevo. – Dice por el micrófono. – La canción que voy a cantar a continuación la escribí en Nueva York, cuando hice mis pinitos como cantautor. Es mi mejor creación y la escribí para un proyecto de grupo llamado Gran Numa que no pude terminar y que todavía sueño poder llevar adelante. Hoy quiero compartirla con alguien muy especial y dedicársela; Samantha Gómez, aunque yo la llamo “la mocosa de mi vecina”. Espero que un día la cantes para mí, nena. – Me señala y saludo a todos roja como un tomate. – Se llama “Too much to say”. Tengo mucho que contarte, mocosa. – Sonrío y sacudo la cabeza.

Es una canción preciosa. Aunque tiene un tinte bastante triste a despedida. ¿La escribiría pensando en alguien? Los celos me concomen. Le observo cantar y siento la piel de mi cuerpo erizarse.

Jesse Jackson, me has conseguido embrujar. Pido dos tragos más de whiskey mientras que continúo disfrutando de la actuación. El bar está atiborrado de gente, pero, para mí, es como si sólo estuviésemos Jesse y yo en este lugar. Máxime después de haberme dedicado la canción que compuso. El mundo gira en torno a los dos y Jesse crea magia con su voz.

\*\*\*\*\*

Una hora después estoy en la ranchera de Jesse, mientras él conduce hacia su casa. Jesse ha conseguido subir con la ayuda de varias personas mi moto en la parte trasera de su vehículo.

Yo voy borracha como una cuba y quizá por eso estoy tan desatada; besuqueando su cuello y tentando su entrepierna mientras conduce, enloquecida por completo. Muriendo por sentir a Jesse Jackson muy dentro de mí. Me divierto al notar el tamaño de su erección. He bebido demasiado, mucho.

— ¡Joder, Sammy! ¡Vas a hacer que nos matemos! – Dice con una voz de lo más seductora mientras conduce, pero no me detiene.

— Date prisa. Quiero llegar ya. – Digo en su oído y después lo lamo sensualmente. – Mierda. – Digo y me incorporo. Sujetando mi cabeza en las manos.

— ¿Qué? ¡¿Qué te pasa?!

— Creo que estoy demasiado borracha.

— ¡Joder, Sammy! Aguanta, ¿vale? ¡No me hagas esto ahora, te lo suplico!  
– Me río. – ¡Sammy, no tiene ni puta gracia! – Ahora le miro levantando una ceja. – Ya estamos llegando, nena. – Doy una cabezada sin querer hacia adelante y me despierto de golpe. Sacudo la cabeza. ¡Venga Sam! ¡Por fin vas a follar! ¡No la cagues! – ¡Eh! ¡Ya estamos! ¿Vamos a tu casa? – Pregunta Jesse. Niego con la cabeza. Tengo todo el papeleo de los casos sobre la mesa del salón. – Vale, vamos a la mía. – Jesse entra casi derrapando en su propiedad. El estómago se me contrae.

— ¡Jesse!

— ¿Qué? – Pregunta asustado y para el coche.

— ¡Más despacio! – Noto la bilis subir por el esófago, pero consigo frenarla. – Eres un bruto. – Me río de nuevo.

Todo me hace mucha gracia; mi calentón, su impaciencia y ansiedad por poseerme. Ojalá no se aburra de mí en una sola noche. Me tiro a su cuello todavía dentro del coche y comienzo a besarlo como una salvaje.

— Joder, qué cachondo me tienes. – Dice mientras me quita la camiseta y yo me siento a horcajadas sobre él. – Dios, me encantan tus tetas. – Dice y comienza a devorarlas. Primero una, después otra. Gimo con fuerza y echo la cabeza hacia atrás. Me froto contra su erección. – Eres exquisita. – Me dice y lo miro. Sé que tengo que tener una mirada de lo más fiera.

— Llévame a la cama, Jesse. – Le digo e inmediatamente abre la puerta de su ranchera.

— ¡Vamos! – Me exige.

Yo salgo torpemente del vehículo entre risas y, cuando he conseguido salir, Jesse me carga en su hombro como un saco de patatas y se dirige hacia el interior de su vivienda mientras yo me desternillo de la risa.

No me suelta hasta que llegamos a su habitación. Y lo hace justo sobre su enorme cama. Me deja caer en ella.

— No te he suplicado al final. – Digo mirándole fijamente y comiéndomelo con la mirada.

— Te dejo que lo hagas, adelante. – Dice juguetón y se coloca sobre mí, entre mis piernas. Yo le contesto dándole un ardiente beso, enroscando mi lengua con la suya y mis piernas por su cintura. Gime y comienza a desabrochar mis pantalones. Se incorpora un poco para poder desvestirme. – Estoy esperando, mocosa. Pídemelo que te lo haga como un salvaje. Me pondría muchísimo que lo hicieras. – Me incorporo y me siento en la cama hasta pegar mis labios a los suyos. Sonriente desabrocho su pantalón mientras me besa y de un tirón se los bajo junto con su ropa interior. Me aferro a su miembro y gimo en su boca. ¡Es enorme! – Joder. Lo acepto como súplica. – Dice. Me empuja para que me tumbe de nuevo y se deshace del todo de su ropa.

Yo me quito las bragas y lo contemplo desvestirse anhelante por sentirlo dentro de mí de una vez por todas.

¡Qué bueno está! Y ¡Joder! ¡Estás bien dotado, Jesse!

Una vez desnudos vuelve a ocupar posición sobre mí y yo me retuerzo bajo su cuerpo mientras nos besamos llenos de lujuria. Noto la punta de su sexo deslizarse por el mío. ¡Oh dios! ¡Lo voy a hacer! ¡Lo vamos a hacer! ¡Como salvajes, sí! Lo necesito. ¡Oh dios!

Siento su lengua en mi cuello, en mis pezones y poco a poco bajando por mi vientre hasta alcanzar mi sexo.

— ¡Oh, joder, síiiii! – Grito al sentir su lengua haciéndome perder la razón.

Mis gemidos son incontrolables. Hace una eternidad que no siento algo así. A decir verdad, jamás había sentido algo así. La mayoría de los hombres están bastante perdidos cuando se enfrentan a degustar el sexo de una mujer, pero Jesse es todo un experto.

— Quiero estar dentro de ti. ¡Ya! – Me dice y vuelve a colocarse sobre mí.

Lo miro enloquecida y decido pagarle con la misma moneda. Le empujo y me tiro sobre él. Me mira sorprendido.

— Shhh, me toca. – Digo de forma atrevida mientras desciendo hasta encontrarme con su turgente sexo.

Libera un sonoro gemido cuando lo introduzco en mi boca y se aferra a mi pelo. “¡Joder, eres increíble! ¡Joder, joder!” Lo escucho gruñir. ¡Lo estoy haciendo bien! Cierro los ojos para concentrarme en la tarea, pero... ¡Oh, no! ¡Me estoy mareando! ¡Mierda! Jesse me grita que siga así, que le estoy volviendo loco, pero no podré seguir. Me separo de golpe y Jesse me mira más que excitado.

— Ven aquí, mocosa. – Me coge y me tumba junto a él.

Me besa y vuelvo a sentir un gran mareo y unas enormes ganas de vomitar. ¡Joder! ¡Contrólate Sam! No, no puedo. Me separo de sus labios.

— Jesse, no puedo.

— ¡¿Qué?! ¡Vamos Sammy, sé que me deseas! No me hagas esto, te lo imploro. – Me dice consternado y jadeante.

— No, no es eso, claro que te deseo. Mucho. – Confieso y Jesse suspira en mis labios y vuelve a besarme con ganas. ¡Joder, voy a vomitar! – Jesse, para un momento, por favor.

— ¿Es por el tipo ese del que estás enamorada? – Pregunta enfadado. – ¡Ese gilipollas de Mat no te merece, Sammy! Yo haría lo que fuera por darte placer. – Vuelve a decir con sensualidad en mis labios y yo ya no puedo aguantar más el vómito. Le empujo con fuerza, salto de la cama y corro hacia la puerta del aseo que hay en la habitación de Jesse. No consigo llegar al inodoro y vomito en el suelo, pero al menos no lo he hecho encima de Jesse. – ¡Mierda Sammy! ¿Estás bien? – Viene a socorrerme. Yo le indico con mi mano que no entre porque no puedo hablar entre arcada y arcada, aunque me ignora y me ayuda sujetándome. – Joder, nena. Tranquila. Ven. – Me sujeta entre sus brazos y recoge mi pelo en su mano para que no me lo manche mientras me acerca al inodoro para que siga descargando. ¡Menuda manera de cagarla! Seguro que ya lo tengo todo perdido con él. – ¿Ya? – Me pregunta tiernamente cuando ve que ya no vomito más mientras acaricia mi pelo. Asiento con la cabeza sin poder mirarle. Avergonzada.

— Lo siento. Déjame limpiar todo eso. – Digo tratando de ponerme en pie.

— ¡Ni hablar! Métete en la bañera. Voy a limpiar esto en un momento. –

Jesse me ayuda a levantarme y me introduce en la bañera, abre el grifo del agua templada y me deja ahí tirada un segundo mientras él va a limpiar el estropicio que le he montado.

Me sentiría todavía más abochornada si no estuviera tan borracha y los ojos me pesasen menos. Pero no puedo evitar cerrarlos y perder la consciencia.

Oigo a Jesse hablarme, o más bien susurrarme.

— ¡Eh! ¿Estás bien? ¿Quieres que llame a un médico?

— No, no, estoy bien. – Digo y trato de incorporarme.

— No te muevas, ya te saco yo. – Intenta agarrarme por los brazos y, cuando siento su beso en mi frente, me hago líquido por dentro ante un gesto tan tierno y me abrazo a su cuello.

— Lo siento... me moría de ganas por... – Sollozo.

— Shhh, tranquila. Ya me las pagarás todas juntas. – Dice en tono bromista.

— Seguro que ya no te acercarás más a mí. – Pongo una cara de pena que debe ser cómica por cómo me mira Jesse y sonrío.

— Estás tan equivocada... hazme un sitio. – Me dice y se mete en la bañera conmigo, colocándose a mis espaldas, reclinándose hacia atrás y reclinándome a mí sobre él. Coge una esponja, la llena de gel y comienza a pasármela sobre mi cuerpo desnudo. Yo me dejo hacer. La sensación es deliciosa.

— Nunca me habían lavado. – Digo y mis ojos vuelven a cerrarse.

— Yo te lavaría a menudo, si pudiera. Tienes una piel tan suave... Me encantas, mocososa. No sé qué tienes que haces que piense en ti cada minuto desde que te has vuelto a cruzar en mi vida.

— Mmmm. Vas a hacer que te crea. – Digo casi sin voz.

— Créeme. – Suplica. Siento sus manos por mis senos y mis pezones se yerguen, pero no tengo fuerzas para comenzar un nuevo ataque. – Tú no eres como las demás...

— Pero, aunque te creyera... tú lo has dicho “si pudieras...” Laura Miller

no te dejará. – Siento su pecho levantarse y hundirse con fuerza. Sé que suspira porque lo que digo es verdad. – ¿Qué hay entre vosotros dos, Jesse? – Hago un esfuerzo titánico por permanecer despierta y escuchar qué tiene que decirme.

— Laura y yo tuvimos una relación hace años, cuando su marido desapareció, fue un apoyo necesario para mí en esos difíciles momentos, pero la dejé y me fui a Nueva York durante una larga temporada. Para mí no fue nada serio, simplemente ella era alguien que me comprendía y yo también aliviaba el dolor de su pérdida. Empecé a salir con ella meses después de que tú te fueras. Aunque no lo creas, tenía en mente pedirte salir a ti. Pero no volviste. – Vuelvo la cara para mirarlo con la ceja alzada. – Es cierto, Sammy. Con Laura apenas estuve unos meses. Al principio no era nada serio, pero, comenzamos a vernos más y más a menudo hasta que, sin darme cuenta, estábamos actuando como novios. Intenté dejarla unas cuantas veces, pasamos largos periodos de tiempo sin vernos, pero ella siempre reaparecía, me hacía chantaje emocional y yo era muy crío para saber cómo enfrentarme a ella. Caí unas cuantas veces más que apenas duraron más de unas semanas. Quería quitármela de encima y no sabía cómo. Así que, vi la ocasión perfecta para hacerlo cuando me ofrecieron un contrato en una discográfica en Nueva York. Cuando volví a Red Stone Lake durante unas vacaciones, decidí quedarme un tiempo para hacerme cargo de mi hermano pequeño, porque mi madre comenzó a dar señas de no estar en su sano juicio y me preocupaba la situación en casa. Me di cuenta de que mi madre nos había entrampado hasta las cejas y que hacía cosas muy raras. Esta enorme casa es todo lo que conseguí salvar de la pequeña fortuna que mi padre consiguió hacer con su duro trabajo. Laura aprovechó mi vuelta y mi desesperación para ofrecerme que volviésemos a intentarlo juntos, pero yo no sentía nada por ella. Aun así, accedí a tener relaciones con ella de vez en cuando porque... bueno, ella me conoce bien en ese aspecto y además me ayudó pagando los estudios de mi hermano Kevin y... resolviendo algunos conflictos familiares muy escabrosos. No sé, sentí que se lo debía. Además, fue la única persona que estuvo a mi lado cuando mi madre murió, Sammy.

— Pero entonces, ¿vas a seguir pagándole con tu cuerpo cada vez que ella quiera?

— Bueno, ya está bien de charlas. Te estás quedando dormida en la bañera y me va a ser muy difícil sacarte de aquí si lo haces. Vamos. – Jesse me levanta y me coloca mi brazo sobre sus hombros. – Vamos a la cama.

— No me has contestado. – Digo enfadada.

— Sé que Laura es lo que más te mantiene alejada de mí, Sammy, haré lo que pueda para arreglarlo, ¿vale? Vamos, arriba. – Me dice y parece convencido. Me levanto con la ayuda de su mano.

— ¿Y Rose? – Le pregunto ya en pie mirándolo a la cara mientras salimos torpemente de la bañera. Jesse me mira serio.

— Rose es sólo una amiga, Sammy. Lo creas o no, no me follo a todas las mujeres que se me cruzan. Y si lo he hecho a veces ha sido para intentar provocar a Laura para que me deje en paz.

— ¿No te gusta Rose? ¿Es muy guapa? – Jesse sonrío.

— No tanto como tú. – Le saco la lengua. – Rose es como mi hermana pequeña, aunque ella sí que ha estado encaprichada conmigo. – Dice mientras me sienta en su cama y comienza a secarme con la toalla. Yo observo cada centímetro del cuerpo de Jesse y lo venero. Está para morir.

— Es lógico. Estás para comerte. – Digo sin pensar. Jesse me mira incrédulo y yo me tapo la boca de forma cómica y me río.

— Sí que estás borracha... ¿Te sientes mejor? ¿Me tengo que preocupar?

— Estoy divinamente. – Digo y caigo hacia atrás en la cama mientras Jesse se seca y me observa. – Pero sigo sin entender por qué no puedes decirle a Laura que se vaya al cuerno sin tanto rodeo, Jesse. – Digo y los ojos se me cierran.

— ¡Eh, no te duermas así! ¡Hazme sitio, mocosa! – Me empuja y me retrepo por la cama hasta llegar a una de sus mitades adueñándome de ella agarrando la almohada con gusto.

— Vente aquí. – Le señalo el lado de la cama que queda vacío junto a mí.

Tengo los ojos cerrados, pero siento su presencia cuando se tumba junto a mí. Vuelve a darme un beso en la frente y yo enredo mi pierna y mi brazo sobre él.

— ¿Qué voy a hacer contigo, mocosa?



Me despierto por culpa de un dolor de cabeza atronador. Abro los ojos y no recuerdo donde estoy, pero tengo un brazo que no es mío sujetándome con fuerza por la cintura desde la espalda y noto una respiración que no es mía en mi oído. Me giro lentamente mientras voy recordando algunas cosas de la noche anterior y me encuentro la preciosa cara de Jesse, que está felizmente dormido a mi lado. Al moverme, él cambia de posición y vuelve a apretarme contra él. Sonrío. Creo que es la primera vez que duermo con un hombre. Siempre que he tenido sexo (que no han sido muchas veces) he acabado disculpándome después del acto y yéndome o haciendo que mi acompañante se fuera si es que el acto se acometió en mi apartamento. Menos con Mat, que se fue porque le llamó su mujer.

Pero, he de decir, que despertar y que la cara de Jesse abrazado a mí sea lo primero que ves, es simplemente precioso. Al menos dormido parece bueno.

¡Mierda la vomitera! Me acuerdo del desastre que monté anoche, cuando por fin iba a tener sexo con él, y me pongo roja como un tomate. ¡Mejor me voy! ¡Joder! ¡Me va a explotar la cabeza! Me muevo un poco e intento deshacerme del brazo de Jesse.

— ¿Cómo estás? – Escucho su voz. Mierda. Lo he despertado. Me giro y lo miro avergonzada.

— Me va a explotar la cabeza. – Me sonrío. ¡Qué guapo es! Maldita sea. Ya me he encandilado como una imbécil.

— A mí me duele un poco más abajo. – Se burla. – Siempre haces que me duela ahí abajo. – Le golpeo torpemente para hacerme la ofendida y él me aprieta contra él. – Shhh, tranquila mocosa. – Me besa la punta de la nariz. – Aunque me dejaste otra vez con las ganas, tengo que decir que fue una noche divertida y bastante entretenida la de anoche.

— ¡No te burles de mí! – Le amenazo con el dedo. Jesse se introduce mi dedo en la boca, provocándome más. – Jesse...

— ¿Qué? – Ahora me besa en los labios. Lentamente. Mordiendo mi labio

inferior cuando se separa. Sabe a gloria.

— Lo siento por lo de anoche. – Digo y le acaricio los labios con mis dedos.

Quiero besarlo de nuevo y lo hago. Pero una punzada de dolor en la frente hace que me separe.

— Voy a preparar el desayuno y a darte uno de esos brebajes que me hacía mi padre cuando pillaba grandes borracheras. – Dice y se levanta. ¡Como dios lo trajo al mundo! Está desnudo y no le importa una mierda. ¡Joder! ¡Yo también! – ¡Pero más te vale estar bien para esta noche! – Me dice apuntándome con el dedo y yo me cubro con la sábana como puedo.

— Emmm...

— Ahora vengo. Quédate ahí. – Dice y se va. Yo me quedo mirándole el culo viéndolo desaparecer.

— Vale. – Digo cuando ya ha desaparecido y sonriente.

— ¡Eh! ¡Despierta! Toma esto. – Susurra en mi oído y siento su mano acariciar mi pelo. ¿Me he vuelto a dormir? Me incorporo y me siento de un salto.

— ¿Qué hora es? – Digo mientras doy un sorbo al zumo que me ha preparado Jesse.

— Las doce. – ¡Joder! ¿Tan tarde? Jamás me levanto tan tarde. – Te he dejado dormir un rato. Estabas tan dulce dormida que ni parecías tú. – Se burla.

Quiero reprenderle por burlarse de mí, pero esa sonrisa tan arrebatadora me lo impide. Lo miro bien y tiene la ropa manchada de grasa.

— ¿Estabas trabajando?

— Sí. Algunos necesitamos trabajar para ganarnos la vida.

— ¡Yo también tengo trabajo! – Me quejo.

— ¿Sí? ¿De qué? – ¡Demonios!

— Una mierda institucional. – Digo intentando desviar la atención y me bebo el resto del zumo.

— ¿Eres importante, mocosa? – Joder. Le ha picado la curiosidad.

— Ya sabes que sí. – Le digo con mirada seductora y le doy un beso. – Esta noche no voy a poder quedarme contigo, hombretón. Tengo cosas que resolver con el sheriff Johnson. – Jesse hace un mohín de disgusto.

— ¿Qué quiere ese imbécil de ti?

— No es un imbécil. Es el sheriff. Y es el sobrino de mi antiguo jefe. Me está ayudando a establecerme en Red Stone Lake.

— Yo también puedo ayudarte. ¡Yo conozco a más gente que ese tipo! No lleva aquí ni tres años, Sammy. No me gusta que te ronde tanto. – Dice muy serio y yo me desternillo de la risa. Pero tengo que parar por el dolor de cabeza. – ¿De qué te ríes? – Se enfada aún más.

— Creo que no tienes derecho ninguno a montarme una escenita de celos. – Digo mientras muerdo un donut de azúcar que Jesse me ha traído a la cama. Él me mira todavía serio. – Además, está comprometido.

— Entonces te veré el sábado por la noche.

— El sábado he quedado para cenar con un viejo amigo de la infancia. – Jesse levanta una ceja.

— ¡¿El medicucho?! – Hace que me ría otra vez.

— No. Tony. No sé si lo recuerdas. Es mi...

— Sí, ya sé. Tu antiguo noviete de Red Stone Lake. – Se levanta de la cama con cara de perro rabioso con la intención de marcharse.

— ¡Eh! ¡Tony no era mi novio! ¡Ehhh! – Me levanto de la cama y lo sigo por la casa. Jesse me ignora. – ¡Jesse! ¡Qué carajos te pasa! – Entonces escuchamos un claxon de un coche y la voz de un hombre preguntando por Jesse desde la calle. Jesse se gira hacia mí consternado, me coge del brazo y me introduce en una habitación.

— ¡No te muevas de aquí! – Me dice advirtiéndome con el dedo.

— ¿Por qué? ¿No quieres que te vean conmigo? – Le desafío con mi voz y mi mirada. – ¿No quieres que tu Laura se entere de que le querías engañar conmigo?

— ¡No, imbécil! ¡Porque estás desnuda y no quiero que te vea nadie así! – Me da un beso en los labios rápido y sale de la habitación en la que estoy, cerrando la puerta tras de sí.

¡Vaya! Es un salón de juegos. Tiene un billar y una barra americana llena de bebidas. ¡Debe de hacer grandes fiestas aquí! Curioso un poco por la ventana y veo que se trata del hombre que una vez me presentó Jesse. Lleva el mismo sombrero. Tim, creo que se llamaba... ¿o era Jim? Le tiende un paquete a Jesse y éste lo coge. ¿Qué será? ¿Alguna pieza para sus reparaciones?

Vuelvo a mirar al salón y me acuerdo de que estoy desnuda. Quiero salir e ir a la habitación de Jesse pero oigo al hombre ese que ha entrado en la casa de Jesse y ambos hablan desde algún sitio cercano.

— Mi hermana quiere que te diga que, ya que el martes es tu cumpleaños, podríais veros en su casa para celebrarlo. Ya sabes, en la piscina, jacuzzi... quiere hacerte una fiesta. – Le dice el hombre. ¡¿Su hermana?! ¿El martes? ¿Es el hermano de Laura Miller? ¡Joder Jesse, di que no! No quiero que se vea otra vez con esa zorra.

— Ehhh... ya tengo planes para mi cumpleaños, Jim. Pero dile que se lo agradezco.

— ¿Sí? ¿Qué harás?

— Una fiesta en casa con unos amigos. – Dice Jesse.

— Mi hermana va a entrar en cólera. Pero lo entiendo. Es muy pesada cuando quiere. Piensa que eres de su propiedad.

— Por favor, Jim. Trata de convencerla de que lo nuestro no tiene futuro. – Suplica Jesse. – Yo... quisiera tener la libertad de empezar una relación de verdad, alguna vez. No tengo nada en contra de tu hermana, pero...

— ¿Tú? ¿Una relación de verdad? ¡Eso sí que es bueno, amigo! Pero debes estar ya cansado de ella. Lo entiendo Jesse. Hablaré con ella. Pero ya sabes lo terca que es cuando quiere algo. Pero dime, ¿te gusta alguien en especial? ¿Es por eso?

— Ehhh, no, no. No hay nadie especial, Jim. Es sólo que, aunque no lo creas, me apetecería encontrar a alguien y... bueno pues entre tu hermana y yo está todo ya más que quemado y apagado y yo siempre he sido muy sincero con

ella. No me interesa tener nada más allá de lo que tenemos. Ya ni siquiera eso.

“¡Me cago en la puta! ¿Nadie especial? ¡Estupendo Jesse!” Me grito a mí misma. Pero bueno, yo sólo quería echar un polvo también, ¿no? ¡Pero me jode! ¡Mucho! Yo pensaba que él y yo... ¡Bah, qué tonterías pienso! Pero quiero seguir escuchando.

— Bueno, amigo. Pero puedes follártela hasta que esa otra aparezca.

— Preferiría dejar eso ya. Habla con ella, por favor Jim.

— Vale, lo haré. Pero no te prometo nada. Bueno, me voy. Adiós Jesse.

Jesse le acompaña hasta la puerta y yo, en cuanto sé que no voy a ser vista, me dirijo a la habitación de Jesse y comienzo a vestirme. ¡Estoy muuuuuuy enfadada! ¡MUCHO!

— ¡Eh! ¿Vas a querer un café? – Me pregunta Jesse desde el quicio de la puerta. Yo lo fulmino con la mirada. – Estabas más guapa sonriente y sin ropa. ¿Qué te pasa? – Se acerca hasta mí.

— ¡No te acerques o te romperé las pelotas! – Le grito.

— Sammy, ¿qué pasa?

— ¡¡¡No me llames Sammy!!! ¡Soy Sam, ¿vale?! ¡No entiendo por qué te permito a ti llamarme así! – Comienzo a dar vueltas por la habitación buscando mi bolso.

— ¿Se puede saber qué te pasa?

— ¡Nada, que me quiero ir a casa! ¡¿Dónde cojones está mi bolso?!

— Sammy... – Le miro endemoniada. – Perdón, Sam. ¿Qué te pasa? Dímelo.

— ¡Dónde está mi bolso! ¡No te acerques más! – Le planto la palma de mi mano en su pecho para evitar que se acerque.

— ¡Te lo diré cuando me digas qué narices te ocurre conmigo!

— Te he escuchado hablando con el hermanito de tu querida Laura. – Escupo como un perro rabioso.

— ¿Ah sí? ¡Pues habrás oído entonces que estoy deseando quitármela de

encima! ¿No es lo que querías?

— Le has dicho que esperas que aparezca alguien especial en tu vida. ¡Y le has dicho que aún en tu vida no hay nadie especial! Así que me queda claro, Jesse Jackson. ¡Eres como todos dicen! ¡Has intentado confundirme para llevarme a la cama! Si seré estúpida...

— ¿Cómo? ¿Confundirte? No entiendo. Eras tú la que me pediste pasar una noche juntos. ¿A qué te referías si no era a tener sexo? Además, te recuerdo que me has vuelto a dejar con dolor de huevos. ¿Y crees que soy tan estúpido como para ir a contarle al hermano de la mujer que me acosa si existe alguien especial para mí? ¡Y por cierto! ¡No se te ocurra acusarme a mí de usarte! ¡¿Tú no estabas tan enamoradísima del tal Mat?! – Se defiende y me deja sin palabras. Abro la boca para hablar. – Contéstame. ¿Sigues pillada por él? ¿Querías olvidarlo conmigo? – Lo miro y no puedo decírselo mirándome de esa forma. Así que sacudo la cabeza, me doy media vuelta y lo suelto.

— ¡Pues sí! – Salgo de la habitación y llego hasta la cocina.

Joder, ¿por qué he dicho eso? Jesse no me ha seguido. Se ha quedado en la habitación. Mierda. ¿Qué estará pensando? Veo mi bolso en la encimera de la cocina y lo cojo.

Pretendo irme sin despedirme, pero, cuando llego a la puerta principal, simplemente no puedo. Así que me maldigo mientras me dirijo de nuevo a la habitación de Jesse. Me lo encuentro mirando la puerta por la que he salido sin moverse. Mirándome herido.

— Te vas, ¿verdad? – Dice con amargura. – Otra vez...

— Jesse yo...

— ¿Tú qué Sam? Tú no me deseas como yo a ti. Ya lo tengo claro. – Me quedo inmóvil sin poder apartar mis ojos de él. Tengo ganas de llorar. – Yo me muero por estar una maldita vez contigo, aunque tenga que esperar mil calentones más, pero tú sólo buscas excusas estúpidas para verme como el enemigo y huir de mí. Quieres a Mat, pero odias que alguien me quiera a mí. No quieres nada serio conmigo, pero me acusas de no quererlo yo tampoco. ¿Qué cojones buscas, Sam? – Me quedo bloqueada. No sé qué decir. – ¿Qué quieres de mí? – Sigo sin responder. Da un paso en mi dirección y yo retrocedo, asustada de lo que siento ahora mismo. Jesse suspira y hunde los hombros. – Déjame

ayudarte a olvidarlo. – Pide con ojos brillantes, con la emoción a flor de piel. – No te alejes, yo... ¡Joder, di algo! – Lo contemplo desesperarse y da otro paso en mi dirección. Vuelvo a retroceder y Jesse me fulmina con la mirada ante ese gesto que interpreta como rechazo. – ¿Quieres decirme algo más? – Pregunta a la defensiva sin moverse de su sitio esta vez y cruzando los brazos.

— Yo... No... No puedo permitirme enamorarme de ti. Lo siento. – Me giro y esta vez sí que me voy. Y Jesse sigue sin venir a por mí.

Me odio por haber esperado tanto para dejar salir mi parte sensata con Jesse. Ahora es demasiado tarde. Ahora estoy enamorada hasta la médula de él.

Ya comienza a anochecer. Llevo todo el día dándole vueltas a lo que siento por Jesse y no puedo comprender cómo he dejado que la situación llegue tan lejos. ¡Lo sabía! ¡Sabía que caería si no ponía más cuidado con él! He pasado gran parte del día mirando a través de la ventana de mi casa y viviendo los mayores remordimientos de mi vida cuando veo a Jesse almorzando solo en el porche de su casa. ¡¿Cómo me he podido enamorar de alguien tan rápido y de una manera tan fulminante?! Y, sobre todo, ¿cómo he podido hacerlo del peor? ¿del terror de las mujeres? No lo comprendo. Jamás me pasó algo así.

A lo mejor no debería haberle dicho lo que le dije.

Joder. Lo he alejado de mí para siempre.

¿Qué hago ahora para arreglarlo? Nada. No pienso hacer nada. Jesse no se enamorará nunca de mí y, aunque lo hiciera, en el momento en que sepa a qué me dedico dejará de estarlo. Lo sé. Es algo que tengo bastante claro. Además, lo que menos necesito en mi vida es un Jesse Jackson como novio y tener que estar preocupada en todo momento con quién estará y que estará haciendo.

Tengo que dejar de pensar en él. Ya se me pasará...

Puedo frenar esto. Estoy a tiempo. Y quizá conseguir mentalizarme para sólo entretenerme con él.

Al final decido obligarme a centrarme en los casos que empapan la mesa de mi salón y llamo al sheriff Johnson para que venga a cenar a mi casa y contarle lo que había descubierto.

Erik llega puntual y viene con una enorme tarta de zanahoria. ¡Pero, si sólo somos dos! Yo he preparado unas chuletas para comer y unas verduras al horno.

Durante la cena, le pido el favor a Erik de que me dé el número del teléfono móvil de Jesse. Cuando recupere un poco el control quiero llamarlo y disculparme. La noche anterior se portó fenomenal conmigo y yo, no he sabido agradecerle. O tal vez sea solo una excusa para no alejarme del todo de él.

Al principio Erik y yo sólo hablamos de trivialidades del pueblo. Pero él



opina que tengo que enterarme de los cotilleos más relevantes y eso hago. Presto atención a lo que me cuenta. Después pasamos a los casos.

— Muéstrame lo que decías que has encontrado. – Me pide cuando estamos frente a la mesa donde tengo todo lo relacionado con el caso de Mary Jane, Rose y mi madre.

— Pues, mira Erik. ¿Recuerdas esta foto de Mary Jane? – Le enseño la del cadáver de la chica en el lago. Erik asiente. – Esta otra foto es del cadáver de mi madre, cuando la encontraron. – Se la tiendo.

— ¡Vaya! ¡Son muy similares! Ese caso se cerró sin que se encontrase nada, ¿verdad?

— Así es. Nadie vio nada raro. Pero yo sí lo he visto. – Le tiendo mi lupa. – Mírale los pies. – Erik hace lo que le pido.

— ¿Los zapatos? ¡Sí, lo veo! Están intercambiados de lugar.

— Pues mira esta otra foto de Mary Jane. – Le tiendo la de la chica asesinada hace unos meses. Erik la observa y, cuando ve la coincidencia, me mira a mí consternado.

— ¿Crees que es la misma persona?

— Puede. Pero puede también que se trate de un imitador. Creo que una de dos: o alguien quiere continuar la venganza que una vez alguien empezó o a lo mejor quiere que averigüemos quién mató a mi madre por algún motivo. Sea como sea, tenemos que reabrir el caso de mi madre, Erik. Mira. – Erik me mira muy callado y atento. – En las pertenencias que he encontrado de ella en el registro había una sortija y creo que es de compromiso. – Le muestro el anillo. – He ido al bar donde ella trabajó y una mujer muy amable que decía ser amiga de mi madre me dijo que ella se había comprometido en secreto con alguien.

— ¿Y tú no sabías nada de eso?

— No. Y mira. Entre las pertenencias que había en la caja de las cosas que se encontraron en la escena del crimen había un zapato de mujer. – Se lo muestro a Erik. Es una bailarina de color marrón. – Y, como ves, mi madre llevaba puesto los dos zapatos. Aunque intercambiados de lugar. ¿De quién cojones es este? ¿Qué significa?

— Mmmm, no lo sé. – En ese momento recibo la llamada de Nelson a mi

móvil.

— ¡Jefe! ¿Cómo estás? Estoy con tu sobrino, Erik, hablando del tema de lo de las fotos. Te pongo en manos libres. He encontrado algo, jefe. El cadáver de mi madre y el de Mary Jane tienen algo en común. Tienen puestos los zapatos intercambiados de lugar.

— ¡Vaya! Ese dato es de lo más relevante.

— Y en las pertenencias de mi madre hay un zapato más de mujer que estaba en la escena del crimen. ¿Crees que esto puede ser obra de una mujer, jefe?

— De una muy desquiciada, tal vez. Pero, ¿también va a ser mujer su replicante? No sé... puede que sea para despistar o puede que signifique algo. Por cierto, he encontrado casos similares por otras partes del país y voy a llevártelos para que Erik y tú le echéis un vistazo. Iré a veros en unos días.

— ¡Vale Nelson, mil gracias! – Cuelgo y miro a Erik. Está blanco como la pared. Apuesto a que nunca se imaginó vivir un caso así en un pueblucho como este. – Creo que tenemos algo gordo, sheriff.

— Tienes vía libre para investigar lo que quieras sobre tu madre y sobre las chicas. Lo que quieras. – Me dice.

— ¿Rose Stapleton sigue igual?

— Sí, no habla.

— ¿Tiene puesta vigilancia?

— Sólo por la noche. Voy a llamar a la oficina para que le pongan día y noche. Mañana te llamaré para informarte de cómo está la situación, Sam. – Me dice a modo de despedida.

— Vale. Buenas noches, Erik. – Me despido mientras lo acompaño a la puerta.

En el porche, sin querer, miro hacia la casa de Jesse. Está todos a oscuras, pero, de repente, veo la luz de un cigarrillo proveniente de la hamaca colgante de su porche. Suspiro y decido ir a disculparme con él. Pero antes, cojo un buen trozo de la tarta de zanahoria que ha traído Erik para ofrecérsela como disculpas.

Noto su mirada, aunque no lo vea con nitidez, mientras me voy acercando.

La noto clavada en mí.

— ¿Qué quieres? – Pregunta enfadado cuando ya estoy frente a él y lo observo con mi mejor cara de niña buena.

— Disculparme contigo.

— ¡Si has venido para desquiciarme más, vete! – Me dice duramente y siento como una patada en el estómago su rencor hacia mí.

— Lo siento mucho, Jesse. – Digo cabizbaja. – Te dejo un poco de tarta de zanahoria. A lo mejor así mañana me has perdonado. – Digo mientras la deposito en la mesita que Jesse tiene en el porche y me doy la vuelta para irme.

— ¡Sammy! – Me alegra tanto que vuelva a llamarme así. Suspiro y me giro para mirarlo.

— Dime. – Jesse se levanta de la hamaca y se pone frente a mí. ¡Sí que parece enfadado!

— ¿Qué tengo yo de malo? – Me dice enfurecido.

— Nada, Jesse, tú no...

— ¡¿Entonces?! ¡Qué demonios te he hecho yo a ti!

— No Jesse tú no me has...

— ¡¿Qué carajos te pasa conmigo?! ¡¿Es que te diviertes desquiciándome?!

— Lo siento. Lo siento mucho. – Agacho la cabeza. Jesse se queda callado, pero sigue mirándome de cerca, fijamente. Levanto la vista y lo veo con los ojos llenos de rabia. – Perdóname. No me has encontrado en mi mejor momento y puede que lo esté pagando todo contigo.

— Sí ya sé que estás enamoradísima del gilipollas ese de Mat. Sé que ningún otro mortal es tan maravilloso para ti. Pero eso no te da derecho a mortificarme. – Dice enfadado y levantando las manos en el aire, aunque su tono de voz es más sereno.

— Ya no lo estoy. Ya no estoy enamorada de él. – Le digo y trato de sonreírle. Jesse frunce el ceño.

— Ah, ¿no?

— No. Alguien ha conseguido distraerme por completo de lo que sentía por él y...

— ¡¿Te estás follando al sheriff Johnson?!

— ¡Qué! – Abro la boca perpleja.

— ¡Sé que has estado a solas con él en tu jodida casa durante horas! ¡No me vengas a decir que habéis estado jugando al ajedrez! No entiendo de qué tenéis que hablar tanto ese y tú si no os conocíais de antes. Él es un tipo respetable en el pueblo, Sammy, y está comprometido.

— Jesse, ¡por supuestísimo que no me he follado a Erik! – Me defiendo.

— Entonces, ¿de qué va todo esto, Sammy? ¿Me puedes explicar a qué juegas? ¿Soy un maldito juego para ti? ¿Es divertido calentarme y plantarme constantemente? – Vuelve a acercarse y vuelve a descargar su rabia en su mirada.

— No, Jesse, tú...

— ¡¿Yo qué?! ¡Habla!

— ¡Vale, pues déjame hablar! – Al fin me está consiguiendo sacar de mis casillas. Jesse calla y se cruza de brazos esperando mi aclaración. – ¡Tú me gustas, ¿vale?! ¡Mucho! ¡Y no quiero acabar otra vez dándome cabezazos contra la pared por un hombre que no es para mí! ¡Claro que me apetece tener sexo contigo! ¡Joder, no he pensado en otra cosa desde que volví a Red Stone Lake! – Jesse parece que abre un poco los ojos ante mis declaraciones, pero casi no se mueve del sitio esperando a que termine. – Pero, Jesse, yo nunca he sido buena con los hombres. Me asustan. Me asustáis. Y no quiero ser vulnerable ni débil. Tengo un... proyecto en mente – digo sin querer aclarar nada de mi profesión y de los casos que quiero esclarecer – y tú podrías despistarme mucho. No puedo pensar con claridad cuando estoy contigo. Haces que me sienta insegura, vulnerable. ¡Siempre he huido de los tipos que me hacen sentir así, Jesse! La verdad es que he tenido muy pocas experiencias sexuales en mi vida. Casi ninguna, la verdad. ¡Porque ya he visto miles de veces cómo acaba todo! Por eso mi instinto me dice que debo huir de ti, aunque me muera por... dios, mejor me quedo calladita. – Jesse se abalanza sobre mí y me da un beso de película. Descargando su aliento convulso en mi boca y haciéndome perder la razón. – Jesse...

— ¿Qué? Yo siento lo mismo por ti. Me gustas, Sammy. ¡Me encantas! Quiero estar dentro de ti. Sólo pienso en eso. Me estoy volviendo un obseso. Obseso por tenerte, poseerte. Decirte con mi cuerpo todo lo que me haces sentir. – Confiesa sin aliento con su frente pegada en la mía, con una mano asiéndome del trasero y pegándome más a él y la otra en mi cuello, agarrada a mi pelo. – Nadie me ha vuelto tan loco como tú. Sé que mi situación es complicada, nena, pero haré lo que sea para que no te me escapes. Para que me dejes perderme de pasión en tu cuerpo. – Vuelve a besarme y yo enloquezco al sentir su lengua acariciando la mía. Es un experto en la seducción. Y yo, no soy más que una principiante a su lado.

— Deja a Laura. – Le pido casi sin aliento. Y lo que digo me sorprende hasta a mí. Jesse me mira y suspira.

— Sammy, Laura y yo no...

— ¡No me digas que no tenéis nada, maldita sea, si cada martes se siente con la libertad de venir aquí y obligarte a que te la folles toda la maldita noche! – Me enfado. Jesse se muerde el labio, da un paso atrás y mira al suelo.

— No sé cómo hacer eso que me pides. Yo... me tiene muy pillado, Sammy.

— Pues una de dos, Jesse: o te deshaces de esa zorra o me follaré a otro que no tenga tantas movidas a su alrededor. – Prometo envuelta en cólera.

— Sammy, no me jodas, si haces eso yo...

— ¡Ya lo sabes! – Le amenazo apuntándole con el dedo. – El martes que viene es tu cumpleaños. Y ella no te tocará. Seré yo quien lo haga. – Digo mientras le acaricio su sexo por encima de los pantalones. – O si no verás que puedo ser muy mala. – Susurro en sus labios.

— ¡Sammy! – Le fulmino con la mirada. – ¡Está bien! – Levanta las manos en señal de rendición. – ¡Nada de acercamientos con Laura el martes! ¡Pero del martes no pasa que te haga mía, mocosa! – Vuelve a ponerse serio.

— Cumple tu parte del trato y yo cumpliré la mía. – Jesse levanta una ceja sin comprender. – Te suplicaré que me folles como un loco. – Le aclaro pegándome a sus labios y besándole seductoramente. Jesse suspira.

— Eres una maldita bruja. – Me recrimina agarrando mi nuca para alargar

el beso. – Ya sabes mi punto débil, sabes que eso me pone mucho y lo usas en mi contra. Eres una diabla.

— Si hay que serlo, lo seré. Con hombres como tú no queda otro remedio. Nos vemos, vecino. – Me giro y me vuelvo a mi casa con una buena sensación. He encontrado la fórmula para que Jesse me demuestre que un acercamiento entre ambos no es tan perjudicial para mí. Puede que hasta beneficioso.

\*\*\*\*\*

El sábado me levanto y salgo a correr. No quiero reconocerlo, pero me paso todo el rato mirando a mi alrededor por si veo a Jesse. Pero ni rastro.

Anoche soñé con él. Soñé que estábamos haciéndolo sobre la hamaca colgante de su porche. Como salvajes. Pero el apasionado momento quedó interrumpido por una inesperada visita. Mat.

No sé por qué demonios mi mente tiene que recrear a ese imbécil en mis sueños húmedos.

Pero ahí estaba Mat. Gritándome como un poseso que no sabía dónde me estaba metiendo. Que me alejara de Jesse si aprecio mi vida lo suficiente.

Yo también le grité. ¡Oh sí! Le dije lo cobarde que era. Le dije que se olvidara de mí, porque yo ya lo he olvidado a él con Jesse. No estoy tan segura de que eso sea así, pero es lo que siento en estos momentos y creo que me voy a dejar llevar un poquito.

Después, en mi sueño, me encontré sola junto al lago en el que Mary Jane y mi madre fueron encontradas muertas. Tenía en mi mano el zapato marrón que está entre las pertenencias de mi madre. El que encontraron en el escenario del crimen. No sé por qué apareció en mis sueños ni si ese zapato tiene algo que contar sobre lo que sucedió, pero lo averiguaré.

Al llegar al porche de mi casa sonrío como una tonta al ver otra vez el desayuno colocado en la mesita de mi porche. Miro hacia la casa de Jesse y no hay señales de él. Ni siquiera veo su ranchera aparcada. Habrá salido... ¿No es para comérselo? ¡Espera! ¡Ha puesto otra hamaca colgante en mi porche! ¡Oh, Jesse! ¡Te adoro, maldito tarado! Cojo una rosquilla y la degusto mientras me tumbo y me mezo en mi nuevo juguete. Creo que este va a ser un buen sitio para

pasar las horas muertas.

Un buen lugar para observar al monumento que tengo por vecino y seducirme con sus buenas vistas desde mi casa.

Me encanta.

He ido a casa de Jesse en tres ocasiones y no hay señales de él por ningún lado. Pero estoy convencida de que ha sido él quien ha dejado el desayuno en mi porche y ha puesto la hamaca colgante para mí. ¿Dónde estás escurridizo? ¿Sigues enfadado? ¿Me estás evitando?

Almuerzo en el porche con la excusa de tomar un poco de sol, pero realmente quiero saber si Jesse vuelve a casa o no. No sé nada de él durante todo el día.

La hamaca colgante que Jesse me ha colocado comienza a ser mi lugar favorito en mi casa. Paso horas tumbada en ella, leyendo los informes sobre Mary Jane Greenland, Rose Stapleton y mi madre, tratando de encontrar más conexiones o informaciones que me acerquen más al criminal que está detrás de todo esto. Pero me despisto constantemente cuando, sin querer, me encuentro de nuevo mirando para casa de Jesse para comprobar si ya ha vuelto. ¡Para ya Sam!

Cuando el sol comienza a desaparecer por el horizonte ya he pasado por todas las fases de estúpida enamorada: le he extrañado, me he preocupado por cómo estará, me he culpado por cómo le he tratado, y, ahora mismo, me encuentro maldiciéndole porque algo me dice que Jesse Jackson lleva todo el maldito día en casa de Laura Miller haciendo cerdadas con ella. ¡Lo odio! ¡¿Cómo he podido pensar que me estaba enamorando de él?!

“¡Debería llamarlo para mandarlo al cuerno! ¡Para decirle que sé dónde cojones está y que ha roto el trato! No pienso follármelo el martes.” Pienso mientras estoy cocinando un asado para la cena.

Un sonido de un coche llegando capta mi atención y salgo corriendo hacia el porche de mi casa. ¡Jesse! ¡Joder, ojalá que sea él! Pero no. De él sale Tony, mi viejo amigo de la infancia, más que sonriente y, por qué no decirlo, muy guapo. Me alegra verlo y al fin dejar de sentirme sola. A lo mejor así dejo de pensar en Jesse.

— ¡Hey, Tony! – Le saludo alegre mientras bajo los escalones de mi porche para darle un apretón.



— ¡Sam! ¡Por fin te veo loca! – Tony me agarra y me da una vuelta en el aire que me hace gritar ante la sorpresa.

Subimos al porche y entramos en casa.

— ¿Quieres una cerveza? – Le ofrezco contenta de al fin tener un poco de compañía.

— ¡Perfecto! – Contesta con una enorme sonrisa. Voy a por la cerveza a la cocina y a echarle un vistazo al asado. – He traído un vino. Me han dicho que es bueno. – Me comenta mientras curioseas por mi casa.

— Vendrá bien para el asado. – Le digo y vuelvo con su cerveza. – Espero que tengas hambre.

— Mmmm ¡Asado! Claro que tengo. Has cambiado mucho la casa, Sam, no tiene nada que ver con los recuerdos que guardaba de ella. ¿Has hecho todo esto en menos de una semana? – Me pregunta mientras abre su cerveza y da un trago mirando en todas direcciones a su alrededor. Yo hago lo mismo.

— El sheriff Johnson me ha ayudado mientras yo arreglaba mis cosas para venir. – Le digo rogando para que no siga indagando. Su cara refleja curiosidad.

— ¿Él y tú...?

— ¡No! – Bramo y casi me atraganto con la cerveza. – ¡Por qué todos pensáis lo mismo! ¡Erik está prometido! ¡Y no es mi tipo!!

— Vale, vale, tranquila.

— Digamos que Erik y yo tenemos familia en común. Siéntate. – Tony se sienta en el sofá. – Cuéntame, ¿qué es de tu vida? ¿pareja? ¿hijos? – Pregunto con curiosidad. Tony sonríe.

— No, nada de eso. – Sacude la cabeza. – ¿Y tú?

— Yo... eh... pues... poca cosa, Tony. No cuajo con ningún tipo. Sigo igual de desastre. – Me encojo de hombros.

— ¿No seguirás pillada por Jesse Jackson? – Me inquiere con mirada amenazante. Pongo los ojos en blanco.

— NO. Peor. Me he pillé por un hombre casado y esa es una de las razones por las que deje Chicago. – Tony abre la boca. – Sí, tengo la misma maldita

manía de mi madre. Pero lo controlaré. Y Jesse... Bueno, no te voy a decir que no me apetecería mucho llevármelo a la cama y darme un homenaje, pero creo que sería muy fácil para mí pillarme por él y olvidar a Mat. Y, francamente, no sé qué es peor. – Suspiro. No me ha costado nada sincerarme con Tony después de tanto tiempo sin vernos. Es como si toda nuestra conexión volviese de nuevo a aparecer.

— Ya... Pero, aunque caigas, creo que sí que deberías hacerle caso a tu cuerpo. Si te pide echar un buen rato con Jesse deberías hacerlo. – Lo miro confundida. – Es lo que siempre has querido. Creo que es vuestro destino terminar lo que empezasteis.

— ¿Tú crees? Recuerdo que tú siempre me intentabas proteger de él. Antes no te parecía buena idea.

— Antes era antes...

— ¡Uff no sé! A veces estoy convencida de querer hacerlo. Creo ser lo suficientemente fuerte para echar un polvo con él y desahogar mi falta de contacto humano. Pero otras, me da un poco de miedo lo que siento cuando estoy con él. Sin ir más lejos el otro día pensaba que me estaba enamorando de él, ¿puedes creértelo? De ese insensible, bocazas, creído y...

— Sam. – Tony me sujeta de la mano para hacerme parar. – Está buenísimo. No nos engañemos. – Joder. ¿Tony me está confesando lo que lo que me imagino? Jamás pensé que fuese gay. Lo miro boquiabierta. – Sí, a mí también me gustaba, por eso preferí que mi mejor amiga no se comiera los mocos del tipo que me gustaba delante de mí. Pero el tiempo te ha dado a ti la razón y está clarísimo que a Jesse Jackson no le van para nada los hombres.

— ¿Tú...? ¿Por qué nunca me lo dijiste?

— Nunca se lo dije a nadie de este pueblo, Sam. Tú eres la primera. Todas mis relaciones son con gente de fuera. No quiero que me machaquen, ya sabes cómo son por aquí...

— Lo sé. – De pronto comienzo a reírme como una niña pequeña.

— ¿De qué te ríes, estúpida? – Se burla de mí Tony y comienza a reírse también.

— Jesse me dijo el otro día que pensaba que tú y yo habíamos sido novios.

¡Qué estúpido! – Tony se tapa la boca. ¿Qué pasa? – ¿Tony?

— Yo le dije que era tu novio para que te dejase en paz. Yo sabía que tú le gustabas. Lo siento. – ¡Qué! Tony pone cara de compungido.

— ¡¡Tony!!

— ¡Lo sé, lo siento! Te compensaré, Sam. Yo sé cómo hacer que se fije de nuevo en ti. Conozco a ese tipo. He estado pillado por él mucho tiempo.

— Bueno, da igual. – Me encojo de hombros. – Al fin y al cabo la vida siempre me separa de Jesse de alguna manera...

— Bueno, a lo mejor puedes usarme para darle celos. – Tony me guiña y yo, aunque al principio lo veo una estupidez de campeonato, al final decido que puede ser divertido lo que mi amigo dice. Le sonrío con ganas.

— ¡Comamos! – Propongo más animada. Me levanto entusiasta y voy hacia la cocina para coger el asado.

— ¿Y a qué te dedicabas en Chicago? – Pregunto mi amigo a mis espaldas. Uff ¿Se lo digo? La verdad es que necesitaría ir diciéndolo ya. Tanto secretismo me está confundiendo.

— Era detective. – Contesto sin querer darle importancia mientras pongo el asado en un plato grande y me lo llevo hacia el salón, en donde Tony está mirándome con cara de ver un alien. – Me han abierto un expediente por coser a un hijo de puta pedófilo a tiros y, mi jefe me quiso colocar lo más lejos de esos capullos matones que pudo. Por eso voy a ser la ayudante del sheriff aquí, mientras que vemos que pasa con mi puesto. – Le digo mientras voy sirviendo la comida en los platos. – Voy a traer copas para el vino. – Comento como si tal cosa. Tony me mira congelado. De repente estalla en una risa tremebunda. Tanto que me asusta. – ¿De qué te ríes tonto del culo?

— ¡Esa ha sido buena! Sam poli. ¡Detective! Recuerdo que una simple arañita te solía asustar. ¡Venga, cuéntame! Eres actriz, ¿verdad? – Pongo los brazos en jarra y una cara de asesina que no tiene precio al oír eso.

— ¡Mira capullo! ¡No me dan miedo las arañitas! ¡Pero sí las arañotas! – Digo apuntándole con el dedo amenazante. – Y cuando quieras te demuestro lo dura que puedo llegar a ser.

— ¡No estás en serio! – Miro hacia el techo exasperada y me voy a la

cocina a por el sacacorchos y dos copas. – ¡Dime que no es verdad, Sam! – Me grita Tony. – ¡¿Tú poli?!

— Shhh ¡Calla, mendrugo! – Le ordeno volviendo a ponerme frente a él. – Nadie puede saberlo todavía hasta que no se haga la presentación oficial. ¡Te lo he confiado a ti porque necesito decírselo a alguien o explotaré! – Me siento y sirvo el vino para Tony y para mí. Vuelvo a mirarle seriamente. – No digas nada. – Le advierto. Él niega con la cabeza rápidamente.

— Pe... pero... ¿cómo? ¿tú? No entiendo...

— La muerte de mi madre me cambió, Tony. – Mi amigo asiente. – Supuso un antes y un después en mi vida. – Sonrío con tristeza. – Nelson, mi jefe, suele decir que las personas que pasan por nuestra vida y que son realmente importantes nos cambian irremediabilmente para siempre. Ella era especial. Era mi madre, mi todo. – Me emociono al volver a recordarla.

— Lo sé. – Tony agarra mi mano. – Todos vimos lo destrozada que quedaste tras su... partida.

— El destino me ha traído de vuelta, Tony, y creo que estoy aquí para poder resolver ese caso al fin. Estoy en ello. Algo me ha traído a este lugar para terminar todo eso. ¡Y lo voy a hacer!

— Joder, Sam. A lo mejor ese algo te ha traído para que por fin te eche un polvo en condiciones el buenorro de Jesse Jackson. – Tony se burla y acabamos los dos riéndonos.

Durante la cena decidimos quitar un poco de dramatismo a la conversación y recurrimos a nuestros recuerdos de la niñez para animarnos un poco. Tony dice que su vida de soltero marcha bien. Estuvo con un hombre de un pueblo cercano, pero al final la cosa no fue bien, porque el descerebrado de mi amigo tenía otra relación paralela y decidieron dejarlo. Me cuenta muchas cosas de su vida y yo le resumo un poco mi vida en Chicago.

\*\*\*\*\*

El domingo me despierto sola otra vez. Y no sé por qué me molesta tanto. Siempre me he despertado sola. Bueno, menos hace unas noches en casa de Jesse. ¡Joder, dónde está ese malnacido! Anoche no volvió a casa.

Salgo a correr para destensarme y cuando regreso mi ánimo vuelve a caer en picado al no ver el desayuno típico que Jesse siempre me brinda. Suspiro y miro a su casa. Nada, ni rastro de Jesse.

Desayuno sólo un café y después me pongo con los informes de las víctimas del que cada vez estoy más convencida que se trata de un asesino en serie. Y no estoy ni tan segura de que no se trate de la misma persona que asesinó a mi madre el que está en activo de nuevo. Aunque hayan pasado trece años, hay algo que no zanjó en su momento y quiere hacerlo ahora. Tengo esa impresión.

Observo con detenimiento el anillo que estaba entre las pertenencias del caso de mi madre en busca de alguna pista. No está grabado, no dice nada. Es un simple anillo de oro blanco, al parecer, con una pequeña piedra preciosa encumbrándola. No parece que provenga de alguien que tuviese mucho dinero.

El zapato de mujer que también se encontraba en el lugar me despista. Mi madre fue torturada sexualmente y estrangulada por alguien que debía tener mucha fuerza. Si fue una mujer quien lo hizo debía ser bastante corpulenta... No me viene a la cabeza que ninguna de las mujeres de sus ligues lo fuese por aquel entonces.

Piensa Sam. ¿Quiénes fueron los últimos novios de tu madre en su último año de vida?

Tim; él me gustaba. Era un hombre guapo, alto, canoso y cariñoso. Casado como todos, pero parecía que tomaba a mi madre en serio. Hablaré con él y su mujer.

Mike; no me fiaba un pelo de él. Era un chulo, asqueroso y engreído que siempre gritaba e imponía su criterio a base de amenazas. Creo que hablaré con él primero.

William; es el padre de Jesse. No se sabe de él nada desde que se fue. Unos meses antes de lo de mi madre. ¿Será que desapareció para que no lo cogieran por su asesinato? ¡Tengo que hablar con Jesse para que me cuente dónde puede estar escondido! Aunque para eso tendré que confesarle antes a qué me dedico... Puede que sea lo mejor. Así lo mantendré alejado de mí para siempre. Estoy convencida de que ha ido a pasar el fin de semana con Laura Miller y, gracias a su ausencia, he conseguido poner mi cabeza un poco en orden y darme cuenta de que no es para nada buena idea liarme con él.

Deseo a Jesse, sé que siempre lo haré. Puede que no sólo lo desee, pero no puedo permitirme pensar en eso ahora mismo. Su padre es sospechoso de la muerte de mi madre. Puede que incluso esté detrás de la muerte de Mary Jane y el secuestro de Rose y yo estoy como una estúpida planteándome historias con Jesse en lugar de ponerme a resolver el caso.

Salgo de casa y suspiro al ver de nuevo la casa de Jesse vacía. Me subo en mi nueva moto y pongo rumbo a la casa de Michael Moore; uno de los hombres que compartió cama con mi madre durante el último año de su vida.

Llamo a la puerta con contundencia. No me ha costado mucho recordar dónde estaba su casa. El pueblo es pequeño y, además, vine varias veces hasta aquí con Tony para llevarme a mi madre a casa interpretando el papel de que me había herido o cualquier cosa. Nunca estaba tranquila cuando mi madre estaba con este tipo.

Me abre la puerta un gordo seboso, medio calvo y apestando a alcohol. Pero reconozco su mirada. Hola Mike. Me mira de arriba abajo con mala cara, pero después cambia el gesto. Le gusta lo que ve. A lo mejor porque me parezco a mi madre.

— Hola guapa. ¿Estás perdida? – Dice tratando de parecer seductor y consiguiendo todo lo contrario.

— Hola Mike. ¿Te acuerdas de mí? Samantha Gómez. – Digo con media sonrisa. Él abre los ojos.

— ¿Sam? ¿La hija de...

— Victoria, sí. Vengo a hablar contigo de mi madre. ¿Puedo pasar? – Mike mira hacia el interior de su vivienda con cara de asustado. ¿Qué esconde?

— Ahora mismo no es buena idea, Sam. Déjame que me vista y vamos al Donna's. – Mierda. ¿Qué cojones esconde ahí dentro? Intento mirar disimuladamente tras sus hombros y no veo nada.

— ¿Estás acompañado?

— Ehhh, mi mujer vendrá pronto. Prefiero que no me vea con una jovencita tan exquisita como tú o tendré problemas. Dame unos minutos. – Mike entra en su domicilio y creo que lo escucho susurrando a alguien que esté callada o lo lamentará.

¡Joder! Debería entrar. Pero sin una orden me metería en problemas y, puede que no sea nada de lo que me estoy imaginando. Además, estoy suspendida de empleo y sueldo. Debería hablar con Erik para que vigile a este tipo.

Mike sale de su casa minutos después y me indica con su mano que le siga.

El Donna's está a sólo dos manzanas de su casa y allí nos dirigimos a pie. Por el camino trato de hacer preguntas intentando no desvelar mi profesión.

— ¿Sigues casado entonces?

— Sí. – Dice en un suspiro. – Tu madre fue la única que me hubiera hecho dejar a esa loca de mi mujer. ¡Pero la muy cabrona me dejó! – Vaya. Esa información es muy importante. Entramos en el Donna's y Mike, intentando infructuosamente parecer caballero, me sujeta la puerta para que pase. Nos sentamos en una mesa y ambos pedimos una cerveza.

— ¿La querías? – Voy directa al grano. Mike me mira de una forma que deja entender que le he pillado por sorpresa con mi pregunta. – Sé que ella estuvo un tiempo muy pillada contigo, aunque nunca lo entendí. – Confieso con seguridad y con mirada severa. – Pero quiero saber qué era ella para ti.

— Tu madre fue lo más apasionante que he vivido. – Dice y parece sincero. – Quizá porque era un amor prohibido, o por lo injustamente hermosa que era, puede que por su forma de hacerme el amor, como si fuese cada vez la última de su vida...

— No necesito esos detalles. – Le freno en seco. – ¿Por qué te dejó? – Ahora me mira con los ojos llenos de ira, quizá por hacerle recordad aquello.

— Ella dijo que por estar enamorada de otro. ¡Pero yo sé que la puta de mi mujer le dijo algo! ¡Ella fue la que la separó de mí!

— ¿Tu mujer? ¿Crees que ella pudo tener algo que ver en su muerte? – Pregunto sin pensar. Pero tampoco quiero dejar más este asunto. Así que sostengo mi mirada mientras aguardo la respuesta.

— No lo sé... ¿ella? Joder... nunca lo pensé... – Parece aturdido. No parece la reacción de un asesino ni de un cómplice. Pero puede estar interpretando un papel. – No lo creo, Sam. Mi mujer es demasiado cobarde para hacer algo así. Me ha pillado con muchas mujeres y jamás intentó nada. Siempre recurre al lloriqueo. ¡Al asqueroso lloriqueo lamentable! – Es un hijo de puta. No puede ser otra cosa si habla así de su mujer.

— ¿Quién había en tu casa cuando yo llegué? – Cambio el rumbo de la



conversación. Tengo mis motivos. Pero él no lo entiende. Me pone cara de disgusto.

— No creo que eso sea de tu interés. – Se defiende. Mierda. Cambio de táctica.

— ¿Quién era el hombre al que mi madre decía amar? ¿Por quién te dejó, Mike? – Se enfada más todavía.

— ¡No lo sé! ¡Si lo hubiese sabido no habría tenido huevos de acercarse a Victoria nunca más! – Grita dando un puñetazo en la mesa. Sigue enfadado por ese hecho: es un punto en su contra. Lo anoto en mi cerebro. De pronto, veo entrar a Laura Miller en el Donna's acompañada del Doctor Smith. ¿Qué? ¿Dónde está Jesse entonces? Mierda Sam, no te despistes. – Ella me dijo que era un antiguo amor que nunca dejó de existir. ¿Te lo puedes creer? ¡Esa puta estuvo follándome y chupándome la polla mientras pensaba en otro! ¡¡Joder!! – Mike vuelve a dar otro puñetazo en la mesa y yo estoy tan confundida con la presencia de Laura Miller y del Doctor Smith que no tengo los reflejos suficientes para darle un puñetazo al capullo de Mike y callarle de una vez por todas.

Laura no me ha visto, ni el Doctor Smith tampoco. Y tampoco quiero que lo hagan.

— Calla o lo lamentarás. – Le advierto a media voz. – Quiero que recuerdes todo lo que ella te dijo del tipo al que mi madre amaba. Quiero que me digas si algún otro hombre la acosaba.

— ¡Mira, si has venido a recordarme lo que esa hija de puta me hizo, vuelve por dónde has venido, niña! ¡Estuve a punto de dejarlo todo por esa condenada hija de Satanás! ¡¡TODO!! ¡¡Ja!! ¡Y yo que creí que venías a decirme que ella realmente me había amado! – En esta ocasión pierdo los nervios por completo y me importa una mierda que Laura o Christian sepan que estoy aquí. Me levanto de un salto y cojo a Mike por el cuello.

— ¡Escúchame gordo de mierda! ¡Si vuelves a hablar así de mi madre lo lamentarás! ¡¡Si vuelves a hablar así de cualquier mujer lo lamentaras!! ¡¿ME OYES?! – Mike intenta soltar mi mano de su cuello, pero no tiene tanta fuerza y ya siento como su nuez va hundiéndose un poco. Está perdiendo el aire.

— ¡Eh! ¡Parad! – Escucho gritar a la camarera consternada.

— ¡DIME QUE LO HAS ENTENDIDO! – Le exijo a ese gordo asqueroso

antes de soltarlo. Se está poniendo rojo y soy incapaz de soltarlo. Quiero matarlo. Como maté a Mendoza. Pero la imagen de Nelson se me cruza por la cabeza y recuerdo que volvería a defraudarlo si matara a este pestoso. No tengo nada contra él. Todavía.

— ¡Sam, tranquila! ¿Qué pasa? – El Doctor Smith está de repente junto a mí y Laura Miller me observa con una risa contenida en el rostro. Mierda. Suelto al gordo asqueroso.

— Espero que lo hayas entendido. – Le amenazo mientras lo observo toser. – Y si tuviste algo que ver lo averiguaré y te pudrirás en la cárcel. – Cojo mi mochila y salgo del Donna's.

Al salir el aire cálido golpea mi cara y no puedo evitar descargar unas cuantas lágrimas de rabia.

— Sam, ¿estás bien? – Mierda, el doctor guaperas está aquí. Lo miro y le dedico una de mis sonrisas de mierda.

— Sí, gracias Christian.

— ¿Necesitas algo? ¿Quieres que te lleve a algún sitio?

— ¿Qué haces con Laura Miller? – Pregunto enfadada.

— Vino a ver a Rose al hospital y estuvimos hablando largo y tendido sobre ella. Me invitó a tomar algo al salir de trabajar y acepté. – Se defiende.

— ¡¿Qué quería esa de Rose?! – Sigo alterada y no consigo refrenar mi tono amenazante.

— Sam, tranquila. Es su prima. – Ah, ¿sí?

— ¿Ha hablado Rose?

— No. Te habría llamado si así fuese. – Dice poniendo sus manos sobre mis hombros y sonriéndome.

— ¿Tienes mi teléfono?

— Sí, Erik me lo dio. ¿Quieres que te invite a tomar algo? – Me propone. En ese momento veo salir al gordo asqueroso de Mike y ambos nos dedicamos una mirada envenenada. – Anda ven. – El Doctor Smith tira de mi brazo para hacerme entrar en el Donna's y yo me dejo llevar para no acabar matando a ese

gordo de mierda. – Siéntate con Laura y conmigo. – Me dice Christian. Laura y yo nos miramos disimulando nuestra mutua antipatía. ¿O sólo soy yo quien la odia?

— Hola Laura.

— Hola Samantha. ¡Siéntate! – Me dice más alto de lo normal. Sí. Me odia. No le gusta mi repentina presencia. Y me alegro. Así no me sentiré culpable por odiarla también. – Me alegra verte. ¿Has visto a Jesse? – Me pregunta nerviosa y me confirma así que no ha estado con ella. De repente me alerto y se me encienden todas las alarmas. ¡Jesse!

— No. ¿No sabes dónde está? – Laura pone la misma cara de preocupación que yo. ¡Mierda! – Bueno, seguramente le apetecía pasar un fin de semana fuera...

— Jesse nunca sale del pueblo, Samantha. – ¡Joder! ¿Por qué? Me revuelvo nerviosa en la silla. – Puede que haya conocido a alguien y... no sé. – Laura agacha la cabeza y parece que aguanta las ganas de llorar. Yo estoy muy nerviosa. No creo. Jesse ha pasado estos días conmigo casi todo el tiempo.

— ¿Has discutido con él, Laura? – Le increpo.

Yo le pedí a Jesse que la dejara. Escuché a Jesse pedirle al hermano de Laura que le ayudara para que esta loca le dejase en paz. A lo mejor han discutido... A lo mejor Laura lo tiene retenido contra su voluntad. No... no parece creíble. Laura me mira de repente con los ojos entornados.

— No creo que sea asunto tuyo. ¡Nuestra relación no te incumbe! ¿A qué has venido a este pueblo? ¡Tú ya no eres de aquí! Jesse no necesita que lo enredes con tus pijadas de mujer de ciudad. ¡Tú no sabes nada de él ni cómo ayudarle!

— Bueno, seguro que estará bien. – Dice el Doctor Smith tratando de relajar el ambiente. ¿De qué cojones habla Laura? ¿Ayudar a Jesse a qué? – ¡Es Jesse Jackson! – Laura y yo lo miramos inseguras. Pero sí, es Jesse Jackson. Tiene que estar bien. No puede ser de otra forma.

— Laura, si Jesse puede estar en peligro necesito que me lo digas. Puedo ayudarlo.

— ¡¿Tú?! ¡Cómo! ¿Follándotelo? ¡Olvídate! Jesse no es un juguete. ¡Todas

lo tratáis así! Como si fuese un objeto que usar y tirar. Pero él tiene sus problemas, ¿sabes? Cosas que ni tú ni nadie puede entender, sólo yo.

— Soy su amiga solamente, Laura. – Intento en vano hacer que Laura confíe en mí. En su mirada veo que es asunto perdido. – Sólo quiero ayudar.

— Bueno chicas, no discutáis. Todos queremos ayudar y...

— ¡Calla Christian! – Le interrumpe Laura. – Olvídate de él, Gómez. – Me amenaza Laura con el dedo.

— O si no, ¿qué? – Le reto.

— ¡Lo sabía! Quieres follártelo, ¿verdad? ¡Él es mío! – Laura se pone en pie mientras me grita toda su rabia. Todo el bar la mira y no le importa.

— Laura, tu pestoso dinero podrá hacerte dueña de muchos objetos, pero no de personas. La que va a alejarse de Jesse eres tú. Te lo advierto. – Le amenazo con el dedo. Laura me observa llena de rabia.

— No sabes dónde te estás metiendo. Eres como la zorra de tu madre. Siempre buscando a los hombres que no están disponibles. – Me suelta esa malnacida y se va del Donna's mientras yo trato de levantarme para patearla, pero el Doctor Smith se me adelanta y me sujeta para que no lo haga. Veo a Laura Miller desaparecer del Donna's mientras me lanza una mirada de advertencia que siento quemarme en las venas.

— Déjala, Sam.

— ¿Es tu amiga esa estúpida?

— No, es un familiar de un paciente delicado y quería respuestas. Sólo he sido amable con ella.

— Lo... lo siento. – Digo más aplacada. Aunque algo me dice que la guerra con Laura Miller tan sólo acaba de empezar.

— No pasa nada. ¿Qué quieres tomar? Te invito. – Este hombre es demasiado servicial. Además de atractivo...

— ¿Desde cuándo vives aquí, Christian? No te recuerdo de mi niñez. – Christian me sonrío de nuevo.

— Vine destinado aquí hace seis años. Pero ya soy uno más.

— Ya veo. – Afirmo sonriente también. – ¿Eres soltero? – ¡Maldita sea! ¡Eso ha venido de mi parte poli! Christian carraspea y se remueve en su asiento.

— Estoy en trámites de separación de mi mujer.

— ¡Oh! Lo siento. No quise ser una entrometida.

— No importa. Todos lo saben por aquí. Por eso ya no preguntan tan descaradamente como tú.

— Ya no lo haré más. – Confirmando roja como un tomate. – Te invito yo a esta. – Me levanto y voy a la barra a pedir dos cervezas. La camarera me mira con cara de pocos amigos por la escenita que he protagonizado hace pocos minutos. – Lo siento por lo de antes, Nora. – Le digo a la camarera y le dejo una buena propina como recompensa.

— Tú eres la hija de Vicky, ¿verdad? – Me pregunta. Asiento con timidez. – No pasa nada por esta vez. Pero no lo repitas. – Me amenaza con el dedo, aunque en su cara no veo rencor.

— Descuida. – Prometo con poca fe.

Cuando todos sepan qué papel desempeñaré aquí será más fácil. Pero ahora mismo me tengo que contener.

Vuelvo a la mesa con el Doctor Smith y le tiendo una cerveza. Brindamos y damos un sorbo cada uno.

— ¿Estás saliendo con Jesse Jackson? – Casi me atraganto cuando oigo la pregunta.

— No, no. Sólo somos amigos. – Digo nerviosa.

— Entonces, si yo te invitara a salir, ¿dirías que sí? – Pregunto ilusionado. Lo miro. Evalúo cuál es la mejor respuesta y llego a una conclusión. No tengo ni idea de cuál es. Tienes que contestar, Sam.

— Seeeh. – Digo sin convicción. – Aunque ambos somos personas ocupadas, Doctor Smith. No sé si sería...

— Sam, llámame Christian, por favor. – Uno de sus dedos acaricia mi mano y me tenso. Como acto reflejo me bebo mi cerveza de un solo trago.

— Tengo que ir a un sitio. – Me levanto apresuradamente. – Hablaremos

de ello en otra ocasión. – Christian se levanta rápidamente también. Me coge de la mano cuando ya me voy a girar y le miro con los nervios devorándome desde el estómago.

— ¿Estás tan nerviosa porque continúo casado o es que no quieres verme?  
– Ambas cosas. Puede que la primera, sobre todo. La maldición de mi madre me acompaña.

— Ya me he metido antes en líos con un hombre casado y no quiero repetir algo así. Ambos tenemos mierdas que resolver, Christian. Pero, cuando eso suceda, será un placer quedar contigo. – Digo y hasta me lo creo. Es guapo, listo, cortés, amable. Y yo estoy tan sola...

Pero el fantasma de Jesse Jackson me atormenta. Me siento como si le estuviese poniendo los cuernos. Le prometí que si se deshacía de Laura Miller me acostaría con él, y algo me dice que eso es exactamente lo que está haciendo ahora mismo.

— Volveremos a vernos, Sam. – Christian besa mi mano mientras me mira fijamente a los ojos.

— Hasta la próxima, Christian.

Antes de volver a casa paso por el bar Lucky, donde trabajó mi madre. Ann Marie, la camarera, me prometió intentar averiguar sobre mi madre.

En cuanto entro la veo en la barra. Ella también me ve y viene rápidamente a atenderme.

— Hola Ann Marie. ¿Cómo te va? – Saludo e intento parecer amable.

— Hola bonita. Me alegra verte. ¿Por qué no te sientas en esa mesa del fondo? Ahora voy y te sirvo una cerveza. – Me guiña. Quiere privacidad. Tiene algo que contarme.

— ¡Bien! Pero ponme un whisky. Necesito algo más fuerte.

— Marchando un whisky.

Me dirijo hacia la mesa que Ann Marie me ha señalado antes y espero pacientemente. Mientras lo hago, tengo que espantar un par de moscones borrachos que quieren aprovechar la ocasión de ver a una jovencita sola. Ann Marie me ayuda a espantarlos cuando llega y se sienta frente a mí.

— Gracias. – Le digo cuando me tiende el vaso.

— No hay de qué.

— ¿Has averiguado algo? – Voy directa al grano.

— Algo, pero no mucho. – Dice con una mueca de disgusto.

— ¡Lo que sea será bueno!

— Una amiga que tu madre y yo teníamos en común me dijo que tu madre volvió a verse con William Jackson meses antes de su muerte, a escondidas. – ¡No! ¿El padre de Jesse? No puede ser.

— Pero, el señor Jackson estaba en paradero desaparecido por entonces. ¡¿Quién te dijo eso?!

— Mi amiga no quiere que la identifique. – Dice encogiéndose de hombros.

— ¿Por qué? – Me desespero. Necesitaría hablar con ella.

— Porque teme a Laura Miller. Tiene mucho poder en este pueblo. Desde que su marido desapareció ella controla los matones que trabajaban para su marido.

— ¡Espera! ¡¿Qué tiene que ver Laura Miller con mi madre?! ¿Esa puta tiene matones? No lo sabía...

— ¡Baja la voz! – Me suplica. – Tu madre trabajó para los Miller un corto periodo de tiempo, y Laura la echó. Al principio ella dijo que era porque tu madre se estaba follando a su marido y todos la creyeron. Pero yo sé que no fue así.

— ¿Entonces por qué la echó?

— Mi amiga y yo creemos que Laura Miller ha estado siempre obsesionada con Jesse Jackson.

— ¡Ya! ¡Eso lo sé! – Pongo los ojos en blanco. – ¡Qué pinta ahora Jesse aquí!

— Creemos que la echó porque el romance de tu madre con el padre de Jesse estaba causando dolor a Jesse. Fue una forma de vengarlo.

— Entonces, a ver. El padre de Jesse reapareció, al parecer retomó la relación con mi madre y le propuso matrimonio y... ¿Laura Miller se venga de mi madre por ello echándola? Poco después desaparece mi madre y aparece muerta. ¡Por lo que más quieras, Ann Marie, dime que no crees que esa zorra puede tener algo que ver con la muerte de mi madre o perderé la razón! – Ann Marie vuelve a hacerme un gesto para que baje la voz.

— Laura Miller estaba con Jesse Jackson la noche que tu madre desapareció. No creo que haya sido ella.

— ¡Jesse me dijo que su romance empezó cuando el marido de Laura desapareció! ¡Por aquel entonces el Señor Miller estaba aquí! Joder, ahora Jesse miente.

— Hay fotos de ellos dos en un hostel. El Hostel Rainbow. El Señor Miller le puso un detective privado a su mujer porque sospechaba de ella. – Levanto una ceja. – Dejaron el hostel justo el día en que tu madre desapareció. Unas horas después.



— ¡Pues bendita coincidencia! – Exclamo alzando las manos. – Escucha, Ann Marie. Soy policía. No se lo digas a nadie. – Ann Marie se tapa la boca. – ¡Pero he venido a dar con el hijo de puta que le hizo eso a mi madre y las va a pagar! Así que te recompensaré por tu ayuda.

— ¿Poli? ¡Joder! No me metas en líos, muchacha. ¡No metas en líos a nadie de mi bar!

— No lo haré. Pero necesito tu ayuda. – Le cojo de la mano. – Por favor. He perdido a mi madre, a la única persona que le he importado, a mi mundo. Ella perdió su vida, su hija, todo. Quien lo hiciera tiene que pagar. – Suplico con lágrimas en los ojos.

— De acuerdo. Cuenta conmigo. – Confirma Ann Marie conmovida por mis palabras.

— ¡Oh gracias! – Me levanto y la abrazo con fuerzas. – Gracias, gracias. Dime que puedes conseguirme las fotos de Jesse con Laura Miller en ese hotel, por favor. ¡Te pagaré por ellas! – Le digo al oído.

— Puedo conseguírtelas. Esas fotos llegaron a manos de mi amiga porque quiso vengarse de Laura Miller por un asunto que tenía pendiente con ella. – Me dice con seriedad. ¡Oh, sí! Al fin estoy siguiendo un camino. Un camino que no sé dónde me lleva, pero, al fin y al cabo, es un camino.

— Vendré a por ellas mañana. – Afirmo. Me bebo mi copa y me voy del bar Lucky.

\*\*\*\*\*

De nuevo en casa. Sola. El fantasma de mi madre se me comienza a aparecer. O me estoy volviendo loca... La veo a veces bajar las escaleras, ir a la cocina, preparar la cena, llamarme por mi nombre... La veo como una nebulosa, que va y que viene. Hasta escucho su voz.

He vuelto a poner todo lo que hay de los crímenes sobre la mesa y he comenzado a escribir uno a uno los nombres de las personas que puedan haber tenido algo que ver en su desaparición.

**Michael Moore:** Ese gordo seboso guarda demasiado odio y rencor por mi madre. Ella le dejó y no parece el tipo de hombres que se resigna a que lo dejen sin más.

**Laura Miller:** Ella es mi gran incógnita. Hay algo en esa mujer que no me gusta un pelo. Pero ella no puede haber asesinado y torturado a dos mujeres tan fácilmente. Aunque, según Ann Marie, los Miller tienen matones a sus órdenes... pero no creo que se dediquen a matar a jovencitas indefensas. Los matones suelen estar más para proteger los negocios, para amedrentar a los enemigos... no sé en qué clase de oscuro negocio estarán metidos, pero no me importa. Será algo de drogas, tráfico de alcohol ilegal, tabaco... pero nada de eso tiene que ver con crímenes sexuales. Ella odiaba a mi madre porque había empezado un idilio con William Jackson.

**William Jackson:** El padre de Jesse. El hombre que posiblemente sí que lo dejó todo por mi madre. Su mujer, su casa sus hijos... ¿Dónde estás William? ¿Tuviste algo que ver? ¿Se arrepintió mi madre en el último momento de la descabellada idea de casarse contigo? Me habría criado como la hermanastra de Jesse... ¡No! Sacudo la cabeza para pensar en otra cosa. El siguiente nombre.

**Jesse Jackson:** Jesse, dime que no. Que no te dejaste envenenar por las mierdas que te metería en la cabeza Laura Miller contra mi madre. Dime que tú no planeaste su asesinato con ella. No...

Meto mi cabeza entre mis manos y me froto la cara. Jesse no pudo haber sido. Como Nelson me dijo, un asesino no iría a cara descubierta a preguntar por su víctima al hospital.

Es posible que sea Michael Moore. He escuchado la voz de una mujer en su vivienda. ¿Y si asedia a jovencitas y después las viola con artilugios porque ya es tan miserable que ni siquiera se le levanta? ¡Tiene sentido! Se venga de su impotencia sexual con sus víctimas. ¡Oh, joder, quiero que sea él!

Pero, entonces me acuerdo de otro nombre y lo anoto en el listado de sospechosos.

**Leonard Miller:** Desapareció meses después del asesinato de mi madre y siempre tuve su nombre en mi cabeza. Su mujer, Laura, puede que lo esté escondiendo en algún sitio.

Jesse, ¿dónde cojones estás?

Dejo el papeleo y lo guardo todo bajo un tablón suelto que hay en el suelo, mi lugar secreto de la infancia, donde solía guardar las golosinas para que mi madre no las viera. Ya es de noche. Y me voy al porche a tumbarme en mi nueva

hamaca colgante mientras me fumo un cigarrillo y pienso en Jesse. No lo conozco de mucho, esa es la verdad, y a la vez lo conozco desde siempre. Francamente, no creo que haya sido él. Pero, sé que tiene un secreto. Uno que sólo Laura Miller conoce y que es la clave de por qué esa mujer se cree con derecho sobre él.

Tengo que hacer que confíe en mí y me lo cuente.

Pienso en cómo hacer eso sin ponerme en peligro. Mientras vuelvo a ver la figura de mi madre merodear por el porche. Aparece y desaparece.

No, no ha sido él. Jesse no es un asesino. Él sólo es culpable de una cosa; ponerme a cien. Volverme loca de deseo y hasta hacerme creer que me estoy enamorando de él. Da igual que lo ame. En la vida le confesaría que lo hago. Jamás haré de Jesse Jackson mi pareja. Sé que eso me destrozaría. Pero eso no impide que lo siga deseando con todas mis fuerzas y que quiera seguir creyendo que puedo hacerlo. ¡Puedo follarme a Jesse Jackson y mantenerlo después a raya!

Y miro a casa de Jesse. No está.

Me levanto. Sin pensarlo voy directa a su casa. Llamo a la puerta. Nada. Insisto. Nada. Nada. ¿Dónde estás Jesse? “Jesse no sale nunca del pueblo” recuerdo las palabras de Laura Miller. Maldición, ahora mismo le echaría un buen polvo. Lo necesito.

Entonces cojo mi móvil y busco el número de Jesse Jackson. Erik me lo dio. Lo tengo frente a mis narices. Y, después de soltar un tremendo suspiro, pulso a la tecla de llamar. Al tercer tono descuelgan.

— ¿Sí? – Dice una voz titubeante de un hombre. Pero creo que no es él.

— ¿Jesse?

— ¡No está! ¿Quién eres? – Me responde con sequedad alguien que no es él.

— Soy Samantha Gómez. Por favor, quiero hablar con Jesse Jackson. – Pido asustada.

— ¿Samantha qué?

— ¡Joder, dame! – Oigo la voz de Jesse de fondo y respiro aliviada. –

¿Sammy? – Escucho la voz de Jesse y se me inunda el pecho al oír mi nombre de nuevo en sus labios.

— Sí, hola vecino. – Digo con la voz temblorosa por la emoción.

— ¡Eh, nena! ¡Qué alegría oírte! ¿Me echabas de menos, eh? – Pregunta el muy bribón. Hace que me ría.

— Aunque no me guste admitirlo, sí. – Contesto sonriente y me siento en las escaleras de su porche con una sonrisa de oreja a oreja. – ¿Dónde estás? Me ha extrañado no verte por aquí estos días.

— Tranquila, volveré. Tienes una deuda conmigo pendiente. – Me dice y vuelvo a reír sacudiendo la cabeza.

— Tenemos cosas que aclarar primero. – Digo y suspiro, cuando pienso en su mentira. Él me dijo que no se lio con Laura Miller hasta que su marido desapareció.

— ¿Me vas a hacer sufrir mucho más? – Pregunta con voz de perrito abandonado. Quiero besarle de nuevo. Quiero abrazarlo. Quiero que me folle como si fuera el último día de mi vida.

— Esta vez no. Vuelve pronto.

— Lo haré mocosa. El martes es mi cumpleaños y espero mi regalito.

— Hasta el martes, entonces. – Me despido resignada.

— Hasta pronto. Muy muy pronto, nena. Sueña conmigo. – Pide y yo me muerdo el labio. Hace que me atruene el corazón con sólo oír su voz.

— Y tú conmigo. – Digo en un susurro.

— Lo haré. Adiós, preciosa. – Y cuelga. Suspiro.

¡Joder Sam, qué manera de cagarla! ¡Te has enamorado hasta la médula! ¡Maldita sea! Bueno, pero aun así seguimos con el plan, Sam; echar el polvo de tu vida con Jesse Jackson y luego tan amigos. Sí, estoy convencida. Sólo tengo que visualizarlo.

Me despierto aturdida. ¿Ya es de día? No... pero he oído unos golpes. ¡Joder, sí!

Me levanto rápidamente y rebusco bajo mi cama mi revolver, compruebo que esté cargado y me coloco con sigilo tras la puerta de mi habitación.

¡Hay alguien en la parte baja de mi casa! He oído ruido. Veo mi teléfono móvil sobre la mesita de noche y lo cojo. Pulso la tecla de llamar al sheriff Johnson y espero a que me conteste. ¡Maldita sea, no contesta! Vuelvo a oír ruido. ¿A quién llamo? En este aparato sólo tengo el teléfono de Jesse y de Tony, pero Jesse no está en el pueblo, así que llamo a mi amigo de la infancia.

— ¡Sam! ¿Qué haces despierta a las tres de la madrugada? – Me contesta. – Bueno, gracias por llamar, me amenizas la guardia, el trabajo de noche es una mierda monumental y...

— ¡Escúchame Tony! Hay alguien en la parte baja de mi casa. – Digo bajito para no ser oída más que por él.

— ¡¿Qué?!

— He llamado al sheriff, pero debe estar muy dormido. Necesito refuerzos. ¿Puedes ir a la comisaría?

— Ehhh...

— ¡Joder, Tony! ¡Necesito que seas rápido!

— ¡Voy, voy!

— Bien.

Cuelgo y salgo sigilosamente de la habitación con el móvil guardado en la parte trasera de mi pantalón. Por si puedo intentar llamar a Erik de nuevo.

Me acerco con mucho cuidado a las escaleras, pero, sin querer, le doy una patada a uno de mis zapatos que está por ahí tirado y advierto de mi presencia a quien quiera que esté abajo. ¡Maldita sea! ¡Cuándo aprenderé a ser ordenada!

Entonces lo veo. El intruso se sitúa justo frente a mí, en la parte baja de las escaleras. Es un hombre, creo. Está vestido de negro de arriba abajo, con un pasamontañas del mismo color cubriéndole el rostro. Me mira con los ojos abiertos y yo lo examino, pero no hay mucho que ver. ¡Reacciona Sam!

— ¡Policía, detente! – Le ordeno apuntando con mi pistola hacia el sujeto. De repente se da la vuelta y sale por la puerta principal de mi casa a toda velocidad. – ¡Joder! – Corro escaleras abajo y trato de alcanzarlo. Siento las vibraciones de mi teléfono móvil en mi espalda. Alguien me está llamando. Pero no puedo ponerme a contestar ahora mismo. Estoy en mitad del prado que separa mi casa de la de Jesse tratando de vislumbrar entre tanta negrura nocturna por dónde ha podido salir corriendo. – ¡Mierda! ¡Ven aquí cabrón! ¡Da la puta cara! ¡No seas un puto cobarde! – Grito apuntando a todas partes con mi pistola. – Arggg. ¡Lo tenía! ¡Lo tenía frente a mis jodidas narices! ¡Es él, estoy segura! – Un momento. Estoy viendo movimiento tras un matorral. ¡Te tengo cabrón! Comienzo a correr en dirección al matorral y por fin lo veo. Una sombra negra que se levanta y corre, huye de mí. – ¡Para! ¡Que pares, joder, policía! – Doy un disparo al aire. Pero, de pronto, siento que pierdo el equilibrio y caigo de bruces al suelo.

¡Maldita sea! ¡He tropezado! Y he perdido la pistola. ¡Me cago en Satanás! Tanteo el suelo para ver si la encuentro y, cuando alzo la vista, la sombra negra está sobre mí.

Me golpea la cabeza con una piedra y mis ojos se cierran sin poder evitarlo.

— Despierta Sam. – Es la voz de mi madre. ¿Dónde estoy? – Despierta Sam. – ¿Estoy muerta? ¡Oh, maldición! ¿A los muertos le puede doler tanto la cabeza? – Despierta Sam. – Parpadeo. Hay una sombra oscura frente a mí que me está arrastrando por el suelo, agarrándome por los pies. Sigo en el prado. Intento coger una piedra o algo con mis manos, pero, ¡mierda, estoy maniatada! ¿Qué hago? Estoy muerta... ¡Espera! ¡No! ¡Suenan sirenas de fondo! ¡Tony, has conseguido pedir ayuda! La sombra negra se tensa y mira en mi dirección. Me hago la inconsciente.

— Grrrr. – Le escucho gruñir. Abro un ojo. Está sacando una pistola. ¡Va a dispararme!

— ¡Policía! – Escucho a Erik gritar a lo lejos. La sombra mira en su dirección y aprovecho su despiste para rodar y rodar por el suelo hasta camuflarme entre el follaje del prado.

— ¡Sam! ¡Sam! – Es Tony, creo. La sombra negra gruñe al no verme y comienza a correr. – ¡Sam!

— ¡Aquí! ¡Aquí! – Grito con todas mis fuerzas. – ¡Ha escapado! ¡Cogedlo! ¡Joder, cogedlo! – Estoy mareada, me pesan los ojos por el fuerte golpe que he recibido en la cabeza, pero lucho con todas mis fuerzas por no caer. Al final me rindo y, cuando ya me sé a salvo, dejo que me venza la pesadez de los párpados y me desmayo.

\*\*\*\*\*

— Sam, contesta Sam. – Alguien me da toquecitos en la cara. – Sam. Abre los ojos, maldita sea.

— Tony, dime que le habéis cogido y voy a poder arrancarle los huevos con mis propias manos. – Digo con un hilo de voz.

— ¡Oh, menos mal que tú y tu dulzura estáis intactas! – Bromea mi amigo. Abro un ojo y trato de incorporarme. – ¡No te muevas! ¡Sheriff! ¡Ha despertado! – Grita Tony.

— ¡Sam! – Veo al sheriff Johnson venir hasta mí. Estoy tumbada en mi sofá. – ¿Cómo estás? He llamado a una ambulancia.

— Estoy bien, sólo tengo un dolor de cabeza de campeonato. ¿Lo habéis cogido? – Pregunto y esta vez consigo sentarme.

— No, lo siento. Ha escapado.

— ¡Joder, Erik! ¡Lo teníamos! – Grito y la cabeza me punza. Me la sostengo con las dos manos.

— No vendrá más por aquí. Tranquila. Estoy peinando la zona.

— ¡Lo sé! Sea quien sea ya sabe que soy poli y no querrá arriesgarse conmigo otra vez sin planearlo primero. ¡Pero eso no evita que vaya a por otras chicas! ¡Eso no evita que el jodido asesino de mi madre ande por ahí suelto sin pagar su maldita condena! Es un hombre Erik. – Le informo. Eso me descarta

automáticamente a la puta de Laura Miller.

Erik y Tony me miran con la lástima en sus ojos. Reconozco esa mirada. Ya la he padecido antes. Llega la ambulancia y me hacen un pequeño reconocimiento. Dicen que estaré bien y me dan unas pastillas para el dolor de cabeza.

La policía del pueblo continúa peinando la zona y yo le pido a Tony que me ayude a subir a mi cama, necesito descansar. Mi amigo decide quedarse conmigo y se recuesta conmigo en la cama. Es reconfortante sentir su presencia. Me siento segura. Aunque intento hacerle desistir o puede perder su trabajo. Pero Erik le dice que hablará con el jefe de Tony para que entienda la situación y al final le dejo quedarse conmigo.

Consigo dormir abrazándome al cuerpo de Tony, su calor me calma. Es como dormir abrazada al cuerpo de mi madre o de... Jesse. Echo de menos a Jesse. En momentos como éste es cuando me doy cuenta de lo vulnerable que somos, de lo vulnerable que soy. He escapado tantas veces a la muerte que se supone que debería ser inmune a su temor. Pero no. Temo morir sin haber vivido. Sin haber sentido.

Es lo mismo que me pasó la noche que entraron en mi piso de Chicago y Mat apareció. Fue cuando me planteé una relación con él y por fin conseguir sentirme viva y plena con alguien. Pero ese alguien no era el adecuado. Jesse tampoco lo es. De eso estoy segura. Pero a estas alturas he perdido la fe en que la persona perfecta para ello exista. Tal vez debería dejar de ser tan exigente, quizá no tan poco exigente como mi madre, pero sé que ella sí que fue feliz con cómo se desenvolvía con su vida.

Al abrir los ojos ya es de día. Tony duerme como un niño junto a mí, en calzoncillos y todo despeinado. Me da la risa. Es la segunda vez que me despierto con un hombre y ninguna de esas veces he consumado un acto sexual. Para más inri, Tony es gay, así que jamás se lo plantearía conmigo. Me levanto y me doy cuenta de que yo también estoy en bragas. Junto a mi cama, en el suelo, está la ropa que yo llevaba puesta ayer, llena de barro y sangre. Así que cojo la camiseta de Tony, que sí que parece limpia, me la pongo y bajo las escaleras.

¡Necesito un café!

Mientras el café se está haciendo me miro en el espejo del aseo que tengo en la planta baja de la casa y descubro que en una de mis sienes tengo un



moratón de envergadura. Lo cubro con un mechón de mi pelo. Tendré que dejármelo suelto para no ir llamando la atención por el pueblo. Me lavo la cara y suspiro.

Cuando voy a hacerme cargo del café escucho ruido en el porche de mi casa.

¡Ha vuelto el cabrón de anoche!

Cojo un mazo de madera de la cocina, lo primero que encuentro a mano y salgo corriendo hacia el porche.

Grito al abrir la puerta con toda mi rabia y cuando estoy a punto de abrirle la cabeza a ese desgraciado me encuentro con la mirada azul eléctrica de Jesse mirándome acojonado, mientras coloca el desayuno sobre la mesita de mi porche.

— ¡Ehh, ehh, soy yo! – Levanta las manos.

— ¡Joder, Jesse! ¡Casi te abro la crisma! – Le grito. – No te esperaba aquí.

— ¡Eres una jodida asesina! ¡Ya es la segunda vez que intentas matarme! Yo tampoco esperaba que estuvieras por aquí. Normalmente a esta hora es cuando sales a correr. – Dice y me parece tan tierno y me alegro tantísimo de verle de nuevo por aquí que me abalanzo sobre él y le abrazo rodeando su cuello con todas mis fuerzas.

— Me alegro de verte, vecino. – Él me abraza todavía asustado por mi reacción.

— Sí, ya veo... Bueno, al menos, este recibimiento me gusta más que verte abrir la puerta apuntándome con un maldito mazo. – Sigo encaramada en su cuello y sonrío como una estúpida. ¡Jesse está aquí!

— Anoche intentaron robarme. – Me invento. – Me asusté al oír ruido.

— ¡¿Qué?! ¿Quién? ¿Lo viste? ¿Te ha hecho algo? – Jesse hace que lo suelte y comienza a hacerme un repaso de arriba abajo.

— Estoy bien, estoy bien, sólo fue un susto y...

— ¡Eh! ¡Qué cojones haces con una camiseta de hombre! – Ups. – ¡Y en bragas! – Mierda, ¿qué digo? La cara de Jesse es todo un poema.

— Nada, yo...

No consigo inventarme nada a tiempo de frenar a Jesse que, sin pensarlo ni pedir permiso, entra en mi casa y sube las escaleras hacia mi habitación encolerizado. Le sigo gritándole que pare. Lo hace justo en el umbral de la puerta de mi habitación, cuando se encuentra con el cuerpo inconsciente de Tony en mi cama. ¡Y en calzoncillos! Me mira envuelto en cólera.

— ¡Genial! – Grita. Aprieto los ojos.

— No es lo que parece, Jesse. – Digo, pero vuelve a escapárseme. Baja las escaleras de dos en dos dispuesto a salir de mi casa, y creo que también de mi vida. Vuelvo a seguirle. – ¡Jesse! ¡Para, Jesse! ¡No es lo que tú crees! – Ni caso. Ni siquiera me mira. – ¡Jesse, joder! ¡¿Me quieres escuchar?! – Al fin se frena en mitad del prado y se gira hacia mí. Mierda. Esa mirada envenenada no me gusta ni un pelo.

— ¡¡¡Qué!!! ¡¿De verdad esperas que me crea que no te has follado a tu noviete de la infancia?! ¡Vamos Sammy! ¡Sé que estoy haciendo el gilipollas contigo de una forma impresionante, pero no soy tan sumamente estúpido! – Me grita a pleno pulmón con los brazos en alto. – ¡O puede que sí lo sea! ¡Llevo una jodida semana huyendo de todas las mujeres que se me acercan sólo porque pensé que así tú...

— ¡¿Que así yo me podría convertir en otra de tus amantes?! ¡Vamos Jesse! ¡Te follaste el miércoles pasado a Laura Miller frente a mis narices! ¿Piensas que me voy a tragar ese cuento de que en dos días has cambiado? ¡¿Por mí?! ¡¡¿TÚ?! – Le apunto con el dedo y siento los nervios devorándome desde dentro. Me tiemblan hasta las piernas. – ¡Sólo buscas follar Jesse, con quien sea, como sea! – Jesse frunce los labios y se cruza de brazos. – ¡Y me parece genial! ¡Yo también quiero ser capaz de hacer algo así! He sido muy consciente en todo momento que sólo querías una distracción conmigo. ¡No te hagas el ofendido! ¡No me vengas con esas! ¡Además, yo no...!

— ¡¿Que sólo eres una distracción para mí?! ¡QUE SÓLO ERES UNA DISTRACCIÓN PARA MÍ! ¡¡Ja!! ¡¿Y qué cojones soy yo para ti, Sammy?! ¡¡Dime!!

— Pues ehh...

— ¿Soy el amor de tu vida?

— Pues no... claro que no, pero... Jesse, eres importante. – Me acerco un paso a él y Jesse retrocede. Joder, ¿cómo arreglo esto? La cosa no está yendo por donde yo pretendía que fuera.

— ¡¿Qué soy?! ¿Soy el hombre por el que cruzarías medio país para poder olvidarme? ¿Soy tan importante como Mat? – Su pregunta me atraviesa el pecho como una lanza.

— No, no eres como Mat. – Digo con seriedad. – Porque tú eres...

— ¡No, claro que no! ¡Porque yo sí soy una distracción para hacerte olvidarlo! ¿Y me acusas a mí de usarte?

— ¡No es verdad!

— ¡Como también lo es el guaperas ese que está en tu cama!

— No Jesse, eso no es así. Déjame que te explique...

— ¡NO ME TOMES POR IMBÉCIL! – Grita frente a mis narices descargando una mirada llena de odio. Me asusta. Me bloquea. No quiero que me odie. No. – No me vengas con que no te lo has follado mientras yo inventaba la fórmula para deshacerme de Laura para estar contigo, como me pediste que hiciera. ¡Y me acusas a mí de follarme a todo lo que se me acerca! ¡Para que lo sepas estúpida, he huido de toda mujer que se me ha acercado desde que volviste! De Laura no pude el miércoles pasado, pero lo habría hecho. ¡Pero tú te follas al primero que se te acerca en mi ausencia! – Grita apuntando a mi casa.

— ¿Sabes? ¡Si me lo hubiera follado, como tú piensas, no tendría ningún reparo en admitirlo porque soy una mujer adulta, responsable y, sobre todo, libre! Tienes razón, no debería haberte pedido que dejaras a Laura. No soy nadie para hacerlo. – Levanto las manos en son de paz, Jesse frunce el ceño. – No te he prometido nada ni tú a mí tampoco. Sólo hemos planteado un acercamiento físico, sólo sexo, nada más, y yo te pedí que dejaras a Laura a un lado porque no quería hacerlo con alguien que tuviese algún tipo de relación o de atadura que me hiciese sentir remordimientos por ello. – Jesse me mira como si estuviese alucinando. Sam, lo estás consiguiendo, ¿lo ves? Puedes hacer de Jesse Jackson sólo un polvo. Puedes ser así, controlar la situación. – Aunque, muy en el fondo de mi alma, me encantaría pensar que contigo algo más allá de hacerlo como locos pudiera ser posible. Ambos sabemos que no. Tú y yo sabemos que no dejarás de ser quien eres, ¿me equivoco? – No dice nada, sólo suelta una risa de

incredulidad. – Podría haberme follado a cualquiera de la forma en que he deseado follarte a ti desde que volví a verte, de la forma en que llevo deseándolo toda mi jodida vida. Y no tendría que darte explicaciones. Pero... no puedo porque... – Espera Sam, ¿estás a punto de declararle tu amor a Jesse? ¡¿Estás loca?! Para. Tranquilízate. Evalúa lo que vas a decir y sus consecuencias. Estás hablando con Jesse Jackson, el terror de las mujeres. Lo usará en tu contra y te convertirás en su títere. Jesse parece estar esperando a que acabe mi frase. – ¡Da igual! Aunque resulta que no me follé a Tony. Sólo sufrí un ataque, tenía miedo y mi ropa estaba empapada de sangre por esto. – Le muestro mi herida en la sien. Jesse abre los ojos al ver mi tremendo chichón. ¡Sí imbécil, te estoy diciendo la verdad! – Tony sólo me quitó la ropa, me ayudó a curarme y se quedó conmigo hasta que me dormí, porque yo tenía miedo y no quería estar sola. Lo llamé a él porque tú no estabas. Porque, lo creas o no, tú eras mi primera opción. Pero piensa lo que quieras, Jesse. – Me giro y descargo un profundo suspiro mientras me dirijo a mi casa.

— Sammy... – Susurra Jesse. Me giro a mirarlo, rogando porque al fin se haya relajado. Rezando por que sienta tanto miedo como tengo yo de que se aleje de mí.

— Dime.

— Lo siento. – Dice y baja la mirada hacia el mismísimo centro de la tierra.

Me acerco y le acaricio el rostro sonriente. Creo que de verdad le importo. Creo que de verdad Jesse Jackson está empezando a sentir algo más que mera atracción física por mí. Mírame Jesse. Dímelo. Admite que te importo.

— No hay nada que perdonar. Me alegro de que hayas vuelto. – Le doy un suave beso en los labios. Jesse suspira y vuelve a mirarme, pero sus ojos me hablan como si hubiese tomado una determinación.

— Tenemos que parar esto, Sammy. – Frunzo el ceño. – No sé qué estás haciendo conmigo que me confundes y me haces creer que soy lo que no soy para ti. Ahora ya me queda claro lo que quieres y yo... no puedo dártelo. – ¿Se refiere a que nunca podrá dejar a un lado sus líos de faldas?

— ¿Qué quieres decir?

— Dejemos este juego del infierno de una vez por todas. Necesito volver

a ser yo. ¡Ya ni sé quién soy! – Trago saliva.

— ¿Quieres que me aleje de ti? – Pregunto con un nudo en la garganta.

— Quiero que dejes de confundirme, Sam. – Él nunca me llama así. Dios, se está alejando. Y... no quiero. Pero tiene razón, estoy chiflada. Ni yo misma sé qué quiero.

— Vas a alejarte. – Pienso en voz alta y me tapo la boca instintivamente.

— No. – Me coge de la mano y me mira fijamente. – No puedo, aunque me gustaría poder. – Suspiro y bajo la mirada. Jesse sujeta mi barbilla para que vuelva a mirarlo. – Tú no sabes nada, Sammy. Tú no me entiendes. No puedes entenderme. Y no sé por qué te he dejado llegar tan lejos conmigo.

— ¿Es por el secreto que sólo Laura Miller conoce de ti? – Siento los ojos brillosos cuando le miro. Jesse frunce el ceño. – ¡Si es por eso puedes contármelo, Jesse! ¡Habla conmigo, joder!

— No. No sólo es eso. – Da un paso atrás.

— Entonces, ¿qué más es lo que no sé? – Jesse niega con la cabeza.

— Nada. No es nada.

— ¡Si lo es, y es importante para ti! ¿Por qué no me lo cuentas? – Le acaricio el rostro tratando de buscar su complicidad.

— No sé cómo contártelo. No debería hacerlo. – Vuelve a dar un paso atrás. – Tú no me entiendes, Sammy.

— No te importaba el otro día que yo no supiera nada cuando pretendías llevarme a tu cama. ¿Por qué no puedes llevarme a tu cama ahora?

— Es diferente.

— ¿Qué ha cambiado para que sea diferente? – Jesse agacha la cabeza. – ¡Háblame, maldita sea!

— ¡Todo! ¡Hasta yo soy diferente! He comenzado a obsesionarme con el simple hecho de pasar una noche follándote como un salvaje y eso no me había pasado antes. ¡Eres la única mujer que me ha plantado una y otra vez y eso sólo ha hecho que te desee más y más! ¡Maldita sea, me has hecho plantearme cosas que no me había planteado nunca! – Le importo. Estoy segura. Doy otro paso

hacia él y esta vez no se aleja. Nos miramos fijamente a los ojos. Sin decir nada nos lo decimos todo.

— Pues hazlo, Jesse. Hazme tuya. – Susurro.

— ¿Qué? – No parece creer lo que ha escuchado.

— Quiero que me hagas tuya. Ahora. Ya. – Repito sosteniéndole la mirada. – No... me importa lo que tengas con Laura. Ya no. – Miento. Quizá así comenzaré a creérmelo yo también.

— Sammy. – Suspira pegando sus labios a los míos. – No puedo dejarte hacerme esto. Tengo que pararte, antes de que sea demasiado tarde. – Susurra cerrando sus ojos a la par que acaricia con sus labios los míos. Lo beso lenta y sensualmente.

— ¿Demasiado tarde para qué? – Ahora es Jesse quien atrapa mis labios en los suyos. Gimo.

— Para que acabemos alguno de los dos con el otro. – Me besa despacio mientras que con sus manos acaricia mi rostro. Me deshago en sus labios.

— ¡Sam! ¿Estás mejor? – Escucho la voz de Tony desde mi casa. Jesse y yo giramos la cabeza y lo vemos asomarse por la puerta. – ¡Hola Jesse! ¡Me alegra verte! ¿Vienes a desayunar? – Miro a Jesse que está a punto de montar otro numerito.

— Hola Tony. No gracias. Ya he desayunado. – Dice con una sonrisa de mierda en la cara muy parecida a las mías. Me río al verlo. – ¿De qué te ríes mocosa? – Me increpa.

— De nada. De que vas a desayunar otra vez. Con Tony y conmigo. – Le cojo de la mano y tiro de él. No me cuesta mucho hacerlo. Creo que se está dejando.

— Samantha Gómez, me las vas a pagar todas. Una por una. – Me dice y vuelvo a reír.

— Siéntate vecino. – Le señalo un taburete en mi porche y Jesse obedece expulsando todo el aire de los pulmones por la nariz y acusándome de enredarlo con la mirada.

— ¡Me alegra mucho verte, tío! – Saluda Tony risueño y le tiende la

mano. Jesse le mira de arriba abajo. ¡Sí, Tony, estás en calzoncillos! – Perdona la falta de ropa. – Se excusa mi amigo sonriente. Jesse levanta una ceja. – Anoche vine por una emergencia y no traje ropa para cambiarme. – Tony parece disfrutar de la cara de entierro de Jesse. Me desconcierta.

— Voy a vestirme y te devuelvo tu camiseta. – Digo con timidez, entro en casa y corro escaleras arriba para hacerlo.

No quiero dejar mucho tiempo a Jesse a solas con Tony. No me fío del enfado de Jesse. Debería decirle que Tony es gay, ¡pero es que me encanta que se ponga tan celoso! ¡Qué mala soy! Me pongo mi vestido de flores, el favorito de Jesse y bajo las escaleras con rapidez con la camiseta de Tony y sus pantalones en los brazos.

— De verdad pasé verdadero miedo cuando la vi inconsciente. – Le está diciendo Tony a Jesse cuando estoy a punto de salir.

— ¡Joder! ¿Y no viste al tipo?

— No. Estaba oscuro. Sam tampoco lo vio. – Me quedo tras la puerta y escucho un poco.

— Oye... ¿Tú y Sammy...? Ya sabes. – Aguanto la risa en mi mano. Jesse le está preguntando a Tony si tiene algo conmigo. Decido no salir todavía y escucharlos escondida tras la puerta de mi casa. Esto va a ser divertido.

— Siempre me gustó Sam, tengo que admitirlo. – ¡Qué estás haciendo Tony! ¡Maldito seas! – Pero te engañé aquella vez que te dije que ella y yo salíamos juntos. Por aquél entonces sólo éramos amigos.

— Ah, ¿sí? Muy sucio por tu parte. – Masculla Jesse.

— A ella le gustabas tú y quería alejarla de ti. Tú eras el rival más duro de todo el pueblo. – ¡Será liante! – Ahora no me siento en inferioridad de condiciones ante ti.

No entiendo qué es lo que está pretendiendo hacer mi amigo. ¡Dile por qué querías alejarlo de mí! ¡Porque quien te gustaba era él! Ojalá no le hubiera prometido guardarle el secreto.

— ¿Te la follaste anoche? – Pregunta Jesse con voz dura. ¡No me cree!

— Un caballero nunca cuenta esas cosas, Jesse. – Joder Tony. ¡Lo vas a

espantar! – Además, ella es mi amiga.

— Tu amiga... ya... ¡Escucha, sé qué es lo que quieres! ¡Si tú y Sammy tenéis algo lo lamentarás! ¡No estoy dispuesto a permitir que juegues con ella! ¡¿Me oyes?!

— ¡A ti te gusta Sam! – Grita mi amigo. Contengo la respiración tras la puerta mientras continúo espiando su conversación. – ¡Te gusta de verdad! ¡Lo sabía!

— ¡Calla imbécil! – Masculla Jesse. – Yo no he dicho tal cosa.

— Me la quieres quitar, ¿verdad? – ¡De qué vas Tony! Pongo los ojos en blanco. – Ya tienes bastantes jovencitas encandiladas con quienes divertirte.

— ¡Ella no es tuya, capullo! ¡Déjala en paz y no la enredes!

— Tuya tampoco.

— ¡Mira, yo sé que a Sammy le gusto! Estaba comenzando a hacer que se sintiera a gusto en este lugar. ¡Hasta me pidió que dejase de verme con otras mujeres! – Brama Jesse cuando estoy a punto de abrir el picaporte de la puerta y salir, pero me freno en seco al escuchar lo siguiente.

— ¡Puede que no seas el único que le gusta! ¿Sabes que ella está enamorada de otro? – No comprendo en absoluto la táctica de Tony.

— ¡Yo estaba consiguiendo que lo olvidara! ¡Y haré que se olvide de ti también, payaso!

— Ah, ¿sí? ¿Cómo? ¿Te la has follado ya, Jesse Jackson? – Tony alza la voz. ¡Qué demonios hace!

— ¡Podría haberlo hecho!

— Ya veo...

En ese momento decido salir y volver con esos dos. Tony y Jesse están en pie. Jesse me mira de arriba abajo y reconoce el vestido de flores. Le sonrío. Él suspira y aparta la vista de mí.

— Tu vecino piensa que anoche tú y yo nos pusimos las botas, Sam. – Dice Tony sonriente.

— Ya le expliqué que no es así. – Jesse vuelve a mirarme con cara de



entierro. – Toma tu ropa, Tony. – Se la tiendo sin apenas mirarlo. Ya tendré una conversación con él. – ¿Sigues enfadado conmigo? – Le pregunto a Jesse. Tiene la respiración acelerada. Yo también.

— Chicos, me lo estoy pasando en grande. Pero me tengo que ir a casa ya. – Dice Tony mientras se viste frente a nosotros. Asiento y le dedico media sonrisa. – Cuídate pequeña. Y de nada. – Susurra en mi oído y me besa en la frente. ¿Qué se supone que tengo que agradecerle?

— Sí. Ya hablaremos tú y yo. – Le susurro con la mirada entrecerrada. Tony me guiña.

— ¡Claro! Para ti siempre estoy disponible. – Me acaricia la cara y luego le tiende la mano a Jesse. – Un placer, Jackson. Cuídame a Sam.

— Descuida. – ¿Por qué parece esto una competición de quién mea más lejos? ¡Tony es gay!

Mi amigo se va y Jesse y yo nos quedamos de pie en el porche de mi casa. Mirándonos. Devorándonos con la mirada y odiándonos a la vez.

— Bien, desayunemos. – Le digo cuando el coche de Tony ya ha desaparecido por el horizonte. Para mi sorpresa Jesse se sienta y comienza a engullir. Sin apartar los ojos de mí. Con una mirada de lo más fría.

— ¿Te has puesto ese vestido para mí? – ¡Cómo puede ser tan capullo!

— Puede...

— Olvídalo. No pienso tocarte. – Me reta. – Iba en serio Sammy.

— Pues tú te lo pierdes. – Me siento yo también y comienzo a comer con la misma pose chulesca que pone él, cruzándome de piernas. Yo también puedo ser chula. Me repasa con la mirada. ¿Qué está tramando?

— Coge ropa, nos vamos. – Me sorprende de repente.

— ¿Qué? ¿A dónde? – Pregunto confundida.

— De acampada. Vamos, date prisa.

— ¿No estabas enfadado conmigo?

— Lo estoy, pero te vendrás conmigo igual. ¡Vamos!

— ¿No tienes que trabajar?

— Puedo dejar lo que tengo pendiente un día más. ¡Date prisa! – Me vuelve a apremiar.

— ¿Y no tienes que pedirle permiso a Laura Miller? – Le desafío.

— Puede. – Se encoge de hombros y vuelca el peso de su cuerpo acercándose a mí. – Pero ella no está aquí ahora mismo, me acabo de quitar al moscardón de tu amiguito de encima y tu adorado Mat tampoco está para que puedas pedirle permiso. Así que sólo estamos tú y yo. Coge tus cosas y vámonos. – Ordena. Sonríe.

— ¿Si voy estaré perdonada?

— Me lo pensaré. – Creo que está conteniendo una sonrisa.

— Si no me dices si estaré perdonada o no, mejor no voy. – Sigo desafiándolo.

— Si vienes te dejaré que vengas mañana a mi fiesta de cumpleaños. ¿Te vale? – Asiento sonriente. – ¡Vámonos ya, mocosa!

— ¿Cuánto queda? – Pregunto a Jesse por enésima vez mientras observo el paisaje desde la ventana del copiloto de su ranchera. Jesse me mira de reojo y sonrío.

— ¡Para de preguntar! Ya no falta mucho.

— ¡Me has dicho lo mismo las últimas veinte veces que te he preguntado! – Jesse aguanta la risa. – ¿A dónde vamos? ¡Venga, dímelo! – Le hago carantoñas en el cuello. Jesse se tensa.

— Para. Estoy conduciendo. Vamos a un bonito lugar que vi esta mañana, mientras conducía de vuelta a casa. – Eso me recuerda algo.

— ¿Dónde estuviste el fin de semana?

— Viajando. – Responde con sequedad.

— ¿Con quién? – La posibilidad de que estuviera con otra me quema por dentro. Jesse me mira serio.

— ¿Por qué quieres saberlo?

— Porque sí. Dímelo.

— No. – Pongo cara de ofendida.

— ¡Estabas con una tipa! ¡Serás cabrón! – Le grito.

— Yo no he dicho eso. – Se hace el gracioso. ¡Se está riendo!

— ¡Para! ¡Me bajo ahora mismo! – Intento abrir la puerta del copiloto. Jesse derrapa y frena el coche rápidamente en el arcén. Antes de que pueda salir del coche me detiene tirando de la puerta otra vez para cerrarla.

— ¿Qué haces, idiota? ¡No te vas a bajar aquí, en mitad de la nada!

— ¿Que no? – Intento otra vez abrir la puerta para salir.

— ¡Para Sammy! – Me coge del brazo. Lo fulmino con la mirada. – Por favor. – Suplica.

— ¡Estabas con otra y tienes la cara de venir a increparme a mí! ¡¿Pues sabes qué?! – Voy a gritarle que me he follado a Tony para que se entere. ¡Eso voy a hacer!

— Estaba con Kevin, mi hermano. – Me noquea. Abro la boca.

— ¿Por qué no me lo querías decir? ¡Es porque te lo estás inventando, ¿verdad?! – Jesse suspira y saca su móvil. Me lo tiende.

— Mira las últimas fotos. – Me lo entrega. Pestañeo. No debería curiosear. No está bien. He dado muchas charlas a mujeres que han sufrido maltrato y siempre les dije que no es buena idea que se dejen invadir la vida privada. – Míralas. – Me tonta Jesse de nuevo.

— No es buena idea. – Digo poco convencida. – Son privadas.

— Sólo será esta vez. Pero necesito callarte la boca de una maldita vez. Crees que sabes quién soy y qué hago en todo momento. Dices saber qué es lo que quiero yo de la vida y estás convencida de que lo único que persigo es acostarme con mujeres sin importar otra cosa. Quiero que sepas que no es verdad. – Vuelve a tenderme su móvil. – Míralo tú misma. Abre el Whatsapp. – Lo cojo dubitativa y le hago caso. – Abre la conversación de mi hermano. Me ha mandado las fotos de este fin de semana. – La abro y veo las fotos. Son fotos de Jesse haciendo kayak, escalada, jugando en el agua de algún río y... acompañado de un chico. Apenas puedo reconocer a Kevin en ese rostro. La última vez que lo vi tendría cinco años y, ahora tiene dieciocho.

— ¿Éste es Kevin? – Jesse asiente. – Vaya... está enorme.

— Es un hombrecito ya. – Dice Jesse con ternura.

— Vale, pues yo tampoco te mentí antes. – Le devuelvo el móvil. Jesse me mira dudando entre si creerme o no. – No me follé a Tony, imbécil.

— Él no me lo negó.

— ¡Pero yo sí, demonios Jesse! – Grito exasperada.

— Bueno, eso ya no importa. – Jesse sacude la cabeza.

— Ah, ¿no? – ¿Significa que ya le da igual? ¿Que ya no le importo?

— Dijiste que no somos nada. Dijiste que no tenemos que darnos explicaciones.

— Así es. Eso dije. – Es lo mejor, Jesse. Aunque esté cayendo en tus redes tú no eres esa clase de hombre.

— Además yo te dije que... no voy a volver intentar acostarme contigo. E iba en serio. – Maldita sea.

— Jesse, somos adultos, podemos hacerlo. Sólo hemos empezado mal. – ¿Le estoy suplicando que me folle? Jesse me sonrío con tristeza. – ¡Eh, podemos echar un polvo y seguir tal cual! ¡Como si nada! Tú lo haces constantemente... Yo no te pediré explicaciones sobre lo que hagas con tu vida privada y tú a mí tampoco. ¡Podemos hacerlo!

— Tú no. Ya te voy conociendo. Te da miedo acercarte a mí de esa manera. Te da miedo que te guste más de la cuenta lo que yo pueda ofrecerte, porque no me crees digno de alguien como tú. ¡Por eso me estás volviendo tan loquísimo! ¡Te acercas y te alejas! ¡A veces me deseas otras me detestas!

— Jesse, yo no te detesto. – Me defiendo.

— Ah, ¿no? ¡Entonces simplemente no eres capaz de follar conmigo y disfrutarlo sin más! ¡Sin exigirme que deje de ser yo mismo! La misma mierda es. – Aparta la vista de mí y mira por su ventana.

— Puedo aprender. – Finjo desinterés. Jesse se ríe. – ¡No te rías! Puedo aprender a follar sin más. ¡De hecho ese era el plan!

— ¿El plan? – Me penetra con la mirada. – ¿Con quién? ¿Con el pestoso ese de Tony? – Ahora se pone serio.

— ¡Contigo, imbécil! – Nos sostenemos la mirada durante largos segundos. Hasta que los ojos de Jesse se topan con mis labios y suspira.

— No puedo hacerlo Sammy... Ya no.

— ¿Qué?

— ¡Quieres que yo te enseñe a follar por placer! ¡Quieres que yo te abra esa puerta y a dejar tus miedos e inseguridades a un lado para abrirte a cualquiera que te apetezca degustar!

— No veo dónde está el problema. Tú lo haces constantemente.

— Lo hacía, Sammy, lo hacía. Ahora me resulta imposible...

— ¡Dime por qué! ¿Es por mí? – Jesse me mira y no dice nada. ¡Ufff! ¡Me pone de los nervios! – Dime si es por mí, Jesse.

— ¿Y cuando veas que eres capaz de follarte a cualquiera qué? Sammy, yo no podría verte con otro. – Jesse se pellizca la base de la nariz y cierra los ojos.

— ¿Por qué no? – Me mira. – Dímelo Jesse.

— ¡Eres diferente! Y quiero que sigas siéndolo. Dejaría de mirarte con la ternura que te miro ahora mismo y... no sería bueno para ti.

— Pensé que era porque te estaba gustando de verdad... – Trago saliva mientras lo digo y lo miro esperando a que me diga que es así, que sí que le gusto de verdad. Jesse no dice nada. Sólo mira al techo. – ¿Y para qué me has traído hasta aquí? ¡No lo entiendo! ¡Creí que al fin follaríamos sin más y nos dejaríamos de tonterías! ¡Te aseguro que me da igual con quien te acuestes, Jesse! ¡Créeme! – Miento sólo para que Jesse no se me escape.

¡Vamos Sam, puedes hacerlo! ¡Puedes acercarte a él, echar un buen polvo y mantener las distancias! Créetelo. ¡Y haz que Jesse te crea!

— ¡Has intentado huir con el coche en marcha porque pensabas que he estado con otra el fin de semana! ¿Ves como no puedes follar por placer? ¡Te involucras! Y estás haciéndome creer que yo necesito involucrarme también. Y yo nunca lo he necesitado, Sammy. Jamás he estado enamorado. Creo que esa parte de mí está atrofiada y tú me estás despistando.

— Jesse, no te he pedido amor, sólo íbamos a echar un polvo. ¡Yo tampoco quiero enamorarme de ti! – Ahora mira al frente y frunce los labios.

— ¿Entonces por qué actúas como si te diera miedo enamorarte de mí? ¿Por qué me da la impresión de que lo estás evitando por todos los medios?

— No tendré más miedo. Lo prometo.

— Sammy yo... – Me mira de repente y me coge la mano. – Joder, no puedo. Lo siento. – Sacude la cabeza. Tengo ganas de llorar o de darle una patada en los huevos.

— ¿No puedes o te estás vengando?

— ¡¿Qué?! – Jesse parece alucinando.

— Dime que no te estás vengando de mí por haberte mareado tanto. Por ser la única tía que te ha dejado plantada.

— ¡No, Sammy!

— ¡Dime entonces para qué me has traído aquí!

— Pues porque... Porque necesito que me conozcas. Necesito que confíes en mí.

— ¿Para follar después?

— No. – Ahoga una risa. – Para... confesarte un secreto. – Me quedo de piedra. – Necesito que tú lo sepas. Necesito contártelo. Me asfixia el hecho de aguantarlo dentro. Pero antes de eso quiero que me conozcas un poco mejor.

— O sea, ¿quieres que me convierta en tu psicoanalista?

— No es eso. Pero es necesario que lo sepas, siento esa necesidad aquí – señala su pecho – muy dentro. Y, si pienso en follarte, mi mente no podrá pensar en otra cosa. No quiero obsesionarme contigo, – dice mientras me acaricia el rostro – me da miedo, Sammy. Y tampoco quiero que malinterpretes lo que tengo que decirte.

— Ya... muy buena esa. ¡Lo que pasa es que quieres follarte a otra, ¿no?! ¡Ya te has aburrido de perseguirme!

— No seas tan dura, Sammy. – Me pide con cara de perro abandonado. ¡Tendrá cara!

— ¿Dura? ¡Si ya no te gusto tendrías que habérmelo dicho antes de pedirme que viniera contigo a este estúpido sitio! – Maldición, tengo ganas de llorar.

Pensaba que lo de los celos podría funcionar para que Jesse se implicara más conmigo. Pero no ha sido así. Lo ha apartado de mí y ahora ya no me ve ni siquiera como un polvo de una noche.

Jesse arranca el motor y vuelve a ponernos de camino a donde quiera que nos lleve.

— ¿Sabes que Tony está casado, Sammy? – Me pregunta y me quedo petrificada. No me mira. Mira a la carretera. Y yo necesito que me mire para ver si es cierto o no.

— ¡No me tomes por imbécil, Jesse! – Digo tras unos segundos y bufo.

— ¿No te lo ha dicho?

— Jesse, ¡Tony es gay! – Suelto. Ya me da igual mi promesa. Esto me está sobrepasando. Jesse me mira al fin.

— ¿Qué?

— Sí, él me lo confeso el otro día.

— Mientes.

— No miento. ¡No te he mentado en ningún momento, joder! – Me siento con los brazos cruzados mirando hacia el horizonte de morros.

— Está casado con la hermana de Mary Jane Greenland. – Abro la boca hasta casi desencajarla. – Una chica que...

— ¿La que mataron?

— Sí. ¿Cómo sabes tú eso? ¡Qué cotillas son en el pueblo!

— ¡Voy a matar a Tony! ¿Cómo no me lo dijo?

— Quería llevarte a la cama. Y... lo hizo.

— ¡Jesse, yo no me lo he...

— Follado. Sí, comienzo a creerte. – Suspiro y miro al cielo.

— ¡Por fin!

— No te acerques a él. Por favor. – Lo miro.

— Creí que sólo íbamos a follar sin involucrarnos. – Bromeo para quitar hierro al asunto. Jesse se ríe y sacude la cabeza. – Sólo un polvo. – Pongo cara de niña buena.

— Vas a acabar conmigo. – Le pongo morritos y Jesse frena el coche de repente.

Miro al frente. No me había dado cuenta de que nos habíamos desviado de la carretera principal. Estamos en mitad de una zona forestal.

— ¿Vamos a follar aquí? – Jesse ya no disimula la carcajada.



— No, Sammy, no vamos a follar. Tú no me vas a enredar más. ¡Te lo advierto! – Me dice con una sonrisa y apuntándome con el dedo. – Vamos, salgamos. Ya hemos llegado. – Salgo del coche y miro a mi alrededor. Sí es bonito, pero tampoco es nada del otro mundo.

— ¿Vamos a acampar aquí?

— Sí, ayúdame con la tienda de campaña, anda. – Me pide mientras la saca de la parte trasera de su ranchera.

Hago lo que me pide y le ayudo a sacar la tienda de campaña. Veo que Jesse lleva en su ranchera cuerda, un cuchillo enorme, una mochila, un arnés... ¿No pretenderá hacer conmigo escalada y cayac como con su hermano?

Diez minutos después ya tenemos la tienda montada.

— ¿Y ahora qué?

— ¿Te has traído traje de baño?

— ¿Para?

— ¡Pues para bañarnos! ¡Ven! – Jesse me coge de la mano y tira de mí hacia lo que parece un acantilado.

— ¡Eh, no te acerques más Jesse!

— Mira. – Me dice cogiéndome de la cintura y poniéndome justo delante de él. – ¿A que es precioso? – Me susurra en el oído.

Abro la boca ante lo que veo.

Un lago. Un precioso lago azul. Lleno de cataratas en uno de sus lados. Aguas cristalinas. Densa vegetación alrededor. Un paraíso.

— Oh, vaya. – No puedo decir más. Estoy alucinando.

— ¿Nos damos un baño? – Vuelve a susurrar en mi oído y la piel de mi cuerpo se me eriza. Me giro para mirarlo y detengo mi mirada en sus labios. – Dime. – Pregunta de nuevo tirando de mi barbilla para que lo mire a los ojos.

No me desea ya. ¡Maldita sea!

— Vale. – Asiento con el ego algo herido y apartando mi mirada de él.

— ¡Pues vamos! – Jesse comienza a desvestirse frente a mí.

— ¿Qué haces, loco? ¡Estás en calzoncillos! – Me río. Jesse también.

— Te espero abajo. – Dice sonriente.

— ¡Qué! No vas a saltar todo eso...

Digo demasiado tarde señalando al acantilado. Jesse se ha tirado de cabeza frente a mis narices y suena el estruendo de su cuerpo al chocar con el agua.

— ¡Vamos, mocosa! – Me grita desde el agua. ¡Aquí habrá más de tres metros de altura!

— Jesse... yo...

— ¡Vamos o te seguiré castigando! – ¿Qué? ¿Está siendo todo esto un castigo? ¡Maldito Jesse! ¡Ahora verás! Me quito toda la ropa. TODA. Y, cuando estoy completamente desnuda, me asomo al acantilado. – Sammy, ¡Qué cojones... – Y me tiro antes de que pueda terminar la frase. Saco la cabeza del agua rápidamente.

— ¡Está buenísima! – Le sonrío.

— ¡No hacía falta que te lo quitaras todo! ¡Por aquí pasan muchos montañistas!

— Pues así les alegro la vista. Es mucho mejor desnuda. – Jesse gruñe.

Pasamos un buen rato bañándonos. Jesse detrás de mí todo el rato, riñéndome que ni se me ocurriera salir así, desnuda, y yo desquiciándolo y riéndome de él. No sé qué nos está pasando. Es delirante, pero muy divertido y emocionante.

Al final salí del agua desnuda, para provocarle. ¡Jamás había hecho algo así de descarado en mi vida! Pero es lo que Jesse me provoca. Jesse salió del agua tras de mí gritándome como un poseso.

Corrí, y habría escapado de él porque soy rápida, pero el ataque de risa al verlo tan enfadado me frenó y al final Jesse me alcanzó. Me subió sobre sus hombros como un saco de patatas y me llevó así hasta llegar a la tienda de campaña, donde me soltó y me apuntó con el dedo acusador “¡Vístete, mocosa!” Me ordenó tirándome mi ropa a la cara. Lo hice sólo para no enfadarlo más.

Después Jesse hizo una hoguerita, sacó una pequeña neverita llena de

carne, otra llena de cerveza helada y comenzó a cocinar la carne.

Mientras está cocinando cojo una lata de cerveza para mí y otra para Jesse y se la tiendo. Me siento frente a él.

— Lo tenías todo preparado... ¿desde cuándo?

— La verdad es que lo que tenía en mente era distinto. – Me dice evitando mirarme.

— ¿Y qué era? – Pregunto mientras me enciendo un cigarrillo.

— Una escapada romántica. – Dice en voz baja. Me mira. Lo miro. Y vuelve la mirada de nuevo a la carne que se está asando en la hoguera. – Pero ahora el plan es otro.

— ¿Una escapada romántica? ¿Haces eso con todos tus ligues? – Jesse me mira con mala cara.

— ¿Quieres dejar eso ya? No estoy con ningún ligue ahora mismo. Sólo estoy contigo.

— ¿Por qué te molestas? Ya te dije que aprenderé a que me dé igual. Si alguna vez llegamos a tener sexo, claro. – Jesse vuelve a mirarme con mala cara. – Sí, ya sé que ya no te gusto de esa forma. – Intento decir esto con indiferencia y creo que lo consigo.

— ¿Esa es tu magnífica conclusión? ¿Que no me gustas? – Ahora Jesse se levanta y viene hacia mí. Me quedo quieta. – Toma. – Me tiende un trozo de carne en un trozo de pan y se sienta junto a mí. Comienzo a masticarla. ¡Está muy buena!

— Es lo único que tiene sentido para mí. Estos días atrás siempre intentabas llevarme a la cama de un modo u otro. – Jesse me mira y suspira.

— Ha sido mi culpa, lo sé.

— ¿Tu culpa el qué? No entiendo.

— Te he hecho creer que eso es lo único que me interesaba de ti y no es cierto. Por eso no voy a intentar tocarte de nuevo hasta que lo entiendas. – Frunzo el ceño.

— ¿Y... qué es lo que te interesa de mí? – Pregunto con miedo.

— Ya habrá tiempo para hablar de eso. — Dice y comienza a comer un trozo de carne. — Pero lo primero es quitarte ese miedo tan absurdo que tienes a acercarte a mí.

— Puede que tenga un poco de miedo, pero me gusta estar contigo. — Jesse me mira y le sonrío. Me devuelve el gesto.

Después de comer pasamos un buen rato hablando de nuestras vidas. Jesse me cuenta lo duro que fue para él la separación de sus padres y no volver a saber más de su progenitor. Yo aprovecho para preguntarle si no tiene ninguna mísera pista sobre su paradero, pues me vendría muy bien hablar con él para aclarar cierto punto de la historia de mi madre.

— No sabemos nada, ni Kevin ni yo. — Dice y noto la tristeza en su gesto. — No sabes lo difícil que fue lidiar con los altibajos emocionales de mi madre después de que se fuera. Fue... duro. No volvió a ser la misma. Sammy, quiero que sepas que mi madre prácticamente enloqueció. — Me dice muy serio.

— Lo siento mucho, Jesse. — Agacho la cabeza. Me siento muy culpable por su dolor. — Lamento que mi madre fuera la causa de todo eso.

— ¡Eh, no lo decía por eso! Vamos, Sammy, mi padre y tu madre se enamoraron. — Lo miro confundida. Es la segunda vez que lo dice. — Vale, puede que no fuese un amor muy duradero, pero yo sé lo intenso que fue mientras duró. Pero eso no es motivo para que dejes atrás a tus hijos. Para siempre. — Nunca había visto a Jesse tan abatido como lo estoy viendo ahora.

Siempre parece tan duro y pasota con todo que, me sorprende. Y decido que no preguntaré más por ahora. Prefiero animarlo.

— ¡Eh! ¿Qué más da que no esté? ¡Él se lo pierde! Yo nunca supe quién es mi verdadero padre y no lo he necesitado. — Jesse permanece con la mirada fija en la hoguera. — ¡Vamos! Me tienes a mí.

— Tú piensas que soy un capullo sin escrúpulos. Sin sentimientos.

— ¡No es verdad! Mírame. No pienso eso, Jesse. — No me hace ni caso. Me levanto y me siento sobre él, a horcajadas. Así que no puede evitar mirarme a los ojos. — No pienso eso, idiota. — Enredo mis manos por su pelo y Jesse me mira todavía lleno de tristeza.

— Mi madre también se fue. También nos abandonó.

— Jesse, tu madre murió en un accidente. Ella no es culpable de eso. Seguro que no querría morir.

— Ella se fue antes de morir. Dejó de ser ella misma. Se comportaba raro. Hacía cosas que... nos jodió la vida. A Kevin y a mí.

— ¿Por qué dices eso?

— Sammy, no sabes lo jodido que estoy. Detrás de esta fachada de tipo duro, sólo hay un hombre con mucho miedo a involucrarse con alguien de nuevo y que vuelvan a dejarme. Solo. Jodidamente solo. – Me confiesa y nos quedamos unos minutos en silencio. Mirándonos.

— Te entiendo. Sé lo que es.

— ¿Tú? Tú sí te has enamorado, Sammy. Tú sí has sido capaz de abrirte a otra persona.

— Si lo dices por Mat no es así, Jesse.

— Ah, ¿no?

— No. Sólo nos acostamos una vez. Siempre hui de quedarme a solas con él. Tenía mis motivos, claro. Pero sea como sea jamás le dejé entrar en mi espacio personal.

— Y... ¿los demás?

— ¿Los demás hombres de mi vida? – Jesse asiente mientras me observa detenidamente. Sigo sentada sobre él y me siento cómoda así. – Jesse, sólo me he acostado con dos tipos más, aparte de Mat. – Jesse me mira como si me hubiesen salido tres cabezas. – Es verdad. Nunca eran lo suficientemente...

— De fiar. – Termina por mí la frase Jesse.

— Así es. Me acosté con Jack, ese fue el primer polvo de mi vida. ¡Y el más lamentable! – Jesse se carcajea mientras me observa y siento sus manos alrededor de mi cintura. – Lo juro. – Pongo una cara muy cómica. – Me acosté con él porque mi prima Nicole insistió mucho en que debía perder ya la maldita virginidad.

— ¿A qué edad fue eso?

— A los veinte.

— ¡Oh, joder, Sammy! – Se vuelve a reír.

— Sí, búrlate. Pero es que todo el que se me acercaba le faltaba un tornillo. Con Jack fue un desastre, pero era un buen tipo y confiaba en él. Por eso cada cinco o seis meses lo llamaba y echábamos un polvo en la parte trasera de su coche. – Jesse se lo está pasando de lo lindo con mi relato.

— ¿Qué pasó?

— El chico se pilló por mí, creo. Pero yo jamás llegué a correrme con él. Así que eso fue un motivo de peso para que de nuevo mi prima me convenciera de que dejase de verme con él y me buscó otro ligue; Peter.

— ¿Mejor con él? – Me encojo de hombros.

— Follaba más o menos bien. Pero no me gustaba mucho. También lo llamé varias veces, aunque pasabas largas temporadas sin verlo. La cuestión es que cada vez que abría la boca decía una burrada y yo sentía la necesidad de salir corriendo.

— Y luego llegó Mat.

— Sí. Y bueno, fue la primera vez que un tipo que me atraía me hablaba de igual a igual, en el mismo idioma.

— Eres preciosa. – Me interrumpe el relato. Mi corazón se para. Él sí que lo es. Es hermoso. Acaricio con la yema de mi pulgar su labio inferior. – Sammy...

— Lo sé. No quieres que siga. – Suspiro y trato de levantarme para poner distancia, pero Jesse me sujeta de la cintura para que no lo haga. – Dijiste que no tendrías sexo conmigo.

— Ya. Pero quiero besarte. – Susurra mirando mis labios.

Se acerca a ellos y yo, contengo la respiración. Siento la caricia de sus labios sobre los míos y cierro los ojos para saborearlo con toda mi alma. Jesse me besa con deliciosa lentitud. Mis labios le responden y abro la boca para degustarlo más. Entonces siento su lengua enredarse con la mía y el gruñido de Jesse, que me enciende de una manera que jamás había experimentado. Jesse abarca mi cara con sus manos y yo comienzo a restregarme sobre él.

— Te deseo. – Confieso perdida en sus besos. – Mucho.

— Sammy, oh, dios, para.

— No. – Le digo quitándome la camiseta que llevo puesta y quedándome desnuda de cintura para arriba.

— Joder. – Jesse comienza a besar mi pecho y yo a gemir como una loca. – Sammy, Sammy. – Frena y me coge de la cabeza de nuevo para que lo mire.

— No, por favor, Jesse. No me pidas que pare. – Suplico y le beso de nuevo con ardor.

— Nena, joder. – Me vuelvo a restregar sobre él y siento su tremenda excitación. – Sammy.

— Jesse, fóllame. – Lo he hecho. Se lo he pedido. He sido capaz. Y parece que surte efecto.

— ¿Qué? – Me mira sin aliento. – ¿Qué has dicho?

— Quiero que me folles, Jesse. No aguanto más. – Le beso desesperada.

Jesse parpadea incrédulo, pero en su expresión veo que parece a punto de explotar.

Me coge en brazos sin más rodeos y me introduce en la tienda de campaña, sobre el colchón hinchable que hemos colocado, y comienza a desvestirse sin dejar de mirarme con cara de estar fuera de control. Yo también hago lo mismo y me quito el pantalón y las braguitas mientras me muerdo el labio inferior.

Después se echa sobre mí y vuelve a besar mis labios como jamás nadie antes lo hizo.

— Me vuelves loco. – Dice y vuelve a besarme. ¡Dios, siento su miembro super erecto en mi estómago! – Me vuelves loco. Loco. Loco. – Repite entre beso y beso. Yo abrazo su cintura con mis piernas. Me sonrío y posa sus labios sobre mi cuello. Hiperventilo.

— ¡Ah, Jesse! ¡Házmelo, por favor! – Siento su lengua recorrer mi cuello, después mi mandíbula, hasta llegar al lóbulo de mi oreja. Gimo.

— ¿Quién me iba a decir a mí que acabarías suplicándome? Soy un afortunado. Te deseo tanto, mocosa... – Susurra con una voz muy sexi y acaricia mi oreja con su nariz. – Cómo hueles. Eres exquisita.

— Eres malo. – Digo entre gemidos. – Al final te has salido con la tuya. – Beso yo ahora su cuello y Jesse gime. Siento una de sus manos acariciar mi pecho y descender por mi cintura, hasta situarla por debajo de mí, bajo mi trasero. – Al final te he suplicado. – Jesse me mira.

— Y jamás había deseado nada tanto en toda mi vida. – Lo siento entrar en mí despacio. Con una lentitud demencial mientras abro la boca para saborear la sensación hasta el final, mientras siento como me colma. – Te quiero así, para mí, Sammy. – Susurra y me vuelve a besar mientras sale y entra de mí, haciendo círculos con sus caderas cuando llega al fondo de mí, volviéndome loca de placer.

¡Oh, joder, nunca había sentido nada igual! Le arañó la espalda para apretarlo contra mí.

— ¡Oh, por favor! ¡Sí! ¡Sigue! – Le pido. Y siento cómo aviva el ritmo en mi interior, liberando pequeños gruñidos muy sexis.

¡Joder, cómo deseo a este hombre! ¡Es un dios del sexo! ¡Es un peligro! Su baile en mi interior continúa y cada vez me siento más cerca del éxtasis. En un arrebato de descontrol, me giro y me pongo yo sobre él y me muevo como jamás lo he hecho en mi vida, como si quisiera fusionarme con su cuerpo para siempre.

— Si sigues así no podré aguantar mucho más, Sammy. – Gime. Se aferra a mi trasero y me aprieta aún más a él.

— No puedo más. – Grito. Jesse vuelve a darme la vuelta sobre él sin separarse de mí y retoma el control.

— Pues córrete para mí, pequeña. – Sus estocadas son cada vez más duras y yo muerdo mi mano para amainar mis gritos, pero él me la quita y atrapa mis dos manos en las suyas. – Grita. Quiero oírte.

— ¡Jesse!

— ¡Ah, qué!

— ¡Joder, me corro Jesse! – Y exploto en un profundo orgasmo mientras grito su nombre. Le escucho gritar a él también, pero yo ya estoy volando con las estrellas.

— ¡Sammy! ¡Dios! – Siento el peso de su cuerpo sobre mí, con la



respiración agitada. ¡Ha sido bestial! ¡El mejor polvo de mi vida! Jesse comienza a dar pequeños besitos por mi pecho y mi cuello, hasta que llega a mis labios y me mira. – No vuelvas a pensar que para mí no eres más que un polvo. No es así. Y sé que tienes miedo, yo también, pero creo que estamos hechos para esto, Sammy. Nadie me ha hecho sentir nunca igual.

— Jesse...

— Creo que me estás empezando a gustar mucho, Sammy.

No supe qué contestarle. ¿Me lo habrá dicho en serio? ¿O sólo es una de sus técnicas para llevarse a las tías a la cama? Bueno, a mí ya me tenía comiendo de su mano. ¡Ni qué decir ahora! Jesse duerme a mi lado, aferrado a mi cuerpo como si quisiera impedir que me escape, y me hace reír. Después de lo que acabo de vivir en sus brazos no me escaparía ni loca. Lo único que quiero es que vuelva a hacérmelo de esa forma tan mágica. Ha sido así para mí, mágico. ¡Le gusto mucho! ¡Joder, joder! ¡Me va a explotar la cabeza! Bueno, no es que lo dijera convencido de verdad.

“Creo que me estás empezando a gustar mucho, Sammy. No tienes que decir nada ahora, pero es lo que siento. Ese es uno de mis grandes secretos y el motivo por el que te he traído aquí. Quería que contigo fuera diferente y, ¡joder, sí que lo ha sido! Creo que deberíamos pensar en darnos una oportunidad. No sé qué pensarás, sé que es una locura. No me digas nada ahora, pero piénsatelo. Pensémoslo.”

Esas fueron sus palabras. Después se quedó dormido como si nada. ¿Cómo puede dormir después de decirme eso?

El sonido de un bip me escama. ¡Es mi teléfono móvil! Alguien me llama. Levanto la mano de Jesse con sumo cuidado de no despertarlo. Gruñe, pero sigue dormido. Beso su frente, le sonrío con ternura y salgo a buscar mi teléfono.

Parezco un maldito perro siguiendo la señal sonora. Por fin doy con él entre los bártulos que Jesse y yo tenemos en su ranchera. Es el sheriff Johnson. ¡Qué raro! De pronto me da por pensar en qué pasará cuando Jesse sepa a qué me dedico. Si es verdad que se le gusto tanto me apoyará. ¿No? Suspiro y contesto.

— Hola sheriff.

— Sam, ¿dónde estás? He ido a tu casa y no estabas.

— Emmm, de acampada con un amigo. ¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

— Ha desaparecido otra chica este fin de semana. Kristen Nollan.

— ¡¿Qué?! ¡Mierda!

— Sí, joder. Esto no me gusta. Se está descontrolando la situación.

— ¡Maldita sea, Erik!

— He hablado con Nelson. Dice que ha conseguido que te declaren inocente del tiroteo contra el capo ese en Chicago. Dice que ya estás habilitada, Sam. – Cierro los ojos. Es una buena noticia, o eso creo. Pero Jesse...

— ¿Cuándo harás mi presentación oficial a la gente del pueblo? – Pregunto para saber cuánto tiempo me queda por disfrutar de Jesse hasta que lo sepa y, puede que entonces quiera deshacerse de mí.

— El sábado que viene es el día de la Independencia. Creo que durante la celebración del mismo será un buen momento. En el pueblo se hace una gran verbena y todo el mundo suele ir. Si lo ves bien...

— Sí, vale, el sábado. – Confirmando con poco entusiasmo.

— ¿Estás bien?

— Sí, sí. Mañana vuelvo y ya me pones al día de todo.

— De acuerdo. Nelson vendrá el miércoles o el jueves. Quiere traerte él mismo tu habilitación.

— Estupendo. Gracias por llamar, Erik. Mañana pasaré por la oficina y nos pondremos con todo. – Erik se despide y cuelga.

— ¡Eh! ¿Con quién hablas? – Jesse me sorprende cuando estoy colgando la llamada. Está desnudo, como dios lo trajo al mundo, saliendo de la tienda de campaña. Maravilloso.

— Mi tío Nelson, viene a verme en estos días. – Miento con una de mis sonrisas falsas.

— ¿El que conocí el día que viniste? – Pregunto acercándose hasta donde estoy.

— El mismo. – Jesse sonrío cuando está frente a mí.

— Deberías vestirme. – Acaricia mi cara. Me miro y veo que yo también estoy desnuda. Me pongo roja.

— Es verdad, alguien puede verme.

— Y, además, me entran ganas de meterte otra vez en la tienda de campaña. – Aguanto la risa y miro al suelo.

— Ha sido genial. – Confieso con timidez.

— Ha sido increíble. – Su mirada parece sincera.

Pero estoy segura de que él ha tenido experiencias mejores que esta. Aunque no me imagino cómo puede ser mejor que lo que he vivido.

— Para ti habrá sido un polvo más.

— No Sammy. Para mí ha sido la primera vez que he deseado a alguien tanto y me he entregado tanto. Y ha sido maravilloso. – Instintivamente le abrazo y le beso.

— Si quieres puedes ser todo un galán. ¡Vamos a bañarnos en el lago! – Propongo. Jesse mira al cielo.

— Está empezando a ponerse el sol.

— ¡Mejor! – Jesse me lanza una sonrisa maligna y me levanta del suelo, haciendo que enrosque mis piernas en su cintura.

— Está bien. Vamos. – Y me lleva así hasta el acantilado desde el que nos tiramos al agua antes.

El muy tarado se tira conmigo en brazos a pesar de mis tremendos gritos pidiéndole que no lo hiciera. Cuando consigo sacar la cabeza del agua comienzo a toser.

— ¡Imbécil! – Jesse se ríe.

Jugueteamos en el agua y acabamos teniendo sexo en el lago. ¡Sexo acuático! ¡Exquisito! Muy recomendable.

Me excita la forma en que me mira fijamente mientras lo hacemos. Como si no pudiese creer lo que sus ojos ven. Mientras me mueve a su antojo para salir y entrar de mí gracias a la facilidad que le otorga el agua. De vez en cuando suspira con un gruñido y hunde su cabeza en mi cuello, acariciándolo con su nariz y haciendo que me estremezca más todavía. Definitivamente Jesse es el animal más sexi que se ha creado en la tierra.

Después de eso nos secamos y Jesse prepara de nuevo una barbacoa para la cena. Yo lo observo por primera vez sin miedo. No le he dicho nada, pero creo que no ha hecho falta hacerlo para que sepa que le voy a dar una oportunidad. Sé que Jesse no es el hombre perfecto para comenzar una relación, ¡la primera relación de toda mi vida! Pero, demonios, yo tampoco lo soy. Yo no encajaría con un tipo corriente.

Él también me mira diferente, con más brillo en la mirada. Y no para de sonreírme.

— Jesse, quisiera preguntarte algo. – Le digo cuando ya estamos comiendo.

— Claro, dime.

— ¿Qué sabes tú de la relación de tu padre y mi madre? – Jesse arruga la frente.

— No pienses en eso ahora, Sammy. Ellos ya no están. Estamos tú y yo. – Me coloca un mechón de pelo tras la oreja y me dedica un gesto tierno.

— Necesito saber de mi madre. Necesito esclarecer algo de qué le pasó. – Los ojos de Jesse se clavan en los míos y creo que por un momento se le corta la respiración. – ¿Jesse? ¿Sabes algo de lo que le pasó? – Mi corazón truena.

— Sé lo que pasó... cuando se encontró su cadáver.

— ¿A qué te refieres? – Pregunto con temor.

— No te acuerdas, ¿verdad? – Niego con la cabeza. – Yo estuve allí, contigo. Vi día tras día el estado de shock en el que quedaste.

— No entiendo... yo estaba custodiada por la policía día y noche, hasta que me mandaron a Chicago, después del entierro de mi madre.

— Sí, y yo fui a visitarte varias veces. Te hablaba y tú ni me mirabas. Estuve a tu lado en el entierro. – Miro a Jesse y no sé de qué me habla. – Ya veo que no lo recuerdas.

— No. Creo que bloqueé esos recuerdos de mi mente para que no me dañaran.

— Es mejor así. – Me acaricia la mejilla. – No me gustaría verte de nuevo tan deprimida.

— Jesse, antes era una niña, ahora no lo soy. Y, necesito saber qué le pasó a mi madre. Sólo te estoy pidiendo que me cuentes algo de la relación que nuestros padres tuvieron. — Jesse infla sus pulmones con todo el aire que puede albergar en ellos.

— Mi padre me confesó que amaba a otra mujer. Fui el primero en saber de la existencia de esa relación. — Dice y baja la mirada. Lo escucho con atención. — Me la describió como la mujer más cautivadora de la faz de la tierra. — Continúa su relato y alza la mirada hacia la hoguera que hay frente a nosotros. Con una triste sonrisa en el rostro. — Decía que su negra y larga melena parecía acariciar el viento. Que sus enormes y oscuros ojos brillaban como estrellas en el firmamento. Y que sus gruesos y redondos labios parecían el manjar más delicioso de la tierra.

— Así era ella... — Susurro con melancolía. Jesse me mira.

— Así eres tú. — Me sonrojo. — Mi padre me describió exactamente lo que yo veía cuando te miraba a ti y, no sólo lo comprendí, también lo compadecí. Para mi padre tu madre era un amor prohibido porque él estaba casado y tenía una familia. Para mí tú también eras algo prohibido y, quizá por eso, te deseé tanto.

— ¿A mí? — Jesse asiente. — Pero, tú no estabas casado, ni yo tampoco.

— No. Pero en cuanto mi madre sospechó de la relación que había entre mi padre y tu madre, tú te convertiste en enemiga de la familia. Como tu madre. — Asiento comprensiva. Supongo que esa mujer enloquecería de celos e ira. — Nuestros padres se amaron, Sammy, eso lo sé. Al menos sé el amor que mi padre le profesó. Lo vi llorar, gritar de impotencia cuando mi madre le amenazaba con quitarle todo si la dejaba, lo vi hundirse en la más mísera de las mierdas cuando... Puede que por eso se fuera para no volver, porque todo eso le sobrepasó. Es por eso que yo nunca he querido sentir algo así por nadie. No quiero acabar como él. — ¿Has oído, Sam? Jesse nunca te amaré. Me deprimó ante la idea.

— ¿Sabes? El día que me encontraste en el archivo del pueblo, fui a ver las pruebas que se recogieron del escenario de los hechos. — Jesse me mira curioso.

— Hablas como un poli. — Sonríe. Mierda. — ¿Y encontraste algo extraño?

— Un anillo de compromiso. — El silencio se hace entre Jesse y yo. —

¿Sabes si tu padre...? – Consigo decir con voz temblorosa.

— No me dijo nada de boda, pero sé que quería escaparse con ella, aunque pensé que no sería capaz de hacerlo. Pero, si estaba dispuesto a arriesgarlo todo por estar con ella, supongo que ahora comprendo mucho más que no haya querido volver a saber nada de todo esto tras su espantosa muerte. – Jesse vuelve a mirar al suelo. – A lo mejor no soy yo el motivo por el que no ha querido volver.

— ¡Claro que no! – Le acaricio el rostro. – Tú eres maravilloso. Y seguro que él lo sabía. – Le digo poniéndome de rodillas frente a él y acariciando su nariz con la mía.

Jesse está roto, como yo, y no es su culpa. Su vida tampoco ha sido fácil. No puedo culparle de ser con las mujeres como lo es tras escuchar esto. Yo no lo habría hecho mejor en su lugar. Jesse acaricia mi rostro con sus dos manos y me besa lentamente.

— Me alucinas, Sammy. Me haces sentir tan... especial. Jamás nadie me había hecho plantearme que puedo optar a tener algo serio en la vida. No te me escapes...

— No me voy a ir a ninguna parte. – Le beso también, sabiendo que posiblemente, en un futuro no muy lejano, tenga que volver a Chicago y retomar mi vida por donde la dejé.

Pero ahora no me apetece hacer tal cosa.

Nos besamos con toda la pasión del mundo hasta que mi móvil comienza a sonar de nuevo y me tengo que separar de Jesse, que ya está comenzando a hiperventilar.

— Joder. – Me quejo mientras me levanto para atender a la llamada. Jesse me coge del brazo.

— No contestes. Estamos los dos únicamente ahora.

— Es sólo un momento. – Digo sin entusiasmo.

No me apetece contestar, pero ya sé que vuelvo a estar habilitada y mi trabajo requiere de mí las veinticuatro horas, es algo a lo que Jesse tendrá que acostumbrarse si decide que él también me dará una oportunidad a su lado.

¡Es el Doctor Smith!

Pulso la tecla de contestar.

— ¿Sam? – Se apresura a preguntar.

— ¿Doctor Smith? – Le llamo así para evitar malos entendidos entre él y yo. Ahora no me apetece comenzar nada con él. Ahora mi objetivo sentimental es Jesse Jackson y ya no voy a marearme más con ello.

Jesse me mira de repente con cara de asesino cuando comprende con quién hablo.

— ¿Te pillo ocupada?

— ¡No, dime! – Le animo a que me cuente lo que sea.

— Es Rose. Ha hablado.

— ¿Qué? ¿De verdad? ¡Oh, joder, eso es estupendo! ¿Qué ha dicho?

— Preferiría que vinieras tú a verla. ¿Puedes venir? – Miro a Jesse que está en pie y se acerca poco a poco a mí con mala cara.

No puedo decirle que me lleve ahora de vuelta para ir a ver a Christian o pensará lo que no es. Y no es el momento de contarle sobre mi profesión. Estamos abriéndonos el uno al otro. Dos inválidos emocionales intentando acercarse el uno al otro y confiar en nuestras buenas intenciones. Si le digo ahora que soy poli y que investigo la muerte de mi madre (entre otras), en donde su padre es uno de los sospechosos, lo asustaré y se alejará.

— No... ehh... no puedo ahora. – Digo titubeante. Jesse ya está frente a mí.

— ¿Qué quiere de ti ese tipo? – Pregunta Jesse enfadado. Gesticulo la palabra “nada” con la boca para restar importancia, pero la mirada de Jesse sigue siendo gélida.

— ¿No puedes?

— No, ehh... estoy lejos. Mañana iré. – Jesse me dice que no con la cabeza. ¿Cómo que no? Frunzo el ceño.

— Vale. Avísame cuando vengas.



— Lo haré. – Cuelgo. Me cruzo de brazos y miro a Jesse.

— ¿Qué? – Le inquiero.

— No vas a ir a ver a ese estúpido. – Me ordena. Alzo las cejas.

— Jesse, tú no eres nadie para decirme lo que tengo que hacer. – No se lo toma muy bien y comienza a respirar con celeridad. – Jesse...

— ¡Ese cabrón quiere follarte!

— Yo no. Es mi amigo, ya te lo dije.

— ¿Llamas a tu amigo de la infancia Doctor Smith? – Mierda. – ¿Y dónde lo conociste? Ese tipo lleva en el pueblo sólo unos pocos años. – Joder.

— Nos conocimos en Chicago. – Miento. – Pero ya te he dicho que yo no quiero nada con él. – Me acerco a Jesse y le miro con ternura. Él sigue mirándome con cara de enterrador. – No seas posesivo ni celoso. – Acaricio sus labios. – No debes serlo.

— ¿Por qué? ¿Porque sólo soy un polvo para ti? ¿Te vas a cansar pronto de mí?

— ¡No! ¡No eres eso!

— Ah, ¿no? Pues no me has dicho lo contrario. – Me acusa. – Te he planteado la oportunidad de comenzar algo.

— Me dijiste que no tenía que contestar todavía. – Me defiendo.

— Eso significa que no lo tienes muy claro, entonces.

— Jesse... yo... – No sé qué decir. Yo soy quien lo tiene claro y él no. Yo sé que me he enamorado de él y él sólo me ha dicho que cree que le gusto mucho. Y, sin embargo, es él quien ha planteado que vayamos más allá.

— ¡Maldita sea! – Se da la vuelta y comienza a gesticular con los brazos en alto. – ¡Todo este teatro no ha servido para nada!

— ¿Qué teatro? – Pregunto confundida. Jesse se gira y me mira. – ¿Me has dicho que te gustaba engatusarme? ¡Eres un cabrón! ¡Eres un...

— ¡No! ¡Me refería a todo eso de que no iba a tocarte! ¿En serio te creías que te traía aquí para no hacer nada contigo, más que mirar las estrellas? Pero

quería que fueras tú quien me lo pidiera, quería asegurarme de que sientes la misma necesidad que yo siento de ti. – Vuelve a ponerse de frente a mí. – Pero me acabas de confirmar que no.

— ¿Eso he hecho? – Me cruzo de brazos.

— Te he preguntado si el problema era que no lo tienes claro y me has contestado que sí. – Se cruza él también de brazos.

— No es verdad. Yo no te he dicho nada de eso. Pero eres tú quien ha dicho que no tenías claro si te gustaba mucho y eso no me aclara mis dudas con respecto a ti. – Le digo con toda sinceridad. – Eres tú quien tiene que aclararse con lo que siente. – Jesse inspira con profundidad y me da un beso de esos de película y yo le respondo igual.

Me levanta del suelo y me sienta en la parte trasera de su ranchera, restregándose contra mí. Hace que me olvide hasta de mi nombre.

— No lo sé, Sammy, no sé qué me pasa contigo. Te mereces un castigo por desquiciarme tanto. – Asegura mientras besuquea mi cuello. Gimo. ¡Sí! ¡Quiero su castigo!

— Pues castígame. – Susurro. Me mira entre escandalizado y divertido.

— Eres un pervertido. – Le acuso con una enorme sonrisa en los labios mientras recuerdo lo que acabamos de hacer sobre su ranchera, al aire libre, y le acaricio el vello de su bonito torso. Ríe. Ahora estamos recostados en la tienda de campaña. Agotados.

— Creo que a ti te ha gustado tanto o más que a mí, nena. Te han oído gritar al menos en tres pueblos de la zona. – Le doy un azote en el hombro para regañarle. – ¡Au! No me digas que no. – Me da un toquecito en la nariz.

— Bueno, es que nunca me habían...

— ¿Qué? – Pregunta entusiasmado. – ¿Nunca te habían qué?

— Mmmmm, hecho eso ahí tan maravillosamente bien. Tú sabes. – Me pongo tan roja como un semáforo dando el alto. Creo que hasta brillo yo también.

— No, si no me hablas con claridad. – Se hace el interesante. ¡Se lo está pasando de lo lindo con mi vergüenza!

— ¡Lo sabes perfectamente! – Le grito.

— Dilo. ¿Qué problema tienes? – Doy un largo suspiro y después me tapo la cara con las manos.

— Pues eso con la lengua... en mi sexo. Ni... me habían penetrado por detrás nunca. – Confieso con la cara tapada. Jesse amaga una risa y me quita las manos de la cara para que lo mire.

— ¿Y te ha gustado? – Asiento con fuerza. – ¿No te dolió? – Niego con la cabeza.

— Sólo fue un dedo. – Me encojo de hombros con timidez.

— Por ahora... Pero, ¿de qué te avergüenzas, mocosa? – Sonrío.

— De nada. Hay que repetirlo. – Tiro de su cuello y le beso con fuerza.

— Será un placer. Un inmensísimo placer.

\*\*\*\*\*

Vamos de vuelta a Red Stone Lake y tanto Jesse como yo vamos sonriendo todo el camino. Creo que esta acampada ha sido la experiencia más bonita que he vivido con un hombre y, según él, también ha sido su mejor experiencia con una mujer. Decido creérmelo, aunque las dudas me asalten.

Anoche, después de hacerlo por cuarta vez, pasamos un buen rato mirando las estrellas y hablando de nuestros anhelos. Jesse quiere que grabe con él una de las canciones que compuso, la que me dedicó en aquel bar. Dice que le encanta mi voz. Y, he dicho que sí. Nunca me había planteado cantar.

Ha intentado convencerme para que nos quedásemos más tiempo de acampada, pero le he disuadido diciéndole que esta noche es su fiesta de cumpleaños y quiero hacerle un regalo especial.

Lo cierto es que necesito tiempo para hablar con Erik de la nueva desaparición y comprobar cuál es el progreso de Rose Stapleton. Quiero saber qué ha dicho y si puede servir de ayuda para dar con el cabrón que está tras todo esto.

Hemos dormido poco. Pero nunca había dormido tan bien. Creo que en un día he tenido más orgasmos juntos que en todo el resto de mi vida. Y creo que puedo ser feliz junto a Jesse. Voy a darle la oportunidad. Voy a dármela a mí.

La gran cuestión ahora será librarnos de Laura Miller. Pero para ello necesito saber cuál es el poder exactamente que creer tener sobre Jesse y por qué él se siente tan en deuda con ella.

Jesse aparca su ranchera frente a su casa, pero me sigue como un perrito faldero hasta el porche de mi casa entre besos. Me cuesta un mundo separarme de él y, cuando al fin conseguimos despedirnos definitivamente, me doy una ducha y me coloco mis pantalones y mi chaqueta de cuero. Recojo mi pelo en una coleta y me pongo el casco, dispuesta a salir directa hacia el hospital a ver a Rose.

Creo escuchar el rugir de algún motor proveniente desde la parte trasera de la casa de Jesse, así que supongo que estará trabajando y decido no ir a despedirme, o no seré capaz de llegar hoy al hospital.

El Doctor Smith me está esperando junto a la puerta de la habitación de Rose Stapleton cuando llego. Ya le avisé antes de salir de que iba a ver a Rose y comprobar su progreso. Erik también viene de camino.

— Hola Sam. – Me saluda el Christian con una bonita sonrisa. Yo intento no mirarlo mucho.

— Hola Doctor Smith. ¿Cómo está Rose hoy?

— Por favor, Sam. Llámame Christian. – Vuelve a repetirme. Asiento con cara de profesional. – Está un poco mejor que ayer. ¿Te lo has pasado bien en tu escapada? – Pregunta. No debería entrometerse en mi vida privada.

— Muy bien. Voy a ver a Rose. – Evado el tema como puedo y abro la puerta. Me encuentro con que la chica tiene mucha mejor cara, y hasta me mira durante un segundo de reojo. – Hola Rose. Me alegra mucho ver que estás mejorando. – Le saludo amablemente y tomo asiento junto a ella. – Eres una chica fuerte y luchadora. Y, ahora estás en las mejores manos. Yo me encargaré de protegerte.

— Rose, no sé si recuerdas a Samantha Gómez, la nueva ayudante del sheriff Johnson. – Le explica Christian por segunda vez, mientras entra en la habitación tras de mí. Miro a Christian, después a Rose y nada. No habla.

— Puedes confiar en mí, Rose. – Le digo cogiéndole de la mano. De repente, la azulísima mirada de Rose se clava en la mía y siento un escalofrío por todo mi cuerpo. ¡Se va a comunicar conmigo! Le sonrío.

— Eres una sucia puta que se folla a hombres casados. – Dice con rabia. ¡Qué! ¡Joder! ¿Cómo sabe ella lo mío con Mat?

— ¿Cómo dices, Rose? – Pregunto atropelladamente.

— Eres una sucia puta que se folla a hombres casados. – Grita esta vez más alto. Yo retrocedo dos pasos y me quedo mirándola sin saber que decir. – Sucia puta. ¡Sucia puta! ¡SUCIA PUTA! – Comienza a gritar y yo sigo bloqueada. Como nunca en mi vida.

— ¡Rose! ¡Rose! ¡Tranquila! – Grita Christian aproximándose a ella. Inyecta algo en el suero que tiene puesto y le acaricia la frente hasta que la chica se relaja.

— Sucia puta... Sucia puta... – Se queda dormida diciendo eso.

¿Eso soy? ¿Eso era mi madre? ¿Soy como ella? ¿He querido y admirado siempre a la persona equivocada? No lo sé. No he tenido otro referente más que a mi madre.

Mat... todos los recuerdos que había olvidado a su lado vienen a mi mente de golpe. Mat... me hiciste creer que me querías y... yo también te amé.

— Dejémosla descansar, Sam. — Me dice Christian. Asiento y salgo de la habitación confundida. — Vamos a la cafetería. He quedado allí con Erik para hablarle de Rose. — Le sigo sin recuperar todavía mi capacidad de reacción. — ¿Qué te pasa, Sam? — Me pregunta de camino a la cafetería.

— Nada, yo... ¿Ha dicho algo más Rose?

— Sólo la frase que le has oído decir antes. — Frunzo el ceño. — Lo dice una y otra vez. Creo que es lo que alguien le ha estado diciendo a ella mientras estaba cautiva donde quiera que fuera que la tuvieran.

— Entonces, no me lo decía a mí...

— No... ¿Eso pensabas? — Llegamos a la cafetería y me siento rápidamente en una silla. Me encojo de hombros. — Esa chica no te conoce, Sam.

— Sí, es verdad. ¿Dónde está Erik? — Miro a todos lados aturdida.

Los sentimientos que esa chica acaba de despertar en mí no me gustan y, me asustan.

— Viene de camino. Oye, ¿tienes algo que hacer esta tarde? — Maldita sea, ¿me está pidiendo salir otra vez? ¿Justo ahora, tras lo que acabamos de ver?

— Sí, Christian. Oye, yo, agradezco tu interés, pero estoy conociendo a alguien ahora mismo y, no quiero líos. — Arruga los labios. — Lo siento.

— Ya, bueno, no quería importunarte.

— No, no lo has hecho. — Le dedico media sonrisa.

— ¡Sam! — Erik aparece por la cafetería del hospital y yo me levanto rápidamente para saludarlo y zanjar así la conversación tan incómoda con el Doctor Smith.

— ¡Hola Erik! — Me da un fuerte beso en la mejilla y saluda con un apretón a Christian. Se sienta con nosotros. — ¿Sigue igual? — Pregunta por Rose.

— Sí, acaba de decirle a Samantha lo mismo que decía ayer. – Contesta Chrisitan. Vaya, ¿ahora soy Samantha? Creo que he herido su ego masculino.

— Ya veo.

— Erik, ¿qué es eso de que otra chica ha desaparecido? – Pregunto alarmada y ávida de información.

— Kristen, trabajaba en un motel de carretera en las afueras de Red Stone Lake. No sabemos nada de ella desde el sábado. Morena, metro sesenta y cinco, cincuenta y tres kilos, ojos oscuros. – Joder, parece que me está describiendo a mí. – Alguien la recogió del trabajo y nunca más apareció. Nadie ha visto quién, ni vehículo, ni nada.

— ¿Algún sospechoso?

— Alguno. Por cierto, ¿sabes dónde está Jesse Jackson? Le he buscado para interrogarle durante todo el día de ayer y no di con él. Tampoco contestó al teléfono. – Mis alarmas se encienden.

— ¿A Jesse? ¿Interrogarlo? ¿Por qué? – Me tenso.

— Algunos testigos dicen que el domingo de la semana pasada intimó con Kristen. Dicen que lo vieron recogerla del trabajo y llevársela a su casa. – Joder, el domingo de la semana pasada... ese fue el día que yo llegué a Red Stone Lake. ¿Kristen era la chica que se folló en el porche de su casa frente a mis narices?

— Creo que lo he visto en su casa trabajando esta mañana. – Digo sin querer informar de que Jesse y yo hemos estado juntos todo el día de ayer.

— Iré a verlo mañana. Hoy ya tengo concertada algunas entrevistas.

— ¿Crees que él...?

— No, conociendo a Jesse no lo creo. Pero no podemos descartar nada todavía.

— No, yo tampoco lo creo. – Digo convencida mientras recuerdo la forma en la que me ha tratado mientras estábamos de acampada. Fue tan especial...

— Yo no me fío de ese tipo. – Añade el Doctor Smith mientras me mira fijamente, sin haber sido preguntado por nada.

— No hemos pedido tu opinión. – Digo duramente.

— ¡Eh, Sam! ¡Tranquila! – Me regaña Erik. – Nadie le está acusando de nada. Sólo vamos a interrogarlo. Eso es todo. Por si sabe algo. – Mi respiración se acelera. Christian me mira y echa chispas. Pero yo echo más.

— Mantenme informada de todo, Erik. – Le digo seriamente. Después me levanto. – Doctor, si Rose dice algo más también quiero que me lo diga. – Christian asiente con gesto serio.

— ¿A dónde vas? – Me pregunta Erik.

— A retomar la investigación. – Digo y salgo de la cafetería sin apenas despedirme. En cuanto salgo a la calle hago una llamada telefónica.

— ¡Hola! ¡Ya creí que te habías olvidado de mí, Sam!

— Hola Nelson. Necesito que me hagas un favor muy importante.

— Soy todo oídos.

— Sé que vienes en estos días.

— Sí, iré el jueves. ¿Por?

— Necesito que me busques toda la información que puedas sobre William Jackson, de Red Stone Lake.

— ¿Quién es? ¿Es un sospechoso?

— Al menos tiene algo que ver con todo. Necesito saber dónde cojones está metido y necesito hablar con él.

— Haré lo que pueda, Sam.

— Gracias, Nelson. Un beso. Nos vemos pronto.

— Nos vemos pronto, pequeña.

Cuelgo y miro al cielo. Siempre quise resolver el caso de mi madre. Es lo que siempre he querido. Por ello me hice poli, en eso he basado toda mi vida. Pero ahora... tengo miedo a la verdad y a cómo afectará a la vida que he empezado a construir.

Sigo pensando que Jesse no es la persona más apropiada para ello, pero es la única persona que me ha hecho sentir... viva.



El resto del día lo paso de lo más entretenida. Ya he comprado el regalo para Jesse. Pasé por una tienda de ropa de segunda mano de camino a casa y vi una chaqueta de cuero Harley Davinson que sé que le va a encantar.

Después volví a casa. Pero no estoy en casa. Estoy metida en la cabañita que hay a las espaldas de mi casa, rebuscando entre todas las pertenencias de mi madre para ver si puedo encontrar cualquier cosa que me aclare algo.

Saco toda su ropa y rebusco entre los bolsillos. Encuentro uno de sus vestidos favoritos, curiosamente el de flores que llevaba en la famosa verbena, días antes de desaparecer, y siento el pálpito de buscar entre sus bolsillos antes que en el resto de la ropa. Encuentro un papel. ¡Sí! Es una especie de nota. La leo.

***“Mi amor, te veré dentro de dos días a las once de la noche en el Hostal Rainbow. Estoy deseando escapar contigo y amarte el resto de mis días. Tu Will.”***

¿Qué es esto? ¿El Hostal Rainbow? ¡Ese es el hostal en el que me dijo Ann Marie que estuvo Jesse con Laura Miller el día que mi madre desapareció! No puede ser una coincidencia.

A lo mejor, mi madre al ver a Jesse allí se fue pitando. Eso es. O, a lo mejor, es cierto lo que pienso y el padre de Jesse hizo algo que no debía. ¿O fue la zorra de Laura Miller?

De lo que no me queda ya la menor duda es que era William Jackson quien propuso matrimonio a mi madre.

¡Joder! Tengo que hablar con Jesse...

Pero primero llamo a Ann Marie, quien me confirma que tiene en su poder las fotos de Jesse y Laura Miller. Salgo pitando para coger mi moto y acercarme al Lucky bar.

En un brevísimo encuentro, Ann Marie me da las fotos y, cuando estoy subida en mi moto para ponerme en marcha de vuelta a casa, decido echarles un

vistazo.

Son fotografías de la cámara de seguridad del hotel. No se ve muy bien, pero sé perfectamente que quien está aporreando el mostrador del hotel y gritando al recepcionista es Jesse Jackson y Laura Miller es quien le agarra del brazo para aplacarlo. En la esquina inferior de la foto aparece el día y la hora. **31 de Agosto, año 2002, hora 23.41**, el día que mi madre desapareció.

En la siguiente foto se les ve entrando a ambos a una de las habitaciones, cogidos de la mano.

En la última foto se ve más nítidamente que se trata de Jesse. Está tomada tres horas después y sale del hotel con Laura Miller a su lado y justo detrás de ellos aparece un hombre. Un hombre que no veo bien. ¿Quién cojones es? ¿Eres tú, William?

Mi móvil suena y doy un brinco por el susto. Es Jesse. Me está llamando.

— ¡Hey! – Contesto tratando de disimular mi estado de nervios.

— Oye mocosa, ¿piensas venir al cumpleaños del hombre más cautivador de la tierra o no? – Sonrío.

— Ahora mismo iba para allá.

— No tardes. Te echo de menos... – Suspiro.

— No tardaré. Ahora te veo, vecino.

Me coloco el casco y, antes de volver a casa, decido pasar por la comisaría del sheriff, escanear las fotos que tengo en mi poder y subirlas a una carpeta que he llamado con mi nombre. Erik no está y, como allí sí que todos saben que soy la nueva ayudante del sheriff, me dejan hacer lo que quiera. Tengo carta blanca por parte de Erik.

Después vuelvo a casa, me visto con un sexi y provocador vestido negro, cojo el regalo de Jesse y atravieso el espacio que separa mi casa de la de Jesse con un nudo en el estómago y, con los tacones en la mano, para no caerme.

Me los pongo después de llamar a su puerta, mientras espero a que me abra, y lo hace justo cuando me estoy poniendo el segundo de los zapatos.

— ¡Joder! – Dice nada más verme. – ¡Estás buenísima! – Creo que exagera demasiado. Y creo que se me cae el alma a los pies cuando me dice eso.

Aunque ahora mismo me siento como en esas misiones en las que me he camuflado de fulanita en la fiesta de algún capo.

— Felicidades. – Le digo y le tiendo el paquete en el que he envuelto su regalo.

— ¡Ven aquí! – Ignora mi regalo y me aprieta entre sus brazos para besarme con ansias. – Ya estoy deseando que se acabe esta maldita fiesta para tenerte solo para mí en mi cama. – Sus palabras avivan la llama que sólo Jesse es capaz de encender en mi interior. Y... me bloquea. Anula mi fortaleza interior.

— Abre tu regalo. – Le pido abrazada a él y devorándomelo con la mirada.

Él también está espectacular. Jamás lo había visto con camisa. Lleva una camisa blanca, remangada, unos tejanos azul claro y unas botas de piel marrón increíbles. Además, lleva el pelo mojado hacia atrás. Está radiante. “Demasiado para ser un asesino en serie, ¿verdad?” Me digo con la esperanza de evaporar del todo esa idea de mi cabeza.

Jesse abre el regalo.

— ¡Dios mío, Sammy! ¡Es impresionante! – Sus ojos chispean como los de un niño pequeño.

— ¿Te gusta? – Pregunto ilusionada. Jesse me vuelve a abrazar y me besa con fuerza.

— Es maravilloso. Vas a hacer que me enamore de verdad. – Me quedo sin respiración. Creo que él lo nota, pero no dice nada. – ¿Tienes alguna respuesta ya? Intentémoslo, mocosa. – Le dedico una sonrisa nerviosa. Me va a salir el corazón del pecho. – ¿Vale? – Asiento poco convencida mientras me muerdo el labio. Me sonrío, me acaricia el rostro y me lleva al interior de su casa de la mano, entrelazando sus dedos a los míos. Entramos en la sala de juegos en la que Jesse tiene un minibar y un billar. – Ven, te presento a Nick y Carry Bails, a Carry ya lo conocías del día que cantaste con nosotros en el TNT. – Me dice cuando llegamos al salón en el que sus amigos ya están en mitad de la celebración. Sonrío a esos dos. – Ella es Sammy, mi chica. – Miro a Jesse y parece que se le llena el pecho al decir eso. Suspiro. – Y ella es Vicky, novia de Carry y una gran amiga. – Dice señalándome a una pelirroja. Saludo con la cabeza. – Esa morena de allí es Martha, es fan de mis canciones y me ha ayudado a conseguir más de un concierto por la zona. – La morena me mira de

arriba abajo y me dedica una sonrisa de mierda de las mías. En seguida sé que está pillada por Jesse. – Y ese es Paul, toca la batería y es muy bueno.

Saludo a todos intentando mostrarme serena y amable. Por dentro estoy hecha un flan. Las fotos que tengo guardadas en mi bolso de Jesse y Laura Miller el día de la desaparición de mi madre me queman por dentro y necesitaría tener un rato a solas con Jesse para aclarar ese tema. Pero estamos en mitad de la celebración de su cumpleaños y no veo que sea el momento.

Hablo con sus amigos y parecen muy sorprendidos de conocerme. Según ellos, Jesse jamás había presentado a nadie como su chica. Según ellos, Jesse nunca había mostrado tanto entusiasmo con una chica. Eso me hace sentir alegre y maldita al mismo tiempo. Yo tampoco había sentido nunca antes algo así por nadie. Aunque todavía no lo vea muy claro. Me he dejado llevar por las emociones que Jesse despierta en mí cuando lo tengo cerca y le he dicho que sí a una relación que siempre supe que sería un error, pero tengo que recuperar el control de mis emociones y averiguar qué misterios se esconden tras toda esta película.

Evito un poco a Jesse, no quiero que se dé cuenta de que estoy rara. No quiero aguarle la fiesta. Ya habrá tiempo de hablar. Aunque tengo miedo de hacerlo.

Nunca había sido tan feliz como lo fui ayer con Jesse, durante nuestra breve escapada. Mi vida ha sido siempre como una tormenta constante en donde el agua no cesa de caer sobre mí. Apenas algunos rayos extraviados de sol entre unas nubes borrascosas y negras. Pero, ayer, salió el sol para mí durante todo el día.

Y vuelvo a beber. A mis manos no paran de llegar copas de alcohol.

— Deja de beber, mocosa. – Me sorprende de un momento a otro por la espalda. Doy un brinco y me giro sorprendida por su presencia. – Después te quiero en mi cama consciente.

— Estoy bien. – Digo sin poder mirarle a los ojos y bebo de mi copa. Jesse se ha quedado quieto. Casi no respira. Me obligo a mirarlo y lo encuentro con el gesto severo. – ¿Qué pasa? – Me coge de la mano.

— Ven. – Y me saca del salón donde estamos festejando.

— ¿A dónde vamos? – Pregunto aturdida. No contesta, sólo tira de mí y yo

me dejo llevar. Salimos de la casa de Jesse y la rodeamos. – ¡Jesse! – Al fin para cuando llegamos a lo que es su pequeño taller y se pone frente a mí.

— ¿Qué cojones te pasa?

— ¿A mí? ¡Nada! – Respondo más alterada de la cuenta. ¿Cómo lo sabe? ¿Tan transparente soy para él?

— Nena, dímelo, por favor. ¿Te has arrepentido de lo que ha pasado entre los dos? – Pregunta abatido. Me conmueve. – Antes has dicho que sí... pensé que querías... – No puede ser que haya tenido algo que ver con el caso de mi madre. No puedo tener tanta mala suerte. Yo soy capaz de ver la maldad en los ojos de la gente y Jesse no tiene esa mirada. De todos modos, tengo que hablar con él. – Pero llevas toda la noche evitándome, apartando la vista de mí cuando te miro, distante.

— No es eso.

— Dime que es. Por favor, Sammy. No me tengas así.

— No es el momento.

— ¡Claro que es el momento! Dime qué cojones te pasa ya y deja de hacerme sufrir, maldita sea. No sé qué narices hacer más para que te relajes conmigo. ¡No sé de relaciones, Sammy! Tienes que decirme qué te pasa.

— Está bien. – Suspiro y abro mi bolso. Jesse me observa con la frente arrugada. – Necesito que me expliques esto. – Le tiendo las fotos que tengo de él y Laura Miller en mi poder. Jesse observa la primera.

— Soy yo con Laura... No veo el problema. – Me las quiere devolver. – Ya te prometí que me desharía de ella. Nena, estoy contigo, no con ella. Sé que quieres intentarlo tú también. – Me acaricia.

— Mira la fecha. – Hace lo que le pido. – Son del día que mi madre desapareció. Había quedado en ese hotel con tu padre. Lo he averiguado esta mañana. – Jesse abre los ojos, me mira confundido y vuelve a mirar las fotos.

— ¿Cómo has conseguido estas fotos? – Pregunta con timidez. No es la reacción de un asesino. Comienzo a relajarme un poco. Pero necesito saber más.

— Te dije que quiero averiguar sobre la muerte de mi madre. Una amiga de ella me las dio. – Jesse vuelve a mirarme y parece perdido. – Jesse, ¿viste a

mi madre esa noche con tu padre? ¿la viste el día de su desaparición? ¿Estaba en ese hotel? – No dice nada. Tiene la mirada perdida. – Jesse, háblame. – Apelo al chantaje emocional y me acerco a él para acariciarle el rostro. Me mira aterrizado.

— No. – Dice muy flojito.

— ¿De verdad?

— Fui a ver a mi padre con Laura. Ella averiguó que él estaba por el pueblo. Llevaba meses desaparecido desde que nos abandonó. Y pensé que si hablaba con él lo haría entrar en razón. Pero no sabía nada de que había quedado allí con tu madre. – Me mira fijamente y parece sincero. – Quizá por eso estaba tan nervioso. Me dijo que me fuera, que esperaba a alguien. Yo... no sabía a qué se refería. – Jesse se pasa la mano por el pelo. – Pensé que se había metido en algún lío y Laura y yo le ofrecimos nuestra ayuda para resolver lo que fuese.

— ¿Es tu padre el que aparece en la última foto con Laura y contigo? – Pregunto algo más tranquila después de oír su versión. Me encaja.

— Sí, es él. – Suspira mientras observa la foto. – Es la última vez que lo vi. Después... ya no... volvió. – Se le quiebra la voz y siento un enorme dolor en mi pecho al verlo así.

— No importa. Ya no importa. – Vuelvo a acariciarlo. Me mira y me sorprende ver un par de lágrimas salir de sus ojos. – Yo estoy aquí.

— ¿Has pensado que yo tenía algo que ver con lo de tu madre, Sammy? – Ahora su mirada se vuelve violenta. – ¿Por qué clase de monstruo me tomas?

— Sólo quería entender qué hacías tú ahí. Y Laura.

— Ahora ya lo sabes, ¿no? ¿O necesitas que te aclare algo más?

— Jesse no te pongas así, yo no...

— ¿Vas a dejar de una maldita vez el pasado en su sitio y darnos una jodida oportunidad a nosotros? ¿Al presente? – Me acusa. Trago saliva. No puedo. No puedo dejar así la investigación. Estoy más cerca del final, lo sé. – Ya veo. Bueno, pues yo voy a celebrar mi cumpleaños, si me disculpas. – Y se va dejándome ahí, sola y confundida. Creo que Jesse tiene razón. Él se está enamorando de mí y yo estoy hasta los huesos por él.

— ¡Jesse! – Grito. – ¡Para, espera! – Se detiene, pero no se gira. Me quito los tacones y corro hacia él. – Eh...

— El pasado no es sólo doloroso para ti, Sammy. Estoy tratando de dejarlo de una vez por todas a un lado. Y, contigo parece que no puedo. – Me dice con tristeza cuando ya lo he alcanzado.

— Quizá no seamos la mejor opción el uno para el otro. – Respondo igual de triste. Jesse forma parte de ese agujero del que no sé cómo salir de mi vida. Pero, se me arruga el corazón al decir esto y en seguida me arrepiento.

— ¿Y cómo hago ahora para arrancarte de aquí? – Se señala la sien. Sus ojos me traspasan y me inundan de sensaciones explosivas y desconocidas.

— No quiero que lo hagas. No. – Le beso. Me enredo en su pelo con mis manos y lo aprieto contra mí. Jesse gime. – No te sacaré más el tema. Lo prometo. – Afirmo convencida de que Jesse me ha dicho la verdad.

— Sammy... eres una tortura. – Dice respondiendo a mi beso y enroscándose a mi cintura.

— ¡Hey! ¿Tú eres Sammy? – La voz de un hombre nos sorprende. Jesse y yo nos separamos rápidamente para ver de quién se trata. – ¡Hola hermano! ¿A que no me esperabas?

— ¿Kevin? – Los ojos de Jesse se iluminan. ¡Joder, ese es Kevin! Ha pasado de ser un crío mellado a un deleite para la vista de cualquier mujer. – ¡Has venido! – Jesse se abalanza contra su hermano y lo abraza con fuerza. – Creí que no querías volver a este apestoso pueblo.

— Tenía que conocer a la mujer que ha vuelto loco a mi hermano. Esa clase de milagros son dignos de ver. Tú eres Sammy, ¿verdad? – Se acerca a mí. Asiento sonriente. – Me acuerdo de ti. Pillé a mi hermano haciéndose alguna paja mirándote por la ventana mientras tendías en tu porche.

— ¡Eh, joder, no inventes! – Grita Jesse y yo suelto una enorme carcajada.

— ¡Es verdad! Me alegra verte de nuevo por aquí, Sammy. A mi hermano le hacía falta encontrar el sentido a la vida. – Me da un apretón de manos.

— ¡Joder Kevin, si has venido para dejarme como un estúpido adolescente enamorado y blandengue vete por dónde has venido!

— ¡Jesse! – Le reprendo. – Yo también me alegro de verte, Kevin. Ven, vamos dentro, tienes muchas cosas que contarme. – Le digo llevándome de la mano hacia la fiesta de nuevo. Mis dudas hacia Jesse ya se han vuelto a disipar. No sé si por mucho tiempo o no, pero por hoy me permitiré disfrutar de él.

— ¡Ni hablar! – Jesse nos sigue protestando.

La fiesta sigue dentro. Los amigos de Jesse siguen alucinando con mi existencia y Kevin disfruta de la fiesta haciendo rabiar a su hermano. Me saca a bailar y me cuenta secretos al oído de la infancia de Jesse. Es muy divertido ver la cara que me pone “mi chico” cada vez que me ve bailando y hablando con su hermano pequeño.

Pero entonces, una aparición hace que cambie mi estado de ánimo. Laura Miller hace aparición enfundada en un carísimo y estiloso vestido de pedrería. Todos la reconocen, hasta Kevin, a juzgar por cómo la miran y me miran a mí.

— Hola querido, felicidades. – Laura se acerca a Jesse, que parece que está viendo un fantasma, le planta un beso en los labios y le tiende un regalo. Quiero matarla.

Jesse, reacciona, por favor.



— Laura... ¿qué... qué haces aquí? – Jesse está blanco. Me mira durante un segundo y vuelve a mirar a Laura. ¡Dile que se largue de aquí, vamos! ¡Es el maldito momento!

— No quería perderme el cumpleaños del hombre más importante de mi vida. – Le acaricia y Jesse le sujeta la mano para impedirlo. – Vamos, no seas tímido. Todos saben que eres mío. Que llevas años follándome como un salvaje. Que me desees tanto como yo a ti. – Tengo ganas de vomitar. Si Jesse no le para los pies pronto voy a patearle los huevos y a ella el estómago. – Abre tu regalo, vamos.

— Laura, ven un momento, por favor. Tenemos que hablar. – Jesse coge a Laura de la mano y se la lleva a otro lado en privado. ¿Cómo? ¿A dónde van? ¡No! ¡Pienso ir yo también!

— ¡Eh! No vayas. – Me sujeta Kevin. Lo miro echando chispas.

— ¡¿Que no vaya?! ¡Alguien tiene que pararle los pies a esa hija de puta!

— Tranquila. Mi hermano lo hará. Confía en él. Necesita que confíes en él. Este fin de semana me lo ha contado todo. Sammy, mi hermano ha encontrado en ti un motivo para impulsar su vida hacia adelante. Confía en él. Yo también necesito creer que lo hará. Que tomará las riendas de su vida al fin.

— ¿Tu hermano te ha dicho que yo soy para él ese motivo? – Pregunto ilusionada. Kevin asiente. Miro a la puerta por la que Jesse ha salido con Laura Miller. – Ya... ¿Se la habrá llevado al cuarto?

— ¡Vamos, no va a hacer nada contigo aquí!

— ¡¿Quieres decir que si yo no estuviera lo haría?!

— ¡¡No!! Vamos, tomemos una copa y, si en diez minutos no ha vuelto, yo mismo iré a por él.

No sé si son diez minutos o diez horas lo que espero a que Jesse vuelva, pero me parece más lo segundo. Se me hace eterno y Kevin trata de despistar mi enfado haciéndome beber chupitos de tequila. Estoy al borde de un colapso.

Lo que sé es que cuando finalmente despisto el fiero control de Kevin, salgo de la sala y me encuentro a Jesse besando en los labios a Laura Miller. Me escondo instintivamente y me tapo los labios con la mano, para aplacar mis gemidos de dolor.

— Siempre fuiste especial, Laura. Pero ahora es tiempo para que dejemos esto ya de una vez. Es importante para mí que lo comprendas. Necesito avanzar. Quiero empezar algo con Sammy, no sé si seré capaz o no de llevar una relación, pero voy a intentar que Sammy me dé una oportunidad para intentarlo. Gracias por toda tu ayuda durante este tiempo. Nunca lo olvidaré. Sin embargo, en este momento de mi vida necesito al fin avanzar.

— Jesse, sé que volverás a mí. Siempre lo has hecho. – Escucho gimotear a Laura. ¡La odio!

— Espero que esta vez te equivoques, porque necesito creer que puedo superar esa parte de mi vida de una vez por todas.

— Ella nunca lo comprenderá. Lo sabes bien. Tú y yo lo sabemos, pero tendrás que ser tú quién se dé contra el muro. Adiós Jesse. – Permanezco en la misma posición durante minutos. Sé que Laura se ha ido. Pero Jesse no se ha movido. Al fin tomo aliento y salgo.

— ¿Qué es lo que nunca comprenderé? – Jesse se gira y me ve.

— Nena. Ya se fue. – Dice acercándose lentamente a mí. – Ya le dije que tú y yo...

— ¿Que tú y yo qué, Jesse? ¿Qué hay entre tú y yo? Nos guardamos secretos. Cosas importantes. Esto no es una relación. – Me mira preocupado y agarra mis mejillas.

— No. Aún puede que no. Pero es el comienzo.

— La besaste... Te vi.

— Fue sólo a modo de despedida, Sammy. Ella es...

— Importante para ti. Lo sé.

— Quiero estar contigo. Ya te lo he dicho. Me haces falta.

— ¿Cómo sabes lo que quieres si nunca has estado enamorado? ¿Cómo sabes que me necesitas a mí y no a ella?

— Lo sé, Sammy. Me he transformado en otro hombre gracias a ti. No hay vuelta atrás en eso.

— Quisiera creerte, pero no sé cómo hacerlo. – Un momento, ¿estoy llorando? ¿Por Jesse Jackson?

— No me llores, nena. Lo haremos bien. Intentaré con todas mis fuerzas que esto funcione. Y Laura ya es historia. Créeme. – Me besa. – No estés así.

— No te creo. Hay algo que esa mujer sabe de ti que nos separa, Jesse. – Abre los ojos cuando digo esto y mis lágrimas no cesan.

— No habrá nada ni nadie que me separe de ti. Sólo tú, si es lo que quieres.

— ¡Eh! ¡Estáis aquí! ¡Vamos la fiesta continúa! – Grita Kevin desde la puerta de la sala de juegos. Jesse y yo le miramos y yo me limpio las lágrimas con la mano.

— ¡Ya vamos! – Comenta Jesse. – Eh, nena. Mírame. – Me levanta la barbilla para que lo haga. – Estoy contigo. ¿Quieres intentarlo o no?

— Me vas a decir qué es lo que sabe Laura de ti. Me vas a decir qué hacías con Laura Miller en ese hotel ese día si dices que no tenías nada con ella antes de que su marido desapareciera. Me vas a decir cuál fue el verdadero motivo por el que volviste a Red Stone Lake. Y puede que cuando me digas todo eso, tú y yo podamos hablar de relación. – Jesse entrecierra los ojos ante lo que le digo.

— Genial. Te lo diré cuando me digas tú qué clase de relación tienes con el sheriff Johnson. Cuando me digas qué clase de relación tienes con Mister Doctor Guaperas. Y cuando me digas quién es realmente ese tal Nelson. ¿O de verdad crees que me trago que es tu tío? ¡Conozco a tu familia, Sammy! ¡Sé que tu madre y tú vinisteis a Red Stone Lake solas y que la única familia que teníais era una hermana de tu madre y su hija en Chicago! – Touché. Sí, yo también te guardo secretos, Jesse. – Así que si quieres desaparecer de mi vida, hazlo. Pero no me culpes a mí de todo. ¡Joder! Vete si es lo que quieres. Pero si vas a quedarte tendremos que empezar de cero o jugar a las confesiones. Tú decides.

— Está bien, juguemos.

— ¿Cómo? – Jesse me mira extrañado.

Yo le cojo de la mano y me lo llevo al salón de juegos. Todos nos miran

al entrar y yo me llevo a Jesse hasta la mesa de billar que hay allí. Cojo dos palos, le tiendo uno y el otro me lo quedo yo.

— Juguemos.

— ¿A qué?

— Al billar. – Me encojo de hombros mientras paso la tiza por la punta de mi palo.

— ¿Cuál es la apuesta?

— Quien gane tiene derecho a hacer una pregunta al otro. Y el otro puede contestar o quitarse una prenda. – Digo con mirada desafiante.

— ¿Y qué beneficio tiene para ti que me quite una prenda en lugar de contestarte?

— Llegará un momento en que no tengas prendas que quitarte, Jesse. Y sólo te quedará contestar. Te desnudarás ante mí de todas las maneras. – Le fulmino con la mirada.

— Eso será si ganas tú. – Me dedica una mirada maliciosa.

— ¿Quién empieza? – Jesse mira a su alrededor.

— Aquí hay mucha gente, Sammy. No quiero que te vean desnuda. – Me señala con el dedo.

— Eso será si ganas tú. – Le devuelvo el gesto. – Empiezo yo. – Digo mientras coloco las bolas en un extremo de la mesa, cojo la blanca y me sitúo al otro extremo para romper. – ¿Listo? – Jesse frunce los labios. – Esta vez no tienes escapatoria, Jesse Jackson. – Sonrío y rompo. Al hacerlo una de las bolas lisas entra en la bordonera del extremo izquierdo. – Empieza el juego, nene.

Hago un par de golpes magistrales, estoy mentalizada de que tengo que ganar. Quiero respuestas y no sé si deba dar todavía las mías. Aquí la poli soy yo y necesito saber que puedo confiar en Jesse a todos los niveles si vamos a empezar cualquier tipo de relación.

Tengo que saber a qué me atengo.

Jesse me observa jugar con cara de estar poseído como un demonio. No le gusta el hecho de perder, ni en este juego ni en ningún otro.

Sus amigos se acercan para meter más presión. Creo que les parece un juego divertido.

Al final pierdo la concentración cuando Martha, la morenita amiga de Jesse, se acerca hasta donde estamos disputando nuestro particular torneo y, se aferra a los hombros de Jesse para fisgonear sobre la partida. Eso me hace perder el control en uno de los tiros y pierdo mi turno.

— Me toca, “nena”. – Dice Jesse con una sonrisa maliciosa. Me aparto para que pueda jugar.

No se le da nada mal. Tengo que admitirlo. No esperaba menos de él tampoco. Además, el factor suerte juega en su favor en un par de tiros, hasta que uso la técnica del despiste yo también con él y le digo algo a su hermano en el oído.

— Tu hermano está a punto de perder. – Kevin se ríe. Jesse nos mira enfadado.

— Ya veremos. – Contesta Kevin. Gracias al cielo mi plan funciona y Jesse falla su tiro.

Es mi turno.

Tres tiradas después ya he ganado.

Jesse me observa molesto y cruzado de brazos.

— Dime nena, ¿Cuál es tu pregunta?

— ¿Cuál es el secreto que Laura Miller te guarda? – Pregunto echando el peso de mi cuerpo sobre la mesa de billar, en dirección a Jesse que está en el lado opuesto. El mira a nuestro alrededor. Ya... hay demasiada gente, Jesse. Sé que ahora mismo no vas a contestar. Su respuesta es quitarse la camisa y mostrar ese impresionante torso y esos increíbles abdominales a la audiencia.

— Juguemos de nuevo. – Me señala la mesa.

La siguiente partida se hace un poco más extensa. Ambos estamos nerviosos y ansiosos por ganar.

Gano yo de nuevo.

— Quiero saber cómo, cuándo y por qué empezaste una relación con

Laura Miller. – Le pregunto llena de rabia.

— Eso son tres preguntas, nena. – Se burla de mí.

— Pues responde al menos a una de ellas. – La respuesta de Jesse es quitarse los pantalones sin dejar de mirarme y quedándose en calzoncillos.

La tal Martha se relame mientras se lo come con la mirada y yo ya estoy empezando a ponerme de los nervios. ¿Será capaz de quedarse completamente desnudo con tanto público? Averigüémoslo.

— ¿Prefieres quedarte desnudo a responder? – Le reto.

— Puede que te respondiera con un poco menos de público. – De repente veo la solución.

Durante la próxima partida me dejo ganar. Jesse ni lo nota. Se acerca hasta mí en calzoncillos, me acaricia la mejilla y me mira juguetón.

— Tu turno, nena.

— Pregunta. – Le desafío.

— Empecemos por algo fácil. ¿Dónde conociste al Doctor Maravillas?

— No sé quién es ese. – Me burlo. Jesse entrecierra la mirada para recriminarme. – ¿Te refieres al Doctor Smith?

— Lo sabes perfectamente. – Comienzo a bajarme lentamente la cremallera de mi vestido sin dejar de mirarlo y sonriente, entre los vítores de sus amigos y hermano. Veo que la respiración de Jesse comienza a ser muy ruidosa y que me mira como si estuviese a punto del ataque de nervios.

— Ni se te ocurra. – Me frena sosteniendo mi mano que ya ha comenzado a descender mi vestido.

— Oh, vamos. Llevo bragas.

— Chicos, lo siento, pero se ha acabado el cumpleaños. – Informa Jesse. Todos abuchean.

— ¡Queremos verle las tetas! – Dice el tal Paul en tono de broma y yo aguanto la risa. Jesse está a punto de explotar.

— ¡Vete a tu puta casa, Paul! – Le grita apuntándole con el dedo.

— Eh, vale, vale. Era broma. – Paul se ríe.

— Carry, llévate a Kevin. – Pide Jesse de forma autoritaria a su amigo. Todos asienten.

Comienzan a desaparecer invitados, uno a uno, y Jesse y yo aguardamos hasta quedarnos a solas sin dejar de mirarnos.

— Ya estamos solos, “nene”.

— Pues contéstame la maldita pregunta. – Con mi sonrisa victoriosa prosigo con mi tarea de quitarme el vestido.

Ahora ya lo tengo donde quería. Y va a ser él el primero que conteste a mis preguntas. Jesse me observa y traga saliva cuando ve que no llevo puesto sujetador y que me quedo tan sólo vestida con un minúsculo tanga negro de encajes y mis tacones.

— Contestada. – Susurro en sus labios.

— ¿Te ibas a quedar así delante de todos? – Me acusa sin separar sus labios de los míos. Sonrío, pero no contesto. – Juguemos. Ahora recuerdo que tengo otra pregunta que hacerte. – Frunzo el ceño. ¿Cuál?

Ha conseguido despistarme y ponerme nerviosa. ¡He sido una estúpida! Yo le he dicho todas mis preguntas y él a mí no. Vuelvo a perder. ¡Joder! ¡El plan era ganar yo a partir de ahora!

Se acerca a mí más que sonriente. Lo odio ahora mismo. Me tiene a su merced.

— Oh, mocosa, he vuelto a ganar. – Se acerca lentamente frotándose las manos – ¿Qué clase de relación tienes con el sheriff Johnson? – Pregunta de nuevo frente a mí, muy cerca.

Yo me agacho lentamente y me quito las bragas. Después me yergo frente a él y las dejo caer al suelo frente a sus narices. Jesse expulsa fuego por sus orificios nasales y me mira encolerizado.

— Se te están acabando las prendas, Sammy, y vas a tener que hablar.

— ¿Seguimos? – Señalo la mesa de billar.

— ¡Por supuesto!

Esta vez gano yo. Sé que el hecho de que yo estuviese desnuda, en tacones y agachándome frente a Jesse en todo momento le ha dificultado la tarea de ganarme. No hace más que tragar saliva y no puede esconder su enorme erección.

Me acerco lentamente y coloco mi mano sobre su erección, mal escondida por la única prenda que le queda; los calzoncillos.

— A ti también se te acaban las prendas, querido. — Jesse comienza a quitarse los calzoncillos sin haber siquiera escuchado mi pregunta. — ¡Eh! — Le grito. — Eso no es...

No puedo terminar mi queja. Jesse se abalanza sobre mí y comienza a devorar mis labios con toda la rabia del mundo. Grito ante la sorpresa, pero mi grito se convierte en gemido ante la sensación de sentir la dureza de su erección contra mí. Su húmeda lengua aviva mi libido y mi cuerpo entero comienza a bullir de un segundo a otro. Sus manos se deslizan por mis senos, los aprieta mientras gruñe en mi boca y se deslizan por mi vientre hasta llegar a mis nalgas.

De repente me levanta y hace que me siente sobre la mesa de billar, abriendo mis piernas todo lo que mi elasticidad le permite, sujetando su miembro para dirigirlo hacia mi interior. Mirándome con ardor. Gruñendo ante la sensación de su celestial intromisión en mi cuerpo.

— Jesse... — Consigo decir en un placentero lamento. Éste no era el plan. Pero es bastante más placentero que lo que yo tenía en mente.

— Shh, déjame follarte como jamás en tu vida lo han hecho antes. — Susurra en mi cuello.

Y eso es exactamente lo que hace. Mis terminaciones nerviosas están aturcidas por la cantidad de placer que estoy recibiendo. Esa sensual forma de besarme, mirarme, ansiar mi cuerpo, poseerme... es algo que jamás había vivido en mi insulsa vida.

Ambos desbocados y descontrolados. Sus estocadas me hacen gritar y él me suplica que grite más. Está consiguiendo poseer mi jodida alma. Dios, esto es delirante.

Aprieto sus brazos que se tensan ante mi contacto y le hincó las uñas. ¡Síiiii! Es tan liberador que me preocupa no ser capaz de vivir un mísero día más sin volver a sentir esto que siento entre los brazos de Jesse. Más allá del amor.



Más allá de la pasión. Es mi maldita alma gemela, tan rota como yo y tan hambriento de mí como yo de él, pero, ¿sentirá él lo mismo? ¿O sólo soy un trofeo más para Jesse Jackson?

Siento salir sus fluidos de mí mientras trato de recomponerme. Ha sido su forma de castigarme por no dejarle entrar en mí de otra forma. Y tengo que decir, que me encantaría ser castigada así más a menudo.

— ¿Te vale esta respuesta? – Pregunta todavía rabioso.

— ¿Y cuál según tú ha sido la pregunta?

— Laura Miller ya es historia. Ahora estamos tú y yo solos en esta aventura, Sammy. Y yo solo no puedo llevarla a cabo. Así que, ¿vienes conmigo o no? – Me tiende la mano. La miro asustada.

Todavía tengo demasiadas preguntas. Aunque supongo que él también. Pero algo me dice que vaya con él, que me deje llevar. Y eso hago. Poso mi mano en la suya mientras rezo por primera vez en mi vida y lo hago por no cagarla.

— Vamos.

Jesse me lleva de la mano a su cama y allí volvemos a tener sexo, aunque un sexo muy diferente. No sé si son cosas mías, pero siento como esta vez lo que realmente estamos haciendo es el amor.

Sale y entra de mi cuerpo de manera lenta y exquisita. Sin dejar de mirarme fijamente a los ojos en ningún instante. Su boca entreabierta es síntoma del enorme esfuerzo que está haciendo para no perder el control y volverme del todo loca con sus movimientos expertos y totalmente controlados sobre mi cuerpo. Me maravilla la forma en que esta vez me hace sentirlo y, sobre todo, me maravilla la estampa que tengo frente a mí: Jesse Jackson, sudoroso y entregado en cuerpo y alma a mi placer.

Acaricia mi rostro mientras se introduce en mi cuerpo y pasa la yema de su dedo pulgar sobre mis labios abiertos, después bebe de mis besos y pronuncia en mi boca una y otra vez “me vuelves loco, niña del infierno”. Estoy un paso más allá del amor por Jesse en estos momentos tan mágicos. Y sé que no he vivido ni viviré jamás nunca algo tan intenso como este momento.

No paro de gemir y de clamar su nombre.

Consigue, con esa delirante forma de poseerme, hacerme llegar a un intensísimo orgasmo dos veces seguidas.

Me muestra un aspecto de él que jamás hubiera imaginado. Hace que me olvide de todo lo demás y que sólo quiera pasar con él el resto de los días y las noches de mi vida.

Grita mi nombre en un alarido cuando llega al orgasmo y se desploma sobre mí.

— Ahora sí te dejo que duermas, mocosa. – Susurra cuando nuestros cuerpos ya están extenuados de darnos placer.

Se abraza a mí por la espalda y hunde su nariz en mi cuello. Yo acaricio sus brazos mientras siento como mis ojos pesan cada vez más.

— Buenas noches, vecino. – Besa mi nuca y me dejo caer en un profundo sueño con una enorme sonrisa en la cara.

\*\*\*\*\*

A la mañana siguiente, en cuanto abro los ojos, lo primero que me encuentro es la enorme sonrisa de Jesse mirándome con entusiasmo.

— Buenos días, preciosa. – Me acaricia y sonrío.

— Buenos días.

— ¿Tienes hambre? – Pregunta con picardía.

— Sí, pero hoy seré yo quien haga el desayuno. – Le digo. Yo también quiero tener detalles con él.

— Mmmm, estupendo. – Me da un lento beso. – Aunque no me refería a ese tipo de hambre. – Dice de una forma muy seductora mientras me agarra por la cintura y me aprieta a su cuerpo. ¡Madre mía! ¿Ya está así de excitado?

— Eres insaciable. – Respondo a sus besos con una sonrisa de satisfacción.

— Contigo sí. – Me informa mientras toma posición sobre mí y yo no puedo evitar pensar en todas las mujeres que habrán vivido esto mismo con Jesse

y, sin embargo, para mí, está siendo una experiencia de lo más única e irrepetible. Laura, sin ir más lejos, habrá experimentado tantos amaneceres a su lado... – Levantarme a tu lado tiene sus ventajas. – Susurra en mi cuello mientras va dejando el rastro de sus besos por él. Me excita, aunque tengo que admitir que estoy un poco dolorida por tanto ataque sexual. Yo no estoy acostumbrada a este ritmo. – Muchas ventajas. – Dice ahora besando mis senos. – Puedo comenzar el día saboreando a la diosa de mi vecina. – Ahora besa mis labios y yo enredo mis dedos por su pelo. – Tú eres el mejor desayuno. – Cierro los ojos cuando lo siento entrar en mí. Una pequeña punzada de dolor. Después el placer ocupa todo.

— ¡Ahh!

— ¿Estás bien? – ¿Ha notado mi molestia? Lo miro y asiento. – ¿Seguro?

— Sí. – Confirmando. Quiero disfrutar de Jesse mientras pueda. Mientras que Laura Miller, mi trabajo o cualquier otro obstáculo no se interponga. – Quiero que sigas. – Presiono su trasero para hundirlo más en mí. Jesse gruñe. – Quiero que me hagas sentir especial.

— Sammy, eres especial.

Jesse enlaza sus dedos a los míos y me hace el amor de nuevo de la forma en que sólo él lo ha hecho.

Llegamos prácticamente al mismo tiempo al orgasmo. Sudorosos. Sin aliento. Y nos miramos. Quiero decirle que creo que le quiero, que estoy enamorándome de él. Pero tengo miedo.

— Me gustas. – Confiesa él y me sorprende.

— ¿De veras?

— Mucho. – Reafirma asintiendo a su vez con la cabeza.

— ¿Cuánto? – Mi pecho quiere explotar. Mi curiosidad se acrecienta.

— Demasiado. Dejémoslo ahí. – Me besa y se levanta de la cama. – ¿Ducha y desayuno? Tengo mucho trabajo pendiente hoy.

— Sí, vamos.

Después de una placentera ducha juntos y de preparar tortitas para desayunar con la ayuda de Jesse, tomamos nuestros cafés y nos dirigimos a su porche para desayunar.

Otro día soleado. Hoy mi ánimo también lo está. No recuerdo haberme levantado nunca tan feliz.

Tomamos el café tumbados en su hamaca colgante, entre risas y manoseos.

— Jesse, estate quieto, dame un respiro. – Le riño cuando intenta colar su mano bajo mi vestido negro, el de la noche anterior.

— ¿Un polvo antes de trabajar? – Besa mi cuello.

— ¡Para! – Me río.

— Buenos días Jesse. Hola Sam. – Una voz masculina nos interrumpe. Jesse y yo miramos a nuestro lado y vemos al sheriff Johnson junto a nosotros con una tímida sonrisa y con el sombrero en las manos. Mierda.

— Hola sheriff. ¿Qué se le ofrece? – Saluda Jesse apretándome contra él. Marcando su terreno conmigo frente a Erik. Es ridículo y tierno a la vez. Jamás entenderá que yo no veo a Erik de ese modo, ni él a mí tampoco.

— Jesse, necesito que me acompañes a la comisaría. – Jesse se yergue de repente alarmado y yo aprieto los ojos.

Sé muy bien el motivo. Erik me mira con reprobación porque sabe que me he acostado con Jesse, pero yo lo ignoro. Mi vida privada no es asunto suyo. Y... ¡Jesse no tiene nada que ver con las desapariciones! ¡Lo sé!

— ¿Por qué? ¿Qué he hecho, sheriff? Le prometí que no iba a fumar más marihuana y he cumplido. – Pobre. Aunque eso que dice es mentira.

— No es eso, Jesse. Tenemos que hablar de Kristen Nollan. Ha desaparecido y estoy recopilando información de todos los que la vieron durante la última semana.

— ¿Quién? – Observo con detenimiento la cara de Jesse. Finge no conocerla. Lo sé porque me ha mirado de reojo mientras lo decía.

— Sabes quién es. La chica con la que pasaste la noche del domingo de la semana pasada. Anda, ven conmigo un rato. No te tendré mucho tiempo ocupado. – Jesse me mira preocupado.

— Ve. Luego nos vemos. – Lo animo.

Quiero que vaya. Quiero que Jesse demuestre su inocencia a todo el mundo y se quede fuera de esta investigación de una vez por todas. Quiero que no haya más obstáculos entre los dos, o, al menos, reducir los más importantes.

— Te llamaré cuando termine. – Promete besándome con fuerza en los labios.

— Vale. – Contesto tranquila.

Lo veo introducirse en el coche patrulla de Erik nervioso. Erik se despide de mí con una mirada que no me gusta, pero que tampoco me asusta. Soy mayorcita. Sé lo que hago. Tengo un expediente como detective impecable. Bueno, menos por el incidente por el que cosí a tiros a un pedófilo; algo de lo que no me arrepiento y nunca lo haré.

\*\*\*\*\*

Con ropa limpia y una pinta mucho más profesional vuelvo al hospital Saint George a visitar a Rose. Es importante que esa chica hable. Que dé alguna jodida pista. Quiero y necesito terminar con este caso de una vez por todas.

El Doctor Smith no está. Me informan en el hospital que su turno hoy es nocturno. Pero a quién sí que me encuentro en la habitación junto a Rose es a Laura Miller y a un policía que custodia a Rose día y noche por orden del sheriff.

Laura y yo nos sorprendemos mucho al cruzar nuestras miradas. Está sentada junto a Rose y creo que le estaba diciendo algo al oído. Al verme se levanta y se tensa.

— ¿Qué haces tú aquí? – Me recrimina. ¡Invéntate algo, Sam!

— Hola. Estoy haciendo un artículo para la revista del pueblo. Me han pedido que cubra este caso. – Contesto y ruego al cielo porque haya sonado creíble. Entro y me siento al otro lado de Rose. – Hola Rose. – Le digo a la chica. Me mira de reojo y creo que su mirada me está intentando decir que está asustada. – ¿Cómo estás hoy?

— ¡Vete de aquí! – Me grita Laura. – ¡Deja a mi prima tranquila! ¡Ella no quiere extraños que la vengán a visitar! ¡Y ese cuento del artículo ve a contárselo a otro que te crea!

— Me iré sólo si es lo que quiere Rose. – Me levanto y me enfrento a Laura. – Tú no eres nadie para darme órdenes. – Miro a Rose. – ¿Quieres que me vaya, Rose? – La chica al fin me mira fijamente. Está aterrorizada. ¿Es por Laura?

— No. – Responde y Laura y yo nos quedamos de piedra. ¡Ha hablado más! Suspiro.

— Pues no se diga más. – Vuelvo a tomar asiento a su lado. Laura mira a su prima sin dejar de parpadear.

— ¡Oh, Rose! ¿Estás mejor? ¿Necesitas algo?

— No. – Vuelve a contestar la chica que se remueve en la camilla.

— Tranquila Rose. – Le digo sonriente cogiéndole de la mano. Laura me fulmina con la mirada.

— Sabes que se hartará de ti, ¿verdad? – Me dice y sé que se refiere a Jesse. La ignoro.

— No sé de qué hablas.

— Prima, esta estúpida se cree que Jesse puede llegar a amarla. ¡Ja! ¡La muy descerebrada! – Le dice a Rose queriendo sonar despreocupada.

Está histérica. Pero lo que realmente creo que quiere es despertar la enemistad entre Rose y yo. No funcionará. Rose no es para mí una enemiga, aunque sea muy amiga de Jesse. Las personas que quieren de verdad a Jesse no son mis enemigos. Laura lo es por ser nociva para él. Pero la chica no ha hecho nada malo.

Rose me mira y abre los ojos asustada. ¿Qué pasa? Ella es amiga de Jesse. Aunque recuerdo que Jesse me dijo que ella se había encaprichado de él, pero que él nunca traspasó el límite físico con ella. A lo mejor por eso está molesta, porque sigue gustándole Jesse. Rose se incorpora y comienza a parpadear.

— Fuera. – Dice más que tensa. Me incorporo rápidamente.

— ¿Quieres que me vaya, Rose? – Pregunto porque no sé si se refiere a mí.

— ¡Claro que sí! – Me grita Laura.

— ¡Fuera! ¡LAS DOS! ¡¡FUERA!! – Unos pitidos en las máquinas que están conectadas a ella comienzan a sonar y me escamo.

El policía que la custodia nos grita que desaparezcamos y pulsa un botón junto a la cama de Rose para avisar de emergencia.

De un momento a otro la habitación está llena de médicos y Rose está sentada en la cama tirándose de las vías que tiene conectadas y gritando.

Salgo inmediatamente de la habitación cuando una enfermera me lo ordena. Laura sale detrás de mí.

— ¡Déjala en paz! ¡Deja en paz a Jesse! ¡Deja en paz a este pueblo! – Me grita apuntándome con el dedo. – ¡Sólo traerás problemas a todos!

— ¡¿De qué cojones vas, Laura?! ¡Aquí la única que le está amargando la vida a Jesse eres tú! ¡Está quemado de ti! ¿Lo sabías? – Escupo con rabia. Sus ojos se llenan de lágrimas.

— Tú... no lo entiendes. Tú no sabes nada. Sólo yo puedo ayudarle.

— Pues él no quiere que le ayudes más. ¡Ya te lo ha dicho!

— Escúchame imbécil, ¿crees que conoces a Jesse? Tú solita te estás metiendo en un pozo de aguas fecales. ¡Y me parece genial! Pero aléjate de él antes de que lo trastornes. – Odio admitir que me deja a cuadros.

En ese momento sale una doctora de la habitación de Rose.

— ¿Samantha Gómez? – Pregunta.

— Soy yo. – Digo algo aniquilada.

— Rose quiere verte. – Me dispongo a entrar rápidamente y Laura intenta entrar conmigo. – A solas. – Le dice la doctora sujetando a Laura por el brazo.

Laura me dedica una mirada de pavor y desconfianza mientras me ve entrar en la habitación de Rose. Yo sonrío victoriosa.

— No la altere, por favor. – Me dice otro médico dentro. – Y no tarde más de diez minutos. – Asiento obediente, me siento junto a Rose y aguardo hasta quedarnos a solas.

— ¡Eh! Siento mucho lo de antes. – Le digo de corazón. Rose me mira algo alicaída. Seguro que por la medicación que le han dado.



— Aléjate de Jesse. – Me dice y el corazón me da un vuelco.

— ¿Por qué? ¿Tiene algo que ver con lo que te ha pasado? – Rose me mira fijamente, pero no habla. – Rose, háblame, por favor. Déjame ayudarte y protegerte.

— Él no tiene la culpa. – Me dice y libero un suspiro que retumba en todo el planeta. Miro al techo. “Gracias al cielo. No estaba equivocada con él.” – Pero él... es de Laura. – Vuelvo a mirar a la chica y veo salir sendas lágrimas de sus ojos.

— Ya no. Tú lo amas, ¿verdad? – Rose comienza a llorar con ganas. – ¿Qué te pasó? Cuéntamelo. – Me pongo prácticamente de rodillas junto a ella y me aferro a su mano. Sin dejar de mirarla.

— Hice todo lo que estuvo en mis manos para enamorarlo, pero... no funcionó. Él no puede... amar así. Incluso le di celos con otros hombres. Él siempre estaba con ella.

— ¿Ella? ¿Te refieres a tu prima Laura? – Rose me mira con asco.

— ¡Ella no es mi prima! ¡Me llama así, pero no lo es! – Asiento para que se calme. Suspira. – Ella sólo es la antigua jefa de mi madre y, siempre me quiso hacer creer que se preocupaba por mí de una forma familiar. Pero yo sé que no. Lo único que quería era que yo estuviera lejos de Jesse.

— ¿Por qué? – Rose agacha la mirada.

— Nos pilló una vez en la cama, la única vez que conseguí que me amara... – ¿Otra mentira, Jesse? No digo nada. Quiero escuchar su versión. – Jesse no quiso seguir con lo nuestro. Pero me escuchaba cuando le aconsejaba sobre Laura. Sé que ella sabe que yo quería separarlos.

— Cuéntame qué tiene que ver esto con lo de tu secuestro, Rose. ¿Sabes quién fue? ¿Piensas que Laura Miller puede estar detrás de todo esto?

— NO. – Comienza a llorar y le aprieto la mano con más fuerza. – No sé quién fue. Había alguien en el aparcamiento del hotel. Alguien que me tapó la boca y yo perdí el conocimiento. Cuando desperté estaba en un lugar oscuro y maniatada en una silla. Con una venda taponándome la visión. ¡Con objetos introducidos por mi cuerpo! – Me imagino a mi madre en esa misma tesitura y los vellos se me erizan. – Sólo oí su voz.

— ¡¿Cómo era?! ¡Cuéntamelo!

— Creo que era un hombre.

— ¿Crees? ¿No lo sabes? – ¿Cómo no va a saberlo?

— No lo sé. Su voz estaba distorsionada por algún aparato eléctrico. Sonaba robótica. – Maldita sea. – Me decía que yo era una puta por follarme a hombres casados o que pertenecían a otras mujeres. Creo que se refería a Jesse y a... Jimmy. – Lloro. – ¡Yo no sabía que Jimmy Stewart estaba casado! Y me negué a creer que Jesse fuera propiedad de Laura. Él me dijo una y otra vez que no le pertenecía, que no estaban juntos.

— ¿Jimmy es el nombre de alguien con quien tuviste sexo ultimamente? – Pregunto.

— Sí. – Susurra. Anoto mentalmente ese nombre. Jimmy Stewart.

— Sigue.

— No puedo decir mucho más. ¡Me ató! ¡Me torturó! ¡Me metía cosas en mis genitales! – Vuelve a llorar con furia.

— Tranquila. Ya estás a salvo. – La chica está controlando con valentía otro posible ataque de nervios.

— Un día me soltó. Me dijo que tenía que venir a contártelo. – Ahora me mira fijamente.

— ¡¿A mí?! – Asiente. ¡Joder! ¡Joder! ¡Me conoce! Es el que mató a mi madre. ¡Estoy segura! Está jugando conmigo.

— Me dijo que te lo dijera.

— ¿Qué cosa?

— Me dijo que te dijera que eres una sucia puta que se folla a hombres casados o que pertenecen a otras mujeres. Como yo. – Y vuelve a llorar. Yo me levanto y la abrazo.

— Ya está. Ya has cumplido la misión. Me lo has dicho. Ahora te pondremos vigilancia hasta que se resuelva toda esta mierda y estarás a salvo. – Rose me abraza con fuerza.

— Salva a Jesse de Laura. Él no es así. – Me dice en el oído. La miro

confundida.

— ¿Así cómo? – En ese momento entra la doctora de antes.

— Fin de la visita. Tiene que salir. – Parpadeo al mirarla y vuelvo a mirar a Rose.

— ¿Así cómo, Rose? ¿Está en peligro? ¿Qué pasa? – Ya no dice nada más. ¡Mierda! ¡No va a hablar con nadie más delante! – Volveré a verte pronto. – Le doy un beso en la frente y salgo de la habitación.

Fuera sigue Laura Miller esperando, aunque la ignoro. Paso por su lado y me voy directamente a la salida del hospital.

Necesito un cigarrillo.

No puedo describir lo rara que me siento al salir del hospital. Sin embargo, he tomado una determinación: Jesse Jackson queda por fin fuera de mi lista de sospechosos tras hablar con Rose. Ella dijo que Jesse no tiene la culpa y me quedo con su palabra. Erik tampoco ha sospechado de él en todo este tiempo. Aunque, bueno, ahora mismo está siendo interrogado por él. Pero eso es sólo para sacar más información sobre la última víctima; Kristen Nollan.

Jesse no es un asesino. Es el hombre del que cualquier mujer se enamoraría con tan sólo probar sus besos y tiene la mala suerte de haber topado con una mente torturada y obsesiva como Laura Miller. Y por eso da la impresión de que no es del todo libre. Pero lo es. O, mejor dicho, lo era. Ahora está conmigo. Hemos empezado una relación, mi única relación de verdad en toda mi vida. Y necesito creer en Jesse Jackson. Aunque, hay ciertos asuntos que pienso rebatirle.

Vuelvo a ocupar mi mente con Kristen Nollan.

¿Estará aún viva? Debería centrar todos mis esfuerzos en salvar a esa chica. Como Erik está haciendo. Ya vuelvo a estar en activo.

Así que llamo a la comisaría de Red Stone Lake y, como ya me imaginaba, Erik sigue en mitad del interrogatorio con Jesse. Así que le pido a los chicos de la comisaría que me den la dirección y el teléfono del tal Jimmy Stewart. Y es lo que hacen.

Monto en mi moto y me pongo en dirección a la casa de ese hombre.

Me abre la puerta un señor de unos cuarenta y pocos años que se extraña al ver una cara desconocida.

— ¿Hola? – Pregunta.

— Hola, ¿eres Jimmy? ¿Jimmy Stewart? – Asiente con inseguridad.

— ¿Qué quieres?

— Necesito hablar contigo de Rose Stapleton. – El hombre se pone pálido.

— Mira, yo no tengo nada que ver con ella. Tengo que hacerme cargo de mi mujer, lo siento. – Intenta cerrar la puerta y yo lo detengo.

— Por favor. Esa chica ha sufrido un infierno. Hay una chica muerta y otra desaparecida a la que tenemos que intentar salvar.

— ¿Y qué cojones tengo yo que ver con eso? – Grita enfurecido. – ¿Quién eres tú?

— Policía. La nueva ayudante del sheriff Johnson. Puedes llamarlo si quieres. Él te lo corroborará.

— Jimmy, ¿qué pasa? – De repente veo aparecer a una mujer en silla de ruedas con un aspecto muy demacrado. ¿Es su mujer? Jimmy la mira con ternura y luego vuelve a echarme una mirada de rencor a mí.

— Nada cariño. La nueva ayudante del sheriff que vino a presentarse. – Sonrío a la mujer intentando parecer sincera. – Tengo que hacerme cargo de mi mujer, lo siento. – Me dice Jimmy.

— Por favor. Se lo ruego. Necesito saber qué está pasando en este pueblo. No sé si usted tiene alguna hija o algo así, pero le aseguro que ahora mismo ninguna mujer joven está en peligro. – Jimmy aprieta los labios.

— ¿Es por lo de la chica esa? – Pregunta la mujer. ¿Lo sabe? – ¿La que tuvieron atrapada y escapó?

— Su nombre es Rose Stapleton. – Le digo. – Y ha estado a punto de morir.

— Yo no tengo nada que ver con lo que le pasó. – Afirma el hombre. Lo miro detenidamente. Parece sincero. Pero no quiero arriesgarme a creerlo sin más.

— ¿Puedo pasar? – Vuelvo a insistir.

— Pasa. – Me dice su mujer. Jimmy la mira y respira hondo. – No pasa nada cariño. Yo ya lo sé todo.

Me hacen entrar y me siento en el sofá que me indican. En el salón.

Hay jeringuillas por todos lados. Tarros de medicamentos. Es todo muy tétrico.

— ¿Qué quiere saber? – Pregunta Jimmy con pocas ganas mientras me tiende un vaso de agua.

— Gracias. Quiero saber si usted y Rose... en fin...

No soy capaz de terminar la frase y Jimmy parece que tampoco. No ayuda mucho la presencia de su mujer. Nos miramos fijamente esperando a que uno de los dos la termine y nada sucede.

— Mi marido tuvo un affaire con esa chica. – Al fin termina la frase su mujer. Jimmy sigue mirándome sin pestañear. – Ella le escribía cartas. Le buscaba. Mi marido está pasando un infierno por mi enfermedad y vio en esa chica la forma de evadirse de todo este infierno.

— Jamás debí... pero ya está hecho. – Confiesa finalmente el hombre.

— ¿Dice que ella le buscó?

— Las cartas venían firmadas con su nombre. Yo solía ir a tomar algo al bar donde ella trabajaba cuando terminaba mi jornada laboral. Siempre fue atenta y amable. Pero nunca pensé que se había fijado en mí. Un día, al volver a casa, me encontré en mi coche una nota firmada con su nombre. Me pedía una noche de pasión. Me decía que necesitaba eso. Yo... creí también necesitarlo.

— Y, ¿le propuso entonces una cita?

— No esa vez. Pero esa carta sembró la duda en mí. comencé a soñar con escapadas sexuales. Con noches de pasión. Mi cuerpo me lo pedía a gritos. Ella sembró esa semilla en mí. Cuando recibí la segunda carta decidí esperarla fuera, en el parquin del bar, a que terminara de trabajar. Y... practicamos sexo allí. – Jimmy agacha la cabeza, avergonzado. Su mujer le acaricia la espalda. – Después de eso mi vida comenzó a ser un infierno. Mi mujer empeoró, perdí mi trabajo... Lo tengo merecido.

Entiendo su remordimiento. Cuando tienes a alguien tan comprensivo a tu lado como su mujer, alguien a quien quieres y con quien no puedes soñar con practicar sexo a ese nivel, porque está débil, seguramente muy enferma, y tú le has traicionado, te sientes lo peor.

— ¿Rose le confirmó que había escrito esas cartas? – Niega con la cabeza. – ¿Guarda alguna de ellas? – Me incorporo emocionada. ¡Esas cartas son un cebo! ¡Estoy segura que las huellas del que las escribió están ahí!

— No. – ¡¡¡¡¡Joder!!!! Hace más de cuatro meses ya de ese suceso. No hay forma ya de encontrarlas. Suelto todo el aire de los pulmones.

— ¿Ha tenido usted algo con Mary Jane Greenland y Kristen Nollan? – Jimmy me mira con el ceño fruncido.

— ¡No! Ni siquiera sé quiénes son.

— Vale. Es todo. Gracias por su tiempo, Señor Stewart.

Me despido cortésmente de ambos y me voy.

Recibo una llamada de Jesse.

— Mocososa. ¿Dónde estás?

— ¡Eh! ¿Ya has terminado? ¿Qué quería el sheriff Johson de ti? – Pregunto ya subida en mi moto. Por favor, Jesse, dime la verdad.

— Eh... ha desaparecido una chica con la que tuve un lío y... bueno, parece ser que está conectada con lo que le pasó a Rose y a la chica esa que apareció muerta. – Suspiro y sonrío al ver que Jesse no me miente. – Necesitaban que le diera los datos que pudiera. Por favor. No estés sola por ahí. No es seguro, nena. – Me pide con la voz cargada de temor. – Si el sheriff tiene razón, hay un loco asesino maníaco por ahí.

— No te preocupes por mí. – Digo sonriente. – Sé cuidarme sola.

— Sammy, joder. No es una broma. El sheriff Johnson parece muy preocupado con el tema. Vente a casa. Ya.

— ¿A casa? – ¿Se refiere a mi casa?

— Sí, a casa, conmigo. – Trago saliva.

— Jesse, no vayas tan rápido...

— ¿Por qué no? He esperado trece malditos años para volver a verte y tener la oportunidad que no tuve entonces. Sammy, vente... por favor... no tenemos por qué estar solos. Ya no más. Somos mayorcitos.

— Tengo una entrevista para hablar de trabajo. – Miento más que feliz al escuchar sus palabras. Aunque no es mentira del todo. Tengo que seguir manteniendo entrevistas para aclarar este caso. – Después voy a “TU” casa y comemos juntos, ¿vale?

— ¿Entrevista? ¿Dónde?

— Es una sorpresa. Te lo diré cuando esté todo en orden.

— Esta bien. No tardes mucho o yo mismo iré a buscarte donde quiera que estés.

Después hago una llamada a Erik y le informo de todo lo acontecido. Él decide venir donde yo estoy y ayudarme con mi plan. Ambos creemos que estoy por el buen camino en la investigación.

Minutos después estamos Erik y yo pegando en la puerta de nuestra siguiente visita. Mi siguiente visita es la casa de Michael Moore, el gordo seboso que estuvo con mi madre y que sé que esconde algo.

Cuando abre la puerta y me ve intenta cerrarla también.

— ¡Eh! ¡Ábreme por las buenas o te llevo esposado a comisaría! – Le grito tratando de taponar la puerta.

— ¡¿Qué?! – Parece sorprendido.

— Soy poli, capullo. La nueva ayudante del sheriff. Y tú eres sospechoso en la muerte de mi madre. Así que si no quieres que te ponga vigilancia día y noche y te joda la vida déjanos entrar. – Echa un vistazo a mi lado y ve a Erik. Se pone blanco como la pared.

— Hola Mike. Hazle caso a Sam. – Le dice mi compañero. Mike mira hacia el interior de su casa.

— ¿A quién tienes ahí? ¡Déjame entrar, capullo! – Le grito. Erik me sujeta del brazo para indicarme que me calme.

— Es sólo mi asistente. La chica que viene a limpiar. – Le aparto de un manotazo y entro en la vivienda. Erik y Mike me siguen. ¿La chica que limpia? ¡Está todo hecho un desastre!

— Ya veo lo limpio que lo tienes todo. – Veo salir a una chica con la piel muy bronceada, como yo, del dormitorio, mientras se coloca bien la ropa. La miro de arriba abajo. Parece que está bien.

— Hola. Samantha Gómez, ayudante del sheriff Johnson. – Le digo tendiéndole la mano.



— Hola. Soy Judith Flores. – Saluda tímidamente y asustada por mi estatus. Lo sé. Otra hispana, como mi madre. Le van las hispanas.

— ¿Dónde está tu mujer, Mike? – Le pregunto con mala cara al maldito gordo seboso.

— Trabajando. ¿Qué quieres? – Me siento en el sofá que está frente a mí y Mike me mira con mala cara porque sé que no me ha invitado a que lo haga.

— Hablar contigo de varias chicas. ¿Conocías a Mary Jane Greenland? – Pregunto sin rodeos. Se pone nervioso. ¡Touché! La conocía.

— No... bueno, a ver. Todo el mundo en el pueblo la conocía. – Erik me mira. Se ha percatado de su nerviosismo. Erik se sienta en un sillón frente a donde yo estoy sentada.

— Siéntate, Mike. – Le pide. El gordo obedece con cara de perrito abandonado. – Bien. Quiero que me cuentes tranquilamente que había entre Mary Jane y tú. – Le dice con toda la calma. ¡Bien Erik! Tú serás el poli bueno y yo el malo. ¡Me encanta!

— ¡Sheriff! ¡¿De qué habla?! – Está cada vez más nervioso. Yo observo también a la tal Judith que está hecha un flan.

— No tienes por qué ponerte nervioso, Mike. – Le dice Erik tratando de tranquilizar al gordo posando su mano en el hombro de Mike. – Que tuvieras algo con ella no te convierte en un asesino. Pero necesitamos pillar al que ha hecho todo esto. – Dice más que comprensivo. Erik me mira de soslayo y sé que quiere que yo intervenga.

— Si no colaboras le diremos a tu mujer cómo te follas a tu asistenta, Mike. – Digo con chulería y me cruzo de piernas. Mike me fulmina con la mirada.

— ¡Sólo me la follé una vez! La chica estaba muy borracha, desorientada y me confundió con otro. ¡Fue ella la que me sedujo! – Erik y yo fruncimos el ceño. No entendemos nada.

— Explícate. – Le pide Erik.

— Yo la vi practicar sexo en un callejón. Era de noche, a altas horas de la madrugada. Cuando les sorprendí el tipo se fue corriendo y yo acabé la faena. ¡Sólo eso!

— ¿Con quién estaba? – Pregunto inclinando el peso de mi cuerpo hacia él.

— ¡No lo vi! Estaba oscuro. Y yo borracho.

— ¿Cuándo fue eso, Mike? – Pregunta Erik. Mike mira hacia el suelo y comienza a respirar convulsamente.

— ¡Mike! – Le grito para que responda.

— El día que desapareció.

— ¿Estás seguro de eso? Estabas borracho. – Alego.

— Alguien golpeó la cabeza de la chica mientras nos vestíamos y se la llevó... ¡Yo no pude hacer nada! ¡Apenas podía mantenerme en pie! – Miro a Erik.

— ¿Quién fue, Mike? ¿Le viste la cara? – Mike niega.

— Estaba tapado con un pasamontañas negro.

— ¿Por qué cojones no contaste esto, Mike? – Erik pierde los nervios. – ¡Podríamos haber averiguado algo! ¡Joder, Mike! – Erik da un golpe en la mesa. Yo miro a Mike perturbada y Mike agacha la cabeza.

— Es obvio, ¿no? Mi mujer me habría matado y yo sería el principal sospechoso de un crimen que no cometí. – Dice con la mirada fija en el suelo.

— ¿Y cómo sabemos que no fuiste tú? – Escupo acercando mi cara mucho a la de Mike. Me mira envuelto en cólera.

— Porque no habría dicho que sé todo lo que sé. – Se defiende.

— Vas a tener que acompañarnos a comisaría, Mike. – Le pide Erik. Mike se pone en pie más que nervioso.

— ¡Yo no hice nada, sheriff!

— Tendremos que tomarte huellas y la declaración oficial. No te resistas, Mike, o será peor para ti.

Mike mira a Judith con la cabeza gacha y le dice que se vaya a su casa. La chica comienza a lloriquear. ¿Es que se ha encariñado con este gremlin?

En comisaría Erik y yo repetimos el mismo interrogatorio, pero esta vez queda todo registrado por las cámaras de seguridad. Lo único que varía es que ahora parece que el gordo seboso de Mike recuerda un poco mejor al individuo con quien sorprendió a Mary Jane teniendo sexo en un callejón. Lo describe como un joven alto, corpulento y con el pelo rubio. No es muy aclarador. Así hay mucho joven en todo el jodido país.

Cuando terminamos, pido permiso a Erik para ir a comer algo a casa. Me lo concede y me dice que después hablaremos. Quedamos en vernos después para ir a ver a Rose y tomar declaración también de lo que ella ha añadido. Ahora que por fin habla.

Aparco la moto en casa de Jesse, con unas ganas enormes de verlo, besarlo y recomponerme de toda la mierda de mañana en sus brazos. Y, lo que me encuentro al llegar me deja del todo descolocada.

En mitad del prado que separa nuestras casas alguien ha podado una pequeña parcela y ha quitado las malas hiervas. Hay una mesa, con mantel, cubertería, botella de vino... me quedo atónita mirando todo eso sin comprender.

— Bienvenida a casa. – Jesse me sorprende por la espalda y doy un brinco.

— ¡Joder, Jesse! ¡Qué susto! – Tiene una sonrisa arrebatadora y en sus manos lleva una bandeja con un asado. ¡Me lo como! – ¿Qué es esto? – Pregunto encantada de la vida con lo que veo.

— Comida. – Se encoge de hombros. Pongo los ojos en blanco. – Sé que es demasiado pronto para pedirte que te vengas a vivir conmigo, pero a lo mejor puedo pedirte que acortemos las distancias entre tu casa y la mía. Así que he preparado el almuerzo en una zona neutral. – Me da un breve beso en los labios y se dirige hacia donde ha puesto la mesa. Lo observo todavía en shock. Después le sigo. – Siéntate, vecina. Que se enfría la comida. – Me siento sin dejar de mirarle perpleja. Jesse me sirve a mí primero, después su plato y se sienta frente

a mí. Vierte un poco de vino en su copa y otro poco en la mía. – Por los comienzos. – Levanta su copa. Yo choco la mía con la suya y bebemos después.

— De veras me sorprendes a diario. – Confieso. – Jamás te creí tan atento y galán.

— Anoche sobre la mesa de billar no me decías eso. – Contesta con guasa. Casi me atraganto de la risa.

— No. Anoche eras otro Jesse.

— También te gustó ese Jesse. No lo niegues. – Se hace el interesante.

— La verdad es que me encantó. – Respondo mordiéndome el labio inferior y recordando la forma tan salvaje en la que tuvimos sexo.

— No me mires así o no esperaré a que acabes de comer. – Me reta. Su mirada ha cambiado. Se ha vuelto más oscura. Me sonrojo y miro en dirección a mis manos.

— Esta tarde debería ir a hablar con el Doctor Smith. – Digo cuando me acuerdo de algo a lo que llevo dos días dando vueltas. Jesse cambia el semblante y me mira como si estuviera a punto de asesinarme. – Necesito tomar la píldora del día después. – Le informo. Abre los ojos mucho. – Y no conozco a nadie más que pueda recetármela.

— ¡Oh! – No se lo esperaba. Pero tampoco me preguntó si yo tomaba algún tipo de protección ante el sexo. – Lo... lo siento. No caí en eso cuando...

— Cuando te pedí que me follaras. – Le recuerdo y vuelve el brillo en su mirada.

— Eso mismo. Deberías volver a hacerlo. – Se remueve en su silla. Sé que eso le excita.

— Sí, debería...

— Yo iré contigo. – Dice.

— No es necesario. – Contesto degustando el delicioso asado que nos ha preparado.

— No. Pero quiero ir. – Dice muy serio.

— Jesse. No me va a pasar nada. No creo que el asesino me esté

esperando en la puerta de un hospital público plagado de gente. No me va a raptar a plena luz del día.

— Lo decía porque no quiero que veas al doctorcito ese tú sola. Y, además, ¿cómo sabes tú lo que piensa un asesino? ¿Es que acaso eres detective de homicidios? – Lo miro y contengo la respiración. Pero en seguida me doy cuenta de que está bromeando cuando lo veo comer y reír a la vez.

— Christian tampoco es peligroso. – Cambio de tema.

— No vas a ir sola. – Me dice más serio de la cuenta. – Además, quiero ver a Rose. – Eso me recuerda su mentira.

— A lo mejor soy yo quien debería ponerte pegasa a que la veas.

— ¡Ya te dije que Rose es mi amiga! ¡Sólo eso!

— ¿Y te follas a todas tus amigas? – Le recrimino. Jesse me mira sin comprender.

— ¿No vas a creerme nunca cuando...

— Jesse, Rose me lo confesó. Me dijo que Laura os pilló en la cama. – Jesse se queda blanco. – No entiendo por qué tienes que mentirme. ¡Eras un hombre soltero y ella también! ¡¿Por qué no me lo contaste cuando te pregunté?

— Porque no quería que dudara de mí.

— ¿Y no es ahora peor? – Jesse agacha la cabeza. – Jesse, ¿de verdad soy especial para ti? Quiero decir, ¿a cuántas chicas te has follado tan sólo este último año? – Siento la rabia en su mirada – ¿Soy una más?

— ¿Acaso crees que le voy llevando el desayuno a todas las chicas que me follo? – Dice casi gritando. – ¿O le preparo el almuerzo así? – Señala a nuestro alrededor. – ¿O me las llevo de acampada sin saber si querrán acostarse conmigo o volverán a huir de mí? ¡Rose es una amiga! – Me dice apuntándome con el dedo. – Fue un maldito error que nos acostáramos. – Añade y retoma su comida.

— Christian también es sólo un amigo. – Imito su despreocupación. Jesse resopla mientras mastica y me mira.

— Iremos juntos al hospital. Yo también quiero saber que te tomarás la píldora. – Abro los ojos.

— ¿Crees que me quiero quedar embarazada?

— No. Pero es mejor no correr riesgos. – Sacudo la cabeza y continúo comiendo. – Se suponía que esto era un almuerzo romántico. – Me recrimina. Maldita sea, tiene razón. Le estoy boicoteando la sorpresa.

— La verdad es que es lo más bonito que han hecho por mí nunca. – Me doy cuenta de que es la verdad en cuanto lo digo. Le sonrío y él me dedica media sonrisa.

— ¿De qué conoces tú a Rose? – Pregunta y casi me atraganto de nuevo.

— De poca cosa. Fui a ver a Christian para lo de la pastilla esta mañana y fui hasta la habitación de Rose. Él no estaba, pero me quedé un rato a hablar con ella. Y... me lo contó. – Jesse me mira completamente blanco.

— ¿Rose ha hablado? – Asiento con prudencia. – ¡Qué ha dicho! – Parece nervioso.

— Nada, estaba Laura Miller allí y se puso un poco nerviosa con su presencia. Cuando Laura salió de la habitación me contó un poco su problema con ella. – Jesse suspira profundamente.

— Laura estaba allí... voy a matarla. – Musita.

— ¿Por qué? ¿Qué pasa?

— Nada, come. – Jesse finge normalidad comiendo, pero veo el músculo de su mandíbula tensarse más de lo normal cuando mastica.

— Jesse, ¿te follaste a Mary Jane Greenland en un callejón el día de su desaparición? – La pregunta ha acudido a mi boca sin pensarlo. Jesse me mira y suelta los cubiertos en la mesa. Como si no pudiera creer lo que le estoy preguntando.

— ¿A qué viene esto, Sam? ¿Te está metiendo Laura o alguien historias en mi contra? – He querido ignorar mucho tiempo las conclusiones a la que mi cabeza ha llegado involuntariamente. Mary Jane Greenland tuvo un lío con Jesse antes de desaparecer, Rose Stapleton también y no digamos Kristen Nollan, yo mismo lo presencié el día que llegué aquí. Mi madre lo tuvo con su padre. ¿Y si Jesse está continuando lo que su padre comenzó con mi madre?

— Te acostaste con Mary Jane, con Rose y con Kristen. – Jesse está

bloqueado y parece que me mira, pero tiene la mirada perdida. – Dime que no sabes nada de lo que esas chicas han pasado. – No dice nada. Sólo me mira. – Jesse... te lo suplico. Háblame. Dime si sabes algo.

— Puedo hacerte un listado de las chicas que me he follado estos últimos seis meses. – Habla con frialdad. – Son más de quince. Y no han desaparecido todas ellas, Sam. – Me está llamando Sam. Oh, oh, no es buena señal. Me está ofreciendo su amor y yo le hago esto.

— No creo que tú tengas nada que ver. Es sólo que...

— ¡Es sólo que me tomas por un maldito monstruo! ¡Por si no te acuerdas también te he follado a ti! ¡Y mírate, estás vivita y coleando! ¡A la mierda, Sam! – Se levanta de su silla con la intención de marcharse. ¡No!

— ¡Jesse! ¡Espera! – Se gira y me mira más que dolido.

— ¡Qué! ¡¿Qué es lo próximo, Sam?! ¡¿Que yo maté a tu madre?!

— No, yo no...

— ¡¿Tú no qué?! – Me acerco a él y le acaricio los brazos, tratando de aplacarlo.

— No pienso nada de eso de ti, Jesse.

— ¿Y se puede saber qué cojones es lo que piensas de mí? – Pregunta, aunque es más bien una acusación.

— Yo... Te amo. – Vuelvo a decir sin pensar y me tapo la boca instintivamente. Me giro para que no me mire y vea que es totalmente cierto, y aprieto los ojos maldiciéndome. Jesse me gira y me obliga a mirarlo.

— Dime eso otra vez. – Niego con la cabeza. – Dilo, Sammy. – Sigo negando. – MÍRAME Y DÍMELO.

— No. Ha sido una estupidez. Yo...

— ¡Yo también te amo, estúpida! – Grita y acto seguido me besa con toda la furia del mundo.

Sé que está todo en contra de este amor. Empezando por mi propio criterio. Pero, saber que Jesse me ama, hace que todo lo demás no importe.

Respondo a su beso salvaje y le arranco la camiseta prácticamente de

cuajo. Jesse hace lo mismo con la mía y comienza a desabrocharse los pantalones sin dejar de besarme. Le ayudo.

Cuando su erección queda liberada me agacho instintivamente para saborear la magnitud de su pasión por mí. Me agarra del pelo y gime como un loco cuando comienzo a succionar su sexo.

Lo amo. Sí. Lo adoro. Me quedaría por siempre a su lado. Pase lo que pase. Aunque ardiese en el infierno.

Jesse me levanta con impaciencia, tira todo lo que hay en la mesa y me sube a ella. Comienza a quitarme los pantalones.

— Jesse, ¿qué haces? – Digo sin aliento.

— Lo que llevo toda la vida queriendo hacer. – Hunde una de sus manos bajo mis braguitas y me besa con erotismo. – Te amo. Te amo. – Gimo. Tengo ganas de llorar. Es la primera vez que me dicen algo así y yo siento lo mismo. No puedo tener tanta mala suerte de que sea algo imposible para mí ser feliz junto a Jesse. Sus dedos trazan círculos en mi sexo y me hago líquido. – No soy perfecto, Sammy, pero no soy un monstruo. Y te quiero. – Saca mis pantalones como puede y me aparta las braguitas a un lado, dejando al descubierto todo mi sexo. – Te amo, joder. – Y entra en mí con toda su rabia. Se me escapan un par de lágrimas de tanta emoción contenida, pero su intromisión en mí es mi liberación.

— Te amo. – Me libero del todo casi sin aliento ante sus fuertes estocadas.

— ¡Siiii! Y vas a abrirte a mí. ¡Dilo!

— Siiii. ¡Ahhhh!

— Cada vez que te veo quiero hundirme en ti, Sammy. Morirme así. Matarte de pasión. – Sus palabras mientras me posee de esa forma en mitad del prado hacen que me encienda de una forma prohibida. – Me correré todas las veces de mi vida pensando en ti, me correré en ti.

— No, Jesse, no... ¡ahhhh! – Un tremendo orgasmo acude a mí sin permiso y todos mis músculos se tensan.

— ¡Siiiiii! – Grita y siento sus fluídos en mi interior.



— Jesse... – Digo rendida y apoyando mi cabeza en su hombro.

— Lo sé, lo sé. Lo siento. No pude contenerme. – Me abraza. – Me vuelves tan loco que yo... no sé cómo hacerte ver lo importante que eres para mí. Lo siento. Iré contigo a ver al doctor.

— Eres un insensato. – Digo esta vez mirándolo y sonriendo como una estúpida. Jesse agacha la mirada. – No te preocupes. Pero no lo hagamos más así. – Le beso.

— Deberías plantearte algún método anticonceptivo. Digo... si quieres... No sé si soy capaz de contenerme contigo, Sammy.

— Sí. Lo he visto. – Ambos sonreímos.

La montaña rusa que Jesse Jackson produce en mis emociones consigue de nuevo aplacarme. Y sé que volveré a estar de nuevo en la cima de alguna cumbre escabrosa y volveré a caer en caída libre hasta que, de nuevo, de un modo u otro, me haga volver a estar en calma.

Por la tarde vamos juntos al hospital. Christian me pone mala cara cuando me ve aparecer con Jesse, pero es un caballero y no dice nada. También me proporciona la píldora del día después sin rechistar y bajo la mirada inquisitiva de Jesse. Sé que estoy hiriendo su ego masculino, pero no lo hago de forma voluntaria.

Este pueblo es pequeño y la gente que conozco de verdad y que me pueden ayudar están contadas con los dedos de una mano.

Jesse aprovecha para visitar a Rose y yo finjo darle su intimidad. Aunque la verdad es que me quedo tras la puerta escuchando la conversación de los dos.

Escucho la risa de Rose al escuchar alguna tontería de Jesse y ese sonido me relaja muchísimo. Cierro los ojos y lo degusto. Jesse no le haría daño a Rose. A ninguna mujer. Él tiene razón. Ha estado con muchas mujeres de aquí. Puede que con la mayoría. Y no todas ellas han sufrido los ataques de un asesino. No hay vínculo con Jesse.

Erik llega y me sorprende escuchando la conversación de Jesse y Rose.

— Sam, hola.

— Hola, Erik. Jesse está dentro visitando a Rose. – Le informo.

— Bien, así podré hablar un rato contigo a solas. Siéntate. – Me pide señalando los sillones que hay en el pasillo en el que estamos. Obedezco. – Así que Jesse y tú...

— Sí, Erik. Y sé lo que vas a decirme. No debería. Él puede ser sospechoso en todo esto. Pero yo estoy convencida de que no tiene nada que ver, de verdad. – Le digo casi suplicando.

— Sam, ha estado con todas las víctimas. – Me recuerda Erik. – Voy a ponerle vigilancia, Sam. – Suspiro.

— No, Erik. Él no puede ser. Lo sé. ¡Estoy segura!

— Habla tu corazón, no tu cerebro. Eso es un hándicap para ti si vas a hacerte cargo junto a mí de esta investigación. – Aprieto los ojos porque los siento húmedos y no quiero llorar. – No sabemos nada de quién ha podido ser. Lo poco que tenemos apunta a Jesse inevitablemente, Sam. Hasta la descripción del tipo que Mike nos dio sobre el sujeto que estaba practicando sexo con Mary Jane la noche que desapareció.

— Hay muchos sujetos que encajarían en esa descripción, Erik.

— Y Jesse es uno de ellos. Escucha. Te necesito en esto, Sam. No podemos permitir que ninguna chica más sufra o muera. Y tenemos que encontrar a Kristen Nollan. Viva. – Asiento con tristeza. Yo sigo convencida que Jesse no tiene nada que ver. Yo lo vería. Siempre lo he visto. Pero no quiero poner en tela de juicio el criterio de mi jefe.

— ¿Qué quieres que haga? ¿Quieres que deje a Jesse? – Pregunto abatida.

— Todavía no. Puedes aprovechar la ventaja de que el chico parece realmente encandilado contigo y registrar su vivienda en busca de alguna pista. – Miro a Erik aterrorizada. Eso sí que será una gran traición. Si Jesse es inocente, como yo creo, jamás me lo perdonará. Aun así, no tengo otro remedio.

— Lo haré. – Prometo. – Y lo haré sobre todo porque sé que él no tiene nada que ver con todo esto y quiero demostrar su inocencia. ¡Escúchalo hablar con Rose! – Erik me sonrío con tristeza.

— Ojalá tengas razón. Pero este es nuestro trabajo, Sam.

— Y lo cumpliré.

— Vale, pues cuando Jesse salga de ahí vete a casa con él. Yo me haré cargo de la declaración de Rose.

Me he llevado a Jesse a cenar al Donna's. Yo le invitaré esta vez. No quiero entrar en su casa con él todavía. Tengo que recuperar el control y sacar fuerzas para hacer lo que voy a hacer; registrar su vivienda.

Él está más emocionado ante mi gesto que yo. Está sonriente y feliz y yo quiero grabar esa imagen de él en mi cerebro. Durante un brevísimo periodo de tiempo voy a hacer feliz a alguien y me van a hacer feliz a mí. Voy a amar y ser amada. Después la lluvia volverá y todo dejará de ser real. Ahora me arrepiento de haber tomado la decisión de ser policía para vengar la muerte de mi madre. Ella ya no volverá. La que sigue aquí soy yo y... no conseguiré vivir de nuevo sin volver a sentir lo que sólo Jesse me ha hecho sentir.

Me habla de su proyecto musical. Quiere volver a retomarlo y de nuevo dice que quiere que yo cante para él. ¡Es un disparate! Pero ahora mismo le diría que sí a todo.

También me comenta que quiere construir algo en la parcela que separa nuestras casas. Concretamente una piscina, un pequeño bar y un minúsculo escenario. La idea suena tan atractiva como disparatada también. Pero es un espacio muerto que podría ser utilizado de alguna forma.

Después de cenar damos un paseo por el pueblo cogidos de la mano. Es una noche preciosa y estrellada. Nos tomamos un helado y seguimos hablando de proyectos de futuro juntos. Decido creer que se harán realidad sólo por hoy. Como la cenicienta, viviré mi cuento de hadas por unas horas.

Cuando ya llega la hora de ir a casa le digo a Jesse que pasemos por el TNT a tomar unas copas. Le parece buena idea. Nos montamos en su preciosa Harley Davidson y me aprieto a la espalda de Jesse mientras me lleva al fin del mundo.

En el TNT un hombre está tocando al piano y, en cuanto ven a Jesse llegar, pronto le proponen que toque algo. La camarera saca una guitarra de detrás de la barra y yo convengo a Jesse para que toque algo. Mi sorpresa es que Jesse se dirige directamente al escenario conmigo de la mano y me pide que cante con él.

Me alegra ver que conoce a Julia Martín, una de mis cantantes favoritas, y decidimos cantar juntos con la ayuda del pianista “I used to be down”. Una canción que ahora cobra sentido si pienso en Mat. Antes de que Jesse llegase a mi vida me sentía miserable en el amor por culpa de lo que Mat me hizo sentir y padecer. Y ahora, junto a Jesse, el aire es fresco, el mundo es de color y el sol no se esconde. Es emocionante compartir con él esta canción pues él ha sido el que ha hecho que deje de sentirme miserable, que deje de pensar en Mat y hasta que pase página a la muerte de mi madre.

Cuando Jesse comienza a tocar “Imposible love” a la guitarra, también de Julia Martín, siento un nudo en la garganta mientras la canto. No quiero que nuestro amor sea imposible. No quiero renunciar a estos momentos. No he vivido algo así jamás. Y no quiero que acabe. Jesse me sonrío embobado mientras canto a su lado. Mira lo que me haces ser, Jesse. Alguien así no puede ser dañino. ¿Por qué tiene que torcerse todo? ¿Por qué?

El momento de llegar a casa llega y, otra noche más, yo me quedo en casa de Jesse.

Después de hacer el amor dulcemente Jesse cae en un profundo sueño a mi lado. Lo observo durante minutos, puede que horas. ¿No es lo más bonito que has tenido nunca, Sam?

Al final me levanto, desanimada, y comienzo la expedición por la casa de Jesse. Todo está como siempre. Excesivamente ordenado y limpio.

El primer lugar en el que miro es en el salón. Abro los cajones y miro en su interior rezando por no ver nada fuera de lo normal. Lo único que encuentro raro son fotos en familia que llevan mucho tiempo guardadas en el fondo de un cajón, cubierto por manteles, como si no quisieran ser vistas nunca más. En ellas, veo un matrimonio con dos hijos que se llevan mucha diferencia de edad y que parecen una familia corriente, normal y feliz. Me detengo en la expresión de William, el padre de Jesse. Parece distante, pero sereno. Jesse juguetea con el pelo de su hermano Kevin de una forma muy tierna. Acaricio su imagen con los dedos. Esa foto es de cuando yo vivía aquí, más o menos. Ese es el Jesse que he recreado tantas veces en mis sueños. ¿Quién me iba a decir que acabaría durmiendo en su cama y hablando de planes de futuro con él? Suspiro y guardo las fotos en el cajón.

Por hoy ya he tenido suficiente. En esta habitación no hay nada. Otro día miraré en otro lado.

Vuelvo a la cama y Jesse se despierta cuando nota de nuevo mi calor junto a él. Me abraza y me aprieta contra él.

— ¿Dónde estabas? – Pregunta sin abrir los ojos.

— Fui a por agua. Duerme. – Le doy un beso en la punta de la nariz y sonrío de felicidad sin abrir todavía los ojos.

Sigo mirándolo un poquito más. La luz la luna entra por la ventana y lo alumbraba como si fuese un foco alumbrando al protagonista de un musical. El protagonista de mi vida.

Abro los ojos y es de día. La melodía de una canción es la que me despierta. Jesse no está en la cama. Un momento...

Persigo el rastro de su voz y me lleva hasta su porche, en donde me encuentro a Jesse sentado en una silla, tocando su guitarra y con un sombrero tejano que le queda muy sexi. Está cantando su canción “too much to say” y, cuando me ve apoyada en el quicio de la puerta de la casa, me hace un repaso con la mirada mientras continúa cantándola. El desayuno está listo y dispuesto sobre la mesita. Yo me acerco hasta él y me siento sobre sus piernas, con la guitarra de Jesse en medio de ambos.

Sigue cantándome mientras me mira fijamente. Le beso y ni así deja de cantar. Enredo mis manos en su pelo y le acaricio. Parece que le gusta, porque continúa cantando, pero con los ojos cerrados y una cara de gustirrinín muy linda.

Cuando termina la canción deja la guitarra a un lado y me abraza.

— Buenos días, mocosa. – Me besa la punta de la nariz.

— Buenos días.

— Otro bonito día levantándome junto a ti. – Sus tiernas palabras me remueven todo por dentro.

— Otro de muchos, espero. – Pego mi frente a la suya, melancólica.

— No tienen por qué dejar de existir estos amaneceres. – Lo miro. – Quiero que te quedes aquí, conmigo.

— Jesse, no llevamos ni un mes juntos.

— Y parecen años. – Sonrío.

— Tampoco es que yo viva muy lejos. – Señalo mi casa.

— Para mí es lejos. ¡Mucho! – Acaricia mi nariz con la suya. – ¿Qué sería de mí si me levanto solo en mitad de la noche y tú no estás, junto a mí? – Suelto una carcajada.

— Venir a mi casa. Dejaré la ventana de mi habitación abierta para que entres.

— Bueno, por ahora me conformo con eso. ¡De hecho suena bien eso de entrar por la ventana y hacerte guarradas mientras duermes! – Vuelvo a estallar en una enorme carcajada.

— No tienes remedio.

Después de desayunar Jesse se pone a trabajar y yo aprovecho que está bastante ocupado y llamo a Tony. Tengo una conversación pendiente con él.

Quedamos en vernos en las afueras de Red Stone Lake, en una cafetería de carretera. Hoy el día está un poco nublado.

Cuando llego, Tony aún no ha hecho aparición. Así que me siento en una mesa y pido un café mientras le espero. Una madre con su hija que están sentadas en otra mesa cercana a la mía llaman mi atención y vuelvo a acordarme de mi madre. No debería olvidarla. Ahora que estoy tan cerca de saber qué le pasó...

Pero, por otro lado, me pregunto qué diría mi madre si supiera qué he hecho con mi vida tras su partida. Seguro que me diría que viviera esta locura que estoy viviendo con Jesse. Y que la disfrutara como si cada día fuese el último día.

— ¡Hey Sam! – Tony me saca de mis ensoñaciones. Está de pie frente a mí. Me da un beso y se sienta frente a mí. – ¿Qué tal? ¿Has conseguido echarle ya un polvo a Jesse Jackson?

— Hola Tony. Digamos que unos cuantos. – Respondo seria. Él sonrío con

ganas.

— ¿Y folla tan bien como parece? – Miro a mi alrededor escandalizada. Menos mal nadie le oyó.

— ¿A qué vino ese teatro de que yo te gustaba? ¿Por qué le dijiste eso?

— Funcionó, ¿no? Se puso celoso y fue a por ti.

— ¿Y qué es eso de que estás casado? – Le reprendo. – No entiendo nada. ¿No eras gay? – Ahora es Tony el que mira a todos lados.

— ¡Calla! Sí que lo soy. Pero quise evitarlo. Janet y yo nos casamos sin pensarlo mucho. Fue todo muy rápido. Pero hace tiempo que estamos separados. Aunque aún no firmó los papeles del divorcio. – Me cruzo de brazos enfadada. – Tienes que entenderlo, Sam. Aquí nadie comprende esas cosas.

— ¿Y tienes que engañar a una persona para ocultar tus estúpidos miedos?

— Ella lo sabía, Sam. No es como tú crees. – Se defiende. – Fue idea suya. Nos liamos varias veces. Intenté ser... normal.

— ¡Tony no hay nada de malo en ser gay! ¡No seas ridículo!

— Sam, para mí no fue tan fácil ni siempre lo tuve tan claro. Experimenté. He deseado a mujeres. ¡Te deseé a ti durante un breve periodo de tiempo! Así que no le mentí a Jesse. Si no fuera porque ahora sí sé que los hombres me gustan más que las mujeres me seguirías gustando. Eres un bellezón. – Ahora me pongo colorada.

— No exageres.

— No lo hago. Y creo que a Jesse al fin le gusta alguien de verdad. Le gustas tú. Corre el rumor por el pueblo que ha dejado definitivamente a Laura Miller. Me han dicho que la han visto discutiendo con él por ello y sufriendo un ataque de nervios.

— Joder. Yo sé que esa no me lo va a poner nada fácil.

— ¿Para follar con Jesse? Querida lo tendrás en la palma de tu mano cuando quieras.

— No, hablo de nuestra relación.

— ¡¿Estás saliendo con Jesse Jackson?! ¡Estás loca!



— ¿Por qué? Me ha dicho que me quiere y yo a él también. – Tony abre los ojos como un búho. – Vamos en serio, Tony.

— Tú misma.

— No estará con otras. Él me lo ha dicho. Creo en él.

Tony me aclara las dudas que tenía de él y, creo que puedo decir que lo comprendo un poco. Aunque yo nunca defienda las posturas cobardes, pero yo no soy muy consciente de lo que habrá pasado.

Al volver a casa me encuentro un coche muy familiar aparcado frente a mi casa. ¡Nelson! Dejo la moto rápidamente y corro hacia él, que está saliendo del vehículo. Acaba de llegar.

— ¡Sam! ¡Ven aquí, pequeña brutita!

— ¡Nelson! – Lo abrazo con fuerza. Me emociona volver a verlo. Quiero mucho a este negro viejo y gruñón.

— ¡Mírate! ¡Estás preciosa! Pelo suelto, pantalones de cuero... ¡hasta te has maquillado un poco! – Me encojo de hombros. – Tú tienes un ligue. – Me acusa divertido apuntándome con el dedo. Le señalo con la cabeza la casa de Jesse. Él mira hacia donde señalo y me mira. Abre la boca. – ¡Tu amorcito de la infancia! ¡Cuánto me alegro, pequeña! – Vuelve a abrazarme. Veo a Jesse aparecer todo lleno de grasa por el porche de su casa y me mira con recelo cómo abrazo a mi queridísimo Nelson.

— ¿Te importa que le invitemos a comer con nosotros? – Le pido a Nelson. – Él no sabe aún nada de mi trabajo y mucho me temo que cuando lo sepa me mande al cuerno. – Digo tristonamente.

— Dile que venga. ¡Tengo que leerle la cartilla! – Sonrío. Llamo a Jesse con la mano. Hace lo que le pido y se acerca a nosotros, mientras va tratando de quitarse la grasa de las manos con un trapo.

— Hola, soy Jesse Jackson. – Le tiende la mano a Nelson amigablemente. Nelson, por otro lado, le da un abrazo a Jesse y nos quedamos él y yo perplejos. – Me alegra conocerlo mejor. Sammy le tiene mucho cariño. Creo que es usted algo así como un familiar para ella.

— Soy casi como su padre, chico. Así que cuídame a esta joya de mujer. Es muy terca, tozuda y a veces un hueso. Pero no hay nadie más fiel, leal y noble

en todo el estado. ¡Y le dejas que te llame Sammy! – Me dice Nelson burlón. Sonríe forzosamente. – Sí que te debe de gustar el chico. – Jesse se ríe.

— Me gusta como lo dice él. Pero para el resto del mundo soy Sam. – Me defiende. Jesse me sonrío.

— Vaya, parece que tengo ese privilegio sólo yo.

— Así es, muchacho. ¿Te quedas a comer con nosotros? – Le pregunta Nelson dándole una palmada en la espalda. Jesse se mira.

— Sería un placer. ¿Me permitís unos minutos para ponerme más atractivo todavía? Tengo que seguir impresionando a mi chica. – Nelson y yo reímos.

— ¡Claro! ¡Mira, si hasta la haces reír! Eres mi ídolo. – Golpeo el hombro de Nelson.

— ¡Vale ya!

Mientras Jesse va a su casa a ducharse, aprovecho para poner al día a Nelson de las investigaciones. Y... de mi misión de vigilar a “mi chico”.

— Vaya, Sam. ¿Estás segura que él no tiene nada que ver? Hay muchas coincidencias. – Me dice cuando estamos sentados en el porche de mi casa tomando una cerveza.

— Tú lo has visto, Nelson. Tú y yo tenemos más experiencia que Erik en esto. ¿Tiene Jesse el perfil de psicópata asesino?

— Sam, yo no lo conozco prácticamente de nada.

— ¡Vamos, no me jodas! Tú siempre aciertas en tus primeras impresiones.

— No siempre. Pero la verdad es que el muchacho parece del todo inofensivo. De todos modos, haz tu trabajo, Sam. Te conseguí este trabajo porque sé que ser policía es tu vida. Y allí no estabas a salvo.

— Ya no quiero volver a Chicago. – Nelson abre los ojos, incrédulo.

— Tú no eres nada pueblerina.

— No. Pero aquí he encontrado la felicidad. La felicidad que nunca conocí. Tengo planes de futuro. Tengo gente que realmente se preocupa por mí. Y no hablo sólo de Jesse. Erik es un buen tipo. He recuperado a Tony, mi amigo de la infancia. Hasta le estoy cogiendo aprecio al Doctor Smith, a pesar de que le

gusto, sé que es un buen tipo. Rose me necesita. Se ha abierto conmigo. Y tengo que encontrar a Kristen Nollan. Viva.

— Y tienes que continuar tu única historia de amor que puede funcionar. – Me recuerda Nelson.

— Sí. Jesse me recuerda mucho a mí. Bueno, yo no me he follado a medio Chicago, pero él ha vivido también un infierno y ha estado muy solo. Yo soy la única persona que cree en él, Nelson. La única persona que realmente le apoya y quiere verlo feliz. Sé que suena a disparate. Pero si yo también lo abandono así, sin darle una oportunidad, lo hundiré del todo y no me lo perdonaré en la vida.

— Tienes mi apoyo, Sam. Si fuese un psicópata asesino ya te habría descuartizado. – Bromea mi amigo. Aunque nunca entenderé que encuentra de gracioso en esas bromas.

— Llevas mucho tiempo de poli, Nelson.

— Sí, tienes razón. He pedido la jubilación. – Me sorprende.

— ¿Tú? – Asiente. – ¿Y qué harás tú si no es ser el grano en el culo de los malos?

— Podría venirme a vivir a un sitio así. Parece tranquilo. Mi mujer me lo agradecería.

— ¡Pues vente! – Digo emocionada.

Minutos después Jesse se une a Nelson y a mí. No exagero si digo que es uno de los momentos más felices de mi vida. Ver a Nelson hablar tan cercanamente con Jesse. Verlos a ambos bromeando, aunque yo sea el foco central de sus bromas. Ver a los dos hombres más importantes de mi vida así, juntos, alegres, conectando.

Después de comer Jesse se disculpa porque tiene mucho trabajo pendiente y, después de darme un beso de película frente a Nelson, se despide de mí hasta el anochecer.

Yo aprovecho para ir con Nelson a hacer una visita a Erik a la comisaría y ponernos manos a la obra con la investigación.

— Sí que os ha dado fuerte a tu amorcito de la infancia y a ti. – Afirma

Nelson mientras vamos en su coche en dirección a la comisaría. – Jamás, nunca, en la vida te había visto así. – Sonrío.

— Creo que estábamos hechos el uno para el otro. Esta relación nos ha cambiado a los dos.

En la comisaría Erik nos hace pasar a ambos a su despacho.

Sobre su mesa tiene los expedientes de las tres desapariciones que han acontecido y yo les sumo la de mi madre, que llevo en mi bolso.

Les paso la lista de los sospechosos que escribí también. Erik me mira sorprendido al ver el nombre de Jesse en esa lista. Sí, Erik. Yo soy profesional. Y, aunque esté convencida de que él no tiene nada que ver, sólo lo borraré de esa lista cuando haya pruebas suficientes de su inocencia. Aunque tampoco lo voy a culpar si no hay pruebas de su culpabilidad. Esto funciona así, así es cómo me enseñaron a mí a tratar a las personas cuando estuve en la academia de policía. Todo el mundo es inocente hasta que se demuestre lo contrario. Y, si se demuestra su culpabilidad, para mí un delincuente es alguien maldito para siempre. Pero Jesse no lo es. Y yo voy a demostrar su inocencia.

Para defender a Jesse les informo a Erik y a Nelson que cuando se produjo el secuestro de Kristen Nollan Jesse ni siquiera estaba en el pueblo. Yo misma he visto las pruebas de que se encontraba con su hermano de acampada en otro lugar lejano. Erik piensa que puede ser para despistarnos. Le dedico una mirada rencorosa. Creo que Erik está muy por la labor de creer que Jesse es el que está detrás de todo esto.

Yo, sin embargo, tengo más dudas de su padre. Nadie sabe nada de ese hombre desde hace siglos.

— Nelson, ¿has encontrado algo sobre William Jackson como te pedí? – Le pregunto a mi amigo.

— Nada. Es como si se lo hubiese tragado la tierra. Pero, lo que sí que he encontrado es esto. – Dice mi gran amigo depositando unos papeles en la mesa. Los tomo en mis manos y los observo detenidamente.

— Jessica Grant, desaparecida según esto hace cinco años en New Jersey y encontrada muerta en el río Hudson ocho meses después de su desaparición

con una nota en la mano que dice “No desearás al cónyuge de tu prójimo”. – Leo en voz alta. Miro a Nelson desconcertada. – ¿Qué tiene esto que ver con el caso?

— Mira la foto del cadáver. – Me dice mi amigo. Rebusco la dichosa imagen y en seguida me doy cuenta a qué se refiere mi amigo. La chica tiene los zapatos intercambiados. Miro a Nelson. Asiente. No hace falta que digamos nada.

— ¿Qué pasa, Sam? – Quiere saber Erik. Le tiendo la foto con un pulso terrible. – ¡Oh! – Se queda atónito y sé a qué conclusión va a llegar tras esto. – Es nuestro hombre... Sam, no quiero joderte la vida, pero tú sabes que Jesse...

— Que Jesse estuvo en Nueva York por esa época. – Termino la frase por él apretando los ojos.

— Sam... son muchas coincidencias. – Susurra Erik posando su mano en mi hombro. Abro los ojos y lo miro con firmeza, sintiendo la humedad que comienza a acudir a ellos.

— No es él. No sabemos nada de William Jackson, el padre de Jesse, ha podido ser él. Es mucha coincidencia que haya desaparecido justo cuando comenzó el primer asesinato de todo esto. Ha esperado el tiempo suficiente para que todos nos olvidásemos del caso de mi madre para que nadie sospechara de él. Pero no ha pensado que yo sigo aquí, he vuelto y no he olvidado ni por asomo el caso de mi madre. – Erik y Nelson me miran detenidamente.

— La verdad es que tiene sentido. – Me dice Erik.

— Tiene mucho sentido. – Confirma Nelson. Suspiro profundamente y me siento en una silla. Las fuerzas comienzan a flaquearme. – Pero tenemos que seguir con la investigación.

— Es alguien muy religioso. – Digo con la mirada perdida en el frente. – De eso estoy segura.

— ¿Cómo? – Pregunta Erik extrañado. – ¿Por qué lo piensas?

— Está castigando a mujeres que tienen relaciones sexuales con hombres casados o emparejados. – Vuelvo a mirarlos. – ¿Recuerdas lo que repetía Rose sin cesar cuando comenzó a hablar? – Inquiero a Erik.

— Eres una sucia puta que se folla a hombres casados... – Repite las palabras de Rose. – Vale, puede que las esté castigando. ¿Por qué piensas que es

religioso?

— Es uno de los mandamientos. – Me pongo en pie. – Y esto tiene que significar algo. – Digo señalando los zapatos intercambiados de lugar en la foto de mi madre, de Mary Jane y de la chica de New Jersey.

— ¡Espera! – Exclama Nelson. – Recuerdo un cuento que nos contaba el cura de la parroquia del barrio en el que me crie. – Erik y yo lo miramos con atención. – Se llamaba “En mis zapatos” y quería decir que antes de hacerle algo a alguien tenías que ponerte en el lugar de esa persona. – Asiento.

— Creo que la persona que está detrás de todo esto quiere que esas chicas sepan la tortura emocional por la que nuestro criminal ha pasado. – Divago en voz alta. – Puede que ese sea su mensaje.

— Sam, pequeña, creo que has dado con la clave. – Asegura Nelson.

— Pues, que sepamos, Jesse no ha tenido en su vida pareja. – Asevero mirando en esta ocasión a Erik. Él asiente. – Todo puede ser una maniobra de despiste.

— Me resulta muy raro la coincidencia de que él estuviese justo en Nueva York por aquél entonces, Sam.

— Sigo pensando que deberíamos buscar a William Jackson. Quizá sea su propio padre el que intenta quitarle de encima a su hijo a las mujeres que han cometido lo que para él es un crimen. – Nelson asiente conforme con mi declaración.

— Los Jackson no han sido nunca religiosos, por lo que yo sé. – Me rebate Erik.

— No, no lo son. Te lo puedo asegurar. Pero no sabemos los derroteros que ha podido tomar la mente de ese hombre durante trece años de desaparición. ¿Y si ha sido captado por una secta?

— Erik, investiga al tal William. – Pide Nelson. – Creo que es el principal sospechoso. Todo empezó por Victoria Gómez, la mujer que se interpuso en su matrimonio y por la que iba a dejarlo todo. Tenía motivos más que de peso para odiarla y para intentar evitar que su hijo mayor pasara por lo mismo que él. – Sonríe a Nelson. – Sam, hija, eso te coloca a ti en el punto de mira. No sólo porque eres su hija, sino también por tu historia con Mat. – Trago

saliva y asiento. – Ten mucho cuidado. Si tu tesis es correcta, sería peligroso.

— Jesse también tiene motivos para odiar a tu madre, Sam. Puede que para él fuese la causante de toda su mala suerte. – Qué pesado está Erik con Jesse. Le pongo los ojos en blanco. – Pero comencemos por averiguar qué ha sido de ese hombre, su padre. De todos modos, quiero que sigas intentando averiguar si en la casa de Jesse hay alguna pista de todo. Si fue William, él también vivió allí. Puede que quede algún resquicio de alguna prueba.

— Está bien, jefe. – Afirmando obediente.

Por la tarde Jesse me llama y me dice que tardará en llegar a casa porque su hermano sigue por el pueblo y quiere pasar un rato con él. Yo le animo a que se quede con su hermano todo el tiempo que pueda, pues no lo ve mucho.

Nelson y yo cenamos en mi casa y seguimos conversando de las pocas pistas que tenemos sobre este caso. Algo se nos debe escapar y puede que esté frente a nuestras narices.

Cuando ya siento que la cabeza me está a punto de explotar de tanto pensar decido que me voy a la cama a dormir.

Sueño con chicas muertas en orillas de un río rojo. Sueño con un encapuchado con pasamontañas negro que me mira desafiante desde la otra orilla. Y... con Jesse... que se esconde detrás del encapuchado y me sonrío con malicia.

Un ruido me sobresalta en mitad de la noche. Doy un salto de la cama alarmada y, me encuentro con el insensato de Jesse entrando por mi ventana cuando estaba a punto de sacar mi pistola de debajo de la cama.

— ¿Qué haces, loco? – Pregunto más divertida que enfadada. Haciendo una torpe entrada se abre de brazos.

— Quería ver a mi chica. – Sacudo la cabeza mientras me acerco a él. Me abraza y me besa sonriente. – Duermo mucho mejor contigo a mi lado y me he dado cuenta de que nunca me has invitado a dormir aquí, en tu casa. – Me abrazo a su cintura y lo miro encantada de tenerlo aquí. Cuanto más lo voy conociendo más claro tengo que Jesse es más que inocente.

— Me alegra que hayas venido. – Me enseña un par de latas de cerveza que trae consigo.

— ¿Te apetece una o ya estabas dormida como las abuelitas?

— Tomémonos una. Pero vamos al porche. En la otra habitación está durmiendo Nelson, no quiero que lo despertemos. Ayer estuvo muchas horas viajando y debe estar muy cansado. – Jesse asiente sonriente.



Bajamos y nos tumbamos juntos en mi hamaca colgante mientras miramos las estrellas y bebemos nuestras cervezas.

— ¿Cómo está Kevin? Espero que no se llevara una mala impresión de mí en tu cumpleaños. – Digo.

— Está más que encantado contigo y lo nuestro. – Dice y me besa la punta de la nariz. – Dice que ya era hora de que encontrara una chica guapa, lista y con más carácter que yo para controlarme. – Sonrío y lo abrazo con fuerza.

— Quiero que esto funcione. – Pienso en voz alta. Jesse me aprieta con fuerza contra su pecho.

— Y yo. Hagamos que funcione. No puede ser tan difícil. Nos queremos. Nos complementamos bien. – Suspiro.

Debería decirle a Jesse sobre mi trabajo. Ya está bien de tanto secretismo. Él me quiere y no cambiará por saber que soy policía. Y tampoco quiero que se entere el sábado delante de todo el maldito pueblo. Él merece saber la verdad de mí.

— Hay algo que no sabes de mí. – Lo miro. Me mira. Suspira.

— Yo tampoco te he contado algunas cosas. – Confiesa. Besa mi frente. – Pero no quiero que huyas de mí. Que te me vayas y deje de sentirme tan feliz como me siento cuando estoy contigo. Me ha dado fuerte contigo, Sammy. – Sonríe con tristeza.

— Deberíamos sincerarnos. – Propongo. Jesse comienza a acariciar mis labios con su pulgar y su mirada se vuelve oscura. – Jesse...

— ¿Mmm?

— ¿Me has oído? – Me besa lentamente y acaricia mis labios con su lengua. Mi corazón se dispara. Acaricio su barba de dos días mientras respondo a su beso.

— Ajá. – Asegura mientras se coloca sobre mí y cuela una de sus manos bajo mi camión, buscando mi pecho. Su tacto es cálido y su caricia me inunda por dentro de sentimientos mágicos.

—Pues habla. – Sugiero e inconscientemente ya me estoy abriendo de piernas y acariciando su espalda por debajo de su camiseta.

— Después de hacerte el amor. — Propone colando su otra mano por debajo de mis braguitas. Hiperventilo sin dejar de mirarle a los ojos. Esa mirada de Jesse de deseo es lo más seductor que me he echado a la cara en mi vida. Respira de forma ruidosa en mis labios mientras me besa e introduce dos dedos en mi interior. — ¿Te he dicho que me pones muy cachondo? — Asiento en sus labios entre gemidos. — Bien. ¿Te he dicho que te quiero también? — No puedo esconder mi enorme sonrisa.

— Sí.

— ¿Te he dicho que te haría el amor el resto de mi vida? — Pregunta esta vez conforme va bajándome las braguitas. Lo miro divertida y niego con la cabeza. — Ah, ¿no? ¿No te he dicho esa parte? — Vuelvo a negar sin dejar de mirarlo. Me siento gigante. Se coloca de nuevo entre mis piernas, desabrocha sus pantalones y se introduce en mí sin dejar de mirarme. — Sé mía. Quédate aquí. Vivamos juntos. — Me pide con la respiración acelerada y yo no puedo contestar mientras lo noto entrar en mí.

— Ahhh, Jesse...

De pronto, las luces de un coche que se dirige a toda velocidad hasta mi casa nos ciegan. Derrapa frente a mi porche y para justo al lado del coche de Nelson.

Aparto a Jesse de un manotazo y me vuelvo a poner las bragas, mientras miro atentamente intentando ver al subnormal que acaba de llegar. No veo nada. La luz es cegadora. Sólo veo una sombra negra salir del coche que se dirige hacia mi porche. Parece una silueta masculina.

Jesse se tensa a mi lado mientras se abrocha los pantalones. Esto es muy amenazante.

Miro a mi alrededor en busca de algún objeto punzante que pueda usar como arma. ¡Mierda! ¡No veo nada! El sujeto se acerca y Jesse se coloca delante de mí para protegerme.

¡No! ¡Déjame a mí!

Salgo de detrás de Jesse más que tensa.

— ¿Quién es? — Pregunto al intruso. Entonces veo una piedra en el suelo y me agacho rápidamente a cogerla. — ¡No te acerques más y dime quién eres!

— Sam... — Esa voz... Esa puta voz...

— ¡Para ahora mismo! — Le ordeno cuando ya lo veo subir un peldaño de los escalones de mi porche. — Para o te abro la cabeza, ¡joder!

— ¡Eh! ¿Por qué estás así? ¿Quién es? — Me pregunta Jesse. No respondo. Ni lo miro. Sólo me enfoco en esa endiablada silueta que ha venido a mortificarme. — Voy a llamar al sheriff. — Dice mientras saca su móvil. Yo le detengo con mi mano. Jesse me mira sin comprender.

— No. — Le pido a Jesse. — ¡Vete ahora mismo por dónde has venido! — Grito al intruso.

— Sam, mi amor. — Jesse se tensa a mi lado. Yo me tenso aún más. — Necesito hablar contigo. Tienes que escucharme.

— ¿Quién cojones es, Sammy? — Pregunta Jesse de lo más tenso.

— Un imbécil. Un egoísta ¡y un gilipollas! — Digo esto último más alto. — ¡Vuelve por dónde has venido, joder! ¡¿Cómo cojones me has encontrado?! — Sube otro escalón más y yo estoy a punto de lanzarme a él y abrirle la cabeza.

— Le puse un rastreador a Nelson. Sabía que venía a verte. — Da otro paso más y ahora ya puedo verle la cara. Parece desesperado. — Necesitaba verte. Hablar contigo, mi amor.

— ¡Mira, no sé quién cojones eres, pero o te apartas de mi chica o te abro la crisma! — Le grita Jesse en las narices encolerizado. No lo freno. Quizá así se dé cuenta este imbécil que conmigo ya no tiene nada que hacer.

— Mat, vete. — Jesse se gira y me mira con los ojos muy abiertos. Consternado.

— ¿Éste es el capullo de Mat? — Asiento sin poder mirar a Jesse. Mat y yo nos miramos fijamente. Él me dedica una lastimera mirada y la mía es envenenada.

— No lo haré. No hasta que tú y yo no hablemos, Sam.

— ¡Ella no tiene nada que hablar contigo! — Le escupe Jesse rabioso. Mat al fin le mira y lo hace de arriba abajo, desafiante. — ¿No la has oído? ¡Vete ahora mismo!

— ¿Quién te crees que eres tú para decirme lo que tengo que hacer? —

Replica Mat. Suspiro.

Esto va a acabar mal si estos dos no se relajan. No quiero meter a Jesse en esto. Lo tengo que arreglar yo solita y por fin tengo las fuerzas necesarias para hacerlo gracias a algo que ha cambiado en mí: Jesse Jackson. Porque al fin amo a alguien de verdad, amo a Jesse con toda mi alma y Mat no podría darme en cien años lo que Jesse me da en un solo día.

— Jesse... – Le acaricio el brazo acercándome lentamente hasta él. – Déjame hablar con él. – Le pido serenamente y con una sonrisa tranquilizadora en mi semblante. Jesse me mira como si me hubiesen salido tres cabezas.

— ¡¿Qué?! ¡¡¡Ni hablar!!! ¡Este imbécil se va a ir ahora mismo de aquí o lo mato! – Le agarro de la mano, tratando de separarlo de Mat. No se mueve, así que pruebo suerte acariciando su rostro. Me mira encolerizado. – No me pidas eso, Sammy. No me voy a ir a ningún sitio. ¡Quien se tiene que ir es él! – Apunta a Mat con el dedo y le grita de nuevo. Mat levanta la cabeza como signo de chulería. – Me volveré loco si te dejas a solas con este chiflado. – Suplica negando con la cabeza.

— Estaré bien. – Le sonrío. Jesse suspira y me maldice con la mirada. – Quiero estar contigo Jesse, sólo contigo. Pero también quiero zanjar ya esta historia.

— ¡Ya está bien de historias y aléjate de ella! – El descerebrado de Mat interviene y me coge del brazo para separarme de Jesse.

Jesse se vuelve loco y trata de golpear a Mat, que lo esquiva como buen poli que es y termina por golpearme a mí, haciendo que caiga al suelo. ¡Joder, qué hostia!

— ¡Sammy! – Jesse se tira al suelo para cogerme. – Nena, lo siento, lo siento...

— Tranquilo, tranquilo. – Le digo sonriendo y tocándome el labio. – Estoy... bien.

¡Mierda, me lo ha partido!

— ¡No la toques! – Interviene Mat. – Jesse se tira encima de Mat y comienzan un baile de hostias.

— ¡Joder, ya está bien! – Me levanto mareada por el golpe que he

recibido y, gracias al cielo, Nelson aparece también y me ayuda a separar a esos dos.

— ¿Qué demonios pasa aquí? – Pregunta Nelson aturdido y recién arrancado de su plácido sueño, pero reacciona rápidamente sujetando a Jesse y yo trato de hacer lo propio con Mat, que se me escurre como una culebra.

— ¡Nelson, llévate a Jesse! – Le pido cuando por fin ha conseguido reducir a mi hombre y tiene sus manos inmovilizadas en la espalda.

— ¡¿Qué?! ¡¡No!! ¡¡NO!!! ¡Sammy! – Grita Jesse mientras es arrastrado por Nelson al interior de mi casa. – ¿Qué cojones haces, Nelson? ¡Ese tipo es un cretino! ¡Nena! ¡No me jodas! – Me escupe con rabia e impotencia mientras ve como no puede evitar ser arrastrado por las fuertes manos de Nelson hacia el interior de mi vivienda.

Aprieto los labios y compadezco su resquemor.

— ¡Eso llévate a ese imbécil o lo mato! – Grita Mat y yo le doy un puñetazo en el estómago. Se retuerce.

— ¿No deberías estar con tu dichosa esposa, Mat? – Le increpa Nelson mientras intenta hacer entrar a Jesse a mi casa con mucha dificultad. – ¿Has venido a joderle más la vida a Sam? ¡Ésta la vas a pagar! – Al fin consigue hacer entrar a Jesse en casa, que patatea y grita “No” constantemente. Cierra la puerta y le escucho tratando de serenar a mi hombre. – ¡Estate quieto, muchacho!

— ¡Quiero que ese hijo de puta se aleje de mi chica! – Oigo gritar a Jesse al otro lado de mi puerta. Aprieto los ojos.

— Déjalos hablar.

— ¡No! ¡¡No!!! ¡No pienso dejarla ahí sola hablando con ese! – Escucho el forcejeo desde dentro de mi casa. – ¡Si la toca lo mato! ¡¡TE MATARÉ A TI TAMBIÉN POR PERMITIRLO!!

Miro a Mat que aún continúa recuperándose del golpe que le he dado y lo miro con odio.

— Vamos. Demos un paseo. – Le propongo de mala gana a pesar de que estoy en camisón. Mat me mira extrañado. – No quiero más problemas aquí. Vamos. – Mat me observa de forma precavida.

Debe saber que estoy enfada y mucho. Pero también tengo ganas de zanjar esta historia de una vez por todas.

Me sigue. No tengo la intención de ir muy lejos con él. Tan sólo lo suficiente para no oír los quejidos de Jesse para no despistarme en el mensaje que quiero hacer llegar a Mat.

Andamos en silencio, uno junto al otro. Un silencio incómodo.

— Sam. — Me coge del brazo a medio camino para hacerme girar y ponerme de frente a él. — Llevo tantos días tratando de encontrarte... — Su mirada es vidriosa. Por un momento hace que dude de todo. De lo que siento por Jesse, de lo que siento por él...

— No deberías haber venido, Mat. — Sacude la cabeza mirando al suelo.

— No me digas eso. Me estoy volviendo loco sin ti. Quiero que lo intentemos, Sam. Por favor...

— Ya es tarde para eso. Vuelve con tu mujer. — Digo con tanta serenidad que me sorprendo.

— No... — Mat me agarra y me besa apasionadamente. Me intento zafar de su agarre y a duras penas lo consigo. — La dejaré, te lo prometo. Lo dejaré todo si hace falta. — Promete. Suspiro.

— No lo entiendes. No quiero que lo hagas, Mat. Ya no. — Me mira sin comprender. — Me he enamorado de otra persona y quiero intentarlo con él.

— ¡No me estás hablando de ese imbécil de pueblo! — Grita señalando a mi casa, donde Jesse sigue histérico esperando a que vuelva mientras Nelson lo tiene apesado.

— Ese imbécil de pueblo es la persona que más me ha hecho sentir en la vida. — Escupo con rabia. — No sólo me ha hecho el amor como jamás nadie me lo ha hecho. Ha estado a mi lado en los peores momentos, me ha enseñado las estrellas desde sitios increíbles, me ha llevado a bailar, ¡hasta me ha hecho cantar! Me ha traído el desayuno cada mañana. Ha hecho de cada momento que he vivido aquí algo especial. ¿Crees que puedes superar eso?! — Le reto mientras voy poniendo en palabras todo lo que Jesse ha hecho por mí y me doy cuenta cuantísimo lo quiero. Mat me mira perplejo. — No podrías igualarlo ni en cien años, Mat. Y eso es lo que quiero para mi vida. Quiero a Jesse Jackson. Y

quiero que te vayas y te olvides de mí. – Siento una liberación impresionante mientras digo estas palabras. Mat sigue inexpresivo mirándome. – Di algo. – Le pido. – Dime que lo entiendes y que me dejarás ser feliz aquí. Me lo debes, Mat. – Mira al suelo. Parece que va a llorar. – Mat... ya no siento lo que sentía por ti cuando me fui. Necesitaba tener la posibilidad de abrirme plenamente a alguien y me ha sucedido; me he enamorado de alguien que puede darme todo lo que quería: normalidad.

— Lo siento. – Dice simplemente sin apartar la mirada del suelo.

— ¿Qué sientes?

— No haber estado a la altura. – Al fin me mira. Me apiado de él al ver las lágrimas en sus ojos. Ahora el que sufre por mí es él. Qué irónica es la vida. Le dedico una sonrisa condescendiente.

— No teníamos futuro, Mat. Tú lo sabías. Yo lo sabía. No deberíamos haber llegado tan lejos.

— ¿De verdad no hay nada que pueda hacer, Sam? – Pregunta con los brazos abiertos y con los ojos llenos de lágrimas. – Haría lo que fuera. Tenía miedo. Mucho miedo. No ha sido una decisión fácil. Tenía mucho en juego. Lo sabes. – Se acerca a mí y me agarra del rostro. Me pone nerviosa. No quiero volver a tener que rechazar sus besos. Me sigue costando un mundo rechazarlo a pesar de todo.

— No, Mat. Por favor. – Suplico con un hilo de voz mirándolo a los ojos. – Déjalo estar. Vuelve con tu mujer. Ella te necesita. Vais a ser padres, tienes una carrera profesional muy fructífera por delante. Lo nuestro tenía una fecha de caducidad corta.

— Sam... – Lloro y sacudo la cabeza. Consigue que me ablande. – No...

— Mat, por favor...

— No... no quiero decirte adiós para siempre. No...

— Mat. – Ahora acuno yo su cara entre mis manos. – Eh, déjalo estar. Ya pasó el momento de intentarlo. Era una locura. Yo debí haberlo visto antes. Pero ya sí que no tiene sentido.

— Entonces, ¿es definitivo? – Pregunta mirándome con los ojos más tristes que he visto en mi vida.

Asiento lentamente, aunque me asaltan las dudas momentáneamente. Él suspira.

— Vamos. Volvamos. – Le cojo de la mano y lo llevo hasta su coche, aparcado junto a mi casa. Una vez allí vuelvo a mirarlo. – Serás un padre estupendo. Te olvidarás de mí. – Comienzo a llorar sin saber por qué. Quizá es el efecto de toda despedida definitiva. He amado a este hombre. No, ni la mitad que a Jesse, lo sé, pero lo amé. – Sé feliz.

— Si alguna vez tú... – Me acaricia el rostro y apoya la frente en la mía, apretando los ojos. – Dios, no puedo hacerlo... Si te arrepintieras, llámame. Por favor. Sea cuando sea. Siempre te estaré esperando, Sam. – Asiento y me sorbo los mocos.

Me pierdo por un segundo en su mirada y casi no soy consciente de los gritos que acontecen dentro de mi vivienda. Y mucho menos lo soy cuando Mat me besa por última vez y, sin entender por qué, me dejo y enredo mis manos en su pelo.

Será el último beso. El adiós definitivo a la Samantha Gómez que vivía de espaldas al amor y con miedo a abrirse. Mat se irá de mi vida y me quedaré aquí, en este pueblo, junto a Jesse: el hombre al que amo con todo mi ser.

— Adiós. – Digo en sus labios.

— Volverás, amor mío. – Sus besos son como el terciopelo. – Me voy, por ahora. – Susurra en mis labios. – Porque me niego a creer que te he perdido para siempre.

— ¡Sam, maldita sea! – Oigo el grito de Jesse que ha burlado la vigilancia de Nelson y ha salido al porche. ¡Joder! Lo que menos necesitaba es que Jesse presenciara este beso. Miro a Mat.

— Por favor, vete. Por favor. – Suplico.

Mat traga saliva y se mete en su coche, me mira por última vez, suspiramos a la vez, arranca su vehículo y, al fin, lo veo irse, salir de mi vida. Ignoro el hueco que se acaba de abrir en mi pecho al verlo salir de mi minúsculo universo de personas queridas, vuelvo la mirada y veo a Jesse encolerizado en mi porche y a Nelson tratando de calmarlo.

— ¡Déjame, joder! – Le grita a mi amigo y se vuelve a zafar de él. Me



dirijo rápidamente a él.

— Jesse... – Intento cogerle de las manos y el me suelta de un manotazo.

— ¡Qué cojones estabas haciendo, eh! ¡¿Vas a volver con ese imbécil?! – Se le quiebra la voz mientras me grita. Sacudo la cabeza.

— No, ¡no! Estoy contigo. – Le digo y trato de besarle. Se resiste, pero no lo suficiente. Aunque me mira lleno de ira. – Mi amor... estoy contigo. Me quedo aquí. Ya se ha ido.

— Le has besado. ¿Sigues enamorada de él, Sammy? – Pregunta entre dientes.

— Te amo a ti, Jesse. Mucho. – Vuelvo a besarle. Esta vez se deja y libera un quejido en mis labios.

— ¡No te vas a ir con ese! – Me ordena.

— Estoy aquí, contigo. – Le acaricio y le beso sin cesar. – Te amo a ti. Quiero estar contigo, Jesse. – Me mira. No sabe si creerme. Tiembla todo su cuerpo y respira de forma acelerada. Su mirada parece del todo irracional. Necesito calmarlo. – Es la verdad, Jesse. Se ha ido. Ya es historia para mí.

— Chico, cálmate. – Dice Nelson. Miro a mi amigo para que nos deje a solas. Asiente al comprender y se mete en casa. Vuelvo a mirar a Jesse.

— Te quiero a ti. Y quiero quedarme aquí, a tu lado. – Jesse no consigue encontrar la calma en mis palabras y me asusta.

— ¿Es historia?

— Sí.

— ¿De verdad?

— De verdad.

— Si vuelvo a verlo acercarse a ti lo mataré, lo juro Sammy. – Aprieto los labios.

Eso es algo improbable. Mat está bien entrenado como policía. Sería Jesse más bien quien acabara malherido.

— No, Jesse. Olvídate de él. – Enrosco mis manos en su nuca. Me dedica

un gesto de desconfianza.

— No, olvídate tú de él. – Masculla rabioso. – ¿De verdad te enamoraste de un tipo casado, Sammy? – Entrecierra los ojos. Me quedo en shock. Me siento como si fuese en estos momentos la mismísima reencarnación de mi madre. – ¿Has sido tan imbécil de querer romper un matrimonio sólo para llevarte a ese desgraciado a la cama?

Jesse ha pasado la noche en mi casa. Anoche, cuando Mat se fue, intenté culminar con él lo que habíamos empezado antes de la absurda intromisión de mi excompañero, pero fue imposible. Yo no paré de pensar en Mat, pero no por echarle en falta, sino por la rabia que me da que haya aterrizado así de nuevo a mi vida. Aunque... no sé si en parte también sintiera tristeza por nuestra despedida definitiva como pareja. Algo que, por otro lado, nunca fuimos. Y Jesse tampoco pudo concentrarse mucho en la tarea. Estaba rabioso por momentos y fuera de sí en ocasiones, como si estuviera ausente, cavilando.

Acabamos bocarriba, mirando al techo y sin decirnos nada. Él al final se durmió, de espaldas a mí. Yo apenas he podido hacerlo en toda la noche. Siento que me está rechazando y alejándose de mí. Creo que no quiere hacer tal cosa, pero algo parece gritarle desde su interior que lo haga. No sé si ese algo es que piensa que puedo seguir sintiendo algo por Mat o el hecho de que piense de mí que soy una rompehogares, como mi madre.

Ahora estamos desayunando en el porche Nelson, Jesse y yo. Todos con cara de entierro y yo, para colmo, con una herida en el labio a causa del golpe que me propinó Jesse y que iba dirigido a Mat.

— Tengo que irme a trabajar. – Dice Jesse que se levanta mirando al suelo.

— ¡Eh, Jesse! – Me levanto yo también y le sujeto de la mano. Me mira, acaricia con su pulgar la herida de mi labio y suspira.

— Perdóname, pequeña.

— Estoy bien. No es nada. – Digo convencida. He tenido mucho peores heridas que ésta. – ¿Te veré luego? – Pronuncio mi pregunta con miedo. Jesse está distante. Está más frío que nunca conmigo.

— No trates de impedírmelo. – Intenta sonar chistoso, aunque su voz es triste. Le sonrío y niego con la cabeza. – Bien, hasta luego entonces, mocosa. – Me besa, quiere hacerlo con rapidez, pero yo le abrazo con fuerza para no deshacer el beso rápidamente.

— Hasta luego, Jesse.

Nuestras manos no rompen el contacto hasta que la distancia lo hace inevitable. Lo veo marchar en dirección a su casa y me pregunto cómo se tomará esta noche la noticia de mi trabajo. Porque pienso decírselo.

Es mejor digerir todas las malas noticias de una vez.

Necesito deshacerme de todos mis miedos ya. Yo no sé vivir así, aterrada. Y sé que el miedo de perder a Jesse me paraliza y me limita más que nada en este mundo.

\*\*\*\*\*

El resto del día lo paso con Nelson y Erik estudiando el caso. Además, mañana sábado será mi presentación oficial como ayudante del sheriff durante la fiesta de la Independencia, que se celebrará en la plaza principal del pueblo.

La noticia de que Rose Stapleton ha pedido el alta voluntaria del hospital Saint George nos pilla a todos desprevenidos. Erik decide ponerle vigilancia extrema las veinticuatro horas y además le hacemos una visita, ya en su domicilio.

Su mejoría es palpable. Pero la información que sigue aportando sobre su raptor es escasa. No sirve de mucho, o más bien de nada. Todo lo que confirma es que la voz que escuchaba era perteneciente a un varón, algo que ya presuponíamos, aunque no la pudo reconocer pues estaba distorsionada por un aparato que la hacía sonar eléctrica. Y, cabe sólo añadir que la sermoneaba constantemente por su estilo de vida indecente. Eso refuta más todavía mi teoría de que es alguien con grandes creencias religiosas.

Por la tarde, Nelson y yo hacemos varias visitas a personas que hayan estado relacionadas de algún modo con el padre de Jesse, por si aportan algo sobre su paradero. Nada. A ese hombre se lo ha tragado la tierra. ¡Es muy frustrante!

Por la noche, Erik dice haber averiguado algo que quiere comunicárnoslo, pero yo necesito hablar con Jesse primero, así que le pido a Nelson que acuda él a informarse de todo con Erik. Y, de este modo, me informará él luego cuando venga a mi casa.

Llamo a Jesse por teléfono cuando ya estoy desnuda y a punto de darme un baño y le pido que venga a cenar a mi casa. Accede enseguida, para mi alivio.

Decido ponerme todo lo guapa posible para hacerle más complicado dejarme, si es que eso es lo que pueda llegar a plantearse tras conocer mi verdad.

Me pongo el vestido de flores, dejo mi melena suelta y ondulada, me maquillo incluso de forma sugerente y hasta me pongo tacones. ¡Otra vez yo con tacones! Pero necesito que Jesse se quede conmigo, a mi lado. Necesito a Jesse. Lo amo más de lo que he conseguido amar a alguien en toda mi vida. Él y sólo él ha hecho que por fin me sienta viva.

Cuando ya estoy dándome los últimos retoques escucho movimiento en mi porche. ¡Bien, ya está aquí! Sonrío al pensar que seguramente está atareado preparándose la mesa donde vamos a cenar, en nuestro lugar favorito, en el porche. ¡Vamos, Sam, tienes que ser encantadora!

Bajo las escaleras apresuradamente sin parar de suspirar y abro la puerta de mi casa entusiasmada por verlo.

Qué raro... no está... y yo he escuchado movimiento aquí.

— ¿Jesse? – Lo llamo. – Jesse, ¿dónde te has metido? – Bajo al prado y comienzo a bordear mi casa. – Jesse, sé que eres tú, la luz de tu casa está apagada. No te vas a escapar, hoy pienso abusar sexualmente de ti toooooo la noche en mi cama. – Grito al aire tratando de sonar seductora.

De pronto, siento una mano en mi boca que me aprisiona con fuerza colocando una tela sobre mi boca. ¡Oh, no!

— Eres una sucia puta que se folla a hombres casados. – Escucho la voz metálica y distorsionada por algún aparato de un hombre tras de mí. Intento deshacerme de él, pero las fuerzas me fallan. ¡Maldita sea, me está drogando! ¡No respire, Sam! – Vas a pagar por todo el daño que has causado tú y la puta de tu madre. – Consigo darle un codazo en las costillas que hace que me suelte. Por fin doy una bocanada de aire mientras trato de correr en dirección a mi casa. Pero me caigo de bruces por culpa del mareo tan intenso que siento. El sujeto me agarra del pelo y hace que lo mire. ¡Míralo bien, Sam! ¡Analiza lo que ves! Pero veo poco. Está oscuro, veo borroso y para colmo va con un pasamontañas. – Puta calentapollas. – Sólo puedo escuchar su voz metálica, que resuena en mis entrañas y me llena los pulmones de miedo.

No puedo respirar. Tengo los pulmones colapsados y creo que es por la droga. ¡Voy a morir!

Su puño se estampa contra mi cara y hace que me golpee la cabeza con alguna piedra del amplio prado que separa mi casa de la de Jesse. Me quejo por el fuerte dolor que siento y trato, con las pocas fuerzas que me quedan, de apartarme el pelo de la cara para mirarlo de frente.

— ¿Quién eres? – Susurro. Escucho su risa malévolamente y siento una patada muy dolorosa en mi abdomen. – ¡Ah! ¡Qué quieres de mí! – Le grito casi sin voz.

— ¿No sabes quién soy? – Siento su aliento sobre mi cara, que sigue pegada al suelo. Pero no puedo verlo. Aunque esa pregunta me dice que lo conozco. ¿Quién cojones es? – Lo sabrás a su debido momento. Cuando me haya divertido de lo lindo contigo. – Escupe la metálica voz.

Entonces, creo que lo escucho maldecir. Algo pasa. ¿Qué pasa?

Intento incorporarme para ver qué sucede a mi alrededor, pero mi visión no responde. Está todo borroso y me fallan las fuerzas.

¡Mi teléfono móvil suena desde mi casa! Tengo que ir a por él. ¡Como sea! Cierro los ojos y me concentro en mi alrededor. Quizá no vea con claridad, pero oigo perfectamente. Siento una mano tirar de mi pelo que intenta a su vez tirar de mí mientras maldice constantemente.

Con una maniobra ágil me giro, incorporándome y pateándole a la misma vez. Le he dado de lleno y lo escucho gritar de dolor retorciéndose en el suelo.

— ¡Cabrón, malnacido! – Le grito y comienzo a correr desesperada, siguiendo el sonido de la melodía de mi móvil, que no para de sonar en la distancia, guiándome hacia mi refugio. Guiándome a casa.

Me caigo de bruces unas cuantas veces, pero me incorporo como puedo y continúo mi camino de regreso a casa, intentando controlar los sollozos de puro terror que emanan de mi cuerpo. Me vuelvo a caer más aparatosamente cuando topo con los escalones de mi porche, pero al menos ya sé dónde estoy. “Por favor, no dejes de sonar”, suplico a mi teléfono mientras continúo siguiendo la pista de la melodía de mi teléfono móvil. ¡Escucho unos pasos y gritos detrás de mí! ¡Me está siguiendo!

— ¡No te vas a librar, puta de mierda! – Ahogo un grito cuando lo oigo bien cerca.

Tanteo con mis manos hasta que doy con la puerta de casa, justo antes de que me intercepte, y cierro la puerta enseguida, apoyando mi espalda contra la puerta al hacerlo. Al fin dejo salir unas cuantas lágrimas de desesperación.

El teléfono se calla y sólo escucho los golpes del hijo de puta que está decidido a acabar conmigo justo detrás de la puerta en la que estoy apoyada, pero, de pronto se paran. Respiro con dificultad, aunque trato de controlar mi respiración para concentrarme en lo que oigo.

Miro a todos lados y no veo nada, todo sigue borroso. Así que me desplazo por la pared hasta llegar a los plomillos de la casa, que están cerca de la entrada, y, cuando doy con ellos, corto la luz de toda la casa. Si él tampoco puede verme, al menos, no estaré en inferioridad de condiciones.

De pronto, la melodía de mi móvil vuelve a sonar haciendo que casi dé un grito del susto, pero consigo medio acallararlo estampando una mano sobre mi boca. Me tiro al suelo y rapto mientras sigo el rastro de su melodía, aunque creo escuchar otro ruido que me hace parar durante segundos. Estoy al borde de un infarto.

Creo escuchar el rugido de un motor proveniente del exterior. ¿Se ha ido? Si no se ha ido y sigue aquí seguro que al menos la posibilidad de que alguien venga lo hará ponerse alerta y despistarse de mi rastro durante unos segundos. Así que continúo siguiendo el rastro de mi móvil.

Cuando ya sé que tengo el móvil lo bastante cerca y medio consigo vislumbrar la luz que de él emana, me abalanzo con rapidez sobre el aparato y contesto.

— ¡Ayuda! – Grito con desesperación y no sé a quién. – ¡Ayuda, por favor! ¡Va a matarme!

— ¡Sam! ¡Dónde estás! – Es la voz de Nelson. Suena más que acojonado.

— ¡Mi casa! ¡Ayuda! – Vuelvo a gritar cuando oigo un ruido justo detrás de mí. Con la mano que tengo libre comienzo a golpear al aire con brío. – ¡No! ¡Déjame! – Grito sin poder golpear a nada ni nadie, pero noto su aliento cerca. – La policía viene de camino!

— ¡Vamos, Erik, joder! ¡Ha ido a por Sam! – Escucho gritar a Nelson desde el teléfono móvil y yo continúo dando golpes al aire esta vez con las dos manos, sin poder recuperar todavía la visión.

— ¡Maldito cabrón! ¡¡Maldito cabrón!! ¡Mataste a mi madre! – Grito y lloro al mismo tiempo por la impotencia de no poder darle. Escucho sus pasos alejarse porque creo que ha escuchado ruido proveniente de fuera. – ¡¡¡Ven aquí, maldito cabrón del infierno!!! – Intento correr en dirección a donde intuyo que el sujeto ha huido, dejándome cegar y llevar esta vez por la rabia y no por la sensatez. Me topo con la puerta de la calle y noto que está abierta. Salgo sin pensarlo. – ¡¡Maldito cabrón, mataste a mi madre!! ¡Mataste a mi madre! – Me desplomo en el suelo y de repente siento unas manos sobre mí, que me abrazan y me aprisionan. – ¡Suéltame, Suéltame! – Pataleo como una loca.

— ¡Sammy, soy yo, tranquila! ¿Qué pasa? – Es la voz de Jesse y, lejos de aliviarme, me sobrecojo al saberlo aquí y sobre todo ante su pregunta. Si Jesse estaba llegando a mi casa justo ahora, debería haber visto salir a ese hijo de puta degenerado. – ¡Eh! ¿Por qué miras a todos lados? ¡Estoy aquí! – Parece furioso y yo trato de escuchar a mi alrededor algo que me diga que hay alguien más.

— Estaba aquí. Ha venido a por mí. – Susurro.

— ¡¿Quién?! ¡¡¡¿Mat?!!! – Pregunta furioso y me levanta de un tirón del suelo. – ¡Si ese cabrón cornudo ha vuelto a por ti otra vez voy a matarlo!

— El asesino. Era el asesino. – Susurro con miedo. – Aquí. Estaba aquí...

— ¡Joder! – Jesse me suelta y creo escucharlo entrar en mi casa.

— ¡No me dejes sola! ¡No puedo ver! – Grito desesperada a mi alrededor. Rápidamente vuelvo a sentir el abrazo de Jesse.

— ¿Cómo que no puedes ver? – Me pregunta. – Es cierto... ¿qué cojones ha pasado, Sammy? – Escucho de repente la sirena del coche del sheriff y por fin me relajo.

Por fin sé que estoy a salvo.

De lo demás soy vagamente consciente. Sólo sé que Jesse me lleva en brazos a algún sitio. Pero mi cerebro se desconecta al oír al fin la voz de Nelson gritar mi nombre y me desmayo.



— Sammy, Sammy, despierta, por lo que más quieras. – Una voz cargada de preocupación me hace recobrar la consciencia. Es Jesse...

— ¿Dónde estoy? – Trato de incorporarme, pero Jesse me frena.

— No te muevas. ¿Estás bien? ¡Oh, joder, dime que estás bien! ¿Puedes verme? – Trato de enfocar mi vista que al fin parece que responde y al menos me deja medio vislumbrar el rostro de Jesse muerto de miedo, junto a mí. Asiento y acariciando mi rostro suspira de alivio.

— ¿Dónde estoy? – Vuelvo a preguntar al no reconocer mi entorno.

— En una ambulancia. Vamos al hospital Saint George. Nelson y el sheriff Johnson nos siguen en el coche patrulla. – Me informa. Hago una mueca de dolor al sentir unas puñaladas en mi sien. – ¡Qué! ¡Qué pasa, Sammy!

— Me duele la cabeza horrores. – Digo de mala gana. De pronto veo que no estamos solos. Un enfermero al otro lado de la camilla en la que estoy me toma las constantes y anota algo en su libreta. Me sonrío. ¿Por qué sonrío?

— Te has librado por poco. Tus constantes estaban bajo mínimos. Menos mal que hemos llegado a tiempo. Te hemos hecho un lavado de estómago. Pronto estarás mejor. – Me dice. Vuelvo a mirar a Jesse.

— ¿Lo viste?

— ¿A quién? – Pregunta confundido.

— El asesino. Salió de mi casa justo cuando me encontraste. – Digo ceñuda.

— No vi nada, Sammy. – Niega con rotundidad.

— ¿No viste nada raro? ¿De verdad? – Vuelvo a preguntar. Jesse me mira esta vez molesto.

— ¿Insinúas que no te lo diría si así fuese?

— No... No lo sé... – Pienso en voz alta. Jesse me mira lleno de rabia y

dolor. – ¿Dónde estabas tú? La luz de tu casa estaba apagada cuando salí pensando que eras tú...

— Fui a comprar esto. – Me dice más que enfadado mostrándome una botella de vino. – Para nuestra cena. – Suspiro. Estoy siendo injusta. Jesse es un amor conmigo.

— Eh, ya estoy mejor. – Digo acariciando su mano. – Vámonos a casa a seguir con nuestra cena. – Los ojos de Jesse vuelven a brillar, aunque su gesto sigue serio y dirige la vista hacia el enfermero que está junto a mí, para pedirle permiso.

Yo le secundo.

El enfermero nos mira como si hubiésemos perdido la cordura.

— ¡Ni hablar! Esta noche la tendrás que pasar en observación, lo siento. – Jesse y yo suspiramos.

En el hospital me hacen infinidad de pruebas mientras escucho a Jesse maldecir al otro lado de la puerta de mi habitación porque dice que quiere estar conmigo. Creo haber escuchado fuera también la voz de Nelson y Erik tranquilizándolo y, supongo que Erik también estará interrogándolo.

Yo al fin respiro aliviada. He conseguido escapar del monstruo de nuevo y vuelvo a estar a salvo. Pero he vuelto a desconfiar de Jesse...

No debería.

Estoy completamente convencida de que Jesse es incapaz de hacer daño a una mosca. Aunque... anoche estuvo a punto de pegarse con Mat. Pero eso es del todo comprensible.

Intento serenarme lo máximo posible y trato de buscar en mi mente algo que me diga quién cojones es el que está detrás de todo esto.

Sin duda yo ya estoy definitivamente en su lista. Soy una “sucias puta que se folla a hombres casados”. Lo que no sé es cómo ha llegado al conocimiento de ese degenerado dicha información.

Aquí sólo lo sabe Nelson, Erik, Tony y... Jesse. Aunque creo recordar que también se lo dije a Christian, el doctor guaperas, cuando me pidió una cita en el Donna's. No estoy segura... Pero, de todos modos, es demasiado fácil que esa

información haya trascendido en un pueblucho de mala muerte y cotilla a reventar como Red Stone Lake.

La cuestión es que estoy en su dichosa lista gracias al capullo de Mat y también gracias a mi madre. Eso me hace pensar en que quizá pueda hacer de cebo para ese maldito...

La puerta de mi habitación se abre y veo al Doctor Christian Smith entrar con mi informe médico en las manos. Eso me hace dispersarme por completo de mis pensamientos.

Me mira levemente y suspira. Después clava los ojos en el informe de nuevo.

— Hola Sam, ¿cómo te encuentras? – Pregunta con frialdad.

Me siento mal con él. Sé que le gusto y que he debido herir su ego masculino. A estas alturas ya sabrá que estoy con Jesse Jackson y, además, creo que he escuchado a Jesse gritarle algún improperio y advertirle de que no me tocara al Doctor Smith cuando entraba en mi habitación.

— Bien, gracias Christian. – Adopto la técnica de ser amable. No hay motivos para llevarse mal con él.

Vuelve a mirarme esta vez con más afabilidad en la mirada.

No puede ser mal tipo ni esforzándose en serlo. Me alegra ahora mismo muchísimo que no lo sea.

— Me alegro. – Se sienta a los pies de mi cama. – Has sufrido un ataque, por lo que he leído. Y te han drogado. Debes estar al menos asustada. – Me sonrío con ternura.

— Estoy bien. De verdad. Sólo tengo que coger a ese cabrón cuanto antes.

— ¿Crees que Jesse te dejará? – Creo que lo que quiere es que yo le confirme que estoy con Jesse.

— Tendrá que hacerlo. – Me encojo de hombros. – Es mi trabajo y he dedicado toda mi vida a él. – Digo convenciéndome a mí misma. Eso es lo que necesito de Jesse. Que me diga que nada cambiará entre los dos cuando lo sepa. – Dime que vas a darme el alta hoy, por favor. – Me incorporo un poco en la camilla y busco con mi mano la mano de Christian. – Por favor...

— Sé que en unas horas será tu presentación oficial ante el pueblo como la ayudante del sheriff. – Dice mientras me mira profundamente. Asiento. – Sé que es importante para ti estar ahí. Te daré el alta en cuanto tu analítica salga limpia, Sam. – Resoplo aliviada. – Pero dime una cosa, ¿estás enamorada de Jesse Jackson? – Contengo la respiración. No sé qué decirle, pero mi cabeza contesta sin pedir permiso asintiendo. – Ya veo... los hay con suerte. – Pronuncia agachando la mirada.

— Christian, tú me gustas, pero...

— Pero él te ha calado hondo. – Me dice con una triste sonrisa en los labios.

— Sí. Así es.

— Si la cosa no saliera con Jesse como tu quisieras, ¿te plantearías una cita conmigo? – Abro la boca perpleja. – Una única cita, al menos, Sam. Dame la oportunidad de conocerme de verdad.

— Quiero que lo mío con Jesse funcione. – Le digo con seriedad.

— Lo sé. Pero no sólo depende de ti. Jesse es... difícil, Sam. Difícil y dañino para las mujeres que se le acercan. – Frunzo el ceño. ¡¿Qué narices le importa a él cómo sea Jesse?!

— Soy mayorcita. Sé lo que me hago. – Lo primero es verdad, pero en materia amorosa, la realidad es que no tengo ni idea de cómo llevar una relación. Y creo que Jesse aún menos que yo.

— Bueno, no olvides mi propuesta. – Dice esta vez sin mirarme, apuntando algo en mi informe y dirigiéndose a la puerta para salir. – Más tarde vendré para que firmes el alta. – Me informa sin siquiera mirarme mientras sale de la habitación. Yo le doy las gracias al aire que deja tras de sí.

Antes de que la puerta se cierre, veo a Jesse entrar como un loco hasta mí. Sonrío inconscientemente.

— ¡Sammy! ¡Nena! – Me coge de las manos y las besa. – ¿Cómo estás? ¿Estás mejor? ¿Ves bien? ¿Te duele la cabeza? ¡Habla! – Me río ante su nerviosismo. Realmente está preocupado por mí. Veo a Nelson reír a sus espaldas también y Erik con cara de entierro a su lado.

— Estoy bien, estoy bien, Jesse. – Le acaricio la barba de dos días y guío

sus dulces labios hasta los míos. La suavidad de su lengua me desarma y hace que mi mente vuele en un limbo de sensaciones mágicas. – Estoy bien. Me van a dar el alta pronto. – Susurro en sus labios con los ojos aún cerrados y saboreando los labios de Jesse con deleite.

— Mmm. Menos mal. – Gruño besándome con el mismo deleite.

— Eso es fenomenal. Me preocupaba que no estuvieras presente durante tu presentación oficial. – Oigo decir a Erik y siento sus palabras como un jarro de agua fría. Jesse se separa de mí al instante, se sienta a los pies de mi cama y mira a Erik con el ceño fruncido.

— ¿Presentación oficial? ¿De qué estás hablando? – Me mira a mí y le dedico una mirada cargada de culpabilidad. Erik va a abrir la boca, pero lo freno en seco.

— ¿Podéis dejarme un momento a solas con Jesse? – Pido.

— Estaremos fuera. – Añade Nelson llevándose a Erik del brazo. Suspiro cuando los veo salir y devuelvo mi atención a Jesse cuando la puerta se cierra finalmente.

— ¿Qué pasa, Sammy?

— Tengo que contarte algo. – Casi no me sale la voz del cuerpo. Estoy aterrada. Más de lo que nunca lo he estado en mi vida.

— ¿Qué pasa, nena? ¿Algo no va bien? – Se inclina hacia mí, me acaricia el rostro y coloca un mechón de mi pelo tras mi oreja. – Estoy aquí. Nada más te pasará mientras me quede aliento. Puedes estar segura. Y que sepas que te vas a venir a vivir conmigo, ¡te pongas como te pongas!

— Jesse. Yo... te... te quiero.

— Creo que eso lo sé, Sammy.

— ¿Crees?

— Me gustaría creerte del todo, pero eres muy complicada de seguir, Sammy. Nunca me he encontrado con una mujer tan desconcertante como tú. Dime qué pasa, por favor. Sabes que te amo. Lo digo en serio. Jamás amé a nadie así. Me falta el aliento cuando no estás a mi lado, Sammy. Me enfrentaría a todo lo que nos intentase apartar. Pero por favor, confía de una maldita vez en

mí. Dime qué pasa. Yo voy a estar a tu lado. – Tomo fuerzas gracias a su declaración y me animo al fin.

— Jesse, yo... vine aquí por trabajo. – Digo al fin con mirada gacha.

— Bueno, eso no es tan malo. – Dice aliviado. – ¿Por qué no me has dicho en qué trabajabas? No veo por qué tienes que esconder eso, Sammy. Yo te apoyaría en lo que fuera.

— ¿En lo que fuera? – Vuelvo a repetir sus últimas palabras a modo de pregunta para que vuelva a confirmármelo. Le pongo mientras tanto cara de cordero. Jesse enarca una ceja.

— En lo que fuera siempre que sea legal y no implique que tenga que ir dándome de hostias por el mundo para que nadie te toque. – Sonrío.

— Es legal. – Parece aliviado. – Bastante legal. – Me mira satisfecho. – Demasiado legal.

— ¡Bueno vale ya! ¡Me estás poniendo nervioso, Sammy! ¡Dime de qué se trata de una maldita vez! – Inspiro todo el aire que mis pulmones me permiten y clavo la mirada en un punto fijo antes de soltarlo todo.

— En Chicago... era detective de homicidios. Tenía una carrera brillante frente a mis narices hasta que me cargue a un capo bastante peligroso durante una redada. Descargué toda mi munición contra él. Me abrieron un expediente y, además, la banda se reorganizó rápidamente, por lo cual Nelson, mi jefe, decidió reubicarme mientras mi cabeza continuara siendo el blanco de esa gente y he acabado aquí, En Red Stone Lake, como ayudante del sheriff. – Al fin miro a Jesse que parece estupefacto con la noticia y que me observa con los ojos como platos y más blanco que las paredes del hospital. – Estaba suspendida de empleo y sueldo hasta nueva orden y Nelson quiso que me tomara ese tiempo como unas merecidas vacaciones y para recuperar un poco el control de mi vida. Pero el caso del asesino que anda suelto por aquí se reactivó desde mi llegada y, para colmo, hay bastantes evidencias de que esté relacionado con el caso de mi madre, de modo que todo se ha precipitado en las últimas horas y Nelson ha conseguido que vuelva a estar en activo para ayudar a Erik a resolverlo. – Jesse traga saliva, pero no dice nada. – Lo siento, no supe cómo contártelo. Mi profesión siempre ha sido un hándicap a la hora de establecer relaciones con los hombres. No quería que contigo fuese igual. – Sigue sin hablar y observándome con los ojos muy abiertos. – Di algo, Jesse. – Levanto mi mano en su dirección

sin atreverme a tocarlo del todo.

— Dime que es una maldita broma, Sammy. – Habla sin un ápice de buen humor en sus palabras.

— No lo es. Es mi realidad. Esto es lo que soy. Me he dedicado en cuerpo y alma a esta tarea durante toda mi vida porque quería dar con el asesino de mi madre. Es lo que siempre he deseado, Jesse. Dime que lo comprendes. Tú mismo me has dicho que fuiste testigo de lo devastada que me quedé tras su injusta muerte. – Jesse se queda durante minutos callado y mirándome lleno de terror. Sé que mi profesión no debe de gustarle un pelo. – Por favor, dime qué piensas. – Suplico.

— ¿Te has acercado a mí sólo para obtener información sobre lo que había entre nuestros padres? ¿Sólo te interesaba dar con el asesino de tu madre? ¿Por eso lo has hecho, Sammy? ¿Por eso has usado tus técnicas de seducción conmigo? – Pregunta al fin y yo me tenso.

— ¡¿Qué?! ¡¡No!! ¡Vamos Jesse, tú sabes lo que me ha costado acercarme a ti! – Me defiendo. – No ha sido así y tú lo sabes.

— Es verdad. Te costó... – Aprieto los ojos contenta de haberlo convencido. – y no sé si eso es positivo o no. Porque también sé que has dudado de mí en varias ocasiones. – Vuelvo a mirarlo.

— No Jesse, no dudo de ti. – Afirmo con convicción. – No dudaría de ti jamás en ese aspecto.

— ¿Por eso has estado hurgando entre mis cajones? ¿Por qué confías en mí? – Me quedo pasmada y con la boca abierta. Mierda. – Porque he visto una foto de mi familia que tenía enterrada en el fondo de un cajón y de repente ha emergido a la superficie del cajón como por arte de magia. No me digas que no has sido tú. – Agacho la cabeza sintiéndome muy culpable. – Ya veo...

— Erik me lo pidió. Me pidió que buscase información. Pero yo no dudé de ti en ningún momento. Jesse, tienes que creerme.

— No dudaste, pero hurgaste. Te acercaste a mí para obtener información sobre el caso, Sammy. – Se levanta y me mira muy serio. Comienza a dar vueltas por la habitación y a pasarse la mano por el pelo, molesto, muy molesto. – Y, tal parece, que Erik sí que duda de mí, por lo que veo. ¿En serio tengo yo pinta de asesino en serie? – Pregunta más que enfadado abriendo los brazos y exponiendo

su majestuoso cuerpo. – He sido sólo tu herramienta para acercarte al asesino, ¿no es así? Erik te pidió que me sedujeras para ello.

— No Jesse, no es así. – Intento levantarme y no puedo. Una vía con suero que tengo conectada a mi brazo me limita el movimiento. Tiro de ella. – Erik sólo está haciendo su trabajo. Tenemos que investigar todas las líneas que se abran. Aunque sepamos que algunas son innecesarias. Pero a veces encontramos sorpresas.

— Lamento defraudaros Sammy, pero yo no soy un asesino. – Sisea entre dientes con la mandíbula en evidente tensión.

— Sé que no lo eres. – Consigo al fin quitarme la vía del brazo y me levanto para poder ponerme frente a Jesse. – Sé lo que eres Jesse Jackson, y por ahora sólo eres culpable de una cosa. – El color de la cara de Jesse vuelve a desaparecer y me mira aterrado desde una distancia muy corta. Vuelve a tragar saliva.

— ¿De qué soy culpable?

— De robarme el corazón. – Digo y lo beso con dulzura. Jesse ahoga un lamento en mis labios y responde asustado a mi beso. – De volverme loca de pasión. De darme los mejores momentos de mi vida.

— Vámonos de aquí, Sammy. – Me pide de repente rodeándome entre sus brazos. Me quedo estupefacta. – Vámonos de este pueblo de mierda. Olvida tu trabajo y olvida el pasado. Olvida toda esta mierda o acabará con nosotros. Vámonos nena. Yo me encargaré de darte todo lo que necesites. Pero vámonos. – Me pide tratando de ocultar su desesperación.

— ¡Jesse! No tienes de qué temer. Sólo acéptame como soy. – Le ruego con la mirada llena de terror. Le acaricio la barba, los labios. Le muerdo lentamente el labio inferior y clavo mi frente en su pecho, rodeando su cuerpo con mis manos. No puedo perderlo. No volvería a ser persona sin él. – Por favor. Quédate conmigo. No me dejes. – Su respiración suena agitada. No dice nada. Está clavado en el sitio.

— Sammy, aceptaría cualquier cosa que viniera de ti – sonrío en su pecho y trato de deshacerme del miedo sacudiendo la cabeza. – Cualquier cosa menos verte en peligro. – Lo miro.

— No lo estaré.



— No puedes decirme eso. No cuando hay un asesino peligroso por ahí suelto. ¡Mira lo que ha hecho con Rose! ¡Con Mary Jane! ¡Mira lo que ha estado a punto de hacerte a ti!

— Lo cogeré y todo se acabará. – Prometo.

— No. No se acabará. Habrá más asesinos, o ladrones, o violadores, o mafiosos... no quiero vivir sabiendo que estás en constante peligro.

— Jesse, soy buena en mi trabajo. Confía en mí. – Suplico.

— Sammy, no podría ser yo mismo contigo si eres poli. – Me dice casi sin voz mirándome fijamente. ¡No! Me abraza el rostro con sus manos y me mira y sé lo que veo en sus ojos; culpabilidad. – Quiero que dejes tu pasado atrás por mí. Quiero que me ayudes a dejar el mío atrás y lo haré por ti. Vámonos de aquí juntos, Samantha Gómez. Te amo. Te amo con locura y jamás pensé que sentiría esto que siento por alguien. Pero aquí estás, has venido a mí y quiero recuperar mi vida contigo.

— Jesse, no me estás pidiendo que deje mi pasado atrás, eso puedo hacerlo. Me estás pidiendo que deje de ser yo, y eso no sé hacerlo. – Jesse cierra los ojos y los aprieta. – ¿De qué tienes miedo? ¿Qué es lo que te impide ser tú mismo conmigo sólo por ser policía? – Jesse vuelve a mirarme.

— Ella tenía razón.

— ¿Quién? ¿Quién tenía razón y en qué?

— Tú nunca podrías aceptarme como soy. ¿Cómo lo sabía ella antes que yo? ¿Sabía todo el mundo aquí que eras poli menos yo, Sammy?

— ¿Me estás hablando de Laura Miller? – Retrocedo dos pasos y Jesse no hace nada por impedirlo.

— Creo que es mejor que me vaya. – Dice apartando tristemente la mirada de mí y sin contestar mi pregunta. Rápidamente le agarro con fuerza del brazo y le sacudo para que vuelva a mirarme. Lo hace de forma distante.

— ¡Contéstame! ¿Me estás diciendo que me dejas porque crees que sólo ella te entiende? ¿Vas a repudiarme por ser policía, Jesse Jackson? ¿Vas a mandarlo todo a la mierda? – Pregunto desesperada apelando al chantaje emocional.

— Tienes que recuperarte primero y después hablaremos de lo nuestro. Yo también tengo cosas que contarte, Sam. – La forma distante en la que me llama hace que se me erice el vello de todo el cuerpo. Pero, por otro lado, él también necesita sincerarse conmigo. – Quizá sea lo mejor, después de todo.

— Pero dime que no vas a dejarme, Jesse, por favor. Te quiero... – Estoy a punto de echarme a llorar en sus brazos.

— No creo que sea tan fuerte de hacerlo. Pero lo harás tú cuando sepas algunas cosas.

Con esa revelación me deja plantada en mitad de la habitación. Jesse agacha de nuevo la mirada para no ver mi cara de estupor mientras se da media vuelta y desaparece de mi habitación.

Erik está sobre el escenario hablándole a todo el pueblo de Red Stone Lake acerca de una gran noticia que ayudará a devolver la paz al maltrecho pueblo y a sus ciudadanos. Sé que esa noticia soy yo y no me siento ni mínimamente emocionada por ello.

Nelson está a mi lado aferrándose con fuerza de la mano para infundirme fuerzas. No las tengo.

No he vuelto a saber nada de Jesse desde que se fue de la habitación en la que estaba siendo tratada en el hospital. Y algo me dice que se está distanciando de mí a propósito.

He llorado bastante. He llorado por ser quien soy. Por haberme convertido en mi propio impedimento personal para vivir de verdad.

Jesse me ha regalado la posibilidad de vivir una vida plena. Llena de sentimientos, pasión y emoción. Pero se ha ido todo por la borda cuando ha sabido de mi profesión. Esta vez no ha sido mi madre ni su jodida forma de vivir la que ha hecho que me vean como alguien no deseable. Jesse ya había aceptado de buena gana que yo era hija de quien era. Esta vez he sido yo solita la que lo he jodido todo. Aunque, si soy lo que soy, es en parte por todo lo que le sucedió a mi madre.

Estamos en mitad de la celebración de la fiesta del día de la Independencia. Nelson me hace una señal para que suba al escenario junto a Erik y salude a los vecinos del pueblo. Ni me había dado cuenta de que pronunciara mi nombre.

Contengo la respiración y subo al escenario. Hacía mucho que no me vestía con la indumentaria de policía y, es la primera vez en mi vida que me siento rara al hacerlo.

Saludo con una de mis sonrisas de mierda en la boca y pronuncio un breve discurso a los curiosos que me saludan prometiéndoles que haré de sus vidas algo mucho más esperanzador. Exactamente lo contrario de lo que hago con la mía, pienso.

Busco con mis ojos a Jesse entre el público. Y me hundo en la miseria cuando no lo encuentro después de barrer con la mirada en varias ocasiones.

Sin embargo, mi mirada se detiene en un individuo que me sorprende entre la audiencia. ¡Qué cojones! Termino precipitadamente mi saludo y bajo del escenario a trompicones, dándome golpes con la gente que taponan mi paso hacia mi destino y que intenta saludarme con energía. ¡Tengo que llegar hasta él!

Finalmente lo consigo.

— ¡Eh! ¡Qué cojones haces aquí! – Le increpo.

— Hola Sam. – Dice y parece sereno. Pero sé que no lo está.

— ¡Te dije que te fueras!

— Y yo que no me iba a dar por vencido contigo. ¿Dónde está ese capullo? ¿Ya te ha dejado?

— ¡Mat, mi vida privada no es asunto tuyo! – Le grito rabiosa. Mat me coge del brazo y tira de mí hasta llevarme a un callejón con poca visibilidad. – ¡Suéltame joder! ¡Me haces daño! – Le voy gritando por el camino. Mat me estampa contra una de las paredes y me aprisiona con su cuerpo, sujetando mis muñecas con sus manos. – ¡Qué haces! ¡Suéltame! – Grito esquivando sus furiosos besos.

— Sam, sé que me amas. ¡Deja de hacerte la dura conmigo! ¡Ya me has castigado lo suficiente! – Grita furioso. – Vas a volver a Chicago conmigo y vamos a darle una oportunidad a lo nuestro. – Ordena.

— No voy a ir a ningún lado contigo. Ya no siento lo mismo por ti.

— No intentes engañarme. Sé cómo me besaste el otro día. Sé lo que me decían tus ojos, pequeña. – Suelta una de mis muñecas y me agarra del rostro para evitar que lo mueva y pueda besarme al fin. Yo grito en sus labios y con mi mano libre tiro de su pelo para que se aparte.

— ¡Déjame! ¡Déjame! ¡Joder! – Estoy frustrada e inmovilizada. Tengo ganas de llorar y comienzo a hacerlo. – ¡Que me sueltes! ¡Quiero a Jesse! – Lloro. – Suéltame. – Suplico cada vez con menos fuerza. Comienzo a llorar como una niña pequeña. Como nunca lo había hecho antes. Estoy aniquilada.

— ¡Maldito cabrón! ¡Voy a matarte! – La voz de Jesse me sorprende y el

puñetazo que le estrella a Mat en la cara aún más. Me limpio las lágrimas como puedo porque no veo nada. Esos dos se están dando una enorme paliza en el suelo.

— ¡Eres un desgraciado! – Grita Mat y le estrella un puñetazo en la boca del estómago de Jesse. ¡Oh dios! Me tiro al suelo y comienzo a pegarle con bastante patosismo a Mat, debido a mi enorme nerviosismo.

— ¡Suéltalo! ¡Déjalo en paz! ¡Déjanos en paz y desaparece! ¡Maldito estúpido! ¿Para qué has venido? – Golpeo y golpeo sin parar a Mat. Jesse se queda bloqueado mirándome.

— ¡Eh, nena, ya está! – Me coge y me abraza con fuerza. Yo le abrazo con todas las mías.

— Jesse. – Lloro en su pecho.

— Ya está, tranquila. Ya... shhh... shhh. Este imbécil se va a ir ya de una vez, ¿no es así? – Miro a Mat sin soltar a Jesse esperando su respuesta. Mat me observa de rodillas en el suelo y creo que por fin comprende que no iré a ningún sitio sin Jesse. Al menos no voluntariamente.

— Sam. – Susurra.

— Vete de una vez. – Le pido e intento acercarme a él, pero Jesse me lo impide.

— Ya la has escuchado. – Me secunda Jesse. – Ella no se alejará de mí ni yo de ella. – Esas palabras me devuelven la calma de una forma fulminante. Me ha aceptado.

En ese momento veo a Nelson y a Erik aparecer y corren como posesos hacia donde nos encontramos, los tres tirados en el suelo.

— ¡Mat! ¡Qué cojones haces todavía aquí! – Grita Nelson cogiéndolo del brazo y poniéndolo en pie.

— ¡Ella me ama Nelson, y yo a ella también! ¡Estoy harto de hacer caso a todo el mundo y tener que vivir apartado de ella! – Aúlla Mat. – ¡Si me aparté de Sam fue sólo porque tú me lo ordenaste! ¡Yo no quería! – Jesse se levanta y me levanta del suelo, sin deshacer nuestro abrazo. Observa malhumorado a Mat y me aprieta más fuerte, como queriendo impedir que acuda a los brazos de Mat.

— ¡Te lo ordené y te lo vuelvo a ordenar ahora! ¡Te lo advierto Mat, deja a Sam tranquila o te echaré del cuerpo de policía! – Cuando Nelson se pone en ese estado de cólera da mucho miedo.

— Pero... la amo. – Mat comienza a llorar y me mira. Yo aprieto a Jesse con más fuerza.

— Mat, se acabó. – Le digo de nuevo.

— No... – Me mira hundido en la pena. Ahora no me da el más mínimo remordimiento. Ha intentado forzarme. – Por favor, Sam...

— Quiero estar con él. – Digo mirando a Jesse que me sonrío con amor en la mirada. – Siempre con él. Sólo con él. – Le digo perdiéndome en su turquesa mirada.

— Eres mía. – Me dice Jesse y me besa con ansias. Yo respondo de igual forma a su beso apasionado, enredando mis dedos entre su cabello.

— No me dejes. – Le imploro entre beso y beso y vuelvo a llorar.

— No te dejaré, ni dejaré que me dejes.

— Venid conmigo vosotros dos. – Nos dice Erik comiéndonos del brazo a Jesse y a mí y sacándonos por el otro lado del callejón. – Será mejor que no des el espectáculo en tu noche de presentación, Sam. – Me regaña Erik muy serio.

— Lo siento. No sabía que él estaría...

— Será mejor que te marches a casa. Jesse, llévatela y no la dejes sola ni un momento. Os pondré vigilancia. – Asiento.

— Sheriff. – Interrumpe Jesse. – No haremos más escándalo. Pero permítame que disfrute un poco con mi chica de las fiestas del pueblo. Después me la llevaré a casa encantado. – Me dice sonriente y le devuelvo la sonrisa.

— Esta bien. Pero no quiero más escándalos. Nos vemos el lunes a las nueve en la comandancia, Sam. – Ambos asentimos. Jesse me coge de la mano y tira de mí en dirección contraria hacia donde están Nelson y Mat discutiendo. Me lleva directamente al centro del bullicio. En donde más de la mitad de los habitantes del pueblo lo están dando todo bailando country. – Vamos a bailar un poco, ¿te parece? – Le digo que sí con todo mi cuerpo y vuelvo a besarlo. Jesse se queja un poco.

— ¿Estás bien? – Pregunto preocupada.

— Ese cabrón tiene un buen derechazo. – Se queja frotándose el pómulo izquierdo. Lo cubro de besitos y Jesse emite un gruñido de placer mientras enreda las manos en mi cola de caballo, deshaciéndola y haciendo que me caiga todo el pelo por los hombros. – Vamos a bailar o te follaré aquí mismo, en mitad del pueblo. – Susurra en mis labios.

— No deberías hablarle así a la autoridad. – Digo de forma seductora con mirada febril.

— Estás jodidamente sexi con el uniforme. No es justo. – Me besa y comienza a mecernos lentamente en mitad de la pista de baile. Sin importarle que la canción sea bastante movida y que todos los demás estén bailando con ahínco. A mí tampoco me importa y me dejo llevar.

— ¿Dónde has estado? – Pregunto apoyando mi cabeza en su hombro y respirando su aroma a libertad con deleite.

— Con Laura. – Responde con toda la sinceridad y calma del mundo. Me separo y lo miro horrorizada. – Vino a buscarme cuando se enteró de tu trabajo. – Me dice serio. Le dejo continuar. – No sé quién se lo dijo. Quería que me apartara de ti. Me dijo que si no lo hacía lo lamentaría. Me llevó a su casa y...

— ¿Te has acostado con ella? – Pregunto más que asustada de la posible respuesta afirmativa. Pero tengo que aprovechar su sinceridad momentánea.

— ¡Sammy! ¡No me jodas! – Se revuelve incómodo.

— Lo siento. Lo siento.

— ¡Deja de dudar de una jodida vez de mí! ¿Sabes lo complicado que ha sido para mí tomar la decisión de quedarme a tu lado después de esto? – Me ofendo.

— ¿Complicado? ¿Porque soy poli?

— Porque le has dado a la única persona que puede separarnos una razón más que poderosa para que lo haga. – Me quedo estupefacta. – Yo me quedaré a tu lado mientras me dejes hacerlo.

— Jesse...

— Dime.

— ¿Qué secreto es el que te guarda Laura Miller? – Pregunto sabiendo que ahí está el quid de la cuestión.

— Tendrás que elegir, Sammy.

— ¿Entre qué?

— Entre quedarte conmigo o saber mi secreto. Estoy en tus manos. – Se encoge de hombros. – Yo he decidido ya. Mi amor por ti es tan fuerte que no quiero saber nada más sobre el resto del mundo. Y puedo prometerte luchar contra Laura Miller y cualquiera que se nos cruce en nuestro camino si me eliges a mí. Pero si eliges mi pasado, y no mi presente, entonces supongo que todo acabará aquí y ahora. – Medito sus palabras y creo saber cuál es la respuesta. Toda mi vida la he enfocado buscando algo que finalmente tengo delante de mí.

— Has venido a buscarme para decirme tu decisión y para respetar la mía. – Asiente. – Pues yo también he decidido, Jesse Jackson. – Jesse contiene la respiración mientras aguarda mi respuesta. – Y elijo mi vida frente a la de mi madre. Te elijo a ti. – Suelta todo el aire que contiene en los pulmones y mira al cielo. En ese momento los fuegos artificiales del festejo comienzan a asaltar sobre nuestras cabezas.

— Me haces el hombre más feliz de la tierra, Samantha Gómez. – Me mira. – Ven aquí, mocosa. – Sus labios encuentran los míos y las explosiones que se crean entre ellos se confunden con las de los fuegos artificiales. – Lucharé por lo nuestro. – Promete y me abraza con fuerza.

Sin romper el abrazo terminamos de deleitarnos con las explosiones de colorido sobre el cielo. Jesse se ha quedado conmigo. No puedo ser más feliz. Ahora ya sabe quién soy en todos los aspectos y, me siento más protegida que nunca.



En cama de Jesse siguen las explosiones.

Enredando nuestros cuerpos, Jesse me hace el amor de una forma letal y apasionada.

Sus gruñidos de placer mientras entra y sale de mí me catapultan a las estrellas. Sus labios recorren mi piel sin darme tregua. Quiero morir así, con su piel enterrada en la mía y se lo digo.

Jesse sonrío ante mi petición y acelera el ritmo, hasta hacerlo implacable. Grito y grito su nombre. Puñaladas de placer cada vez que me penetra me torturan de una forma inimaginable. Es un dolor tan intenso que se convierte en el placer más extremo y le ayudo impulsándolo más en mí, suplicándole que no cese nunca. Estoy al borde del orgasmo más destructor de la historia, lo sé, y quiero que Jesse me quemé en esas llamas prohibidas y se lleve con mis gritos es sus labios toda mi alma con él. Le pertenece.

Nadie me ha hecho ni me hará jamás sentir nada igual.

— Sammy, oh, joder, esto es demasiado. – Gime entregado en su salvajismo. – Vas a romperme de pasión si sigues así. – No puedo hablar, sólo gritar su nombre. – Me estás convirtiendo en un loco poseso. – Sus palabras, entre fieros embistes, contienen un tinte de rendición a mí que me desarman.

— ¡Sigue! – Le animo. – ¡Sigue! ¡Más!

— ¡Dios! Si sigo más voy a hacerte daño, nena. – No quiero decirle que ya me lo está haciendo porque es un daño totalmente necesario para mi cuerpo que necesita estar saciado de Jesse Jackson hasta estar dolorido.

— ¡Más! – Vuelvo a exigirle.

Obedece colocando mis piernas entre sus hombros y lo siento todavía más profundo en mí.

Nuestros alaridos llegan a los confines de la tierra. Estoy segura. Máxime cuando alcanzo el clímax y me retuerzo apretando las paredes de mi sexo bruscamente alrededor de él. En ese mismo instante Jesse me acompaña y se

desgarra en un largo gruñido de satisfacción, más intenso que ningún otro que haya oído antes.

Segundos después noto el peso de su cuerpo sobre el mío.

No podemos hablar. Ambos estamos sin aliento. Pero lo hemos dicho ya todo hace unos escasos segundos con nuestros cuerpos. Pierdo la consciencia casi en el acto.

Cuando recupero la capacidad de movimiento y habla ya es bien de día. El sol irradia con fuerza desde la ventana de la habitación de Jesse y me quejo por el escozor que provoca en mis cansados ojos.

— Mmm. – Escucho el gruñido de Jesse en mi oreja y siento sus brazos aferrarse a mi cintura para apretarme contra él. Sonrío.

— Mmm. – Imito su gruñidito y me giro para mirar ese precioso rostro de frente. Sigue con los ojos cerrados. Rendido. – Buenos días. – Le beso la punta de la nariz y abre un ojo.

— Mmm días. – Intenta contestar. Me río. ¡Es tan adorable! Lo amo tanto. Beso ahora sus labios y al fin parece responder un poco más devolviéndome un suave y sexi beso. Enredo una mano en su pelo y hundo mi lengua en su boca. Vuelve a gruñir. – Señora agente, apiádese un poco de mí. Ya me ha torturado bastante. – Se burla con voz ronca y casi aniquilado. Sonrío.

— ¿Me has llamado señora? – Intento sonar ofendida. Al fin abre los ojos y unos azules focos chispeantes junto a una preciosa pícara sonrisa me reciben para mi inmenso placer.

— Eso parece.

— ¡Aquí el carcamal de la relación eres tú! – Me defiendo. – No se te ocurra llamarme otra vez señora o pasarás una noche en el calabozo. – Jesse sonrío más ampliamente ante mi amenaza.

— Eso es abuso de autoridad, seño... digo mocosa agente. – Abro la boca haciéndome la indignada. – ¡Ah, no! ¡Pienso seguir llamándote mocosa te pongas como te pongas! – Ahora parece que de buenas a primeras recupera su vigorosidad. – Eso no es negociable. – Se incorpora.

— Ah, ¿no?

— No. — Sentencia con su boca y su cabeza. — Porque eso es lo que eres. — Tira de las sábanas que es lo único que nos cubre y se coloca sobre mí. Doy un grito ante el susto. — Una mocosa que intenta escabullirse una y otra vez de mí. — Desliza su lengua por mi cuello y me doy cuenta de lo hipersensible que estoy tras el ataque de anoche.

Se me estremece todo el cuerpo y siento unas cosquillitas muy placenteras que van desde su lengua hasta la mismísima punta de mis pezones.

— Ahh. — No puedo evitar gemir. — Para...

— ¿Quieres que pare de verdad? — Pellizca mis pezones y me mira con esa mirada suya tan sexi. — Yo te veo muy excitada. — Para mi sorpresa lo estoy y mi cuerpo habla por sí solo cuando arqueo mis caderas sin ser consciente hasta apretarme contra su creciente erección. Pero también sé que estoy bastante dolorida. — ¿Ves? Me está provocando, agente.

— No creo que sea buena idea. — Respondo también involuntariamente a su sensual beso. De pronto mira a un lado y se detiene. Miro en la misma dirección. Está contemplando mi uniforme de ayudante del sheriff tirado en el suelo.

— Mmmm.

— ¿Mmmm? ¿Qué significa? — Me mira con travesura y en un abrir y cerrar de ojos veo que Jesse se levanta, agarra mis esposas y me aprisiona de nuevo bajo el peso de su cuerpo. Casi no tengo tiempo ni de gritar cuando ya sus manos inmovilizan mis muñecas. Estoy tan aturdida de lo de anoche que mis reflejos no dan señales de seguir con vida. — ¡Eh! — Me quejo.

— Creo que el que seas poli tiene sus ventajas, niña maleducada y preciosa. — Intento impedir que introduzca una de mis muñecas en las esposas, pero es en vano. Lo hace sin esfuerzo y pasa la otra parte por uno de los barrotes del cabecero de su cama en busca de mi otra mano.

— ¡Jesse, no! — Grito divertida.

— ¿No? ¿Y cómo vas a impedirlo? — Consigue atraparme la otra muñeca en el otro grillete y ya estoy completamente expuesta e inmovilizada.

— ¡Jesse! ¡No son de juguete! — Le regaño. Tiro de las esposas y no hay

nada que hacer. Estoy a su merced. Sonríe victorioso sentado a horcajadas sobre mí.

— Ahora eres toda mía.

— ¿Y qué vas a hacer? – Le reto. Jesse se frota las manos.

— Podría hacer muchas cosas.

— ¿Por ejemplo?

— Por ejemplo hacerte el amor hasta que reviente. – Besa mis labios y le respondo con un gemido también involuntario. – Veo que eso no es una tortura para ti. – Desliza su mano hasta mi sexo y acaricia lentamente mi clítoris. – Estás más que mojada, mocosa. Así que tendría que vengarme de otra manera menos placentera. – Vuelve a besarme sin dejar de tocarme en el centro de mis pasiones. Me remuevo sin poder controlarme bajo su tacto.

— ¿Vengarte? – Susurro en sus labios. – ¿De qué?

— Podría vengarme confesándotelo todo y tú no podrías huir de mí. – Dice ignorando mi pregunta. Eso me tensa.

— No quiero que me cuentes nada que nos separe, Jesse. – Digo esta vez seria. Él se separa un poco y me mira.

— ¿Segura?

— Segura.

— Entonces otra venganza. ¿Y si te digo que soy yo el asesino y estás a mi merced? – Vuelve a besarme, pero esta vez no puedo responderle al beso. Todo mi cuerpo se paraliza. Tiro de los grilletos de nuevo y compruebo como ya sabía que no sirve de nada. ¡Joder! Jesse sigue acariciando mi sexo y me encuentro dividida entre lo que mi cuerpo me ordena y lo que ordena mi cerebro.

— Tampoco servirá para torturarme. – Respondo inteligentemente.

— Ah, ¿no? – Jesse me mira con malicia.

— No.

— ¿Puedo preguntar por qué?

— Porque jamás pensaría algo así de ti. Confío en ti. – Sonríe ante mi

respuesta satisfecho.

— Júrame que lo dices en serio, Sammy.

— Lo juro. – Lo miro con determinación.

— Entonces no hay motivo para que te torture, mi niña. – Desliza sus manos por mi cuerpo, embebiéndose con su mirada de él. – Eres tan preciosa... ¿Dónde está la dichosa llave? – Me dice levantándose y cogiendo mi ropa del suelo. Suspiro. Ha sido sólo una broma pesada.

— En mis pantalones. Bolsillo trasero. Aunque pensaba que me torturarías primero. – Mi relajación mental da paso al deseo de volver a tener a Jesse dentro de mí. Se gira y me mira.

— ¿Estás bien para otro asalto? – Pregunta.

— Creo que sí. – Digo mordiéndome el labio. – Házmelo Jesse. Fóllame. – Sus ojos se oscurecen ante mis palabras.

— ¿Esposada? – Pregunta con ilusión.

— Sí. – Digo sin titubeos.

Es todo un acto de fe y ambos lo sabemos. Me mira orgulloso y se acerca lentamente hasta quedar de pie junto a mí. Vuelve a deslizar su mano por mi cuerpo desde mi clavícula hasta los pies y, cuando llega a los pies de la cama, gatea sobre ella hasta colocarse de nuevo sobre mí.

— Dime que me amas. – Me pide con mirada llameante.

— Te amo Jesse Jackson. – Sonríe.

— Dime que me deseas.

— Te deseo. Demasiado. – Mi cuerpo vuelve a cobrar vida bajo su embrujo y me froto contra él.

— Dime que no me dejarás. – Esta vez su mirada es más seria. Niego con la cabeza.

— No lo haré.

— ¡Promételo!

— Lo prometo. – Confirmo mi promesa. Sus palabras me hacen ver que él

siente lo mismo que yo. La misma necesidad. Que nos necesitamos mutuamente. ¡Soy tan feliz!

— Y yo prometo ser tuyo en cuerpo y alma y sólo tuyo, Samantha Gómez.  
– Echa su peso sobre mí y me besa con su típica maestría.

Alarga la mano hasta la mesita de noche, coge un preservativo, lo abre con la boca y se lo coloca sin dejar de mirarme. Aunque ahora que lo pienso, anoche no nos acordamos ninguno de los dos de usar uno de esos. Entonces siento como poco a poco me colma por dentro, una punzada de dolor hace que me contraiga y ahogo un gemido en sus labios.

— ¿Estás bien? – Pregunta preocupado sin moverse de mi interior. Asiento con la cabeza, pero no puedo hablar. – No, no lo estás. – Sale lentamente de mí.

— ¡No! ¡Estaré bien! De verdad. No pares. – Le pido. No parece que lo haya convencido por cómo me mira. – Jesse, estoy bien y quiero hacerlo contigo. – Levanto como puedo mi cabeza y lo beso. – Vamos, fóllame.

— ¡Grrrr! ¡No es justo que uses eso en mi contra! ¡No estás bien y lo sabes!

— Fóllame Jesse, vamos hazlo. – Pido con picardía. Sé cómo hacerle perder el control. Conozco ya bien sus puntos débiles.

— ¡Para Sammy! ¡No me digas más eso! – Me besa envuelto en llamas. Ya no puede parar.

— Te suplico que me folles. – Digo en su oído y siento como se estremece sobre mí mientras emite un ronco sonido. Y entra en mí sin pensarlo dos veces. Grito. Duele, pero ahora menos. Me estoy volviendo a acostumbrar a su tamaño dentro.

— No. Es. Justo. – Sisea cada palabra entre dientes mientras sale y entra en mí. Cada embiste duele menos, pero sigo sin poder hablar. – Si te hago daño me maldeciré por ser tan débil contigo, maldita sea. – Pero no frena. Continúa en un baile en mi interior del todo intenso, aunque no tan fiero como el de la noche anterior. Hasta que hace que me corra y él se deja llevar enseguida conmigo. Cae sobre mí.

— Joder. – Me siento del todo entumecida.

— Dime que estás bien, por favor. – Suplica en mi cuello sin poder

levantarse.

— Estoy más que bien. – Me mira con esfuerzo y ve que digo la verdad. Vuelve a dejar caer su cabeza sobre mi hombro.

— Mocososa irresponsable. Me vas a matar. – Me río con fuerza.

— Anda, suéltame ya. – Le empujo con mis caderas. No se mueve. – ¡Vamos!

— Dame un jodido minuto. Estoy sin aliento. – Entonces escuchamos unos golpes en la puerta de la casa de Jesse que resuenan por toda la casa de forma atronadora. – ¡Qué demonios! – Jesse se incorpora. Ambos nos miramos alertados.

— ¡Jesse, suéltame!

— ¡Voy, joder, quién demonios es! – Jesse salta de la cama y coge mi ropa. Rebusca en sus bolsillos mientras los golpes continúan invadiéndonos de angustia.

— ¡Date prisa!

— ¡Estoy en ello, no las encuentro, demonios!

— ¡¡Jesse!! ¡¡Jesse, ábreme o romperé una ventana!! – Es la voz de Laura Miller. Jesse me mira y yo lo miro.

— ¡No se te ocurra salir y dejarme aquí esposada!

— Sólo será un momento, pequeña. – Se acerca a mí y me besa. – Tengo que deshacerme de esa puñetera loca del diablo.

— ¡¡Jesse!! – Le grito mientras lo veo ponerse a toda prisa los calzoncillos. – ¡¡No me jodas, Jesse!! – Se escucha un cristal partirse desde algún lugar de la casa.

— ¡ME CAGO EN SU VIDA! – Jesse grita encolerizado y se olvida de nuevo de mí. Sale corriendo en busca de Laura y yo me quedo maniatada y desnuda al cabecero de su cama con un enfado monumental. ¡Maldita zorra, me las va a pagar todas! – ¡LAURA, QUÉ COJONES TE CREES QUE HACES! – Los gritos de Jesse son completamente audibles desde aquí. – ¡Estás como una jodida cabra!

— ¿¿Dónde está?! ¿Dónde está la puta esa robahombres? – La escucho también a ella sollozar.

— ¡ESO A TI NO TE IMPORTA! ¡VETE DE AQUÍ DE UNA JODIDA VEZ!

— Sabes que es poli y aun así te has metido en la boca del lobo. ¿Tanto la amas? – Me gustaría ahora mismo poder tener las manos libres y no escuchar esta conversación. Le he prometido a Jesse que lo elegiría a él y olvidaría lo que tiene que ocultarme. Aprieto los ojos como si eso sirviera.

— ¡Lo que yo haga con mi vida ya no es asunto tuyo! ¡Joder!

— ¡Ella no lo entenderá, Jesse, yo sí! ¿Me oyes Samantha? ¡NUNCA ENTENDERÁS A JESSE JACKSON! – Me grita desde algún lugar de la casa. Me muerdo la lengua para no responder.

— ¡QUE TE VAYAS! – Vuelve a gritarle Jesse. – ¡Se acabó, Laura! Y aunque Sammy me dejara no volvería a tocarte nunca más. – Al fin oigo algo que me alivia profundamente. – Este juego ha llegado a su fin. ¿Me has entendido? – El llanto de Laura lo ocupa todo. Me estalla en la cabeza.

— Te amo...

— Yo amo a Samantha Gómez. Fin de la historia. Sabes que nunca te amé. Sabes que sólo fue mi moneda de cambio por tu silencio. Ahora no lo necesito. Si quieres hundirme eres libre de hacerlo. Pero sólo conseguirás que el cariño que te tengo se transforme en odio, Laura.

Ya no oigo nada más. Creo que Jesse se la ha llevado fuera de la casa. Suspiro y suspiro. No he oído nada. No quiero oírlo. Todo lo que necesitaba era saber que Jesse no tiene nada que ver con las desapariciones y las muertes. Lo demás que haya sucedido en el pasado no es cosa mía.

Unos minutos después lo veo entrar echando humo a la habitación. Me mira de soslayo y comprueba que estoy exactamente del mismo mal humor que él. Se centra en encontrar primero las dichas llaves de las esposas y al fin lo hace. Sube sobre mí y me las abre sin apenas mirarme. Está hecho una auténtica furia.

El alivio que siento al sentir las manos libres es monumental.

— Jesse. – Lo llamo cuando lo veo levantarse de la cama de mala gana y



comienza a vestirse con movimientos exagerados y llenos de ira.

— ¡Qué! – Brama.

— ¡Eh! ¡No lo pagues conmigo! – Le acuso.

— ¡No lo estoy pagando contigo! – Me mira al fin y me recorre de arriba abajo con la mirada. – Vístete, por favor. – me pide más calmado. – Así no puedo recordar mi enfado y no quiero olvidarlo tan pronto. – Me acerco a él y le cojo las manos.

— Voy a hablar con esa malnacida. – Le informo.

— ¡Tú no te vas a acercar a esa desgraciada! – Me reprende.

— Jesse. Necesitamos calma de una maldita vez.

— ¡Ya lo sé! ¡Joder! ¡Ya lo sé! – Intenta zafarse de mis manos, pero lo detengo.

— Tranquilo. No me va a alejar de ti. – Jesse me mira echando humo por la nariz. – No lo hará, mi amor.

— No quiero que ni siquiera lo intente, Sammy. Ya no sabría vivir sin ti. – Me desmonta. Su mirada se vuelve de repente como la de un niño muerto de miedo.

— Yo tampoco sé vivir sin ti, Jesse. – Al fin sonrío.

— Vístete. Vamos a ir a un sitio. – Me dice.

— ¿A qué sitio? – La curiosidad reemplaza mi enfado. Ya iré a visitar a esa tarada en otro momento.

— Es una sorpresa. ¡Vístete!

— Sólo tengo aquí mi uniforme. Tendré que ir un momento a casa.

— Te espero mientras preparo el desayuno. – Me besa y hago lo que me pide de buena gana.

En mi casa veo una nota de despedida de Nelson. Se ha vuelto a Chicago y se ha llevado a Mat con él, para garantizar que Mat no montase más espectáculos.

Me pide que llame a Erik en su nota y lo hago. Erik me comenta que han

descubierto una antigua propiedad abandonada que está a nombre del padre de Jesse a unos treinta kilómetros de aquí, cerca de la zona norte del lago. Hemos quedado en ir juntos a ver tal propiedad mañana lunes, pues hoy nos lo vamos a tomar un poco de descanso ambos.

Erik me pide que no le diga por ahora nada a Jesse y yo asiento de mala gana. No quiero hacer esto a sus espaldas.

Jesse me conduce por un pasillo con los ojos tapados. Hemos conducido como veinte minutos en su coche y no he visto más que la árida tierra de los alrededores mientras nos dirigíamos a no sé dónde. Cuando ya estábamos llegando me rogó que cerrara los ojos. Y desde entonces llevo privada de visión.

Al final del pasillo hay una puerta. Lo sé porque Jesse me pide que pare y lo escucho abrirla.

— Jesse, ¿dónde estamos?

— ¡Tachán! – Al fin me destapa los ojos y me quedo un poco extrañada ante lo que veo. Es un estudio de grabación y creo que está en el interior de una casa. Lo miro sin comprender. – Él es mi amigo Arthur. Y este es su estudio. – El tal Arthur me estrecha la mano y lo saludo cortésmente.

— Encantada. – Le digo.

— A los demás ya los conoces. – Dice Erik señalándome a los músicos que están junto a Arthur. No me acuerdo bien de todos sus nombres, pero sí de sus caras de la fiesta de cumpleaños de Jesse.

— ¡Qué bien! ¿Vais a grabar? – Comento dando saltitos de emoción. – ¡Eso quiero verlo!

— Vamos a grabar. La batería, el bajo y la guitarra acústica ya están grabadas. – Dice Jesse. – Faltamos tú y yo.

— ¿Tú y yo?

— Sí. Tú a la voz y yo la guitarra eléctrica. Vamos a grabar mi tema “Too much to say” para mi grupo Gran Numa. Y quiero que tú hagas la voz.

— Jesse... yo no...

— ¡Vamos nena! Te la sabes. La has canturreado conmigo alguna vez y te he traído la letra. – Me enseña un trozo de papel. Lo miro aterrorizada.

— Ese es tu tema estrella, Jesse.

— Y quiero tenerlo grabado con tu voz. ¡Así que vamos! – Me empuja hasta el micrófono. Me coloca unos auriculares y cierra la puerta que separa la mesa de grabación de los instrumentos. Veo a los músicos mirarnos con entusiasmo tras un cristal. – Haré yo primero la guitarra eléctrica. Cuando terminemos cantarás tú sobre la base, ¿vale? – Me dice mientras se coloca la guitarra entre las manos. Asiento sin saber qué otra cosa hacer.

Lo observo anonadada tocar las notas de su maravillosa canción en silencio. Echo un vistazo mientras tanto a la letra, tratando de memorizarla antes de que llegue mi turno.

Cuando llega, la canto con todo mi corazón, como si se la estuviese cantando a Jesse en una supuesta despedida. Mientras la canto, lo veo mirarme intensamente, desde detrás del cristal. Siento como si él hubiese escrito esta canción para nosotros durante nuestra larga ausencia el uno del otro. Durante esos trece años en los que siempre lo he tenido presente consciente e inconscientemente en mi cerebro y mi piel. En la canción me dice que no me vaya, que tenemos mucho que decirnos. Y así ha sido. Aunque soy yo quien pone voz a sus palabras. Soy yo quien pide que no se vaya y se quede junto a mí.

Después de escuchar una muestra de cómo quedaría todos quedamos satisfechos y nos tomamos unas cervezas para festejarlo.

Al atardecer, de vuelta a casa, en el coche de Jesse, la sonrisa no me cabe en la boca. Hemos compartido tantos momentos mágicos juntos en tan poco tiempo que ahora da la impresión de que siempre hemos estado juntos y que, nuestras vidas anteriores, sólo han sucedido en otra dimensión. Las han vivido otras personas. Estas que estamos ahora mismo sentadas en este coche no se corresponden con tanta tristeza.

Cantamos a voz en grito las canciones que suenan en la radio y nos miramos con complicidad. Ay Jesse, ¡me haces tan feliz!

En casa de Jesse nos damos un baño juntos y nos regalamos besos y caricias bajo el agua, aunque esta vez Jesse decide darnos algo de tregua y no ir más allá de los besos y los manoseos. Pero es igual de placentero.

A la mañana siguiente me despierto más temprano de lo que debería. Quiero ir a ver a Laura Miller y callarle la boca de una vez por todas. Ahora que ya he vuelto a recuperar mi puesto de trabajo no quiero más salidas de tono de esa estúpida o haré uso de mi poder para acallarla.

Dejo a Jesse durmiendo. No quiero que sepa a dónde me dirijo. Sé que me lo impediría como fuera.

La mansión de los Miller es espectacular. Aparco mi moto enfrente de una gigante cancela de hierro y me quito el casco lentamente mientras contemplo embobada la majestuosa vivienda de mármol blanco desde fuera. Voy a pulsar el timbre, pero, sorprendentemente, las puertas de hierro se abren antes de que lo haga. ¿Me habrá visto llegar? Dejo el casco sobre mi moto y me dirijo hacia la puerta de entrada con cara de matona a sueldo.

La puerta de madera también se abre antes de que llegue a llamarla y la furiosa cara de Laura Miller aparece tras ella. Me mira de arriba abajo. Llevo puesto mi uniforme, pero no se sorprende en absoluto.

— Me alegro de verte. — Dice. — Tenía cosas que hablar contigo. Pasa. — Abre la puerta de par en par y se aparta para que pase.

— No he venido de visita de vecinos. — Le digo con rabia. — Quiero que te apartes de Jesse y lo dejes en paz.

— Tú eres más negativa para él que yo y no lo sabes. — Me dice.

— ¿Por qué piensas eso? Jesse me quiere, yo lo quiero. Estamos felices juntos. Déjalo en paz y no lo manipules más.

— Deberías escuchar lo que tengo que contarte. — Parece victoriosa sabiendo que el secreto de Jesse hará que nos separemos.

— No quiero oírlo. — Le informo y frunce el ceño.

— Disculpa. — Me dice de mala gana cuando escucha el teléfono de su casa sonar.

Miro el amplio hall de su casa mientras lo hace. Habla con quien sea en código para que yo no me entere y me mira con incomodidad evidente. Creo que habla con su hermano. He escuchado el nombre de Jim y, si mal no recuerdo, el tal Jim era su hermano.

Tiene la casa llena de obras de arte. Cuadros de la última cena que parecen renacentistas, paisajes impresionistas y una cruz repleta de diamantes y esmeraldas sobre una cómoda de caoba. ¡Joder! ¡Será pija! Cuelga con rapidez cuando ve que me estoy fijando en sus pertenencias y viene de nuevo hasta mí.

— Espero no tener que repetirte esto, Laura. – Le digo con serenidad, pero autoritariamente.

— No eres quién para darme órdenes. Yo amo a Jesse más de lo que lo harás tú. Sólo eres una calientapollas que...

— ¡La próxima vez te esposaré por acoso! – Le corto. Traga saliva. – Así que espero que no haya próxima vez, de lo contrario me deleitaré viendo tu pijo culo en una cloaca de celda.

— No hará falta que lo busque. Él me buscará a mí cuando me necesite. – Dice con convicción y levantando la cabeza altiva.

— Ya veremos. – Me giro con la intención de irme.

— Sabes que tu madre fue la que le destruyó la vida, ¿verdad? Y tú sólo serás el recuerdo vivo de su dolor. – La escucho a mi espalda y la maldigo. Hago un esfuerzo enorme para no volverme y partirle la cara. Pero en el fondo sé que tiene razón. – Tuvo que renunciar a una vida de éxitos para cuidar de los despojos que tu madre dejó de su familia. ¿Crees que no te culpará alguna vez de ello? Si supieras hasta dónde está el daño hecho...

— Yo no soy mi madre y creo que ella ya pagó por lo que pudiera haber hecho. – Le digo tratando de no mostrar sentimiento alguno. – Aunque enamorarte de alguien no debería salir tan caro.

Sigo el camino hasta mi moto. Me pongo el casco y subo a ella sin que Laura ni yo dejemos de dedicarnos miradas completamente envenenadas. ¡La odio!

En cuanto arranco y pongo camino a la comandancia del sheriff siento como las lágrimas no dejan de salir de mi rostro. Laura tiene razón en algunas cosas y espero que el amor de Jesse sea tan fuerte como para no culparme nunca de su sufrimiento, que sé que ha sido severo.

Erik me está esperando impaciente. Vamos a ir a echarle un vistazo a la cabaña de William Jackson que ha aparecido como por arte de magia. Seguimos sin noticias de Kristen Nollan y el tiempo corre en contra nuestra.

La cabaña no está tan lejos como realmente da la impresión de que está. Pero es que el camino para llegar hasta ella es abrupto y de difícil acceso. Pero al final llegamos en el coche patrulla de Erik.

No hay nada en los alrededores. Completamente nada. ¿Para qué habría comprado esta cabaña William?

La tierra de los alrededores parece movida. Da la impresión de que alguien ha visitado este lugar con un vehículo no hace mucho. Erik hace fotos a las huellas más palpables de neumáticos que ve. Yo me acerco a una montaña de tierra y me extraño de que sobre ella no haya tanta hierba como en su alrededor.

La pequeña vivienda de madera tiene un aspecto marchito y abandonado. Aunque tanto Erik como yo estamos convencidos de que aquí ha estado alguien recientemente. Entramos y la madera cruje al hacerlo.

— ¡Oh, joder! – Grito ante lo que veo mientras alumbro con mi linterna.

— ¿Quiénes son? – Pregunta Erik alumbrando con la suya al mismo punto que yo.

— Es mi madre con William, el padre de Jesse. – Digo al acercarme a las innumerables fotos que penden de las paredes. Son fotos preciosas. La mayoría son de ellos dos, queriendo atesorar preciosos momentos juntos. Pero hay unas pocas solo de mi madre. Se la ve más que feliz. Una enorme lágrima me recorre la mejilla al ver esa adorable sonrisa de nuevo. Me la seco enseguida. – Creo que ellos estuvieron aquí varias veces. – Le digo al reconocer la cabaña en algunas de las fotos. – Muchas veces...

— Joder, eres su jodido calco. Supe que tuvieron un lío, pero aquí parece que la cosa duró bastante tiempo. Estas fotos son de años diferentes a juzgar por el corte de pelo de tu madre.

— Sí, eso parece. Se amaban. – Digo con franqueza al ver la cara con la que ambos se miraban. Sonrío. Así nos miramos Jesse y yo.

— ¡Joder, Sam! – Exclama Erik.

— ¡Qué! – Sigo su mirada y apunto con mi linterna al otro extremo de la sala. – Mierda...

Hay una pared llena de fotos de Mary Jane, Rose, Kristen y... más.

— Es él. Es el padre de Jesse. – Me quedo sin aliento. – Es nuestro asesino.

Son fotos de todas nosotras con un denominador común, Jesse también

sale en las fotos. Pero sólo a mí me mira de esa forma. De esa misma forma en que su padre miraba a mi madre.

Entonces un ruido nos saca del trance. ¡Viene de la parte de arriba de la cabaña! Erik y yo miramos hacia arriba instintivamente.

— ¡Mierda Erik, aquí hay alguien! – Alumbro la parte de arriba y parece un hueco diminuto. Unas escaleras de madera dan acceso a la parte alta. – ¡Policía, salga con las manos el alto! – Me apresuro a decir. Nadie sale, pero el ruido se hace más evidente.

— ¡Policía, salga! – Vuelve a repetir Erik. De pronto, escucho el grito apagado por algo de una mujer.

— ¡Joder, es Kristen Erik! ¡Es Kristen Nollan! – Me dirijo a la velocidad del rayo a las escaleras, pero Erik me frena.

— ¡Ni se te ocurra! ¡No sabes lo que te encontrarás ahí arriba! – Erik sube antes que yo, apuntando con su arma asciende lentamente y yo le cubro las espaldas por si alguien más llega. – ¡Mierda, mierda, Sam, sube ahora mismo! – Me grita al llegar arriba. – Tranquila, tranquila, estás a salvo. – Susurra. Yo subo rápidamente. – ¿Eres Kristen Nollan? – Pregunta Erik justo cuando ya he llegado a la parte superior y veo a una chica llena de heridas y con un enorme consolador introducido por su sexo. Erik la le quita la venda de los ojos, la desamordaza y le libera las manos y los pies de sus ataduras. Me quedo de piedra.

— ¡Socorro! ¡Socorro! – Consigue al fin hablar cuando la liberamos. Yo la ayudo a sacarle el enorme consolador lentamente. Está hecha un flan. Pobre chica. Lloro desconsoladamente.

— Tranquila, estás a salvo. – Decimos Erik y yo a la vez.

Erik se quita la parte de arriba de su uniforme y la tapa con él. Los pies de la chica son lo único que están cubiertos; por unos zapatos intercambiados de lugar. Rápidamente Erik llama a la comandancia y pide refuerzos para peinar la zona y una ambulancia para que se haga cargo de la chica.

Yo estoy en shock y completamente alucinada. Jamás en todos mis años de profesión había visto algo igual.

Erik le pregunta insistentemente si sabe quién le ha hecho esto y la chica niega. No ha visto nunca a su agresor y la voz sonaba distorsionada.



Yo no sé cómo gestionar todo esto. Lo único que pienso es que, si ha sido el padre de Jesse el que mató a mi madre, a Mary Jane y ha hecho esto con todas estas chicas y casi conmigo, me va a costar un mundo volver a ver a Jesse con los mismos ojos. Aunque sepa que él no tiene nada que ver. Pero ahora que sé por lo que pasó mi madre antes de morir me entran ganas de vomitar y mi cuerpo tiembla. Así que yo decido esperar fuera de la cabaña mientras vienen los refuerzos, que no tardan demasiado.

La ambulancia se lleva a Kristen también con rapidez y yo dejo hacer a los chicos dentro de la cabaña en busca de huellas y más pruebas incriminatorias mientras me fumo un cigarrillo tras otro enfrente de la montaña de arena.

Entonces siento un escalofrío.

— ¡Venid! – Le pido a dos policías. Me obedecen enseguida. – Cavad ahí. – Señalo el bulto de tierra. Me miran extrañados, pero mi convicción les convence a ellos también.

Diez minutos después uno de ellos grita que ha encontrado unos huesos que parecen humanos. Erik sale y se queda a cuadros.

En total se sacan los restos de dos personas más. El forense guarda los restos y se los lleva para analizarlos. Al final de la mañana estoy completamente agotada mentalmente.

— No tiene sentido, Sam. El asesino sigue un protocolo. Deja a sus víctimas en el lago, con los zapatos intercambiados. – Me dice de camino a casa en su coche patrulla. – Esto no tiene sentido.

— A no ser que no sean mujeres. – Le digo todavía con un mal cuerpo terrible. Erik me mira un segundo y encuentra lógica en mis palabras.

— ¿Quiénes serán?

— Hay un hombre desaparecido desde hace años. – Digo.

— El señor Miller...

— Exacto. Es posible que sea él. Sé que estuvo interesado en mi madre. Si William, el padre de Jesse, se enteró de ello y lo consideró una amenaza, quizá se lo cargó.

— Sí... tiene sentido. ¿Quién será el otro?

— No lo sé. – Respondo intentando pensar en quién.

Erik me deja en mi casa. Estamos llenos de tierra y he sudado más que en toda mi vida por culpa de lo que he presenciado. Tengo todavía temblores en el cuerpo y necesito una ducha. Después le pediré a Jesse que me acompañe a recoger mi moto de la comandancia del sheriff. Al menos ya hemos liberado a Kristen Nollan y tenemos el lugar de juegos de ese sádico cercado. Si se atreve a poner un pie allí, el policía que haga el turno de guardia se lo cargará de un balazo.

Me ducho con fuerza. Froto mi cuerpo con virulencia como si así pudiese quitarme todas las imágenes vividas de mi cerebro. Pero no puedo.

Cuando termino con la ducha echo de nuevo un vistazo a las pertenencias de mi madre y a su informe. Falta una hoja del informe. Eso es algo en lo que no he vuelto a pensar. Y luego está ese zapato femenino junto al cadáver de mi madre. Lo observo con mi lupa. Es marrón y parece de alguien de economía limitada. Así que la ilusión de poder inculpar a Laura Miller del asesinato de mi madre o de colaboración a ello se esfuma de un plumazo.

Mamá... si pudiera hablar contigo... seguro que tú sí sabías quién está detrás de todo esto. Seguro que ese hijo de puta se descubrió antes de matarte. Como hacen todos. Querría ver tu cara bien mientras te quitaba la vida. ¿Fuiste tú, William? ¿Tú has hecho todo esto? ¿Has seguido con tu tarea ocupándote de toda aquella chica que se encaprichara más de la cuenta de Jesse?

Unos golpes en mi puerta me sacan de mi monólogo interno.

— ¿Sammy? Nena, ¿estás ahí? – Mierda. Guardo rápidamente todo lo del caso de mi madre bajo el tablón de madera de siempre. – Erik me ha dicho que te ha traído a casa. Sammy, contesta.

— ¡Voy! – Canturreo tratando de sonar despreocupada. Cuando he guardado todo corro hasta la puerta. – ¡Eh, hola! – Saludo nerviosa y le beso.

— Estás muy acelerada. ¿Qué hacías? – Jesse me besa más relajadamente y me regala una de sus bonitas sonrisas. – Te echaba de menos, mocosa.

— Nada yo... tenía que ordenar la casa. – Jesse mira al interior de mi casa y ve mi pequeño mundo de desastre. Arruga la frente.

— Creo que debería ayudarte. ¿Me invitas a almorzar?

— ¡Claro! – Sigo sonando tensa. Sam, relájate. – Pasa. – Le digo.

— ¿Estás así porque habéis encontrado a Kristen? Por cierto, enhorabuena. – Me escamo todavía más.

— Sí, sí, la hemos encontrado.

— ¡Pues deberías estar muy feliz y muy orgullosa! – Me besa de nuevo y me levanta entre sus brazos. – ¿Dónde estaba?

— Eh... en una cabaña. En la parte norte del lago. – Digo.

— Ah. ¿Cómo habéis llegado a la conclusión de ir allí? – Pregunta despreocupado mientras me suelta, se dirige a mi nevera y saca dos cervezas. Me tiende una y abre la sulla para darle un largo trago.

— Intuición. – Digo encogiéndome de hombros sin saber qué decir. Jesse sacude la cabeza y sonrío.

— Vale, vale, secreto del sumario. Entendido. ¡Vamos al porche! Hace un día estupendo. – Me coge de la mano y tira de mí. Me hace tumbarme en la hamaca colgante y se tumba él junto a mí. – Sabes, deberías dejar de hacerte la estrecha y venirte de una vez conmigo a vivir. – Dice con sorna. Levanto una ceja.

— ¿Me estás llamando a mí estrecha, bobo? – Su frescura al fin hace que me relaje con él y me concentro en nuestra recién estrenada relación.

— Es lo que eres. – Me sigue provocando encogiéndose de hombros.

— De modo que quieres vivir con una poli... ¿sabes lo que dices? – Me mira evaluando su respuesta.

— Confío en poder usar más a menudo esas esposas. Algo bueno tiene tu trabajo. – Libero una carcajada y él se contagia de la misma.

— Dame unos días para pensarlo. Ahora mismo estoy un poco... traumatizada con todo este caso del asesino.

— Te daré unos días para pensártelo. En mi casa. – Sentencia.

Al final nos ponemos juntos a hacer de comer y disfrutamos de un bonito y alegre almuerzo en el porche de mi casa. Después se despide de mí entre besos porque dice tener mucho trabajo pendiente.

A solas, sopeso su petición. No veo por qué debiera negarme. Jesse y yo nos hemos fortalecido mucho juntos. Él no es responsable de las atrocidades que acometa su padre y ni siquiera se preocupó nunca de él como padre.

Jesse ha sufrido y yo también. Pero hemos llegado el uno a la vida del otro para acabar con todo esto.

Suena un sonido que me hace alertarme. ¿Qué hora es? El reloj de la mesita de noche de Jesse anuncia que son las doce y media. Jesse está completamente aniquilado. Hace unas horas hemos tenido una sesión de sexo de alto nivel, agotador. Y, si no fuera porque estaba teniendo una pesadilla con el padre de Jesse, yo tampoco me habría despertado con ese dichoso sonido.

Es mi teléfono móvil. Suena desde el salón de la casa de Jesse. Me pongo rápidamente lo primero que pillo de ropa, que resulta ser una camiseta de Jesse y voy corriendo a apagar el dichoso aparato antes de que despierte a Jesse.

¿Erik? ¿El sheriff me está llamando a estas horas? Me dirijo rápidamente hacia el porche de la casa de Jesse para no hacer ruido con la conversación.

— ¡Sheriff! ¿Qué ocurre?

— Sam, disculpa las horas. Me acaban de llamar del laboratorio forense. Sabemos las identidades de los dos restos óseos encontrados ayer. – Aguardo a que continúe. – Tenías razón, Miller era uno de ellos.

— Lo suponía. ¿Y el otro cadáver?

— William Jackson. – No he podido oír bien. ¿William? ¿El padre de Jesse? – ¿Estás ahí?

— Eh... sí... ¿Cómo...? ¿Cuándo...?

— Lleva muerto trece malditos años, Sam. Ambos por herida de bala.

— Dios... joder Erik. – Siento que me falta la respiración. – ¿Quién cojones es entonces? – Pregunto sentándome para no perder el equilibrio ante tanto estrés.

— ¿Estás con él? – Me pregunta sin venir a cuento.

— ¿Con quién? ¿Con Jesse? Claro. – Entonces lo veo. Vuelve a dudar de él y, sin querer admitirlo, yo también. He visto las fotos de esas chicas y más con él. Quiere vengarse de mí... quiere vengarse de mi madre...

— Será mejor que te vayas a casa, Sam. Mandaré a alguien que te haga

guardia esta noche. Mañana hablaremos cara a cara. Pero vete a casa. Hazme caso por una vez. – Miro hacia el interior de la casa de Jesse. Todo sigue en silencio.

— Sí, voy. – Confirmando a Erik lo que quiere oír.

— Estupendo. Ya te he mandado escolta antes de que me dieras permiso. En unos minutos estará ahí. – Suspiro. – Cierra todas las ventanas y la puerta bien.

— Tranquilo. Estaré bien. Hasta mañana. – Cuelgo porque sé que tengo poco tiempo para hacer lo que voy a hacer y entro de nuevo a casa de Jesse.

En la cocina sé que guarda las llaves de su taller. No sé por qué, pero algo me dice que mire ahí, antes de nada. Y quiero hacerlo. Mañana será tarde, pues necesitaré una orden judicial para entrometerme en su espacio privado y necesito hacerlo ahora, que sigo siendo su pareja y tengo potestad para ello.

Abro lentamente el cajón de la cocina y cojo las llaves con sumo cuidado de no hacer el menor ruido. Salgo a hurtadillas de la vivienda y la rodeo hasta llegar al taller, mirando atrás constantemente para comprobar que no me sigue nadie, que no me sigue Jesse.

La puerta se abre tras el segundo intento y maldigo porque está todo a oscuras. Cojo mi móvil y enciendo la linterna del mismo. A simple vista sólo veo cascos de moto y herramientas de mecánico por todos lados. Pero una caja de cartón al fondo de la nave arrinconada y cubierta de polvo llama rápidamente mi atención. Ahí escondería yo algo si tuviera algo que esconder.

La saco con prisas y veo varios viejos objetos enseguida. Y... como por arte de magia... en mis manos sostengo algo que no esperaba; el otro zapato marrón. El que estaba junto al cadáver de mi madre. ¡Joder! ¡Es él! ¡No puede ser! El llanto amenaza con salir y casi no puedo respirar. Comienzo a emitir una serie de quejidos que tratan sin remedio de acallar mi llanto.

— ¿Sammy? ¿Estás ahí? – Mierda, mierda, es Jesse. Miro hacia atrás con los ojos llorosos y veo su silueta acercarse al taller. Cojo una llave inglesa en una mano y el zapato marrón en la otra y salgo. – Sammy, ¿qué haces ahí a estas horas? – Su cara palidece cuando se acerca más a mí y ve el zapato que porto en mi mano.

— No te acerques más. La policía viene de camino. – Digo en un sollozo.

— Mierda nena. Sammy, tranquila, deja que te explique. – Da un paso en mi dirección.

— ¡Atrás, maldita sea! ¡O te abro la cabeza! – Otro gemido sale de mi cuerpo y comienzo a llorar con ganas. Creo escuchar un coche entrar por la parte delantera de la casa de Jesse. Bien... ya está la policía aquí. Estoy a salvo. – ¿Cómo has podido? ¡Confíaba en ti! ¡Te lo he dado todo! – Le grito. Jesse hunde los hombros y se acerca tres pasos a mí. – ¡No!

— Sammy, nena, soy yo. Me conoces. – Dice.

— ¿Era la muerte de mi madre el secreto que te guardaba Laura Miller, Jesse? – Pregunto temblorosa. Jesse me mira, evaluando su respuesta, pero finalmente agacha la mirada y, sin poder sostenérmela, contesta.

— Sí.

— ¡¡Era mi madre!! – Grito con rabia. – ¡¡La única persona que me ha querido!! ¡¡Lo único que tenía!! ¡¡¡¡NO!!!! – Grito con desesperación y me tiro al suelo. Sin importarme ponerme en peligro. Ya está. Lo he perdido todo. Primero a mi madre y ahora a Jesse. Lo único que he sentido como mío desde que mi madre se fue. Me hago un ovillo en el suelo y Jesse viene rápidamente para abrazarme. Me sacudo de su abrazo. – ¡No, no, no, no! – Le golpeo y lloro.

— Mi amor, no pude hacer nada para impedir su muerte. Lo siento. Fue un accidente. – Dice y yo me hundo más en la miseria. Grito, lloro y pataleo. Me tapo los oídos. No puedo escuchar nada más.

— ¡No! ¡No me llames mi amor! ¡Te odio! – Me pongo en pie y me zafo de su abrazo. – Vas a pudrirte en la cárcel por esto, Jesse Jackson. – Le grito con rabia y él me mira abatido.

Levanto la llave inglesa con la intención de golpearle y me sorprende ver que no hace nada para defenderse. Sólo cierra los ojos ante el inminente golpe clavado de rodillas en el suelo. Pero... no puedo hacerlo. Tiro la llave al suelo y corro. Corro como alma que lleva el diablo mientras escucho su llamada tras de mí.

— ¡Sammy! ¡Sammy, déjame que te lo cuente, por favor! – Me ahogo en un llanto amargo mientras corro en dirección a mi casa y, cuando estoy en mitad del prado, siento que me sigue.

Miro a mi alrededor nerviosa y no veo nada. Ni siquiera el coche que sin duda antes he escuchado llegar. De pronto, un golpe en la cabeza hace que me caiga de bruces y pierdo el sentido mientras escucho la voz de Jesse pronunciar mi nombre y oigo un disparo después. Luego, oscuridad.

\*\*\*\*\*

¿Dónde estoy? No veo nada. Tengo los ojos tapados y estoy atada de pies y manos. Estoy a su merced en algún maldito lugar.

— ¿Jesse? ¡Jesse, sé que estás ahí! ¡Háblame!

— Hola Sam. – Esa voz metálica otra vez...

— Jesse, ¿por qué? ¿Por qué lo hiciste? – Lloro y siento la venda que cubre mis ojos humedecerse.

— Sólo era una sucia puta que se follaba a hombres casados. Exactamente igual que tú.

— Creí en ti. ¡Maldita sea, creí en ti! – Grito con rabia.

— No debiste. Ahora pagarás todo el daño que le has hecho a Jesse, Sam.  
– Un momento. ¿Habla de él mismo en tercera persona?

— ¿Quién eres? – Grito. No me parece Jesse. Él nunca me llamaría así.

— Jesse. – Dice y no lo creo. Mi mente trabaja rápido.

— Quieres castigarme, ¿verdad? – Le reto.

— Me alegra que lo hayas adivinado. Veamos, ¿por dónde empezamos? – Siento un dedo por mi rostro y trato de separarme rápidamente de él. Pero luego pienso que no debo demostrar miedo ni desesperación. Sé que eso es lo que buscan los psicópatas.

— Lo que sea deberías aclararte ya. Pronto vendrán la policía y Jesse a por mí. – Escupo. – Pero eso ya lo sabes, Laura. – Le digo. Entonces siento como me quita la venda de los ojos y, como ya me imaginaba, la tengo justo frente a mí.

— Me has pillado, puta. Aunque sea tarde para ti.

— Debí haberlo visto esta mañana cuando me di cuenta la cantidad de



simbología religiosa que tienes en casa. Demasiada para una apestosa asesina como tú.

— Sólo he hecho cumplir la voluntad de Dios. Él me puso en este mundo para hacerlo más justo. He tenido que eliminar a todo aquél que ha manchado su divino nombre y tú eres una de ellas.

— Excusas. – Le provoco.

— ¡Todos han cometido pecados abominables! – Se defiende.

— Ninguno tan abominable como matar a una persona.

— Sólo he hecho la voluntad de Dios. ¡Putas! – Tira de mi pelo para escupirme sus palabras en mi cara.

— Qué casualidad que te has cargado a toda aquella persona que se interponía entre tu idilio con Jesse. Pero se acabó. Él vendrá a por mí y, si me matas, lo habrás perdido para siempre. Porque me ama a mí, no a ti.

— Eso será si ha sobrevivido. – Me enseña su pistola y se ríe a carcajadas. ¡No! ¡El disparo!

— ¡¿Le has matado?! – Tiro de mis manos sin poder soltarlas. – ¡Dime que no lo has matado! – Me falta el aire. No puede ser que Jesse ya no esté. Que mis últimas palabras hacia él hayan sido tan crueles.

— Y ahora le seguirás tú. – Dice presionando el cañón de su pistola contra mi sien. No digo nada. Aprieto los ojos y pido al cielo que lo haga ya. No quiero seguir viviendo si no tengo forma humana de arreglar todo lo que le he dicho a Jesse. – ¿No vas a suplicar siquiera? – Su pregunta me hace abrir los ojos y mirarla.

— Acaba ya. No tengo todo el día. Por cierto, dime por qué demonios mataste a mi madre y al padre de Jesse.

— Yo no fui, estúpida niñata.

— ¿Cómo? – Vuelve a presionar mi sien con su pistola. – No te preocupes, tampoco ha sido tu difunto amorcito. – Libero un gruñido de rabia, pero me callo al querer conocer el resto de la historia. – Fue su madre. La mató cegada por la rabia. Al saber que su maridito querido la iba a abandonar por tu apestosa madre. Me llamó a mí y a mi marido para que le ayudásemos a ocultar el cadáver. Nos

pagó una gran suma para ello. Pero Jesse y su padre sorprendieron a mi difunto esposo y a su madre dejando el cadáver en el lago. Yo estaba con él y me hice la inocente. – Se ríe como una estúpida ante su sin duda hazaña. – El padre de Jesse se volvió loco al verlo y su querida y loca mujer lo mató de un tiro. Creo que fue con la pistola de mi marido. Tu querido Jesse permaneció en shock durante días... era sólo un crío por aquella época, pero yo ya lo amaba con toda mi alma. Su madre le hizo prometer que no dijera nada y ella haría que de nuevo fueran una familia feliz.

— ¿Jesse sabe que su padre está muerto?

— No. Esa parte de la historia no la sabe. Yo me llevé a Jesse antes de que su madre acabara con su esposo. Lo hice para protegerlo. ¡Se suponía que iban a hablar y arreglar su sagrada unión matrimonial, no que iban a liarse a patadas y disparos! Yo le oculté esa parte a Jesse cuando su madre me lo confesó y me pidió de nuevo el favor de deshacernos del cuerpo. Mi esposo y yo le ayudamos a enterrar su cuerpo junto a la cabaña. Creo que ya has estado allí. – Dios mío, pobre Jesse. Siempre supo que su madre mató a la mía y calló para proteger a su hermano y a sí mismo. Posiblemente también a su loca y asesina madre. Pero yo entiendo el amor que se le tiene a una madre a pesar de todo. – Meses después comprendí que la unión tan fuerte que había comenzado a existir entre Jesse y yo suponía que mi marido debía desaparecer. Era la voluntad de Dios.

— ¿Cómo has podido hacerle eso a esas pobres chicas? ¡¿Cómo has podido matar a Jesse si tanto lo amas?! – Grito y lloro a la vez.

— ¡Él lo eligió! ¡El muy imbécil te eligió a ti! ¡Una vida cargada de pecados con una zorra como tú! ¡Es exactamente igual a su maldito padre! – Un ruido del exterior de la oscura habitación donde nos encontramos nos sorprende a ambas y Laura se tensa. Temblorosa, vuelve a apuntarme con su pistola. Cierro los ojos.

— ¡Policía, baja el arma ahora mismo Laura! – Es la voz de Erik.

— ¡Es una puta, sheriff, tiene que morir! ¡Ella ha hecho que mi Jesse muera! – Llora y aprieta el gatillo contra mí. Un estruendo suena y Laura cae al suelo. ¡No me ha dado! Sollozo de miedo. Erik viene rápidamente a por mí y me suelta.

— Ya está. Tranquila. – Me abraza y descargo un amargo llanto entre sus brazos. Miro a mi lado y grito al ver el cuerpo de Laura Miller desangrándose en

el suelo. Es un grito de alivio, de desesperado alivio.

— Me has encontrado... me has encontrado. – Lloro agarrando con fuerza el cuello de su camisa.

— Sí, Jesse reconoció el coche de Laura. El policía que mandé a custodiarte llegó a tiempo antes de que Jesse desfalleciera y se lo comunicó. Gracias al cielo. Hemos seguido el rastro de Laura hasta su casa.

— Jesse... no.... – Me tapo la cara con las manos y descargo un amargo llanto. – ¡No, no, no! – Me derrumbo de nuevo en el cuello de Erik que me aprieta con fuerza.

— Está vivo, Sam. Sólo tiene un disparo en la pierna. – Aúllo de inmenso alivio. – Pero es un asesino, Sam. Yo tenía razón. Mató a tu madre.

— ¡No, no, no fue él! – Erik me mira incrédulo. Más policías entran en la mansión de los Miller mientras Erik me lleva agarrándome de la cintura hacia el exterior para que me dé el aire, y se llevan el cadáver de Laura con la ayuda de unos médicos. – Fue su madre, Erik. Fue la madre de Jesse. – Erik me mira y no sabe qué creer.

— Sam, esta vez Jesse va a estar preso hasta que comprobemos eso que dices. Comprende la gravedad de la situación. No estoy dispuesto a ponerte de nuevo en peligro.

— Vale, vale, pero está vivo. Podemos arreglar todo este embrollo. Podemos arreglarlo. – Intento serenarme con esa idea y recuperar el ritmo de mi respiración que sigue entrecortada.

Me muevo con mucho esfuerzo, estoy dolorida. La cabeza me explota por dentro. Pero quiero ver a Jesse.

Obligo a Erik a llevarme hasta su habitación en el hospital. Antes incluso de que me hagan un chequeo médico a mí.

Al abrir la puerta lo veo postrado en la camilla, con una pierna vendada y empapado en sudor seguramente por el intenso dolor de la herida.

— Jesse. – Pronuncio su nombre en un intenso gemido. Me mira con los ojos como platos, inundados de lágrimas y aprieta los ojos para no dejarlas salir.

— ¡Estás viva! ¡Dios, estás viva! ¡Joder, joder, gracias al cielo! – Exclama bajito, como si sólo lo estuviese diciendo para sí mismo. Exhala aire con fuerza y se incorpora un poco en su camilla, hasta quedar más o menos sentado, haciendo una mueca de dolor por la herida de la pierna. – No deberías estar aquí. No necesito que me escupas tus palabras de rencor de nuevo. Sé que no podrás perdonarme por haber callado lo que le pasó a tu madre todo este tiempo. Y merezco tu desprecio. Así que ahórrate tus dolorosas palabras y vete. Sé feliz. Te lo mereces. – Me acerco lentamente hasta él y cuido mis palabras para hacerle salir rápidamente de su error.

— Tú también mereces lo mismo. Seamos felices juntos. Como quisieron nuestros padres. – Jesse me mira de nuevo sin creer mis palabras. Y llora. Lloro amargamente. – Sí, mi amor. No quiero ser feliz sin ti. No sé ser feliz sin ti.

— Sammy... no, no sigas. – Lloro. Yo ignoro su petición y me siento en una silla junto a él, agarrando su mano con fuerza en la mía.

— Jesse, estoy aquí. Ya ha terminado todo. Eres libre de ese peso que llevabas. Somos ambos libres. – Jesse no quiere mirarme. Sólo niega con la cabeza y su gesto comienza a hacer que me desespere ante la idea de que su herida del pasado haya sido reabierto con tanta intensidad que el hecho de tenerme a mí cerca lo desangre por dentro. – Jesse... por favor, te lo suplico.

— Samantha, mi madre la mató. Mi madre puso fin a la vida de tu madre. – Ahora me mira fijamente y muy serio. – Ella la torturó y la estranguló hasta que acabó con su vida. – Aprieto los ojos ante el dolor que suponen sus palabras en mi corazón. – Yo lo vi. Vi el cuerpo de mi madre bañado en sangre y el marchito cuerpo de la tuya entre sus brazos. Y callé. Callé por miedo, terror, estupor. No sabía qué sería de nosotros después de eso. Pero la cuestión es que callé y eso me convirtió en el cómplice del asesinato de Victoria Gómez, tu madre, lo único que tú tenías en la vida. La chica de mis sueños se me escurría de entre los dedos por culpa de la decisión más dolorosa que he tenido que tomar

en la vida. Y ni siquiera mi padre, que se supone que amaba a tu madre con toda su alma, fue capaz de hablar, Samantha. – No quiero escuchar más, pero sé que Jesse necesita purgarse de todo esto de una vez por todas. – Mi padre prefirió encubrir a la asesina de la mujer que amaba antes que vengar su bello recuerdo. No me digas que todo está bien entre tú y yo, Sammy. Eso simplemente no puede ser cierto. Ahora que lo sabes, que todo el mundo lo sabe, ya no podrás verme igual. – Se le escapa un pequeño gemido ante esta última declaración.

— Jesse, tu padre está muerto. – Inspira con fuerza ante la inesperada noticia y comienza a mirar a todos lados. – Descubrimos su cadáver enterrado en esa cabaña. Lleva muerto trece malditos años. Así que no sabemos cuál habría sido su decisión. Y apuesto el cuello a que habría defendido el honor de mi madre.

— No... no es verdad. ¿Mi padre? ¿Muerto? ¿Cómo?

— Según Laura Miller tu madre lo mató. Él encolerizó al saber lo que le había hecho a mi madre y, supongo que perdería los papeles con ella. Tu madre le disparó, Jesse.

— ¿Laura lo sabía? ¡Dime que eso no es cierto o la mataré!

— Has llegado tarde. – Sonrío con tristeza. – Laura Miller ya está muerta. Erik le abrió la cabeza de un disparo cuando estaba a punto de matarme a mí. – Jesse vuelve a cerrar los ojos haciendo una mueca de dolor ante mis palabras. – Siento que hayas perdido su amistad. – No se me ocurre otra cosa que decir. Jesse se incorpora más lleno de ira.

— ¿Su amistad? ¡¿SU AMISTAD?! ¡Samantha Gómez, será la primera vez que rece en mi vida, pero lo haré para que ese demonio arda en el infierno! ¡Ha matado a Mary Jane, Sam! ¡Ha estado a punto de hacerlo con Rose y Kristen! ¡¡¡Casi te mata a ti, Sammy!!! ¡A TI! ¡Dios! – Jesse se agarra el pelo con fuerza apretando sus dedos entre sus cabellos. Está fuera de sí.

— ¡Eh, tranquilo, tranquilo! – Me echo sobre él y lo abrazo para relajarlo. Se muestra reacio a mi abrazo al principio, pero acaba apretándose con fuerza y llorando con desesperación sobre mi hombro. Destrozado. – Se acabó, mi amor. Perdóname por desconfiar de ti. – Mis lágrimas también salen sin permiso al verlo así, tan derruido.

— Soy yo quien debe suplicar tu perdón, Sammy. Lo siento, lo siento

mucho de verdad. Mira dónde te he metido. Casi mueres por mi culpa. – Sigue aferrado a nuestro abrazo sin querer soltarme. – Y no sé si podré aguantar esta culpabilidad de lo de tu madre ahora que todos sabrán lo que llevo media vida ocultando.

— Tú no eres culpable de nada, Jesse. – Intento mirarlo a los ojos, pero no me suelta y creo que no quiere hacerlo. – Créeme, te lo ruego.

— Sam, deberías dejarlo descansar. – El doctor Christian Smith está tras de mí sin que ninguno de los dos notásemos su presencia e interrumpe mi momento con Jesse. Lo miro enfadada. Erik y otro poli que custodia a Jesse para que no huya están a su lado.

— Vamos Sam, tienes que hacerte el chequeo médico. Jesse está en buenas manos. – Me dice Erik. Jesse al fin me suelta, respira con profundidad y recupera la serenidad en su rostro. Asiente para darles la razón.

— Ve, tienen que comprobar que estés bien. Tendremos tiempo para hablar. – Me pide Jesse más que distante. Trago saliva y asiento. No me gusta nada la distancia que veo en sus ojos. Pero con tanto público no podré demostrar todo lo que siento por él con facilidad.

— Volveré luego. – Beso sus labios y siento que Jesse ahoga un gemido. Aprieta mi nuca para hacerlo más intenso y después me suelta. Mira hacia abajo. – Te quiero, Jesse. – Digo y suena más a súplica. Él sonríe con tristeza y asiente sin mirarme. Detesto verlo así. Es muy doloroso.

Al salir de la habitación de Jesse, el Doctor Smith me pide que le acompañe para hacerme un chequeo. Parece más amable de lo que ha estado conmigo últimamente y lo agradezco. No puedo ahora mismo con más tensión. Me pide que me siente en una silla de ruedas y yo le digo lo más cortésmente que puedo que no hace falta. Erik me acompaña también por los pasillos mientras nos dirigimos a la sala de rayos X.

— Sam, he conseguido que el ayuntamiento del pueblo se haga cargo de los gastos de sepultura del cuerpo de William Jackson. Sé que Jesse no tiene mucho dinero para ello y sé que querrá darle digna sepultura a su padre. – Me dice Erik y me emociono ante su propuesta. Eso significa que él también piensa que Jesse no tuvo nada que ver con la muerte ni la desaparición de las chicas.

— Gracias Erik. Será muy importante para él poder despedirse de su

cuerpo como es debido. – Lo abrazo y Erik me devuelve el abrazo con fuerza. Nos hemos unido mucho durante las últimas dos semanas.

— También quiero decirte que he levantado los cargos contra Jesse Jackson. – Me dice todavía abrazado a mí. Me separo y lo miro perpleja.

— Pero... antes dijiste que...

— Sé lo que dije, Sam. Pero he hablado con los chicos que están examinando la casa de los Miller y han conseguido todas las pruebas que necesitamos en apenas unas horas. Jesse no ha tenido nada que ver. Ha sido todo obra de Laura y de su hermano Jim, que la ayudaba a cambio de importantes fortunas. De lo único que podríamos inculpar a Jesse es de encubrir el asesinato de tu madre, pero ese delito ya ha prescrito y tú eres la única que podría reabrir el caso si quisieras hacerlo, cosa que dudo mucho. – Me dice sonriente. Sacudo la cabeza.

— Ese caso ya está resuelto y los que tuvieron la responsabilidad de aquél acto deleznable están pagando con su vida lo que hicieron. – Confirmo. De repente, un enorme dolor de cabeza me sacude y hace que emita un estridente alarido.

— ¡Sam! ¡Sam! ¡Qué pasa! – Oigo las voces de Christian y Erik como a lo lejos. Mi visión se nubla y caigo de bruces al suelo del hospital.

\*\*\*\*\*

¿Dónde estoy? ¿Estoy en el cielo? Siento paz.

Abro los ojos y lo veo todo blanco a mi alrededor. Un bip rezuma en mis oídos. Es hipnótico. Cierro los ojos. Me pesan.

Vuelvo a abrir los ojos. Unas voces a lo lejos exigen a alguien que me curen. ¿Que me curen de qué? Estoy en la gloria. Siento paz. Cierro los ojos.

He vuelto a despertar. Sigue siento todo blanco a mi alrededor. Esta vez no me pesan tanto los ojos y estoy cansada de estar en la misma posición. Me muevo un poco para buscar otra posición. Un zumbido me sacude la cabeza.

— ¡Au! – Me quejo.

— ¡Sammy! – Es la voz de Jesse. ¡Es la voz de Jesse! Me incorporo y lo veo sentado en un sillón junto a la camilla del hospital en la que me hayo

tumbada. Lleva puesta una venda aparatosa en el pie y se mueve torpemente con las muletas. – Sammy, Sammy, has despertado. – Intenta con poco tino recorrer el minúsculo espacio que nos separa. Al final desiste de usar las muletas y las tira al suelo. Se acerca hasta mí a la pata coja. – Eh, ¿cómo estás? – Se sienta sobre mi camilla y me acaricia el rostro. Cierro los ojos ante lo maravilloso de su contacto. – ¿Te duele mucho la cabeza?

— Un poco. ¿Qué me ha pasado? – Pregunto extrañada.

— El golpe que te dio Laura. Has tenido un traumatismo craneal. – Dice apretando los labios. – Has estado muy grave. Tres malditos días inconsciente, casi en coma. Casi te pierdo...

— Estoy bien. – Digo intentando con todas mis fuerzas convencerlo y tratando de sentarme para tener su rostro más cerca.

— ¡No, no te muevas! – Me lo impide. – Llamaré al doctor Smith. – Se levanta y pulsa un botón que hay junto a mi cama. – Me has dado un susto de muerte, mocosa. – Pronuncia con una tímida sonrisa mientras pulsa el botón. Me pierdo en esa sonrisa.

Nuestra intimidad no dura mucho. De pronto Christian entra con dos enfermeras más y comienzan a pulular a mi alrededor.

— ¡Sam! ¡Menos mal! ¿Cómo estás? – Me pregunta Christian y me encojo de hombros. – Mira aquí. – Me ciega con una luz primero un ojo y después el otro. – Perfecto. Sigue la luz con los ojos. – Obedezco. – Genial. ¿Cómo te encuentras?

— Bien.

— ¡Cómo me alegro! Hemos pasado todos un susto de muerte. Llamaré a Erik para informarle de que has despertado y estás bien. – Christian me dedica un tierno gesto pellizcando mi mejilla. Miro a Jesse y está serio, pero no monta en cólera como de costumbre. – Os dejo un rato a solas, chicos. – Se va y sigo mirando a Jesse.

— ¿Qué tal tu herida? – Pregunto.

— No ha sido nada grave. Me duele al pisar por los puntos. La bala no entró muy profunda, pero me hizo un gran agujero. – Hago una mueca de dolor ante lo que narra. – No es nada comparado con lo que tú has vivido por mi culpa.



– Sisea y me hace sentir de nuevo amedrentada.

— Jesse, no ha sido tu culpa, tú no sabías que...

— ¡Yo sabía más de lo que hubiese deseado saber! ¡Y me he callado como un maldito cobarde, Sammy! ¡Me he callado sólo por no perderte! – Su culpabilidad vuelve a dar signos de dominarlo.

— Yo decidí no saberlo, Jesse. Porque no quería que nada nos separara.

— Y ahora ya lo sabes todo. ¿Qué hay ahora de mí? – Levanta los brazos y veo el miedo en su rostro.

— No ha cambiado en nada lo que siento por ti. – Confirmo con unas inmensas ganas de llorar. – Pero parece que tú estás empeñado en que eso suceda.

— Tú mereces algo mejor que esto. – Se palpa el pecho. – Soy el hijo de la persona que mató a tu madre, el examante de la persona que intentó matarte a ti. Soy un maldito desgraciado que pudre todo lo que toca, Sammy.

— ¡No eres nada de eso, Jesse! ¡Tú no has hecho nada! – Jesse levanta la vista en dirección al cielo, creo que ocultando unas lágrimas que amenazan con salir. Me recreo en su grueso cuello y recorro su cuerpo de arriba abajo. Daría lo que fuera por volver a sentirlo como antes. – No me apartes, Jesse. – Suplico y me fallan las fuerzas. Comienzo a llorar y no quiero. Él me mira y veo su sufrimiento recorrer sus mejillas en forma de lágrimas.

— No sé cómo quitarme esta mierda de sentimiento de dentro. Me desgarran. Me quema. No me deja respirar. No sé cómo compensarte por todo. No sé cómo ser lo que tú necesitas que sea. Te quiero tanto que temo hacerte un daño irreparable y maldecirme aún más por ello.

— No quiero perderte. – Sigo llorando.

— Sammy, yo ya estoy perdido. Tú no. – Sacudo la cabeza y siseo varios Nos. – No puedo con esto... necesito gritar, golpearlo todo, arrancarme la piel a tiras y olvidarme hasta de mi nombre. – Se da media vuelta para no mirarme y yo lo observo hecha un mar de lágrimas. Se va. Quiere irse.

— Jesse...

— Te mereces algo mejor, mi niña. – Dice sin mirarme y con la cabeza

hundida. – Ojalá encuentres la paz que tanto has luchado por encontrar. Al menos uno de los dos lo hará.

Jesse sale de mi habitación cojeando, a pesar de que le llamo insistentemente entre lágrimas. Se marcha sin mirar atrás y cierra la puerta tras de sí. Un vacío enorme se abre paso en mi pecho cuando comprendo que se está alejando definitivamente de mí. No quiere seguir. El peso que lleva en su alma es demasiado fuerte y está convencido de que para él será más llevadero sin mí a su lado para recordárselo. Yo, por otro lado, estoy convencida de que sin Jesse mi mundo se hace trizas.

Nunca me enamoré de verdad de alguien hasta que regresé a Red Stone Lake en busca de mis fantasmas pasados, en busca de la verdad. Y la única verdad que me llevaré de un lugar como este será la pureza de lo que significa el amor de verdad, la magia de los momentos atesorados junto al hombre de mi vida; Jesse Jackson.

## Epílogo

Siempre me creí una persona excesivamente segura de mí misma y con un gran control sobre mis impulsos hasta que lo tuve a él de frente. En ese momento todos mis miedos pasados y futuros colisionaron frente a mis narices y fui simplemente incapaz de controlar a mi instinto. Me venció.

Jesse Jackson ha desaparecido de mi vida y yo no sé cómo asimilarlo. No quiero hacerlo.

La misma mañana que recibí el alta del hospital, cuando llegué a casa, Jesse me recibió en el porche de mi casa con un magnífico desayuno esperándome. Sonreí al principio, pensaba que las cosas volvían a su lugar.

Pero fue con tan sólo mirarle a los ojos que supe que no iba a ser así.

Erik me dejó a su lado y se marchó para darnos intimidad.

Jesse la aprovechó desde el primer momento. Me besó como sólo él lo ha hecho y me arropó cálidamente entre sus brazos. Desayunamos juntos, más que juntos. Me sentó sobre su regazo y me obligó a permanecer ahí mientras desayunábamos. Acariciándome por todos lados sin cesar. No me importó en absoluto, porque no sabía qué me esperaba después. Sólo él lo sabía.

Creo que no entraba en sus planes hacerme el amor como lo hizo sobre la hamaca colgante de mi porche. Pero ninguno de los dos pudo evitarlo. Nos habíamos extrañado demasiado.

Fue como tocar el cielo con las manos. Su mirada de veneración, sus caricias devotas, sus palabras de adoración... Demasiado mágico para acabar en un adiós...

Su adiós fue todo lo demoledor que podía imaginar. Un dolor inmenso ocupó mi pecho abriéndose paso entre mi carne para expandirse rápidamente a todas mis terminaciones nerviosas.

Cuando dijo que “no podía ser todo lo que yo merecía y que necesitaba darme la oportunidad de tener una vida con alguien que pudiera hacerme

realmente feliz para limpiar su conciencia” no pude responder que ya lo era; lo era y lo será todo para mí. Y si lo hubiera hecho, no habría servido de nada. Tenía la determinación de irse para no crearme más dolor.

Lo que no supo nunca es lo que vendría tras ese adiós. Días de llanto y gritos sentada en mi porche observando su casa vacía y abandonada; como yo. La cáscara marchita que había quedado de tantas y tan intensas emociones que se habían esfumado con el viento.

Yo los viví allí, con él. Él también los vivió. Y jamás nunca podré olvidarlos. Me perseguirán allá donde vaya, y sé que a él también.

Sigo pensando lo mismo ahora, tres años después, mientras que observo al padre de mis hijos corretear por el amplio jardín que hay frente a nuestra casa, junto a la piscina, persiguiendo al mayor de nuestros pequeños; mi precioso hijo Will. Y mientras nuestra bebita de sólo tres meses, Vicky, se alimenta de mi pecho con ansias. Sí, sigo pensando lo mismo. Y sintiéndolo igual de vivo y ardiente que siempre. No habrá nada para mí como lo que he vivido con Jesse Jackson; el hombre de mi vida.

Cuando se fue de Red Stone Lake, mis días volvieron a ser lluviosos y mi cielo se cubrió de un denso y asfixiante gris que no me dejaba ver más allá de su inhabitado hogar recordándome perpetuamente lo perdido.

Pasé semanas llorando su pérdida, con la canción de fondo “I need you now” reabriendo incesantemente cada herida. La misma canción que un día cantamos juntos, en el TNT, cuando Jesse Jackson me enamoró. Necesitaba hacerlo. Necesitaba recordar cada momento y rememorar cada uno de sus detalles para convencerme de que todo eso había sido real y yo había sido fuertemente amada por el hombre de mi vida.

Pero no pude hacerlo para siempre, como yo deseaba. Semanas después a su partida, Nelson vino a por mí, preocupado por las noticias que Erik le narraba de mi lluvioso estado de ánimo. No pude resistirme a su férrea intención de llevarme de vuelta a Chicago.

Al parecer, la banda de Mendoza ya había sido al fin desarticulada y yo no corría riesgo si volvía. Lo hice involuntariamente, y pasé a volverme aún más loca de dolor.

Ya no tenía frente a mí los lugares que me recordaban que todo fue real.

Ya no podía acudir a hurtadillas a su porche y empaparme de su olor a libertad que todavía cubrían las telas de su hamaca colgante cuando necesitaba sentirlo cerca.

Me sumí en una espiral de dolor y desgarró que me estaba demoliendo desde dentro.

Hasta que supe que Mat había dejado finalmente a su mujer y, una noche que mi dolor se hizo demasiado punzante, decidí ir en su búsqueda.

En el coche patrulla que Nelson me consiguió, de camino al nuevo apartamento en el que sabía que vivía Mat, sonó en la radio una canción de un nuevo grupo; Gran Numa canta “Too much to say” y esa voz que suplicaba que no la dejen y que había mucho por decir era la mía, acompañada del llanto de la guitarra eléctrica de Jesse Jackson. Me sorbí los mocos y sonreí con tristeza. “Somos una combinación increíble” dije en voz alta para que el intruso que vivía en mí de alguna forma lo oyera y se convenciera de que el amor que Jesse y yo un día vivimos tuvo todo el sentido del mundo.

Mat, al abrir la puerta y verme en ese estado de desolación, se apiadó en el acto de mí. Necesitaba un abrazo como ese que me dio. Uno que me abrazara por fuera y por dentro. Y me deshice de gran parte del dolor entre sus brazos y liberando un intenso llanto.

Aquella noche dormí con él. Bueno, no dormí. Pero la pasé junto a Mat, en su cama, entre sus brazos. Un abrazo íntimo y sincero que duró toda la noche y gran parte de la mañana. Ambos lo necesitábamos, no sólo yo. Creo que el hecho de que días antes descubriera que estaba embarazada de Jesse me hizo darme cuenta de que tenía que luchar por seguir en pie pues tenía un enorme motivo para ello; nuestro hijo. Y creo que ese embarazo fue la prueba definitiva para Mat de lo intenso de mis sentimientos hacia Jesse Jackson. Sé que mi hijo se concibió la noche de la celebración del día de la Independencia. Aquella alocada y apasionada noche en la que Jesse y yo volvimos a olvidarnos del preservativo y prácticamente del mundo. Aquella noche en que elegí el presente con Jesse frente al pasado de Jesse y que de poco me sirvió dicha elección. Bueno, sirvió de mucho. Sirvió para traer al mundo a una personita fruto de nuestro profundo amor.

Cuando le dije a Mat que estaba completamente decidida a llevar ese embarazo adelante, pese a todo lo ocurrido, asintió y comprendió mi porqué. Él

conocía bien ese sentimiento y mi decisión le ayudó al fin a enfrentarse a él.

Fue un mes después de mi reencuentro con Mat que tuve noticias de Jesse. No esperaba que me buscara y mucho menos que me encontrara, pero lo hizo. Apareció una noche durante una cena de compañeros de trabajo en el restaurante en el que él sabía a ciencia cierta que yo me encontraba festejando, justo sentada al lado de Mat.

Tuve que mirarlo fijamente durante un buen rato para convencerme de que lo que mis ojos veían era cierto. Era él. Jesse Jackson. Y era real, no un producto de mi imaginación como a esas alturas ya lo sentía. Miré por un momento a Nelson, que estaba sentado al otro lado de la mesa, recriminándole haberle dado dicha información a Jesse. Porque yo sabía que no había podido ser otro que él. Y me lo confirmó agachando la mirada con culpabilidad.

— Sammy, tenemos que hablar. — Me suplicó Jesse transtornado al verme junto a Mat y fulminando con la mirada la mano que Mat tenía puesta sobre la mía como símbolo de apoyo.

— ¿De qué? — Espeté con seriedad.

No quería escuchar más cuentos de lo culpable que se sentía y de lo poco digno que era de mí de nuevo. Ya había sobrevivido a eso con demasiado esfuerzo, y sólo lo hice por el bien de mi futuro bebé. Pero, una nueva confirmación de sus labios de que se alejaría de nosotros para siempre sería, a esas alturas de mi vida, simplemente fulminante.

— De nosotros. De ti y de mí. — Dirigió una mirada envenenada a Mat. Suspiré.

— Ahora vengo. — Susurré en el oído de Mat.

— Estoy aquí. Tranquila. — Me levanté lentamente para no perder el equilibrio, pues la simple cercanía de Jesse volvió a remover los cimientos de mi vida como si el mayor terremoto de la historia se cerniera bajo mis pies. Me obligué a mantener el tipo hasta postrarme frente a él.

— Salgamos fuera. — Dije simplemente. Sin apenas mirarlo.

Dolía demasiado. Apeataba a alcohol y su pícara y alegre mirada estaba empañada de nubes negras. Siguió mis pasos en silencio, hasta que la oscuridad de las noches de Chicago y el tintineo de las luces de un callejón solitario fueron

nuestros únicos acompañantes.

Entonces me volví y lo vi. Vi la chispa que se encendía desde siempre cada vez que nuestros ojos se cruzaban. Su boca entreabierta deseaba toparse y fundirse con la mía. Se acariciaba las manos en un intento fallido de serenarse. Carraspeó para tratar de recuperar su voz.

— Sammy...

— ¿Jesse?

— ¿Estás... con él? – Apenas le salía la voz del cuerpo. Supe que se refería a Mat.

— Estoy con mis compañeros.

— Erik me dijo que no habías renunciado al puesto de ayudante del sheriff... Pensé que volverías. – Dijo alicaído, sin poder siquiera mirarme a los ojos.

— No tenía motivos para volver. Mis únicos motivos me abandonaron hace dos meses. – Levantó levemente la mirada y pude ver las lágrimas que trataba por todos los medios de esconder tras el azul de sus preciosos ojos. – Mis únicos motivos salieron con el rabo entre las piernas de Red Stone Lake dejando que me desangrara por su ausencia.

— Sammy yo...

— ¿Para qué has venido, Jesse? – Inspiro con fuerza y levantó la barbilla. Tratando de encontrar determinación.

— He venido a por ti. Y no me iré con un no. No puedo vivir sin ti y voy a morir del maldito sufrimiento si trato de hacerlo un mísero día más. Así que me da igual que me digas que has vuelto con el gilipollas de Mat. Me enfrentaré a él, ¡a todos si hace falta! para que la luz de mis días vuelva a mi lado. – Sé que debería haberme sentido en paz con sus palabras. Pero no sucedió. Lo que sucedió fue que mi puño tomó las riendas de la situación y acabó estrellándose en la cara de Jesse. Y le di fuerte. Pero no se movió. Permaneció en pie mirándome impasible y acariciándose la mejilla. – Repito: no me iré de aquí sin ti. Puedes machacarme si quieres. – Me odié por no poder controlar algunas lágrimas que salían sin permiso de mis ojos y volví a golpearlo, esta vez con menos dureza, porque la desesperación me hizo temblar de pies a cabeza.

— ¡Te odio! ¡Te odio! ¡Maldito cobarde, me has hecho un daño terrible!  
– Seguí golpeando su duro pecho que no se movió ni un ápice para impedirlo.

— Me arrodillaré si es lo que quieres. – Y eso hizo. Lo miré estupefacta mientras se arrodillaba en ese sucio y oscuro callejón. – Vuelve conmigo, Samantha Gómez, te lo suplico. Vuelve y márame si quieres, pero hazlo con tu amor y tu pasión.

— ¿Ya no eres el hijo de la asesina de mi madre? ¿El examante de la mujer que intentó asesinarme? ¿La causa de todos mis males? – Nunca lo fue, pero yo necesitaba oírlo.

— Eso es lo que soy, pequeña. Pero soy mucho más que eso. Soy el hombre que más te amará en toda tu bendita existencia. Soy el hombre que no podrá seguir respirando si tú no estás a mi lado. Soy el hombre capaz de todo por hacerte feliz. Vuelve, te lo imploro.

No puedo culparme de echarme a llorar como una niña pequeña al oír su declaración. Ni de besarlo con desesperación cuando se levantó para calmar mi tremendo llanto. Ni de ocultarle durante largas horas que Mat y yo ya sólo teníamos una bonita amistad pues ambos habíamos entendido que nunca fuimos el uno para el otro, aunque eso ya lo supe desde el día que volví a Red Stone Lake. Tampoco me culpo por haber simplemente desaparecido con Jesse aquella noche y dejarme arrastrar por la pasión que sólo él me ha ofrecido durante una larga y bendita noche en la habitación de algún motel cercano.

Esa noche fue nuestra noche. Cargada de promesas y sueños que, al fin, pudimos formular sin miedos ni impedimentos. Sin mentiras de por medio.

Esa noche me trajo a Jesse de nuevo a mis brazos. Y fue la primera noche que ambos fuimos conscientes de que haríamos una familia.

Cuando le dije que esperaba un hijo suyo fue la pieza final a nuestro puzle incompleto. Fue su gran motivo para no sentirse el inconveniente sino la solución a mi vida.

Llevaba un mes buscándome. Yo no lo sabía, pero Jesse había encontrado una fórmula para resarcirse de su culpabilidad; el amor. El amor que primero se tuvieron nuestros padres y que no pudieron culminar por culpa de las circunstancias y que, años después a su tragedia, continuaríamos los dos hasta dar como fruto una familia.



Llevaba un mes atrasando sus planes, para poderlos llevar a cabo conmigo de su mano. Su plan no fue otro que enterrar los restos de su difunto padre junto a la tumba de mi madre. Para que así, al menos, pudieran disfrutar de su amor en el descanso eterno.

La propuesta de llamar a nuestros hijos William y Victoria acudió a mí una noche, durmiendo en la que fue la casa de Jesse y ahora es nuestro hogar familiar, cuando me desperté en mitad de la noche porque el abrazo de Jesse me estaba asfixiando. Le encantó la idea. Le apasionó. Y así decidimos hacer.

Pusimos mi antiguo hogar en venta. Nelson y su esposa lo compraron, cuando el viejo negro gruñón se jubiló al fin. Y construimos en el prado un inmenso jardín lleno de flores y una piscina para refrescar los calurosos días de Red Stone Lake.

Ahora veo a mis chicos jugar en el jardín y sé que no podría ser más feliz. Lo tengo todo. Todo lo que realmente me hace feliz. Mi pequeña Victoria está mamando tranquilita. Creo que se parecerá mucho a su abuela. Will, mi hijo, es un clon de su hermoso papá, aunque con el pelo más oscuro y los ojos verdes, fruto de que mis genes han tenido algo que ver en su creación. ¡No puede ser más bonito!

— ¡Deja de chapotear, mocoso! – Le dije Jesse tiernamente a nuestro hijo. Sonríe. Ahora ya no soy yo la mocosa, sino Will. Es un niño muy vivo y muy feliz. Will se ríe y su risa lo contagia todo de felicidad. – Ven, vamos a secarnos y a sentarnos con mamá. – Jesse trae a nuestro hijo en brazos hasta el porche mientras lo sacude con una toalla.

— Tengo sueño papi. – Dice nuestro hijo cuando ve a su padre tumbarse en la hamaca colgante junto a la silla en la que estoy yo dando el pecho a nuestra hija.

Jesse pone los ojos en blanco. Ya sabe lo que significa. Will sólo se duerme sobre el pecho de su papá. Así que lo toma en brazos y le canturrea para que lo haga. Algo del todo innecesario. En cuanto Will se tumba en el pecho de su querido papá pierde la conciencia en el acto. Siempre pasa igual.

— Es un acaparador. – Me dice mi hombre. Sonríe.

— Te adora.

— Y yo a él. – Jesse besa la cabecita durmiente de nuestro pequeño. – A

Victoria sin embargo le estoy cogiendo demasiada envidia. – Refunfuña mientras me ve darle el pecho. Suelto una carcajada.

— En cuanto termine se quedará dormida y me tendrás al menos tres horas sólo para ti. – Le digo seductoramente.

— ¿Sólo tres horas? Yo te quiero para toda la vida. – Se acerca hasta mis labios para regalarme uno de esos besos que te paran el pulso. Esos besos de Jesse Jackson, el único hombre que ha hecho que mis días siempre sean soleados.

***FIN***